Rosa Maria Grillo

Nº 27

ESCRIBIR LA HISTORIA:
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA EN LA NOVELA HISTÓRICA DE LOS SIGLOS XIX Y XX

Prólogo de
Beatriz Aracil Varón

CUADERNOS DE AMÉRICA SIN NOMBRE

Escribir la historia:
Descubrimiento y conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX

Rosa Maria Grillo

Escribir la historia:
Descubrimiento y conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX

Prólogo de Beatriz Aracil Varón

Cuadernos de *América sin nombre*

Cuadernos de *América sin nombre*
dirigidos por José Carlos Rovira
Nº 27

Comité Científico:
Carmen Alemany Bay
Miguel Ángel Auladell Pérez
Beatriz Aracil Varón
Eduardo Becerra Grande
Helena Establier Pérez
Teodosio Fernández Rodríguez
José María Ferri Coll
Virginia Gil Amate
Aurelio González Pérez
Rosa Mª Grillo
Ramón Lloréns García
Francisco José López Alfonso
Remedios Mataix Azuar
Sonia Mattalia
Ramiro Muñoz Haedo
María Águeda Méndez
Pedro Mendiola Oñate
Francisco Javier Mora Contreras
Nelson Osorio Tejeda
Ángel Luis Prieto de Paula
José Rovira Collado
Enrique Rubio Cremades
Francisco Tovar Blanco
Eva Mª Valero Juan
Abel Villaverde Pérez

El trabajo está integrado en las actividades de la Unidad de Investigación de la Universidad de Alicante «Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericanos» y en los proyectos «Desarrollo y consolidación de las investigaciones sobre creación de un corpus textual de recuperaciones del mundo precolombino y colonial en la literatura hispanoamericana» (MEC/HUM 2005-04177/ FILO) y «La formación de la tradición hispanoamericana: historiografía, documentos y recuperaciones textuales» (MCI FFI2008-03271/FILO).

Los cuadernos de *América sin nombre* están asociados al Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti.

Ilustración de cubierta: «Cortés ante los nobles tlaxcaltecas», Lienzo de Tlaxcala, lámina 7 (detalle).

© Rosa Maria Grillo

I.S.B.N.: 978-84-9717-139-7
Depósito Legal: MU 2069-2010

Fotocomposición e impresión: Compobell, S.L. Murcia

Apena leer trabajos de historia en que se llaman glorias a nuestras mayores vergüenzas, a las glorias de que purgamos; en que se hace jactancia de nuestros pecados pasados; en que se trata de disculpar nuestras atrocidades innegables con las de otros. Mientras no sea la historia una confesión de un examen de conciencia no servirá para despojarnos del pueblo viejo, y no habrá salvación para nosotros

(Miguel de Unamuno, “En torno al casticismo”)

Índice

Prólogo 11
Beatriz Aracil Varón

Advertencia. 17

I. Contar la historia 19
1.1. A modo de introducción 19
1.2. América Latina, posmodernidad y poscolonialismo 25
1.3. Historiografía vieja y nueva. 45
1.4. Historiografía y Literatura 51
1.5. Novela histórica tradicional. 57
1.6. Nueva novela histórica. 79
1.7. La voz de la mujer 92
1.8. El Descubrimiento y la Conquista 102

II. El descubrimiento: el Río de la Plata 107
2.1. Colón y la metacrónica 107

2.2. Francisco del Puerto 139
2.3. Maluco 173
2.4. Las ciudades quiméricas. 181
2.5. Lucía Miranda 203

III. La conquista: México 225
3.1. Xicoténcatl / Cortés 225
3.2. Malinche 249
3.3 Aguilar y Guerrero. 292

Apostilla 313

Bibliografía de la autora (Publicaciones que están en el origen de la escritura del presente trabajo): 317

Bibliografía citada. 321

Prólogo

Si bien la narrativa histórica ha gozado de un significativo desarrollo en América Latina desde los procesos mismos de Independencia, ha habido que esperar sobre todo a las dos últimas décadas para encontrar una bibliografía crítica que dé cuenta de la especificidad de este controvertido «género» en el continente. Fue, en efecto, a principios de los años 90 cuando investigadores como Fernando Aínsa, Seymour Menton o Alexis Márquez llamaron la atención no sólo sobre un nuevo auge de la novela histórica desde los 70 sino también (y esto resultó ser lo más relevante) sobre las peculiaridades de muchas de estas nuevas obras que implicaban a su vez una nueva forma de abordar el pasado, la que ellos mismos acuñarían bajo el término «nueva novela histórica».

Desde aquellos trabajos –que podríamos calificar como pioneros en el intento de delimitación de la evolución del género– hasta la actualidad, los estudios sobre narrativa histórica latinoamericana se han incrementado de manera casi progresiva, aportando interesantes perspectivas de análisis, pero también reiterando muy a menudo dos propuestas que

casi nos resultan ya indiscutibles: en primer lugar, el deslinde (e incluso la contraposición) entre la «nueva novela histórica» y la novela histórica del siglo XIX y buena parte del XX; y, estrechamente vinculado con lo anterior, el intento de presentar toda la narrativa histórica de las últimas décadas como perteneciente a esa nueva tendencia tan vinculada a las preocupaciones y técnicas narrativas propias de la posmodernidad, a pesar de que autores como Celia Fernández hayan llamado la atención sobre la evidente continuidad en paralelo del modelo genérico tradicional.

En medio de este panorama crítico, resulta gratificante encontrar un trabajo en el que, en lugar de intentar aplicar conceptos acuñados con mayor o menor fortuna (aunque sin eludir tampoco la reflexión sobre éstos), lo que se busca es una visión abarcadora de la narrativa histórica latinoamericana (desde sus inicios hasta la actualidad) planteada desde la consideración de dicha narrativa como *problema*. Este es el objetivo del cuaderno de *América sin nombre* que el lector tiene en sus manos, con el que Rosa Maria Grillo, aun abordando una temática concreta dentro de la materia histórica, contribuye, en mi opinión, de manera decisiva a una cada vez más necesaria comprensión global de los problemas que rodean a esta sugerente forma narrativa en el ámbito latinoamericano.

Plantear ese corpus diverso que constituye la novela histórica desde su condición *problemática* supone, en primer lugar, contextualizar esa producción literaria, no tanto para establecer un marco de explicación de las obras como para determinar un espacio de interacción entre la realidad (política, ideológica, cultural) y la literatura. Grillo establece esta necesaria contextualización para proponer y resolver con gran acierto algunos de los aspectos esenciales en el estudio de la narrativa histórica desde su surgimiento en el siglo XIX como

un instrumento (político y cultural) al servicio de los procesos de Independencia y de creación de las nuevas naciones hasta los textos más recientes, marcados sobre todo por una necesidad de dar voz a los personajes marginados de la Historia (la mujer, el indígena, el náufrago aculturado…). Lo hace a través del estudio de obras concretas, pero no como calas al azar en una vasta producción. Porque, si bien la propia autora advierte que este libro es fruto de una reflexión desarrollada durante más de una década y reflejada a su vez en casi una veintena de artículos, nos encontramos ante un trabajo que, más que como volumen recopilatorio, debe entenderse como texto unitario, concebido desde una clara visión de conjunto que es la que lleva a su necesaria división en tres grandes bloques.

La primera parte del libro es una reflexión teórica sobre los principales problemas que implica la relación historia/literatura en América Latina y sobre la evolución de la novela histórica en el continente, evolución que la investigadora italiana no propone como discontinuidad sino como «el reconocimiento *a posteriori* de una serie narrativa caracterizada por algunos elementos recurrentes durante dos siglos». Son precisamente dichos elementos los que permiten a Grillo abordar además, desde una perspectiva distinta, la posible adscripción de la nueva narrativa a conceptos tan controvertidos como el de *posmodernidad*, término acuñado desde Occidente cuya aplicación a la literatura latinoamericana supondría una nueva forma de observar dicha literatura desde posturas eurocéntricas. Destacar, en cambio, estos elementos como parte de una trayectoria «hacia la conquista de su propia voz y su palabra» libera a América Latina de estas etiquetas que, para la autora, no sólo resultan incómodas sino también inapropiadas.

Una vez establecidas las premisas teóricas del trabajo, éste aborda en dos grandes capítulos dos temas que han sido

cruciales en la narrativa histórica latinoamericana en la medida en que ésta se ha propuesto crear, refutar o reescribir un discurso sobre los orígenes: el Descubrimiento y la Conquista. Grillo justifica plenamente desde esa relevancia histórica los motivos de elección de esta temática, pero también el hecho de que ambos acontecimientos históricos hayan sido abordados con diverso interés en distintas latitudes del continente: serán las propias exigencias de creación del modelo de nación las que hagan del Descubrimiento un tópico fundamental en el Río de la Plata mientras que la Conquista, como «encuentro o desencuentro de culturas», es eje central en el ámbito mesoamericano, donde la presencia indígena ha sido mucho más significativa.

El capítulo dedicado al Descubrimiento se abre con un estudio sobre la figura del Almirante y las que probablemente sean las cuatro novelas principales en el intento de reescritura de los *Diarios* colombinos llevado a cabo por la nueva narrativa histórica: *El arpa y la sombra* (1979), *Crónica del descubrimiento* (1980), *Los perros del paraíso* (1983) y *Vigilia del Almirante* (1992), ofreciendo, a continuación –en buena medida como contrapunto– un análisis de novelas dedicadas a figuras comunes o incluso marginales (frente a los grandes protagonistas de la Historia) como son el náufrago Francisco del Puerto –en *El mar dulce*, de Payró (1927), *El entenado*, de Saer (1983) y *El grumete Francisco del Puerto* (2003), de Gonzalo Enrique Marí–; el bufón que asume una voz marginal y paródica en *Maluco. La novela de los descubridores* (premio Casa de las Américas 1989), de Napoleón Baccino Ponce de León; y la mujer blanca cautiva citada en las crónicas del Río de la Plata, Lucía Miranda, convertida en mito fundacional gracias a la escritura de dos mujeres del XIX, Rosa Guerra y Eduarda Mansilla, que continuará siendo

objeto de una escritura femenina hasta las narraciones más recientes de María Rosa Lojo. El capítulo incluye asimismo un lúcido estudio sobre la presencia de las ciudades quiméricas en la narrativa histórica desde un original enfoque: la indagación sobre la función de dichos espacios míticos en la construcción del modelo de nación que se forja en el Río de la Plata; un estudio que, de paso, permite contemplar de forma unitaria las distintas novelas históricas de Roberto Payró a partir precisamente de la presencia en ellas de dichas ciudades quiméricas.

El estudio de Rosa Maria Grillo sobre la presencia de la Conquista en la narrativa histórica latinoamericana nos lleva, como ya he adelantado, al ámbito geográfico mesoamericano para analizar, en primer lugar, la relación Xicoténcatl-Cortés en diversas obras del XIX, y muy especialmente en la *Xicoténcatl* anónima, que puede entenderse, para la autora, como «indicio de una ocasión perdida» en la medida en que incorpora, de manera casi excepcional, esa voz indígena que será excluida de los procesos de Independencia y creación de las nuevas naciones. Porque no será la voz propiamente indígena, a pesar de su origen, la que defina a la que ha sido uno de los personajes más novelados de la Crónica, la Malinche, traductora y amante de Cortés cuya ambigua y controvertida figura es analizada en un recorrido que va desde su presencia en la citada *Xicoténcatl* hasta re-escrituras de marcado signo feminista realizadas en las últimas décadas (un recorrido que, desde mi punto de vista, muy acertadamente, no prescinde completamente, como reconoce la propia autora, del juicio sobre el valor literario de algunas de las obras tratadas).

La voz marginal del aculturado europeo, que había sido analizada con gran acierto al plantear la presencia de Francisco del Puerto en las novelas del Descubrimiento,

reaparece respecto a la conquista de México y Guatemala a través de ese otro náufrago que es Gonzalo Guerrero. Si su compañero Jerónimo de Aguilar tiene un papel destacado en la crónica pero secundario en las novelas, Guerrero, casi olvidado por los cronistas, adquiere un protagonismo en diversas «nuevas novelas históricas» estudiadas por Grillo en este último epígrafe. En él, la autora llama la atención sobre cómo dichas novelas desarrollan formas distintas de abordar el tema del náufrago y sus posibles opciones en la dicotomía civilización/barbarie, al tiempo que ejemplifican las posturas diversas de los novelistas de las últimas décadas frente a la versión «oficial» de la Historia (aceptarla, rellenar sus huecos o incluso imaginar una historia paralela).

En definitiva, el mosaico de personajes analizados en el presente trabajo viene a demostrar que, tal como explica la autora en su «Apostilla» final, el ciclo del Descubrimiento y la Conquista resulta ser un terreno sumamente propicio para observar la evolución de esa novela histórica que en América Latina ha buscado desde sus inicios una voz propia y que, gracias a esa búsqueda, ha logrado en su última etapa dar voz asimismo –como proponía Carlos Fuentes– «a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido». Es, pues, a través de esos personajes, de las motivaciones y propósitos que han llevado a los escritores latinoamericanos a elegirlos y de los recursos puestos en juego para re-escribir sus historias que Rosa Maria Grillo logra trazar con maestría un recorrido a lo largo de dos siglos de narrativa histórica sobre una temática aún hoy conflictiva para la reflexión identitaria del continente que no podrá dejar de suscitar el interés de quien se acerque a las siguientes páginas.

Beatriz Aracil Varón

Advertencia

Este libro es el resultado de una investigación decenal, cuyos resultados parciales fueron publicados en revistas, actas de congresos y libros colectivos (cfr. Bibliografía personal) pero han sido reelaborados y adaptados a la arquitectura de este libro. Para facilitar su consulta en el marco de investigaciones específicas, decidimos conservarles una relativa autonomía interna, exceptuando naturalmente la introducción que ofrece las consideraciones teóricas generales y claves de lectura para los ensayos sucesivos. Los lectores encontrarán por lo tanto algunas repeticiones, inevitables a partir de esta opción.

Quiero agradecer a amigos y colegas con quienes he debatido acerca de la Historia y las historias, y que me han facilitado algunos de los textos examinados: Fernando Ainsa, Maria Gabriella Dionisi, Manuel Fuentes, María Rosa Lojo, Rosa Pellicer, Susanna Regazzoni, Paco Tovar y un largo etcétera.

Y a Beatriz Aracil Varón que no ha sido sólo prologuista, sino lectora atenta y advertida...

I. Contar la historia

1.1. A modo de introducción

De acuerdo con Tijanov, podemos decir que sólo en los tiempos largos es posible individuar la trayectoria de un género literario, discernir lo que es moda pasajera de lo que es profunda y fructífera modalidad innovativa que se afirmará y cambiará la historia del género mismo: son siempre aportes individuales que, si bien no advertidos o comprendidos en su momento, luego se pueden imponer como modelos imprescindibles. Es decir, el género es una convención que prevé un pacto de lectura estipulado entre autor y lector sobre la base de una tradición que ha mantenido durante cierto tiempo algunas invariantes que nos permiten reconocerlo, aunque la introducción de significativas variantes nos lleve también a cuestionar la continuidad del género y a individuar nuevas modalidades: como todo código subyace constantemente a dos fuerzas opuestas, la tradición y la libertad ilimitada de experimentación y progreso, la predictibilidad y la impredictibilidad, provocando constantemente un desafío al código de

base y por lo tanto una explosión, un cambio más o menos profundo. Es esta perspectiva la que nos permite hablar de 'novela histórica' y de 'nueva novela histórica'.

No sería este todavía el momento para intentar un estudio sistemático de la última producción del género de la novela histórica en Hispanoamérica, que sin duda ha provocado un viraje significativo en la trayectoria de aquellos textos que, a partir de las primeras décadas del siglo XIX, rotulamos como 'novela histórica': lo hacemos, por supuesto, sin ningún intento normativo apriorístico sino como reconocimiento *a posteriori* de una serie narrativa caracterizada por algunos elementos recurrentes durante dos siglos y que hoy pueden parecer obsoletos. Pensamos de inmediato en elementos históricos conocidos y averiguables –generalmente anteriores a la época del escritor– que conforman y moldean la vida de los protagonistas, sean ellos personajes reales (según las pautas indicadas por Alfred de Vigny en el prólogo «Sur la Verité dans l'art» a su *Cinqs mars*, 1826[1]) o entes de ficción (según el modelo canónico de Walter Scott). Esta distinción entre el modelo scottiano y el de Vigny constituye una diferencia concreta en la manera de relacionarse con la Historia[2]:

> La mayor o menor precisión histórica esperable y, por ende, el mayor o menor margen de ficción tolerable en una novela histórica depende del tipo de Historia al que aluda la novela

1 Protagonista de esta obra es el joven marqués de Cinq-Mars que en 1639 organizó una conspiración en contra de Richelieu.

2 Es evidente la multiplicidad semántica del término, del cual el uso de la letra mayúscula o de adjetivos sólo en parte puede dar cuenta: acontecimiento, idea que se tiene de aquel acontecimiento, carácter narrativo de lo que se cuenta, disciplina académica, gran acontecimiento común o pequeño hecho individual, invento, etc. (el Diccionario de la Real Academia tiene 10 entradas a la palabra 'historia').

> histórica (por ejemplo aludir a un amplio período histórico admite mayor margen de invención; por el contrario, en la recuperación de un episodio histórico concreto se espera mayor precisión histórica y un margen de invención más restringido (Pons 1996: 39).

Naturalmente para escribir sobre Colón o Bolívar hay que buscar facetas marginales o desconocidas (sus últimos días, por ejemplo, como hacen Carpentier y García Márquez, y aun así hay que tener en cuenta un montón de datos ya detenidos por la Historia) mientras que si se eligen como protagonistas a entes ficticios hay más libertad de movimiento y de invención. Alexis Márquez Rodríguez quizás ha sido el primero en reconocer que la novela histórica latinoamericana ha privilegiado siempre el modelo de Vigny, mientras que Menton adjudica este carácter sólo a la 'nueva novela'. Un recuento de la historia del género nos hace confirmar la tesis de Márquez Rodríguez ya que desde el principio prevalecen como protagonistas personajes históricos (por ejemplo el primer texto publicado en español en territorio americano, el anónimo *Xicoténcatl*[3], Filadelfia, 1826).

A estos elementos textuales relativos al referente externo, para enmarcar el objeto de nuestra investigación hay que añadir dos consideraciones extratextuales: podemos decir, en líneas muy generales, que es histórica aquella novela en la que sea evidente la intención del autor de dar su contribución a *una* versión de la Historia e insertarse en la tradición del género –aunque violentándolo–, y que el lector la reconozca como tal. Creo firmemente que debe coincidir, aunque con muchas atenuantes y variantes, la incidencia de

3 La grafía de los nombres indígenas es muy irregular: en la edición de Filadelfia era Jicotencatl, pero en la edición de Castro Leal de 1964, que es la que yo manejo, es Xicoténcatl.

la Historia en las tres etapas del proceso literario, la emisión, el texto, y la recepción; de otra forma, toda narrativa podría ser considerada histórica. Hasta ahora, la intención del autor (prólogos, declaraciones de veridicidad, apelación al 'manuscrito retrovado' o a la memoria popular) y el análisis del texto (elementos referenciales, presencia de nombres y fechas notas etc.) han sido los elementos más tenidos en cuenta por los críticos, pero, en esta época de justa consideración del papel del lector, podemos afirmar que un género es sobre todo «un modelo mental, que reúne una pluralidad de obras» (Guillén 1988: 207), modelo por supuesto históricamente variable, al que apelan tanto el autor como el lector: cada género despierta en el lector un 'horizonte de expectativas' y le ofrece algunos elementos fácilmente reconocibles.

No creo en cambio que sea necesario seccionar el género en variantes y subgéneros, como lo hace Joseph Turner en «Hibrid, invented y disguised historical novels» (Turner 1979: 333-355), ni que sea determinante la distancia cronológica entre el tiempo de la narración y el momento de la escritura (las propuestas más rígidas proponen que hayan transcurrido por lo menos cincuenta años, o dos generaciones). Creo en cambio que es suficiente que el papel del hombre-escritor en los acontecimientos contados sea irrelevante y que trate a sus personajes como históricos (con la necesaria lejanía de perspectiva, y no con la óptica del testigo implicado) y que el lector, contemporáneo o posterior, los reconozca como tales. Aunque es evidente que algo que puede parecer 'histórico' en el momento en que acontece puede perder importancia y no tener ninguna influencia en el futuro desarrollo de la Historia y, al contrario, algo aparentemente insignificante podrá adquirir en el tiempo trascendencia histórica: es la estrecha relación entre vida privada e Historia y

entre Historia y ficción, y la manera de tratar estas relaciones, que hace reconocible una novela como histórica.

Después del auge de la novela histórica de signo romántico en la primera mitad del siglo XIX, el género parece sufrir críticas y rechazos en la época realista: ya Alejandro Manzoni, autor en Italia de una de las novelas históricas más conocidas, *Los novios*, hasta rechaza el género por la inadmisible conmistión de Verdad y Fantasía: «Manzoni siente, plantea y resuelve el conflicto con admirable conciencia intelectual y moral; y él, autor de la novela histórica más poética, se ve compelido a una solución bien insperada: la imposibilidad del género» (Alonso 1984: 50)[4]. Manzoni, autor de una de las novelas históricas más poéticas y universalmente conocidas, es al mismo tiempo su crítico más feroz:

> La contraddizione drammatica che il Manzoni coglie nel romanzo storico come componimento misto di storia e di invenzione è […] nell'ambiguità che suggerisce al lettore la possibilità che qui e ora, nella letteratura, e non nella fiducia in Dio o nella figura del Dio che affanna e che consola, possa darsi il riscatto dal dolore e dalle persecuzioni della storia e della società, cioè si possa avere giustizia a questo modo (Barberi Squarotti 1995: 20).

4 En 1845 Manzoni publica el ensayo *Del romanzo storico e in genere de' componimenti misti di storia e d'invenzione* sobre la relación entre literatura e historia desde la Antigüedad a la época moderna: allí expresa la condena del género «misto di storia e d'invenzione», un género en el que «riesce impossibile ciò che è necessario; nel quale non si possono conciliare due condizioni essenziali, e non si può nemmeno adempirne una, essendo inevitabile in esso e una confusione repugnante alla materia, e una distinzione repugnante alla forma; un componimento, nel quale deve entrare e la storia e la favola, senza che si possa né stabilire, né indicare in qual proporzione, in quali relazioni ci devono entrare; un componimento insomma che non c'è il verso giusto di farlo perché il suo assunto è intimamente contraddittorio» (Manzoni 1845: web).

El suyo por lo tanto es un problema ético y no estético, pero desata polémicas en toda Europa, lo que contribuye a la agonía del género. Lo que a nosotros nos interesa más es su moderna afirmación de la imposibilidad de una Historia única e inapelable:

> [La storia] si propone appunto di raccontare de' fatti reali, e di produrre per questo mezzo un assentimento omogeneo, quello che si dà al vero positivo. Ma, potrà forse opporre qualcheduno, s'ottiene egli codesto dalla storia? Produce essa una serie d'assentimenti risoluti e ragionevoli? O non lascia spesso ingannati quelli che sono facili a credere, e dubbiosi quelli che sono inclinati a riflettere? E indipendentemente dalla volontà d'ingannare, quali sono le storie composte da uomini, dove si possa essere certi di non trovare altro che la verità netta e distinta? […] È certo, ugualmente, che anche lo storico più coscienzioso, più diligente, non s'avrà, a gran pezzo, tutta la verità che si può desiderare, né così netta come si può desiderare. Ma anche qui non è colpa dell'arte: è difetto della materia (Manzoni 1845: web).

Lo que a Manzoni pareció un obstáculo invencible, llegará a ser el punto de fuerza de la 'nueva novela histórica'.

Entresiglos, con el decadentismo y las vanguardias, el rechazo de la Historia y del compromiso en literatura determina la agonía del género, que sobrevive bajo el signo del exotismo para resurgir, ya en la segunda mitad del XX, con nuevas señas de identidad. Finalmente, en las últimas décadas del siglo XX la novela histórica, sea en Europa sea en América Latina, ha reconquistado una visibilidad y un interés, tanto en el público lector como en la literatura crítica, impensables sólo unos años antes, en cuanto manifestación más destacada de la recuperación de la narratividad y de la acción contra lo que ha sido llamado 'autofagía experi-

mentalista', vertiente literaria del estructuralismo: una obra precursora y revolucionaria, como *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, de 1951, pasada desapercibida en los años cercanos a su publicación, ha sido reconocida como obra maestra sólo recientemente, y *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier, de 1949, considerada ejemplo de lo real maravilloso, sólo en los últimos años se ha estudiado como novela histórica (Grillo 2010a).

Y lo que llama la atención es que la novela histórica se ha desarrollado en su doble vertiente: de género de consumo altamente codificado (las series sobre el antiguo Egipto, la antigua Roma o los Aztecas) y de género de gran nivel literario, en el que se experimentan técnicas y modalidades de gran envergadura que luego se repercuten en todos los géneros narrativos.

A partir de estas mínimas premisas, vamos a esbozar una posible historia de la novela histórica hispanoamericana, intentando captar caracteres comunes y redondear a personajes históricos que han sido protagonistas de diversas novelas, a menudo con presupuestos y éxitos diferentes.

1.2. América Latina, posmodernidad[5] y poscolonialismo

Antes de acercarnos al objeto 'novela histórica', creemos necesario aclarar lo que entendemos por Modernidad, Posmodernidad o Poscolonialismo, para discernir mejor el cambio que hemos anotado precedentemente, entre 'novela histórica' y 'nueva novela histórica'.

---

5 Prefiero utilizar el término posmodernidad y no posmodernismo para no crear ambigüedades con la época posterior al modernismo latinoamericano, siendo este término utilizado por Federico de Onís en 1934 en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana.*

Hay que decir que los elementos significativos de desviación respecto a la trayectoria recorrida durante el siglo XIX y principios del XX, comunes a una notable cantidad de novelas históricas latinoamericanas de las últimas décadas, se parecen extraordinariamente a los elementos destacados como propios de las ficciones históricas europeas etiquetadas como posmodernas, lo cual llevaría directamente a la superposición y asimilación de ambos fenómenos. Tentación muy fuerte, que se inserta en la larga tradición eurocéntrica de juzgar y catalogar obras de cualquier lugar y procedencia con metros críticos y hermenéuticos acuñados en Europa, tradición afirmada en la Modernidad y que ha encontrado su máxima expansión en la política colonialista e imperialista europea. El caso que nos interesa es muy evidente: América Latina, ya desde el nombre, nace como creación, ilusión y utopía europeas y sólo en época muy reciente –la crisis de la Modernidad– ha empezado a reivindicar su propia Historia y su propia autonomía crítica y cognitiva. Efectivamente,

> Colonialismo y neocolonialismo fueron las primeras formas de expansión globalizantes que transformaron la lengua y la cultura de las llamadas periferias en forma profunda e irreversible, a ello le siguió el menosprecio de la cultura colonizada imponiendo la colonizante como norma (Toro 1999: 60).

Esto es la Modernidad: los 500 años que van de la invención de la imprenta y del descubrimiento de América a la época de la comunicación electrónica, del derrumbe del Muro de Berlín y de la disolución de la URSS, 500 años caracterizados por la fe en «el progreso científico y tecnológico y en el proyecto histórico-político de la emancipación humana» (Loyola 1999: 23). Esto significaba la «afirmación

de la burguesía como clase dominante en Europa» y «la certeza acerca de la superioridad absoluta del modelo cultural de Occidente» según la dialéctica hegeliana amo-esclavo: el sujeto –hombre heterosexual, blanco, occidental, alfabetizado– ha impuesto al objeto –etnias, géneros sexuales, culturas diferentes etc.– su poder y su cosmovisión.

Con el Descubrimiento, como escribe Walter Mignolo, empieza

> la colonización de la memoria, el lenguaje y el territorio de los pueblos amerindios [...] la ciencia moderna produjo objetos de conocimiento tales como 'América', 'Indias Occidentales', 'América Latina' o 'Tercer Mundo', que funcionaron en realidad como estrategias colonialistas de subalternización [...]; la modernidad fue un proyecto intrínsecamente colonialista y genocida (Castro Gómez 1999: 87).

Durante la Modernidad, el Centro o no tenía en cuenta la periferia, o la asimilaba a su discurso, o bien la etiquetaba como primitiva, en el mejor de los casos como exótica, siempre reclamando su propia superioridad.

Pero, ya en la segunda mitad del Ochocientos se pueden rastrear los primeros indicios de la crisis del Occidente capitalista, que irán profundizándose con la primera guerra mundial hasta explotar con los fenómenos de nazifascismo y la segunda guerra mundial; la caída del Muro de Berlín y el fin del sistema binario de la Modernidad (Oriente/Occidente, centro/periferia, capitalismo/marxismo etc.) y la expansión omnívora y absorbente de la globalización, del neoliberalismo, de las comunicaciones virtuales, etc. provocan un imponente despliegue de estudios y análisis de los cambios epocales que van transformando el Occidente y su relación con el resto del mundo: es lo que en Estados Unidos

y Europa se ha llamado Posmodernidad. Es un proceso que se da paralelamente en diversas ciencias y artes concurriendo a modificar profundamente toda la cosmovisión occidental: antropología, sociología, psicología, mitología, literatura, etnografía, historiografía. Importante a los efectos de nuestra investigación es el proceso de la historiografía a partir de la *Nouvelle Histoire* francesa y del nacimiento de la revista *Les Annales* (1929) dirigida por L. Febvre, M. Bloch y J. Le Goff, con sus historias parciales (de la mentalidad, de la religión, de la cultura material, de las mujeres, de los usos alimenticios y sexuales), micro-historias (de ciudades, comunidades, etnias), autobiografías *excéntricas*, etc. En estos años «la propia historia se ha visto obligada a aceptar la disidencia en su seno: las otras historias posibles, el revisionismo histórico como alternativa a la historia dominante, la versión individual frente a la oficial» (Aínsa 2003: 48-49).

Consecuentemente, ha entrado en crisis el concepto de objetividad y verdad indiscutible del documento, cuya *verdad* depende del contexto en que viene presentado y de su interpretación y no de una calidad intrínseca (pensemos en la fotografía considerada documento fidedigno hasta hace muy poco y que en cambio ha revelado su naturaleza deformante cuando no concientemente falsificadora).

En la base de lo posmoderno estaría la crisis del capitalismo propio de la Modernidad: según Jean-François Lyotard, es posmoderna la cultura de las sociedades en la era postindustrial, y estaría caracterizada por la heterogeneidad e interculturalidad y por el rechazo de la razón totalizante y del pensamiento único. Aunque con variantes, los mayores críticos concordan en definir la Posmodernidad como el fin de una ilusión: de las Ciencias y las Creencias con mayúsculas, de la Historia como progreso, de la perfectibilidad de las

sociedades humanas, etc. La Posmodernidad, por lo tanto, estaría caracterizada por el «más completo y radical divorcio entre el progreso científico-tecnológico y el proyecto histórico-político de la emancipación, de la dignificación y de la exaltación de la vida de los hombres» (Loyola 1999: 28).

Rota la compleja red construida alrededor de la primacía del sujeto burgués occidental, en cuanto cultura dominante y en cuanto individuo, amparada por un capitalismo cada vez más excluyente, se ha derrumbado también el sistema binario amo-esclavo[6]: de aquí la revolución del objeto dominado y su tentativa de ponerse no como antítesis al sujeto –que sería simplemente invertir los polos pero no la relación de poder– sino como proponente de otros esquemas y otros sistemas. Por supuesto, si la Modernidad ha tardado por lo menos dos siglos para imponerse –si tomamos como inicio el canónico 1492 y como su auge la Ilustración–, es todavía demasiado temprano para preguntarnos adónde nos puede llevar la Posmodernidad: se ha empezado a cuestionar las certidumbres, los principios y la visión de la Historia progresiva y lineal en la que hemos creído hasta ahora y a proponer otras perspectivas y otras prácticas hermenéuticas. Pero es demasiado pronto para afirmar otros principios y verdades, estamos en el momento de la deconstrucción y de las hipótesis: caracteres dominantes de este período no pueden ser sino la conciencia de la pérdida del centro, la fragmentación, la pluralidad, la ruptura de límites, la infracción del canon en todos los niveles, que desestabilizan los cáno-

6 Muchos son los campos en los que se manifiesta esa ruptura del sistema binario con la introducción de un 'tercer elemento' marginado por la modernidad: el 'tercer sexo' y el fenómeno de los travestis, el 'tercer mundo' antes comprimido entre el capitalismo occidental y el socialismo del este, nuevas formas de arte y de cultura que anulan la tradicional dicotomia entre nivel 'alto' y 'bajo' etc. (cfr. Garber 1994 e Irigaray 1994).

nes de la Modernidad. Así François Barre sintetiza, hablando de arquitectura y del proyecto del Parc de la Villette de París, las propuestas posmodernas:

> La ciudad de hoy no se organiza más alrededor de un centro, lugar neurálgico de su historia y de sus instituciones, polo de su resplandor y clave de su organización [...]. Los centros se multiplican (luego entonces, ¿dónde queda el centro?), la periferia productiva y multiforme se desarrolla más rápidamente que la antigua ciudad. Lo periférico se transforma en mayoritario, las minorías se activan y las redes se forman. Los grandes discursos ideológicos se fisuran. Los modos y los estilos de vida se diversifican, pérdida de unidad, pérdida de poder (o del poder). Mestizaje de las culturas. La ciudad ya no celebra la unidad central sino la pluralidad y la periferia (Gómez Sánchez 1990: 15)[7].

Como siempre, se han utilizado los mismos criterios y categorías para hablar de similares manifestaciones en otras partes del mundo, *in primis* en América Latina. Es verdad que, contemporáneamente, algo similar pasaba en América Latina, pero el asunto es más complejo. En efecto, mientras que en Europa se ha gritado el fin de la Historia, el fin de las Utopías –que significa sólo fin de su propia Historia y de su propia Utopía– los pueblos y los grupos marginados y *otros*, hasta ahora objeto, han intentado adueñarse de aquel pasado que les había sido negado por la invasión del sujeto europeo, para reconstruir otras Historias y otras Utopías.

Papel incómodo el de América Latina, naturalmente, y que obliga a continuos reajustes e intentos de asimilación e

---

7 Es suficiente pensar en la tipología y la función de la Plaza Mayor, en España e Hispanoamérica, para confirmar lo dicho.

imitación, como reconocen prestigiosos críticos que rechazan el eterno papel de subordinación y pasividad frente a Europa & Company:

> Y nosotros, moradores de regiones periféricas, espectadores de segunda fila ante una representación en la que muy pocas veces participamos, vemos de pronto cambiado el libreto. No terminamos aún de ser modernos –tanto esfuerzo que nos ha costado– y ya debemos ser posmodernos [...] Si América Latina no ha alcanzado aún un nivel de industrialización mínimamente decoroso, ¿cómo hacerse eco de un fenómeno que se ha caracterizado como propio de la llamada sociedad posindustrial en la fase del denominado por Frederic Jameson 'capitalismo tardío'? (Mateo 1995: 5-7).

Dicho de otro modo, en palabras de Jacqueline Kaye, «ninguna sociedad puede tener una *economía subdesarrollada* y una *cultura desarrollada*» (Benedetti 1974: 164).

Es esto, en cambio, lo que pretenden los que aplican a la literatura latinoamericana el canon occidental y su 'dominante histórico-cultural', y que ven la última y no tan última literatura hispanoamericana como anticipación de la literatura posmoderna. Esto significaría simplemente ser una vez más objeto, exótico y cautivador, de análisis y teorías nacidas en y para otros contextos:

> Muchos de estos análisis son realizados al margen de la propia dinámica a que responden estos textos, y de su peculiarísimo devenir, lo cual deja la sensación de que se ha producido, en relación con ellos, una apropiación superficial que desconoce su función y significado mayor en su contexto preciso, para subordinarlos a categorías ya existentes en un discurso crítico ajeno (Mateo 1995: 9).

Efectivamente, ya en la primera mitad del siglo XX en la América hispánica habían surgido corrientes o modalidades narrativas, como el indigenismo literario o el realismo mágico, escuelas etnoantropológicas e historiográficas, que dieron 'versiones de los vencidos' críticas hacia la Historia oficial y los procesos identitarios impuestos por la cultura dominante, versiones que hasta aquel momento se habían transmitido sólo oral, pictográfica y poéticamente, a través de leyendas, mitos, creencias, cuentos, inscripciones, etc., o habían sido recogidas con objetividad muy relativa por copistas, estudiosos o religiosos occidentales, o se habían infiltrado en la alta literatura. 'Historias de los vencidos' que venían traducidas –de un idioma a otro, de la oralidad (o de otras formas de escritura y representación ajenas a la cultura dominante) a la escritura– con actitud de historiador, de narrador o de artista.

Incorporar textos latinoamericanos al corpus literario posmoderno, según las categorías acuñadas en Europa y Estados Unidos, negándoles un contexto propio, específico y significante, sería entonces como perpetuar esta otra sutil forma de colonialismo cultural, lo que no sería sino otro disfraz del principio de la Modernidad: negar lo diferente, vaciarlo de contenido, fagocitarlo. Definir como posmodernos –o adelantados hispanoamericanos de la Posmodernidad– a Borges, Vargas Llosa, Cortázar, Puig, Lezama Lima, significaría solamente decontestualizarlos y re-venderlos «con una etiqueta que, sin mayores mediaciones, no nos corresponda o nos corresponda sólo parcialmente» (Mateo 1995: 10): «Para Douwe Fokkema, por ejemplo, *postmodernism* es 'el primer código literario originado en América y que influye sobre la literatura europea', y su escritor más importante ha sido Borges (Rincón 1989: 61). John Barth,

por su parte, ve en *Cien años de soledad* la obra maestra de la Posmodernidad, y en su autor, Gabriel García Márquez, 'un postmoderno ejemplar y un maestro del arte de narrar historia' (Barth)» (Binns 1996: 159).

Es sobre todo Borges quien atrae la atención de los críticos en este sentido, ya que con él comenzaría la Posmodernidad (Toro 1991: 455), lo que me parece aún más grotesco: con tal de incluir al mundo entero en sus propias estructuras e ideologías, se admite que en la periferia se manifiesten problemáticas y se den respuestas que todavía no se han explicitado en el Centro.

Como sus colegas europeos y norteamericanos, y a menudo adelantándose a ellos, esos escritores recurren a prácticas rupturistas y desestabilizantes del canon occidental, como la ironía, la parodia, el pastiche, la estructura polifónica, la fragmentación de la narración y/o del personaje, y/o de la cronología, el planteamiento metaficcional, la escritura y estructura literarias que no anhelan la transparencia del 'grado cero'[8]. Todo eso es verdad y gratificante para la literatura latinoamericana –ser *vanguardia* de la europea–, pero hay que recordar que la cultura latinoamericana, con sus variedades internas, con su hibridización y su historia única e incomparable tanto con la de los países occidentales como con la de los países coloniales de reciente independencia y de Estados

8 Podemos enumerar muchos elementos desestabilizantes, seguramente no nuevos en la práctica de la escritura narrativa de Occidente: pero lo que es nuevo, y que nos permite hablar de 'nueva novela histórica' como subgénero caracterizado por estos elementos, es su compresencia en el mismo texto y en textos del mismo género, y aún más la conciencia con que se les utiliza y la falta de disfraces: visibilidad de los mecanismos narrativos y del carácter ideológico de la interpretación de la Historia.

Unidos[9], ha presentado desde su inicio esos caracteres que la Posmodernidad reconoce, ahora, como propios: el Códice Florentino y Bernardino de Sahagún, ¿no serían un ejemplo de hibridización y transliteración, de confluencia e intercambiabilidad de códigos y niveles de escritura/lectura?

Alfonso de Toro, uno de los más atentos estudiosos del fenómeno, incorpora la literatura latinoamericana al complejo de la Posmodernidad, si bien aclarando su *diversidad*: pertenece «a dos o más tipos de culturas» ya que está «constituida por un desgarrado sincretismo, se caracteriza por una gran disociación a todo nivel. [Aunque] el nivel cultural no tiene correspondencia con el económico», puede competir con el nivel europeo (Toro 1991: 453).

Demasiadas rectificaciones y distinguos para constituir una hermenéutica convincente. Rechazando la incorporación de las manifestaciones superestructurales latinoamericanas al mundo de la Posmodernidad, se ha propuesto entonces la incorporación de Latinoamérica al mundo poscolonial, pero tampoco esta incorporación parece libre de equivocaciones y ambigüedades. En efecto no se le puede considerar un país poscolonial porque su historia es muy diferente a la de los países africanos, asiáticos y antillanos, para los cuales se ha acuñado el término 'poscolonial', porque su colonización ha acaecido mucho antes de la colonización de Francia e Inglaterra en Asia, Africa y en el Caribe, y también su descolonización política y militar ha sido muy

9 Igualmente atípica es la posición de Estados Unidos, país poscolonial y al mismo tiempo líder de la Posmodernidad. Desde una misma situación de poscolonialismo, en efecto, las Américas anglosajona y latina han desarrollado Historias diferentes con éxitos opuestos: la primera, punta de diamante del Primer Mundo, la segunda aún ahora pedazo de un Tercer Mundo que se interroga sobre su identidad e intenta descolonizarse económica y culturalmente.

anterior respecto a las independencias de estos países. La descolonización de América Latina dataría a principios del siglo XIX –la Independencia–, pero sabemos que fue sólo parcial, en realidad una lucha de clases –burguesía criolla[10] contra aristocracia española– y sólo recientemente los descendientes de los colonizados están recuperando dignidad y visibilidad: quien se *independizó* entonces no fue la población indígena o afroamericana, sino los mismos descendientes de los colonizadores, mientras los antiguos colonizados siguieron siendo marginalizados y subyugados por una clase blanca o mestiza, que a su vez representaba un anillo intermedio en la cadena de la relación centro-periferia[11] (después de la independencia, esta cadena es de tipo económico, técnico, cultural, y no directamente político y militar). Contadas son las voces disidentes, que van más allá de la oposición aristocracia-burguesía; pensamos en Simón Rodríguez, un Martí *ante litteram*, quien en 1828 reconocía el carácter manco de las guerras de Independencia tanto en el ámbito económico-social («entre tantos... ¡patriotas!... [...] no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres [...] ¿Y con quién se harán las Repúblicas? ¿¡Con Doctores!? ¿¡Con Literatos!? ¿¡Con Escritores!?») como en el étnico («En lugar de pensar en Medos, en Persas, en Egipcios, pensemos en los Indios», Rodríguez 1990: 36 y

10 El sujeto criollo se ha identificado «en su conciencia con los modelos externos, a partir del reconocimiento de que éste era –y la formación cultural 'naturalizaba' ese reconocimiento– parte integrante de ese modelo. Dicha conciencia era tan firme que impregnaba a la nación deseada hasta envolverla en su imagen» (Lasarte Valcárcel 2003: 62).

11 Se puede hablar de 'centro' para la cultura hegemónica a nivel mundial, 'subcentro' para la cultura hegemónica local, y 'periferia' para quien es sólo objeto de investigación, análisis o creación (Lienhard 1999: 291).

38): naturalmente es, entre los intelectuales de la Independencia, entre los más olvidados o leídos sólo parcialmente.

Por eso, a pesar del desfase cronológico del proceso descolonizador, podemos aplicar a la situación latinoamericana la denominación –y las consecuentes categorías críticas– de poscolonial. Es decir, sufre todos los problemas de quien, después de haberse liberado del poder político, ha seguido siendo objeto del poder económico y cultural ajeno, del Occidente –Europa o Estados Unidos–, pero tiene algunos elementos y una tradición cultural básicamente de tipo europeo: 'otro Occidente' es la afortunada definición que Carmagnani da del continente latinoamericano.

Por lo tanto, América Latina, más que las culturas 'no occidentales' (donde una colonización más reciente y breve no ha producido fenómenos de mestizajes y sincretismos tan profundos como en las Américas), en esta crisis global de la Modernidad sufre un doble choque, o mejor sufre la crisis de la Modernidad desde una doble perspectiva: en cuanto país poscolonial, desde las historias y herencias coloniales, y en cuanto parte periférica de Occidente, desde los límites de la hegemonía de la historia occidental. La independencia latinoamericana

> no es considerada como un proceso prematuro de descolonización y su posición como un grupo de países del tercer mundo no siempre es aceptada. Esta es otra de las razones por las cuales el concepto de postcolonialidad sólo comenzó recientemente a ser discutido en los círculos académicos latinoamericanos de los Estados Unidos, y se mantiene mayormente ignorado en los países de Latinoamérica, mientras que los conceptos de modernidad y postmodernidad gozan ya de una extensa bibliografía, tanto en la academia de los Estados Unidos como en Latinoamérica, particularmente en aquellos países con una gran población de descendencia europea (p. ej., Brasil y el Cono Sur) (Mignolo 1997: 54).

Suerte de conflicto entre el ser y el querer ser, y confirmación de su doble alma y de la compresión histórica que ha sido desde siempre su destino. Como se le mire, América Latina parece predestinada a sufrir de forma radical –y a manifestarla literaria y artísticamente– la crisis de la Modernidad ya que participa de las dos instancias que rigen el concepto de Modernidad: centro y periferia, Europa y no Europa. Por lo tanto, en cuanto margen del Centro, y al mismo tiempo su víctima, no puede escaparse del destino de ser parte del afán de globalidad de nuestra época, en su doble vertiente, posmoderna (en cuanto cultura latina, y por lo tanto occidental, y desde casi dos siglos 'en vías de industrialización', es decir cercana al Paraíso del capitalismo) y poscolonial (en cuanto ex-colonia que, a pesar de casi dos siglos de independencia, no se ha descolonizado y, en cambio, ha ido marcando cada vez más sus connotaciones no-occidentales: indianidad, negritud, subdesarrollo, abandono del sueño de occidentalización). Por eso hay que buscar una 'tercera vía' para 'nuestra América mestiza':

> Mientras las teorías postmodernas expresan la crisis del proyecto moderno en el corazón mismo de Europa (Foucault, Lyotard, Derrida) y de los Estados Unidos (Jameson), las teorías postcoloniales hacen lo mismo, pero desde la perspectiva de las colonias que recién lograron su independencia después de la segunda guerra mundial, como es el caso de la India (Guha, Bhabba, Spivak) y el Medio Oriente (Said). Por su parte, las teorías postoccidentales tienen su lugar 'natural' en América Latina[12], con su ya larga tradición de

12 El asunto naturalmente es muy complicado porque la historia de la descolonización de América es muy variada y larga: por ejemplo, en la misma región geo-cultural –Antillas– cuyo nexo más vinculante y unificante sería el elemento afro, el proceso de descolonización se cumple durante casi dos siglos, y con resultados muy dispares.

> fracasados proyectos modernizadores. Común a estos tres tipos de construcción teórica es su malestar frente al nuevo despliegue tecnológico de la globalización a partir de 1945, y su profundo escepticismo frente a lo que Habermas llamase el 'proyecto inconcluso de la modernidad' (Castro Gómez 1999: 87).

Por lo tanto, por su misma participación marginal en el Occidente, o por ser un Occidente desterrado, extraterritorial, con mala conciencia hacia los aborígenes, con una descolonización llevada a cabo por los descendientes de los mismos conquistadores y no por los indígenas, no se puede encasillar ni en el Posmoderno ni en el Poscolonial, es decir que pertenece al Primer y al Tercer Mundo a la vez: por eso se ha hablado de 'Postoccidentalismo', de 'Modernidad inconclusa', pero yo preferiría apostar por una 'historia diferente', por una tercera realidad que con su mestizaje profundo –hibridación prefiere llamarla García Canclini (2001)– desde su mismo nacimiento ha interrumpido el sistema binario de la Modernidad.

A pesar de la política hegemónica de los criollos también después de la independencia, no se ha podido callar nunca la componente indígena que ahora, gracias también a la coincidencia con los postulados de los movimientos culturales de la Posmodernidad europea (con importantes adelantos ya desde finales del siglo XIX) han adquirido visibilidad y fuerza: ahora se puede hablar de conciencia madura de la hibridización, no como resultado sino como proceso de apropiación, recodificación y reflexión sobre los 500 años de historia americana, como proceso de intersección y transacciones, para que la multiculturalidad evite lo que tiene de segregación y pueda convertirse en interculturalidad. Hibridización no es fusión, que nunca puede ser paritaria y total,

sino que reconoce contradicciones y decentramientos, culturas fragmentarias tanto dentro del propio sistema cultural latinoamericano, como en relación con el mundo externo. Esta hibridación está presente en todos los niveles, desde el más interiorizado que es el de la cosmogonía o visión del mundo, que está relacionado tanto con la racionalidad que se mueve dentro de los paradigmas europeo-occidentales como con otro tipo de racionalidad, la de las culturas indígenas y negras.

Lienhard individualiza algunas etapas significativas de este proceso –él habla de «factores de perturbación estructural»– elementos de «las culturas indígenas –o mestizas arcaicas– sobre un sector de las culturas oficiales respectivas» que encuentran su máxima expresión «hacia 1600 en algunas crónicas de México y Perú», luego parecen extinguirse pero vuelven a manifestarse «en las luchas por la Independencia y, ya en el siglo XX, en el marco del indigenismo y neoindigenismo andino, del indigenismo mexicano y centroamericano y en ciertas obras de clasificación más compleja (Rulfo, Roa Bastos)» (Lienhard 1997: 4). Así, siglos antes de que en Europa se hablara de Posmodernidad y se buscaran en la literatura caracteres comunes para construir esa nueva categoría narratológica y cultural, en América ya proliferaba cierta literatura alternativa, que diera voz y visibilidad a los vencidos (los marginales desde el punto de vista étnico, económico, social, geográfico, sexual etc.) aun simplemente rompiendo y tergiversando normas, tendencias, géneros europeos asumidos por las capas dominantes (el 'subcentro') como su propia cultura, y adoptando recursos desestabilizantes como la fragmentación, la yuxtaposición, la parodia, la ironía, la transliteración, la alteración de sentido etc. Si en el caso de las crónicas de

Durán, Tezozómoc, Sahagún, Ixtlilxóchitl, se intentó inaugurar una real convivencia de hombres, lenguas, culturas, y al mismo tiempo no sofocar la voz del indígena con la mediación de la cultura europea, más a menudo, y sobre todo durante el imperio de Felipe II, se imponen relaciones de dominación que hoy diríamos global, desde la lengua a la religión, a las costumbres cotidianas, relegando prácticamente la vivencia indígena a la oralidad clandestina y a formas disfrazadas de autorepresentación.

Antonio Cornejo Polar, para el área andina, habla de una corriente literaria –escrita– heterogénea, presente ya desde los comienzos de la colonia, cuyos textos se caracterizarían «por la duplicidad o pluralidad de los signos socio-culturales de su proceso productivo» (Lienhard 1990: 12); las decoraciones escultóreas de las iglesias, por ejemplo, a veces son resultado de procesos sincréticos, mas a menudo son elementos primarios originarios ni siquiera disfrazados por elementos católicos. *Ollantay* es el ejemplo más esclarecedor. Pieza teatral en tres actos, escrita en quechua, fue representada por primera vez en 1780 ante Tupac Amaru, el mismo año en que éste se rebeló, y fue prohibida su representación en 1781, año en que fue capturado y matado (es difícil averiguar si y cómo la tragedia pudo influir en la rebelión). Trata de la rebelión de Ollantay contra el Inca Pachacutec, quien no quiso darle a su hija en esposa, aunque Ollantay se hubiera distinguido en batalla. El hijo del Inca permite las bodas y recibe a Ollantay como hermano. Tanto en la arquitectura como en la construcción de los caracteres de los personajes es evidente la filiación del teatro clásico griego (Metastasio) y del teatro del Siglo de Oro español, aunque otro rasgo igualmente evidente sea la nostalgia de la grandeza incaica y de sus valores ya perdidos.

Más recientemente, podemos pensar en *El Reino de este mundo* (1949), donde están presentes tanto la visión de los blancos como la visión de los negros de Haití –la muerte de Mackandal, por ejemplo, 'vista' de manera diferente por los negros y por los blancos–, así como «en el motivo del sol esculpido en los portales de varias iglesias de Huancavelica o de las orillas del Titicaca»; como afirma Lienhard,

> cada parte del público compuesto de españoles, por una parte, y de indios y mestizos, por otra, atribuirá un significado propio al motivo del sol 'mestizo'. En términos semiológicos, un mismo signo (el motivo del sol) pertenece a dos códigos distintos [...] La lectura indígena o mestiza de la imaginería católica, basada en el fenómeno de los signos superpuestos no puede sino calificarse de subversiva: bajo una aparente sumisión ideológica se oculta una resistencia paciente y ágil (Lienhard 1997: 10-11).

Empresa difícil pero no imposible, ya que América Latina había defendido desde siempre una alternativa a la Modernidad en formas diversificadas de resistencia: desde su inicio la literatura latinoamericana ha presentado caracteres rupturistas y desestabilizantes de resistencia al canon europeo desde esta 'periferia implicada', anticipando de varios siglos esas proposiciones posmodernas, a través no sólo de la literatura oral u otras formas de comunicación artística alternativa –el tatuaje en el Caribe, por ejemplo, luego asimilado y vaciado de sentido en la cultura occidental (Mateo 1995)– sino insertándose también en la literatura escrita y en las formas artísticas ortodoxas de la tradición occidental. Desde siempre a través del collage y del pastiche, de la hibridización, ha configurado 'un mapa nuevo', que el centro ha vivido en cambio sólo en época posmoder-

na, después de la puesta en discusión del sistema bipolar y de las nuevas inmigraciones desde los países pobres: no debemos seguir pensando en una etnicidad arquelógica sino en «la supervivencia de las etnias como parte integrada a la estructura del capitalismo pero productora a su vez de una *verdad cultural* que no se agota en él». De otra forma, caeríamos «en la trampa de atribuirle a la lógica capitalista la capacidad de agotar la realidad de lo actual» (Martín Barbero 1989: 33).

Hay, por último, una motivación ideológica que impide la asimilación entre la gran literatura latinoamericana –del *boom* y sus alrededores– a la posmoderna: como muy bien anota Niall Binns, si «la novela postmoderna europea y norteamericana surge en un ambiente más bien post-utópico [...] sobre el derrumbe de los grandes relatos totalizadores y progresistas de la modernidad» (Binns 1996: 162), las novelas del *boom* en cambio presentan como carácter dominante una «inflación ideológica» que se manifestó, según Donoso, sobre todo y en forma compacta, en «la fe en la causa de la revolución cubana» (Binns 1996: 162), y al fin de la Historia y de la Utopía oponen la fe en un renacimiento latinoamericano, esta 'tercera vía' que llevará a un lenguaje, a una identidad, a una política, a una crítica, a una literatura, auténticamente hispanoamericanas: hay que inventar nuevamente un continente, en oposición a aquella 'invención de América' (O' Gorman 1958) que la Historia oficial europea construyó alrededor de Colón y sus seguidores:

> La nueva novela hispanoamericana se presenta como una nueva fundación del lenguaje contra los prolongamientos calcificados de nuestra falsa y feudal fundación de origen y su lenguaje igualmente falso y anacrónico (Fuentes 1972: 31).

En este sentido, la nueva novela histórica latinoamericana se asemeja más a la orientación épica de la novela histórica tradicional, la última posibilidad para un pueblo de escribir su epopeya, enalteciendo sus hazañas pasadas y preocupándose por el destino de toda una sociedad más que por la de un individuo.

Reconociendo algunas coincidencias superficiales entre estas obras y las que consideramos posmodernas (por contagio, por imitación, o más bien porque responden a una misma exigencia de rebelión contra los principios de la Modernidad), en el análisis de algunas novelas históricas latinoamericanas, utilizaré y haré referencia a similares experiencias europeas y a sus estatutos críticos (no olvidando, por ejemplo, que una similar coincidencia se dio en las formas *superficiales* entre surrealismo europeo y realismo mágico latinoamericano, como bien *descubrió* Carpentier en su introducción a *El reino de este mundo*).

Pero cuidado: se habla mucho de la 'visión de los vencidos' como respuesta poscolonial a la visión occidental tradicional: ésta, según mi parecer, no sería sino una etapa intermedia hacia la disolución de cualquiera visión unívoca del sistema binario de la Modernidad. Con la crisis de esta última a lo largo de todo el siglo XX surgen y se imponen las vertientes hasta ahora dominadas (mujeres, neros, homosexuales, indígenas etc.) que de alguna forma todavía se insertan en el sistema de la modernidad, sólo invirtiendo los términos de centro/periferia. Es una etapa necesaria para llegar al rechazo de cualquier Verdad, de cualquier interpretación unitaria del Mundo y de la Historia.

Lo Poscolonial sería exactamente esta etapa, de subversión y sustitución de un episteme por otro: *Xicoténcatl*, *La Araucana*, *El Reino de este mundo*, y García Márquez,

Asturias, Arguedas y un largo etcétera representan esta etapa de 500 y más años, que es también el largo viaje de Latinoamérica hacia su propia Modernidad, obstaculizado por el imperialismo yanquee –y ahora global– que ha sustituido el tradicional colonialismo europeo.

Así, mientras que confirmo mi indisponibilidad para considerar la literatura latinoamericana como posmoderna, sí estoy convencida, y mi estudio apunta a esto, de que la literatura latinoamericana desde la Independencia hasta ahora ha trazado su trayectoria hacia la independización, hacia la conquista de su propia voz y su palabra, desde la condición colonial a la independencia no sólo política.

Las grandes obras a partir del *boom* expresan la etapa madura de este proceso, pero no todavía la entrada de América Latina en su Posmodernidad. Y si algunas dudas nos vienen de Borges, Puig u Osvaldo Soriano, es sólo porque allí, donde no ha permanecido viva ninguna gran cultura no-hispánica y donde hubo el gran 'aluvión migratorio', el mundo urbano ha asimilado más el modelo yanquee-occidental. Sin duda Argentina y en medida menor Uruguay –sus capitales, sus culturas urbanas– desde principio del siglo hasta la década de los 60 han constituido la vanguardia de una ilusoria Modernidad latinoamericana –bienestar, fe en el progreso, primacía del sujeto hombre blanco alfabetizado etc.– sólo marginalmente *manchada* por 'lo americano', es decir por la emergencia del *otro*: pero era una Modernidad inconclusa, impuesta y periférica, y por eso ha sentido en su piel antes que Europa la crisis de la Modernidad y por eso un Borges pudo adelantarse a la misma Europa con su Babel, su Laberinto, su desautorización de la Verdad y del Texto escrito.

Ahora el *otro* toma la palabra, pero no puede simplemente destruir o invertir los polos de la dialéctica. Debe ser radical y creativo:

> El pasado se deconstruye y no se elimina. No se trata de recuperar, de emplear partes del pasado, sino de elaborar y perlaborar ciertos proyectos que el colonialismo y el neocolonialismo reclamaban como suyos, por ejemplo, la emancipación de los colonizados a través de premisas de los colonizadores y sin un diálogo. 'Re-escribir' el colonialismo significa haberlo 'digerido' de tal modo que desaparece como categoría determinante y abre una proyección al futuro haciendo posible el presente (Toro 1999: 34).

Siendo la novela histórica un género que habla del pasado para conocer el presente, un género en el cual no se puede prescindir del contexto, es evidente que refleja más que otras obras problemáticas e idiosincrasias del tiempo del escritor; es también el género en el que el escritor no puede aislarse en la neutralidad de su torre de marfil: tiene que tomar partido y elegir sus héroes y antihéroes. Es en las novelas históricas de los siglos XIX y XX, género fuertemente marcado por la cultura occidental dominante, por lo tanto, que buscaremos indicios de esa resistencia del mundo indígena resaltando también elementos que esclarezcan las etapas de la evolución del pensamiento americano, de una etapa tradicional y ortodoxa, fiel a la Modernidad occidental, a otra de rebelión y de apuesta por una independencia postoccidental.

1.3. Historiografía vieja y nueva

Esos cambios hermenéuticos e ideológicos no han tocado por supuesto sólo la literatura, sino que se hicieron evidentes

en principio en la historiografía, cuyo estatuto naturalmente varía en el tiempo como cualquier expresión del pensamiento humano[13].

Con las primeras crónicas estamos en plena historiografía medieval en la que las 'marcas de historicidad' son todavía las de los sentidos: la particularidad de la Conquista, su lejanía del *centro*, su carácter primerizo, la falta de fuentes y documentos precedentes (por el rechazo y la destrucción de

---

13 Muy sumariamente, podemos resumir la evolución de la historiografía en el mundo occidental: en la antigua Grecia la Historia da noticias de lo visto o aprendido por medio de preguntas: vista y oído, sentidos completamente subjetivos; en el Imperio Romano, se racionalizan y se sistematizan los conocimientos de los griegos, en obras enciclopédicas de tipo histórico-geográfico.«Los siglos siguientes fueron testigos del inexorable ocaso del imperio [romano], extinguiéndose con él el espíritu racional […] En la nueva Europa, ahora cristiana, se accedía a la sabiduría intuyendo los designios divinos. La Biblia irrumpió en todas las disciplinas del saber, y sus preceptos eran considerados fuente y expresión máxima del conocimiento» (Magasich-de Beer 2001: 13). Durante esos siglos oscuros se olvidan los conocimientos geográficos y la concepción racional del mundo propios de las épocas clásicas e impera la visión teocéntrica, confesional y acrítica. En Italia, en el siglo XV, se empieza a afirmar la historiografía textual, basada en el estudio y la confrontación de las fuentes (Lozano 1987), vienen recuperados los conocimientos de la Antigüedad y confrontados con los nuevos conocimientos geográficos. Respecto a la Conquista, la nueva historiografía se impone entre los historiadores y los cronistas mayores a partir de Fernández de Oviedo quien, en sus numerosos viajes a Italia, tiene la oportunidad de acercarse a las tendencias del humanismo del tiempo y de confrontarse con Giambattista Ramusio, el cual ya aplicaba el método del contraste crítico. Con el Siglo de las Luces desde el punto de vista metodológico se afirma la necesidad de someter a juicio cualquier información, tradición, discurso historiográfico anterior, y desde el punto de vista ideológico se impone la supremacía de la cultura y del hombre occidental, siendo este siglo el ápice de la época de la Modernidad. También en el siglo XIX el romanticismo y el positivismo siguieron reconociendo a la historiografía un papel importantísimo en las ciencias humanas como instrumento objetivo para el conocimiento de la Verdad.

los documentos indígenas) radicalizan aún más la importancia de la vista y del oído[14] como fuentes de conocimiento y de Verdad, junto con los textos sagrados, considerados referenciales y depositarios de la Verdad, lo que justifica tantos equívocos visuales, tantos espejismos y tantos perjuros.

> La Sacra Escriptura testifica que Nuestro Señor hizo al Paraíso Terrenal y en él puso el árbol de la vida […] San Isidro y Beda y Estrabón y el maestro de la historia escolástica y San Ambrosio y Scoto y todos los santos teólogos conciertan que el Paraíso Terrenal es en el Oriente […] Grandes indicios son éstos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sacros teólogos, y asimismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo (Colón 1990: 216-218),

escribe Colón durante el tercer viaje. Sin duda en las crónicas emerge la realidad que corresponde al modelo cultural de la época o, como se diría hoy en día, al imaginario colectivo de aquel momento muy delicado de transición entre la cosmovisión medieval homogénea y hondamente condicionada por las Sacras Escripturas, la mitología y las *mirabilia* medievales, y las nuevas propuestas del pensamiento laico y racional del Renacimiento. Resulta un dudoso limen entre realidad y fantasía, que encontrará fecundo alimento precisamente en los hallazgos del Nuevo Mundo, que parecen convertir en realidad mitos y leyendas del Viejo Mundo y hasta las 'his-

14 Naturalmente el oído, más que la vista, es fuente de un sinnúmero de equívocos en la comunicación entre conquistadores y nativos.

torias mentirosas' de las novelas de caballería. Más que como textos historiográficos, hoy podemos leer las crónicas como novelas, como género mixto de verdad y fantasía, o como muestrario de las ideas y del imaginario colectivo de la época. Aun cambiando metodologías y teorías hermenéuticas en el paso de la Edad Media a la Modernidad, la historiografía sigue ocupando un lugar céntrico en el conjunto de las ciencias humanas[15] y siendo absolutamente eurocéntrica también cuando interpreta y juzga otros mundos y otras culturas: la suya es la única Verdad.

Sólo en el siglo XX[16] se desmorona el imperio de la historiografía, que hasta entonces había tenido en sujeción a las demás ciencias, tanto las ya existentes como las recién nacidas: antropología, sociología, economía, mitología, psicología, etnografía, ciencias políticas. Por lo tanto, se vuelve necesario un proceso de re-lectura de la Historia, como lo vino afirmando la escuela de los *Annales* de París, fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre: el campo de la Historia, desde el ámbito cerrado de la Oficialidad y de la Política, del Documento y de la Verdad unívoca, se amplía a la vida cotidiana, al imaginario colectivo, a la periferia, a la oralidad, a la pluralidad y relatividad, al estudio de las histo-

---

15 La Historiografía ha ocupado siempre un lugar liminal entre las disciplinas nomotéticas –capaces de formular leyes generales– y disciplinas ideográficas –restringidas a análisis descriptivos: el positivismo la acercó a las primeras, el idealismo y la crisis de la Modernidad la ponen en el mismo nivel de todas las disciplinas que estudian la sociedad humana, diacrónica y sincrónicamente.

16 No faltan por supuesto raros casos de adelanto, como el de Ercilla que quiere –y lo declara en su texto– rescatar del olvido precisamente lo que la historia oficial había relegado al olvido: «No pongo su proceso en esta historia que dél la general hará memoria» (*La Araucana*, canto XIII). Igualmente, no podemos atribuir a este texto una conciencia historiográfica impropia inexistente en los siglos coloniales.

rias parciales (de la mentalidad, de la religión, del derecho, de la cultura material, de las mujeres, de los usos alimenticios y las costumbres sexuales), de las micro-historias (de ciudades, comunidades, etnias), de los escritos autorreferenciales y testimoniales, etc.

Si bien con un paréntesis en los años 60 (el auge del estructuralismo que ambicionaba a una ciencia objetiva y sistemática en todos los campos, desde la lingüística a la historiografía: la estructura antes y encima de los hombres) ya a partir de los 80 la historiografía ha recompuesto su ámbito de investigación confiando nuevamente y con mayor fuerza un papel a lo humano en el acontecer histórico: poner al hombre en el centro, a todo hombre, destronizar a los protagonistas –los vencedores– y recuperar, con más libertad y creatividad, todo lo que la Historia oficial y la novela histórica clásica, y también las ambiciones de objetividad del estructuralismo, habían borrado y marginalizado. Se ha hecho cada vez más narrativa y menos estrictamente documental; ha reconocido que la Historia es accesible sólo a través de un texto narrativo que permita 'contar la historia' y se ha puesto casi en competencia con la narrativa histórica. Hayde White en su *Metahistory* (1973) y Jacques Le Goff[17] son, entre los historiadores, los que afirman más decididamente que la *escritura de la historia*, bajo cualquier forma,

17 Muy interesante es su discurso de aceptación de la Laurea honoris causa otorgada por la Universidad La Sapienza de Roma en 2000, en el que resume la historia de los *Annales* y la apuesta por una «antropologia storica raggruppante storia, sociologia e antropologia animate dalla ricerca e la spiegazione del cambiamento delle società nel tempo su tutti i piani. [...] La storia deve ritrovare un oggetto sintetico e spezzare la catastrofica frammentazione in storia politica, sociale, economica, culturale, storia dell'arte, del diritto, eccetera» (Le Goff 2000). Es cierto que esto, ahora, parece una utopía: estamos en el momento de la necesaria deconstrucción de la Historia monolítica e imperialista, luego vendrá la reconstrucción.

necesita sí referentes concretos, pero también su narración y su explicación, lo que hace que el discurso historiográfico tenga mucho parecido con la narrativa histórica.

Hoy todos estamos convencidos, aunque no olvidemos que es conquista cultural muy reciente, de que no existe la Verdad, que hay (casi) tantas verdades como hombres, y que la vista transmite al cerebro no la escueta imagen física, sino su elaboración e interpretación cultural; además, cualquier acaecimiento al volverse discurso se ficcionaliza, es decir que viene narrado a través del filtro de la cosmovisión del sujeto que ve e interpreta: «el concepto de verdad ha perdido su valor ontológico y absoluto y se entiende como una categoría pragmática y relativa a los marcos culturales, a los tipos de discursos y a los sistemas de creencias vigentes» (Fernández Prieto 1998: 34). Por otra parte, en estos años «La propia historia se ha visto obligada a aceptar la disidencia en su seno: las otras historias posibles, el revisionismo histórico como alternativa a la historia dominante, la versión individual frente a la oficial» (Aínsa 2003: 48-49).

Se impone definitivamente la idea de que la Historiografía no reproduce la realidad, sino que la construye, y que siendo una operación cultural es decididamente producto de un sujeto y de su contexto, es decir, va «modificando la interpretación a medida que cambian perjuicios y tabúes, reglas sociales y mentalidades» (Riccio 1985: 480).

De un extremo a otro hay un sinfín de matices que otorgan mayor o menor relevancia al hecho o al documento que lo atestigua: es decir, ¿existe el hecho antes de que alguien lo cuente?, ¿el hecho histórico es previo o consecuencia de la construcción narrativa que lo relata?, ¿hay diferencias sustanciales entre el discurso historiográfico y el narrativo que partan de los mismos documentos? Deja-

mos naturalmente estas disquisiciones de filosofía de la historia porque nos tocan sólo parcialmente, y es suficiente haberlas indicado.

Lo que nos interesa subrayar ahora es que 'la historia nunca es inocente' y que cualquier construcción narrativa basada sobre documentos y hechos averiguables nace de y lleva a un proyecto político y a un modelo de nación y de identidad. Como afirma Foucault, «el documento es también monumento: expresa el poder social del pasado al constituir una memoria de los hechos y así expandir ese poder hacia el futuro» (Calabrese 1994: 55-56).

1.4. Historiografía y Literatura

Podemos decir que en América Latina textos ficcionales y textos referenciales han nacido conjuntamente, siendo las primeras crónicas textos híbridos, de función y recepción historiográfica y vocación y realización literaria (los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, los *Naufragios* de Núñez Cabeza de Vaca) (Pupo Walker 1982). Si entonces esta transdisciplinaridad pasó desatendida, o fue interpretada como consecuencia inevitable de la nueva condición que vivían los cronistas –la nueva «familia textual» (Mignolo 1982: 58) de las crónicas y relaciones de Indias– en las últimas décadas del siglo XX ha sido reconocida como propia de cualquier *discurso:* la escritura de la Historia se basa sí sobre referentes concretos, pero los narra y explica, según las mismas prácticas narrativas de los demás *discursos* («delimitación de un objeto, [...] establecimiento de un principio y un final, [...] diseño de una secuencia de casualidad, [...] elección de una perspectiva y de un narrador, [...] selección, ordenamiento y jerarquización de los materiales, [...] modalización

lingüística, [...] manejo de recursos como la intriga, la elipsis, la dosificación de información, la ambigüedad» (Pacheco 1997: 75), lo que hace que el *discurso* historiográfico tenga mucho parecido con la narrativa histórica. En caso contrario, sin estas intervenciones del narrador, no habría narración, sino episodios y retratos sueltos sin ninguna relación entre sí, mientras que tanto el discurso historiográfico como el literario narrativo dan un sentido coherente y consecuencial a lo que narran: lo interpretan.

Con estas adquisiciones hermenéuticas nuevas, ha sido posible releer los textos historiográficos del Descubrimiento como textos que *inventaron* América encontrando en ella lo que Europa estaba buscando: Beatriz Pastor habla expresamente de

> *ficcionalización* para calificar la suma de los procesos de deformación a que se ve sometida la realidad americana en el contexto del discurso narrativo de Cristóbal Colón […] puesto que la caracterización de la realidad americana […] tiene como resultado una creación verbal mucho más próxima a la ficción que a la realidad que pretende fielmente representar (Pastor 1983: 105).

Las 'mentiras de la historia' del Descubrimiento y de la Conquista se habían expresado antes en las crónicas y luego en las novelas históricas 'clásicas', que generalmente habían sido una verdadera epopeya del colonialismo europeo, o una crítica a aspectos parciales del mismo: ahora, en la segunda mitad del XX, para descolonizarse, se necesita subvertir aquel discurso desde sus mismas entrañas utilizando, si es necesario, además de su propia voz y su propia tradición alternativa, híbrida, los recursos y las adquisiciones de las nuevas historiografías y literaturas europeas: re-escribir

la historia de la Conquista y la Colonia desmantelando el *discurso* que los vencedores habían construido a través de crónicas, textos historiográficos y novelas históricas tradicionales, que hoy diríamos 'orgánicas al sistema'. Además,

> si nos atenemos a la índole discursiva y no sustancial, de ambas categorías (historia y ficción) el enfoque sufre un giro radical, por cuanto ambos modos discursivos tienen en común el hecho de ser relatos constituyendo una estructura significante narrativa... En tanto relato, el discurso histórico es una elaboración de los datos que provee la mera crónica[18]. Es decir, que no se limita a enhebrar hechos sucesivos sino que los organiza, selecciona e interpreta, efectuando un recorte metodológico sobre una masa contextual de datos... Así consideradas, tanto la ficción narrativa cuanto la historia se nos aparecen como discursos que sustentan una ilusión de referencialidad, ya que toda construcción simbólica producida en y por el lenguaje apunta a aquello que interpretamos a partir de nuestra experiencia codificada... Esta comparación no pretende negar a la historia su carácter verídico, pero pone de manifiesto su índole interpretativa e ideológica (Calabrese 1994: 53-54).

Podemos afirmar que historiografía y narrativa histórica utilizan la misma 'materia' (hechos acaecidos y los textos del pasado que los cuentan) y el mismo medio (el *discurso*), naturalmente con modalidades diferentes: los historiadores establecen con el lector un 'pacto referencial', es decir le

18 «Mientras las crónicas son abiertas en los extremos, es decir que empiezan simplemente cuando el cronista comienza a registrar los hechos, los relatos se estructuran en secuencias que marcan motivos inaugurales, otras que definen hechos de transición y, finalmente, aquéllas que indican los sucesos finales. El relato tiene, entonces, una organización, una ordenación de los hechos que se premedita para darle esa categoría de proceso» (Bueno 1994: 82).

reconocen el derecho de verificación de lo dicho y se obligan a la puntualidad de los datos históricos y a la exactitud de los documentos citados, mientras que el pacto del escritor con su lector es de tipo mixto referencial-ficcional ('casi-pragmático' lo llama STIERLE: 1987) y, por lo menos en la novela histórica tradicional, el autor respetará el pacto referencial cuando se trate de personajes históricos en la vida pública, mientras que tendrá total libertad con los personajes de ficción y con la vida privada de los históricos, siempre sin contradecir la Historia conocida y documentada[19]. Lo que determina la diferencia es, por una parte, la intención del autor y el pacto que estipula con el lector al cual debería mantenerse fiel a lo largo del texto y que hace manifiesto a través de una serie de recursos, como el paratexto, el uso de la primera o tercera persona, la mayor o menor distancia temporal y emotiva que instaura, el margen de dudas o casualidades que insinúa en el lector, la presencia y la veracidad documentable de aquellos 'efectos de realidad' que jalonan la novela, y son constitutivos de la Historia (documentos, citas textuales, nombres y datos etc.).

Lo que varía en este *continuum* desde el hecho a su ficcionalización declarada es la cantidad y la calidad de intervenciones de quien narra, y de cómo lo narra: desde una hipotética neutralidad que reduce al mínimo las intervenciones –tampo-

---

19 Es un equívoco pensar que la novela histórica sea una forma de divulgación historiográfica. Esto puede valer en parte con la novela histórica tradicional, que divulga una u otra versión («docere et delectare») presentándola como objetiva mientras que la 'nueva novela histórica', al contrario, problematiza los conocimientos consolidados, destruye prejuicios, insinúa dudas y perplejidades, no repite sino crea. En la actualidad siguen escribiéndose, y con mucho éxito, novelas históricas tradicionales que banalizan las problemáticas presentadas, repiten esquemas sentimentales y románticos: es ya un género de consumo, con alta codificación.

co el escribano medieval era sin pecado– que se traduce en el 'grado cero' de la escritura, hasta la declarada y explícita manipulación del escritor contemporáneo: «El material histórico de la novela histórica es un material previamente 'discursivizado' o textualizado en el discurso historiográfico o en documentos. En este sentido, las novelas históricas, al trabajar con las Historia documentada o textualizada, no se constituyen en una representación discursiva de los hechos históricos sino de las versiones de los mismos» (Pons 1996: 66).

La novela histórica nace y tiene sus momentos de difusión y éxito en la contingencia de grandes cambios sociohistóricos: los historiadores piden ayuda a los escritores y se alían con ellos para dar una interpretación de esos cambios, construir la Historia oficial e imprimir la huella de los vencedores en la formación o modificación de la identidad nacional, *dirigir* la opinión pública en vista de posibles cambios futuros.

Para los latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX es evidente que haberse liberado del juego político y militar de la metrópolis no significó haberse liberado de todo el ropaje colonial y del *discurso* que con enfoques y cánones eurocéntricos había construido la imagen y la historia del continente, y por lo tanto su tarea será la de *inventar* las identidades nacionales, contribuir a transformar la mentalidad colonial en conciencia nacional: el escritor puede, a través de las novelas históricas (género recién nacido en Europa) dar su importante contribución a imponer uno u otro modelo de nación, eligiendo los momentos fundacionales de la[s] identidad[es] americana[s], héroes y antihéroes etc.

La nueva historiografía, nacida en Europa en los años 20, y re-nacida en las últimas décadas del siglo XX bajo los aus-

picios de la Posmodernidad, coincidiendo con el trayecto descolonizador latinoamericano, ha dado sus mejores frutos en América Latina, aliándose con la 'nueva novela histórica', al punto que, con un *discurso* una vez más eurocéntrico, se han aplicado también a la 'nueva novela histórica' latinoamericana los mismos parámetros críticos y hermenéuticos de la Posmodernidad europea:

> Esta es la característica más importante de la nueva novela histórica latinoamericana: buscar entre las ruinas de una historia desmantelada al individuo perdido detrás de los acontecimientos, descubrir y ensalzar al ser humano en su dimensión más auténtica, aunque parezca inventado, aunque en definitiva lo sea (Ainsa 1991: 82-85).

La nueva historiografía y, sobre todo, la nueva novela histórica, tienen un papel neo-fundacional: «El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia» (Fuentes 1976: 82). Los ámbitos en los que se puede desarrollar satisfactoriamente esta tarea son varios: la imagen de las poblaciones indígenas que en la historiografía oficial se había detenido en la etapa arqueológica de lo precolombino, y sólo la moderna literatura etnográfica «ha logrado, a través de un trabajo paciente e imaginativo, reducir esa zona [de oscuridad de siglos] y reconstruir, para algunas subsociedades y unos períodos relativamente largos, esa «otra historia»» (Lienhard 1990: 15), y los que hemos elegido como temas de nuestros estudios: el Descubrimiento (del Río de la Plata) y la Conquista (de México), eventos y modalidades cuyas interpretaciones desde siempre han sido condicionadas por un marcado signo ideológico.

En el momento de la *emergencia* del pueblo y de la afirmación de la clase burguesa en los siglos XVIII y XIX, historiadores y escritores habían coincidido en la creación de las identidades nacionales e del concepto de nación; en el momento del desmoronamiento del sistema capitalista burgués y del mundo de la Modernidad, vuelven a coincidir, pero en este caso en la de-construcción de aquella Historia que ellos mismos habían creado y en la re-construcción de una nueva Historia.

1.5. Novela histórica tradicional

Más que otros géneros, la novela histórica refleja la conciencia histórica del tiempo del escritor y, por lo tanto, propone una lectura de la Historia Oficial interpretada desde el presente. Además,

> las relaciones entre historia y ficción son históricas en sí: cambian con el tiempo y con los distintos paradigmas, géneros y/o modalidades discursivas dominantes [...] Los discursos de la nación, la literatura y la historia están entrelazados por medio de múltiples conexiones que adquieren características específicas y temporalmente determinadas: la historia usa modelos literarios y una de las principales preocupaciones de la historiografía es la formación de la nación; la nación se concibe en los términos ideológicos e históricos del proyecto liberal y se imagina, sobre todo, a través de la literatura; y la literatura, a su vez, se vuelve tanto histórica (e historicista) como nacional (Unzueta 1996: 13).

Así nace el género en Europa, por una serie de motivaciones convergentes relacionadas con este proyecto liberal: la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas y antinapoleónicas habían confirmado la fuerza económica y política

de la burguesía que se había adueñado del Poder[20] y al mismo tiempo habían favorecido un sentido de participación del pueblo a la idea de nación provocando el surgimiento de un sentimiento nacional o incipiente nacionalismo. Es decir, el género nace para responder a una necesidad de la clase burguesa, en el momento de grandes cambios, y las novelas históricas se convierten en

> campos de batalla donde se enfrentan lo nuevo y lo viejo, lo emergente y lo caduco, lo dominado y lo dominante, lo nacional y lo extranjero, lo utópico y lo atávico [...] no es la contienda cósmica entre el Bien y el Mal –es decir, el enfrentamiento entre esencias atemporales– lo que la novela histórica representa, sino el drama del cambio social y la temporalidad humana (Elmore 1997: 30).

Algo similar pasa en América Latina con las Guerras de Independencia y el desmoronamiento del Imperio: también la novela histórica latinoamericana sería, por lo tanto, expresión del proyecto político de la burguesía según la línea trazada por Lukacs, a quien responde como un eco Noé Jitrik afirmando que, en el siglo XIX como en el XX, la novela histórica nace, se modifica y reubica en consecuencia de grandes cambios sociohistóricos por los cuales puede pasar de forma residual a emergente o viceversa. Fenómeno aun más radical en América, donde se tuvo que inventar hasta los nombres de las naciones, antes partes indistintas de los virreinatos, lo cual por un lado hace problemático el concepto de nación como se entendía en Europa, y por otra parte con más urgencia pide a sus intelec-

20 De estas conquistas, naturalmente, quedaban fuera tanto el Cuarto estado francés como los indios y marginados americanos, y generalmente quedaron fuera también de la novela histórica, excepto, como veremos, muy pocos casos.

tuales que concurran a la formación casi desde cero del sentimiento nacional. Muy tempranamente, Bolívar en el *Discurso de Angostura* había sintetizado esta inédita condición:

> No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento, y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la invasión de los invasores (Bolívar 1819: web).

Como consecuencia de esta doble identidad –que equivale a falta de identidad– y de las contradictorias modalidades del proceso de independización, encontramos el rechazo del pasado colonial español, pero no de la herencia europea: en teoría han sido guerras descolonizadoras, es decir que su objetivo era el de rechazar la dependencia de la metrópolis y afirmar la autonomía y la autogestión americana, pero se hicieron no en nombre del elemento autóctono sino de la burguesía criolla, que buscaba la independencia económica y política pero al mismo tiempo se sentía parte de Europa y nunca quiso renunciar a su 'occidentalidad'; como ha escrito Miguel Rojas Mix, el hispanoamericano de la Independencia

> de paso descubre al indio, al mulato y al negro. Rehace su historia y se descubre él mismo en cuanto criollo. Pues esta literatura es la literatura de una clase. Es ella la que escribe, ella la que habla de Hispanoamérica. El primer hispanoamericanismo es una identidad criolla (Rojas Mix 1993: 62).

Esa misma clase burguesa necesita escribir ahora su propia historia, buscando en el pasado los mitos, los héroes, las razones de una identidad nacional todavía en cierne. Una

burguesía criolla que goza del mismo clima histórico-cultural de la burguesía europea: fe en el progreso científico y tecnológico, en el proyecto histórico político de la emancipación humana y en la certidumbre acerca de la superioridad absoluta del modelo cultural de Occidente. A pesar de la reciente independencia y del sentimento de rencor hacia la ex-madre patria, sigue sintiéndose parte del Occidente y confía en que sus propios males sean consecuencia de la mala administración borbónica que se podrán subsanar gracias a la fuerza de las jóvenes repúblicas. Y si en Europa, la nueva clase en el poder buscó en la Edad Media el origen de las nuevas naciones que iban surgiendo, naturalmente los criollos americanos no pudieron ir más allá del Descubrimiento y la Conquista, la época fúlgida del imperio español, aunque reconociendo violencias y usurpaciones, cuando no genocidios, pero confiando siempre en un sano y glorioso porvenir *occidental*. Esto determina en máxima parte el rechazo del pasado prehispánico, pero no falta, sobre todo en contextos de fuerte presencia indígena o mestiza, la exaltación de personajes históricos nativos (*Xicoténcatl*) en contraposición a la crueldad de la conquista y a la ineficiencia y corrupción de la colonia. En otros contextos, al 'Mal' –la colonia– se le puede oponer un 'Bien' constituido por criollos buenos, y hasta por enemigos tradicionales de España, como los piratas ingleses (*La novia del hereje* de Vicente Fidel López, 1854).

Cualquiera que sea la identificación del 'Bien' y del 'Mal', con la Independencia no desaparece la visión eurocéntrica, en sus diversas variantes pero todas con aspiraciones totalizadoras y omnicomprensivas:

> La concepción positivista, la concepción romántico-nacionalista y la concepción marxista surgen como teorías omnicomprensivas de la sociedad, vinculadas a una visión particular

> del proceso histórico, a una 'filosofía de la historia', la cual se convierte en fundamento de la consideración científica de los procesos histórico-sociales (Yturbe 1993: 218).

Con estos presupuestos las novelas históricas hispanoamericanas, aun de escritores liberales y progresistas, no pudieron sino recalcar este esquema: la colonización y la evangelización como necesidades de la Historia –y de la Divina Providencia– para imponer la única Civilización y la única Religión, y las Guerras de Independencia como necesaria lucha contra los desvíos– injusticias, violencias, abusos del Poder civil, militar y religioso– de la época de la Colonia, y afirmación de la 'mayoría de edad' de los criollos –pertenecientes a la cultura dominante, occidental– que tienen que emanciparse de la lejana y atrasada madre-patria, sin nunca desconocer el papel civilizador de la Conquista.

Esta idea de nación proyectada hacia el futuro, desprendida de la historia colonial sentida como negativa, va construyéndose gracias a la «producción textual (periódicos, historiografía, literatura, música, himnos nacionales etc.)» (Unzueta 1996: 20) y por eso se puede entender el gran afán de intelectuales criollos comprometidos en esta tarea. Realizada la Independencia política, hay que realizar «una cultura, una literatura, una gramática y una filosofía americanas» (Zea 1949: 35) que seleccionen del pasado el legado positivo y borren el negativo:

> Las gestas libertadoras y algunos hechos del pasado colonial que las anticiparon, comenzaron a ser rescatados y ordenados en relación con un proyecto que implicaba, inevitablemente, el repudio de ciertos elementos valorativos que habían constituido el esquema axiológico de la colonia española, pero que no fue y no pudo ser nunca un rechazo total de los mismos (Roig 1981: 62-63).

Naturalmente no se puede indicar una única episteme para toda la clase dirigente criolla latinoamericana: demasiadas son las diferencias entre las diversas regiones americanas (bastaría pensar en la repartición de Darcy Ribeiro en *Pueblos testimonio, nuevos* y *trasplantados*) para teorizar un único modelo de 'origen de la nación' y de 'nación', una solución unívoca a los enfrentamientos entre Bien y Mal, Civilización y Barbarie, que sustentan la trama de cualquier mito fundacional, *romance* o novela histórica, oponiendo al héroe su contrario, idealizándolo y consignándole las últimas posibilidades de sentido épico en cuanto representante no de un destino individual sino de la sociedad entera[21]. Sería éste uno de los caracteres del *romance* en la terminología anglosajona y que podemos trasladar a la novela histórica: en estos textos la sociedad se representa en términos antinómicos cuyos ejes están determinados por los valores éticos de un grupo o sociedad, valores éticos que no son sino la forma aparentemente universal y ahistórica que asume la ideología dominante, que en el momento en que configura a sus héroes necesita también fijar al enemigo como radicalmente diferente (*otro*)[22].

Por otra parte Andrés Bello, uno de los Padres de la identidad americana, en *El repertorio americano* (1826), confía al intelectual una tarea difícil y de gran responsabilidad: «establecer el culto de la moral; conservar los nombres y las condiciones que figuran en nuestra historia; asignándoles un lugar en la memoria del tiempo» (Franco 1975: 57).

---

21 Así se dirigirá a Xicoténcatl, el héroe de las novelas que analizaremos más adelante, un antiguo enemigo suyo: «Tu patria no es ya Tlaxcala: la humanidad reclama tus servicios y un mundo entero te señala como a su libertador» (Anónimo 1964: 138).

22 Cfr. las interesantes consideraciones sobre el *romance*, la historia, las fábulas fundacionales y la novela histórica de Unzueta 1996: 75-76 y 82-85.

Se puede decir que es el discurso historiográfico que hace la Historia[23], y la alianza entre éste y la novela histórica[24] (por lo menos hasta cuando el intelectual estuvo involucrado, si bien en forma crítica, en la ideología dominante) ha dado buenos frutos, es decir que el discurso ficcional ha legitimado una situación de hegemonía/sumisión, o a menudo ha criticado una situación dada, sin por eso cuestionar el poder hegemónico que aquella situación representa (en el caso de latinoamérica, muchos discursos 'disidentes' sobre la Conquista cabrían en esta casilla, desde Garcilaso el Inca y Guaman Poma de Ayala a Simón Bolívar):

> Ninguno de aquellos intentos de liberación de América de la soberanía española contempla la liberación del indígena de la explotación a la que se veía sometido. Las rebeliones del siglo XV, desde Gonzalo Pizarro hasta Lope de Aguirre, expresaban una defensa de los intereses de la clase de los encomenderos, que pasaba por un proyecto de emancipación americana (Pastor 1983: 465).

---

23 En América esto es aún más evidente, ya que las crónicas *hacen* una Historia a la europea: la «revelación [de la realidad americana] en los relatos y descripciones de Colón fue con demasiada frecuencia una ficcionalización que se ajustaba a los términos de las formulaciones de modelos anteriores y ajenos a ella [...] desde el momento mismo del descubrimiento, Colón no dedicó sus facultades a ver y conocer la realidad concreta del Nuevo Mundo sino a seleccionar e interpretar cada uno de sus elementos de modo que le fuera posible identificar las tierras recién descubiertas con el modelo imaginario de las que él estaba destinado a descubrir [...] Colón no está informando sino ficcionalizando» (Pastor 1983: 47).

24 Podemos recordar otros elementos que concurren a la formación de las identidades nacionales, lo que las ciencias políticas llaman *nation-building*: proliferación de estatuas y monumentos, la musealización de ciertos objetos y no otros, las fiestas patrióticas, los programas y los libros escolares, etc. (Borsó 2010: 226-231).

Pero también es verdad que, desde sus mismos inicios, en la literatura latinoamericana se insinúa lo *otro*, esta faceta de lo americano que estorba la idea de progreso y de nacionalidad propia de la ideología burguesa. Ya desde el nacimiento de 'América Latina' –el nombre, aunque sucesivo, estigmatiza esta hibridización– el tradicional objeto de la investigación que hoy llamaríamos antropológica ha tendido a transformarse en sujeto gracias al lugar céntrico dejado a los informantes y a la relativa baja manipulación del discurso por parte de algunos *editores*: «Si bien numerosos 'testimonios' antropológicos –antiguos o modernos– no pasan de manipulaciones políticas más o menos evidentes de las voces nativas, otros se distinguen por el papel verdaderamente central que logran desempeñar los 'informantes' a lo largo del proceso de producción de los textos» (Lienhard 1999: 291). Pero aun así, aun reconociendo esas formas de resistencia y autenticidad indígenas, no podemos caer en la trampa de ver su voz y su mensaje en cualquier obra que defienda sus intereses concretos: como veremos en *Xicoténcatl*, a menudo es el escritor europeo quien se adueña de su voz para lanzar sus ataques al sistema colonial español, feudal e inquisitorial.

Los criollos –la clase que impulsa el movimiento emancipador de la Independencia– son parte integrante del sistema y de la cultura occidental a la cual no pueden ni quieren renunciar: se encuentran en la difícil situación que, si quieren afirmarse a sí mismos, tienen que matar al padre-España lo que equivaldría a matarse a sí mismos, o reconocerse parte de una *otredad* indígena que los aterroriza: esto explica el amplio abanico de soluciones narrativas y de matices ideológicos con los que cada autor intenta dar su contribución a la edificación de su nación.

Por las razones ya enunciadas, esa producción narrativa se inserta en la tradición occidental

> con su juego de oposiciones entre los opresores y los oprimidos, los poderosos y los desposeídos, el centro y la periferia, la civilización y la barbarie [...] reforza[ndo] el sistema binario de categorizaciones vigente en los aparatos metropolitanos de producción del saber (Castro Gómez 1999: 87).

Es decir, aun cuando se pusieran en escena indios buenos y blancos malos, era siempre la mirada europea la que focalizaba la situación, si bien con su mala conciencia de colonizador, que simplemente daba vuelta al sistema binario, intercambiando los roles. En muchas ocasiones, como en las mejores denuncias contemporáneas a los hechos, desde Bartolomé de las Casas hasta Guaman Poma de Ayala, se condena no la empresa colonizadora en sí, empresa inscrita en los designios de la Divina Providencia, sino la mediación española, que los ha hecho herederos de los mismos males que asolan la Península, el *atraso* con respecto a la Modernidad industrializada, laica y empresarial:

> Bello, Sarmiento, Bolívar, Alberdi, Juárez representan el surgimiento de un pensamiento fundador de las nacionalidades y observan críticamente el pasado colonial. Los pensadores independentistas ven el pasado colonial, bajo el imperio español, como el dominio de un imperio enemigo de la Modernidad, opuesto a ella. Para Sarmiento, España representaba a las fuerzas culturales movilizadas en el Medioevo: el poder de la monarquía católica absolutista. España era antimoderna, una parte 'bárbara' de Europa (Pérez 1999: 201).

La mayoría de las novelas históricas del siglo XIX hispanoamericano se ajustan a esta ideología y la legitiman pero,

según la nación de origen, su condición étnica y su microhistoria, proponen modelos diferentes de nación, de héroes y antihéroes.

Varios ejemplos apuntan en contra del poder inquisitorial, verdadero enemigo de cualquier modernidad y de la libertad (de religión, pensamiento, comercio etc.). Arquetipo de este subgénero[25] es *La novia del hereje* o *La Inquisición en Lima* (1846-1854) del argentino Vicente Fidel López, un alegato en contra de la España inquisitorial ficcionalizado a través de una historia de amor entre una pareja de distinta religión relatada por un narrador claramente liberal y anticlerical, gran admirador de Inglaterra, que utiliza en gran medida la historiografía inglesa y adopta su punto de vista. Quizás sean una ya fuerte influencia anglosajona en la región del Plata y la misma conformación étnica de Argentina, sin un pasado prehispánico *fuerte* al cual inspirarse para elegir héroes alternativos, los que empujan a buscar el 'Bien' fuera del ámbito regional: en este caso la historia se localiza en la Lima colonial, en 1578, que entonces era no sólo la capital de gran parte de la América Meridional, sino también el centro donde más activo era el Santo Oficio y por lo tanto más fuerte la opresión inquisitorial, y los héroes son el pirata Francis Drake y sus acólitos, que oponen a la rígida jerarquía, al conservadurismo, a la necedad e ineptitud de la colonia española, los principios liberales de procedencia anglosajona en el ámbito económico, político, social y religioso. Para conde-

25 Manuel Bilbao (Chile, 1829-1895) en Lima escribe y publica *El Inquisidor Mayor. Historia de unos amores* (1852) donde novela los horrores de los tribunales inquisitoriales en la Lima colonial. También en México el tribunal inquisitorial ha hecho muchas víctimas, y esto llega a ser uno de los elementos negativos de la colonia, por ejemplo, en *La hija del hereje, de* Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) *publicada por entregas* en el folletín de *El Fénix (*1848-1850).

nar a la España imperial, inquisitorial y antimoderna, a falta de héroes autóctonos, se puede acudir a un antiguo enemigo ensalzándolo como defensor de la libertad de comercio y de religión en oposición a la Inquisición que persigue a la católica María por sus relación con el hereje Henderson: el 'pirata' violento y despiadado de la historiografía española es, en la historiografía inglesa y en la obra del argentino, autor de «gigantescas hazañas, como gloriosos pasos de la humanidad en el camino de la civilización y del conocimiento del globo» (López 1917: 299). En una importante *Carta-Prólogo*, el autor expresa la estrecha relación entre discurso ideológico y discurso narrativo ya que, para narrar la lucha que la «raza española sostenía en el tiempo de la conquista, contra las novedades que agitaban al mundo cristiano y preparaban los nuevos rasgos de la civilización actual» (López 1917: 17), hay que escribir novelas históricas con extremo respeto de los hechos históricos y de la vida pública de los personajes ficcionalizados, y fantasía en la narración de la vida familiar, que debe confirmar los principios ideológicos proclamados en público:

> Como la verdad es que al lado de la vida *histórica* ha existido la vida *familiar*, así como todo hombre que ha dejado recuerdos ha tenido un rostro, el novelista hábil puede reproducir con su imaginación la parte perdida creando libremente la *vida familiar* y sujetándose estrictamente a la vida *histórica* en las combinaciones que haga de una y otra para reproducir la verdad completa (López 1917: 19).

Sería esto de la piratería un 'metagénero novelístico' (Varela Jácome 1993: 91-133) surgido del imaginario romántico (los piratas de Lord Byron y Espronceda), pero que bien encaja con la situación histórica hispanoamericana: si

los corsarios franceses, ingleses y holandeses en los siglos XVI y XVII eran los enemigos principales del imperio español y de sus ganancias, ahora en la reformulación de un modelo de nación moderna y liberal pueden asumir el rol de héroes positivos. Es el caso de Inglaterra –la enemiga histórica de la España imperial–, que además había intervenido diplomática y militarmente en la subdivisión territorial del Río de la Plata.

En *Soledad* (1847), del también argentino Bartolomé Mitre, hay otra posibilidad, ésta toda interna a la colonia: la oposición entre criollos conservadores y contrarios a cualquier cambio, dispuestos a todas las maldades para conservar el *status quo* y sus privilegios, y la nueva generación de liberales, generosos y leales. Soledad, casada con un viejo español del *ancient regime*, tentada por un joven vividor sin escrúpulos, a punto de caer viene salvada por un primo suyo recién regresado de las guerras de independencia y símbolo de las fuerzas nuevas y del progreso. Si bien no aparecen en primer término acontecimientos históricos, sino sólo alusiones a las batallas del Alto Perú que llevarían a la independencia de Bolivia (1826), la vida de los protagonistas está condicionada por estos eventos, cuyos marcos históricos están bien determinados. Además, la actuación de los personajes, también en la vida privada, es consecuente siempre a su postura política. En el prólogo, el autor sintetiza la misión que confía al género narrativo que, si bien no llama 'histórico', tiene todos los caracteres que hemos indicado arriba:

> La novela populariza nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial y de los recuerdos de la guerra de Independencia. Como Cooper en su *Puritano y el Espía,* pintaría las costumbres originales y desconocidas de los diversos pueblos de este continente, que tanto se prestan a ser poetizadas, y haría conocer nues-

> tras sociedades tan profundamente agitadas por la desgracia, con tantos vicios y tan grandes virtudes, representándolas en el momento de su transformación, cuando la crisálida se transforma en brillante mariposa (Mitre 1847: 3).

En el cercano Uruguay pasa algo ligeramente diferente en la superficie, no en el *discurso* de base. *Abayubá. Novela histórica* (1873) de Florencio Escardó y *Tabaré* (1886) de Juan Zorrilla de San Martín son obras de la literatura uruguaya del siglo XIX precozmente indigenistas, caso excepcional en el Río de la Plata aunque no en las regiones de 'pueblos testimonio'. En estas últimas, la presencia del indio era inevitable y apremiante, mientras que, en las *blancas* regiones rioplatenses, el indio o era el enemigo confinado en las reservas (y, por lo tanto, despreciable) o, supuestamente desaparecido, podía ser invocado nostálgicamente como raíz y modelo. Esto es lo que hace Escardó, en una postura revisionista de gran modernidad que no trata al indio como buen salvaje, víctima de la violencia blanca, visión maniquea y de matriz europea, sino que asume el punto de vista y el enfoque historiográfico indígenas y condena rotundamente no sólo algunos episodios sino la conquista en sí: «Conozco esa historia: he aquí lo que nos trae el estrangero, sangre, ruina, desgracia» (Rossiello 1996: 24). En un párrafo metanarrativo muy sugerente, invierte la dicotomía sarmientina lanzando una terrible autoacusación:

> El dictado de salvajes y bárbaros, perros infieles, etc., con que algunos historiadores los han clasificado, es injusto si se mira con raciocinio, pues muchos han lanzado el epíteto sin conocer sus costumbres. [En cambio, en] la defensa de la patria indíjena el heroísmo de sus hijos no ha alcanzado ese título [grabar en letras de oro en la historia el nombre de los héroes]; cuantos más héroes y patriotas fueron, mas bárbaros y salvajes los juzgó el mundo! (Rossiello 1996: 22).

Llaman la atención los diferentes papeles asignados al indio[26] en la construcción de las identidades uruguaya y argentina: héroe injusta y trágicamente destinado a la derrota en Uruguay, bárbaro salvaje o vacío histórico en las novelas argentinas. Es suficiente confrontar algunas declaraciones de los 'padres' de las respectivas naciones, para darse cuenta del 'proyecto de nación' que con sus actos y declaraciones querían imponer: Artigas, el héroe nacional uruguayo, ya en 1815, en la *Carta al Gobernador de Corrientes*, deseaba que

> los indios, en sus pueblos, se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho, y que sería una desgracia vergonzosa, para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta hoy han padecido por ser Indianos (Artigas 1970: 109).

Es verdad que con la derrota de Artigas termina también la política filoindianista del joven Uruguay: en efecto sus primeros presidentes lanzan las campañas de exterminio (Fructuoso y Bernabé Rivera, 1831-1835), consiguiendo casi totalmente sus propósitos, así que el indio, una vez *desaparecido*, como el gaucho, puede imponerse como héroe de papel, como nostalgia de un posible pasado mítico, como contracanto a la falta de pasado y al caos e indeterminación

26 Las condiciones etno-socio-históricas entre Argentina y Uruguay en este ámbito difieren notablemente ya que los indígenas, desaparecidos del Uruguay, en Argentina siguieron siendo una presencia marginal –geográfica y numéricamente– pero acuciante, por lo menos hasta la Campaña del Desierto de 1879.

del presente. Es la ausencia –en tiempos recientes, hasta se ha puesto en el Prado montevideano la estatua 'a los últimos cuatro charrúas' llevados a París para la Exposición Universal y luego *desaparecidos* en la civilizada Europa– la que permite la mitificación, acrecentada quizás por cierto sentimiento de culpabilidad y de vergüenza «en un país donde los indios ya no están, pero que viven en tanto memoria constitutiva de la identidad uruguaya, en tanto contenido ideal, mítico, a través de lo que ellos representaron» (Rodríguez Villamil 1996: 212). Muchas voces uruguayas aún hoy aconsejan no olvidar el origen indio:

> América Latina es un crisol de culturas y etnias autóctonas, europeas y africanas, aunque entre nosotros, localmente, Bernabé y sus pares hayan buscado a su manera la solución final con el genocidio indígena [...] Siempre vivimos, es obvio, la historia de los triunfadores de la historia, pero otra la acompaña, como la sombra al cuerpo, y conviene, cuando se puede, no ignorarla (Viñar 1992: 39)[27].

Las recuperaciones del indio y de Artigas operadas por la historiografía oriental aparecen íntimamente conexas precisamente en función anti-argentina: Artigas, que había defendido la marginalidad del indio en la nueva sociedad criolla para que pudiera conservar su cultura y sus tradiciones, fue a su vez marginalizado y criticado por quien, junto al indio, quería que desaparecieran la autonomía y la identidad uruguayas. 'Nuevo Átila' y 'caudillo nefasto' son los apodos que Artigas mereció por parte de la historiografía argentina

27 Recordamos que *Bernabé, Bernabé* (1988) del uruguayo Tomás de Mattos es una novela histórica de gran éxito, sobre las figuras del coronel Bernabé Rivera, el cacique Sepé y la campaña contra los charrúas (1831-1835).

por lo menos durante toda la época rosista y el Sitio Grande. Hasta Bartolomé Mitre[28] no pudo sustraerse a los prejuicios antiartiguistas –identificándolo como caudillo a secas y por lo tanto equiparable a Rosas– y hay que esperar por lo menos hasta 1860 para asistir a la rehabilitación de Artigas a partir del ya clásico *Vida del Brigadier general José Gervasio Artigas fundador de la nacionalidad oriental*, de Isidoro de María al que se asocia la labor sucesiva, historiográfica y literaria, de Acevedo Díaz[29].

En cambio, Sarmiento, en 1840, afirmando que los indios eran individuos 'asquerosos a quienes habríamos hecho colgar ahora', no hacía sino expresar un convencimiento homogéneo y continuativo ya que las tribus que vivían en tierra argentina[30] no dejaron de constituir una amenaza, hasta por lo menos la derrota impuesta por el general Roca en 1879 (alrededor de 50 años después de las campañas antiindios en Uruguay). De todas formas no cambia la actitud de los gobernantes e intelectuales argentinos ya que el mismo Sarmiento en 1883 publica *Conflicto*

---

28 Por supuesto el antiartiguismo de Mitre es parte de su proyecto político basado en el centralismo porteño: «como Buenos Aires era un centro de vida orgánica [...] la federación que en el Paraguay se convertía en tiranía, en las provincias orientales en semibarbarie o bandolerismo, y en otras en aislamiento inerte o descomposición social, en Buenos Aires se transformaba en principio de vida fecunda» (Mitre 1940-1941, VIII: 368).

29 También en Argentina Juan Bautista Alberdi desmintió la 'leyenda negra' y habló de Artigas como de un 'héroe'. Acevedo Díaz escribió la biografía y defensa de Artigas en 1909, *José Artigas. Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres. Alegato histórico.* Recientemente numerosas novelas históricas uruguayas se han ocupado de Artigas y de su fiel compañero el negro Ansina, entre ellas *Artigas Blues Band* (1994) de Amir Hamed y *Memorias de Ansina* (1993) de Diego Bracco, ambos uruguayos.

30 También los Charrúas, considerados generalmente uruguayos, durante buena parte de la Colonia vivían en la 'otra orilla', haciendo frecuentes incursiones en la Banda Oriental.

y armonía de las razas en América en el que reitera el principio del nefasto mestizaje español-negro-indio y auspicia una integración con la sangre anglosajona. Todavía en 1908, José Ingenieros podía describir como 'blanca' y 'pura' la identidad argentina: «De las razas indígenas (ajenas en todo tiempo a nuestra nacionalidad política y social) quedan restos exiguos: están localizados en esos mismos territorios que, por sus condiciones físicas, no son propicios a la adaptación de las razas europeas. Los negros se han extinguido; los mulatos de la zona templada son cada vez más blancos. En Buenos Aires, un negro argentino constituye un objeto de curiosidad» (Ingenieros 1961: 262). También es verdad que siempre, después de la caída de Rosas, se ha identificado la identidad argentina con la identidad porteña porque en Buenos Aires, la ciudad-puerto, se concentraba el poder político, económico y cultural que tildaba de 'bárbara', 'no-civil', toda periferia: la pampa, la zona andina, el desierto... Esto es lo que nos ha legado la Historia oficial argentina, manteniendo la 'blancura' como seña de identidad, y dejando que Uruguay y Paraguay recuperaran a indígenas y africanos.

Con las 'nuevas' historiografía y narrativa histórica se está reescribiendo la Historia del Plata y recuperando las vertientes hasta ahora borradas u olvidadas. Así que María Rosa Lojo puede reconocer que

> Los aborígenes han sido en la Historia argentina una presencia continua y multiforme, ya fuere como pueblos conquistados, cristianizados e incorporados a una sociedad mestiza, o bien como etnias resistentes que se negaron a la asimilación cultural y a la subordinación e invadieron recurrentemente el territorio ocupado por los blancos; también lucharon en las invasiones inglesas, apoyaron la Indepen-

dencia, o participaron en uno y otro bando de las guerras civiles (Lojo 2004a: 311)[31].

Será necesario, por lo tanto, re-escribir la Historia y las historias, recuperando y dando su justo lugar a aquellos intectuales que fueron voces disidentes en su época, entre ellos, en Argentina, a Lucio V. Mansilla con su *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), entonces leída como fruto de una vida excéntrica, y «las voces marginales de las escritoras (Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Rosa Guerra), no incorporadas a la gran corriente canónica, atentas a la fascinación del "otro" y a las tensiones del mestizaje, que supieron vincular la condición de los aborígenes y la condición de las mujeres (aun dentro de la sociedad "civilizada") en lo que tenían de común: la subalternidad y la exclusión disvalorativa con respecto a los parámetros de la *ratio* occidental[32]» (Lojo 2004a: 311).

---

31 Para la participación *histórica* de los indígenas en los mencionados procesos y acontecimientos, María Rosa Lojo remite a: Busaniche 1986: 212-213 (llegada de los caciques pampas al Cabildo de Buenos Aires, donde se los agasajó y se agradeció su actitud frente a las invasiones inglesas); Hernández 1995: 201; Martínez Sarasola 1992; Galasso 2000.

32 «Los bárbaros –de etnia y de clase– (indios, gauchos, sectores populares en general) los niños y adolescentes y las mujeres (bárbaros etarios y bárbaras –por naturaleza–), serán el objeto preferido de *domesticación, control y vigilancia* en el nuevo orden instaurado por el proceso modernizador en el Río de la Plata. Véase Barrán, Pedro, *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. La cultura "bárbara" (1800-1860).* Tomo I, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1990, y *El disciplinamiento (1860-1920).* Tomo 2, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias, 1991. Desde esta "razón masculina" lo femenino (como los pueblos "primitivos", hijos de la Naturaleza) es percibido entonces, *con más fuerza que nunca, como peligroso, misterioso, secreto, y también como impuro, en sus vínculos materiales y viscerales con el cuerpo y la fecundidad»* (Lojo 2004a: 311).

En regiones de *pueblos testimonio*, donde, como señalábamos, el indio nunca ha desaparecido y es *testimonio* de antiguas civilizaciones, emerge cierta forma de nostalgia hacia un pasado desconocido, y por eso mítico, como contraparte del sistema colonial, según el ejemplo europeo de las teorías del buen salvaje presentes en obras, que pronto se vuelven modélicas, como *Atala* (1801) de Chateaubriand y *Les Incas* de Marmontel (prontamente traducidas en América Latina).

Se puede hasta soñar con una nación pacificada, sin conflictos raciales, como en *Yngermina* (1844) del caudillo liberal colombiano Juan José Nieto: el amor entre Yngermina, hija del cacique de los Calamares Ostarón, y Alonso de Heredia, hermano del gobernador, está continuamente amenazado por las convenciones sociales y la maldad humana. En el enfrentamiento entre conquistadores e indios en la fundación de Cartagena en el territorio de los indios Calamares, triunfa el impulso civilizador de los españoles así como el carácter del buen salvaje, al mismo tiempo que se condena la actuación de algunos españoles ávidos y violentos. El 'Bien' y el 'Mal' están presentes en ambas sociedades, y el proyecto liberal del autor apunta a un mestizaje idílico, a un difícil equilibrio entre las diversas almas de la región sin renunciar, por supuesto, a una visión y a pre-juicios de matiz europeo (la protagonista india tiene una «tez casi blanca i sonrosada»): la civilización occidental que se regenera en el contacto con la naturaleza y con la inocencia indígena.

Otro caso similar es el de *Netzula* (1839), del mexicano José María Lafragua: narrando un episodio cruento de la Conquista, el autor no opone el 'Bien' al 'Mal' sino que centra toda su atención en los héroes del bando indígena, ejemplos de rectitud familiar, civil y guerrera, que inútilmente intentan oponerse a un destino trágicamente pre-determi-

nado. El enemigo –presente sólo como desencadenante de la acción– no se identifica con el «Mal»; al contrario, como en la tragedia clásica –y en la romántica– el héroe valiente y desafortunado es derrotado por el hado o la Providencia Divina, de acuerdo con la historiografía española que había propuesto la conquista como una Cruzada evangelizadora; además, alabar al enemigo derrotado otorga más honra al vencedor y al mismo tiempo exalta el origen mestizo del México independiente. A pesar de su aparente diversidad, por lo tanto, también esta obra se encuentra en la trayectoria indicada como proceso de construcción de la idea de nación latinoamericana en los años sucesivos a las guerras de Independencia: en todas, a pesar de matices diferentes y de enemigos y aliados diferentes, salen ganando siempre los valores *altos* de la Conquista y es posible hasta ensalzar a los enemigos de la España imperial –los corsarios ingleses o los mismos indígenas– para condenar la colonia española pero no el principio de la supremacía de la Europa Occidental y su derecho de conquista en tierra americana.

Con la novela de la Revolución mexicana nos encontramos con otra singularísima situación: relatar un pasado muy próximo –casi contemporáneo– para influir directamente sobre la interpretación de aquel evento fundacional de la modernidad mexicana y concurrir a la composición de una identidad nueva, auténticamente americana. «Epopeya descalza» llama Carlos Fuentes la obra cumbre de esta modalidad, *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, relato de un evento y retrato de un pueblo en un momento de incertidumbres, grandes ilusiones y profundas decepciones, y puesta en discusión de viejos valores, héroes y mitos. Más que otras obras, *Los de abajo* revela la estrecha relación entre idea de nación y narración histórica, ya que,

aun narrando hechos contemporáneos al autor, remonta a las causas primigenias los males de la colonia que no son sino consecuencia de los males de España: «Mariano Azuela [...] levanta la pesada piedra de la historia para ver *qué hay allí abajo*. Lo que encuentra es la historia de la colonia que nadie antes había realmente narrado imaginativamente [...] somos lo que somos porque somos lo que fuimos» (Fuentes 1990: 178-179). En el momento en que se está construyendo una nueva 'noción de patria' la búsqueda de los orígenes es indispensable, pero en el caos y degradación de la Revolución no es posible ninguna épica o exaltación de los orígenes, como pudo ser en las novelas del siglo XIX o en las de Roberto Payró (cfr. infra, 2.2 y 2.4), escritas en una Argentina en expansión que confiaba en un futuro de progreso y bienestar. Lo que sobrevive de una posible épica –exaltación del o de los personajes positivos como encarnación del 'Bien'– son algunos caracteres y los apodos de los héroes –Pancho Villa es el «Napoleón mexicano» y «el águila azteca», y por cierto no es casual la referencia a ambas tradiciones– pero prontamente desmentidos por sus actos, demasiado 'humanos' para construir un perfil épico. En el fracaso de los ideales de la Revolución, Azuela ve el fracaso de la política colonial española y del proyecto de nación surgido después de la Independencia. La *urgencia* de la circunstancia permite o, mejor, exige, un inicio de revisionismo histórico no sólo de la colonia, sino del proceso mismo de una descolonización fallida, desembocada fatal y trágicamente en la Revolución.

Dignas de interés desde nuestro punto de vista son también otras obras de aquel período, como las *Memorias de Pancho Villa* (5 vols., 1936-1951) de Martín Luis Guzmán, muy modernas porque, a partir de documentos, archivos,

notas y entrevistas con el héroe, el mismo autor reconstruye e interpreta la psicología y la ideología de un personaje tan controvertido. De alguna forma se rehabilita la figura de Pancho Villa que en la novela testimonio del mismo Guzmán *El águila y la serpiente* (1928) había quedado bastante malparada. Y estas *Memorias* anticipan una de las modalidades de la *nueva novela histórica* latinoamericana, con la introducción de un 'yo' autobiográfico ficticio que desafía abiertamente la supuesta objetividad de la tercera persona del relato historiográfico y de la novela histórica tradicional. Otras innovaciones, formales y sustanciales, estrenadas en obras de aquel período sobre la Revolución y que encontraremos en la novela histórica posterior, son la estructura fragmentada en diversos niveles espacio-temporales, una gran libertad de movimiento, casi con técnica cinematográfica, la contraposición de puntos de vistas, un moderno escepticismo histórico, la conciencia de la imposibilidad del sentimiento épico y de una utópica imparcialidad.

Al afrontar un análisis más profundo de algunas novelas históricas del siglo XIX, será necesario tener en cuenta un entramado de relaciones en varias direcciones: con las fuentes historiográficas y las consideradas hasta ahora parahistoriográficas –documentos pero también mitos, leyendas, tradiciones orales, repertos arqueológicos etc.–; con otras novelas históricas, ya que podemos entrever a veces casi una relación de *botta e risposta* entre textos de diferente ideología (ver *Xicoténcatl)*; con otros subgéneros o modalidades narrativas en las que se puede enmarcar una misma novela: indianismo o indigenismo, realmaravilloso o realismo mágico etc. (por ejemplo Concha Meléndez, 1934, considera *Xicoténcatl* «una anticipación de la novela indigenista, por

la conflictividad étnica, por los juicios negativos sobre los conquistadores, hombres crueles, violadores de las normas de convivencia», Varela Jacome 1992: 92).

Y si no tenemos dudas –hablo del lector medianamente advertido– acerca de lo que era una novela histórica clásica –romántica y realista– gracias al 'preconcepto del género' y al 'horizonte de expectativas' que una larga tradición y un género con alta codificación nos habían 'preparado', al insinuarse los primeros elementos desestabilizantes se vuelve necesario repensar y rediseñar el género e individuar los elementos emergentes de un cambio que revolucionará el género mismo.

Porque también para la novela histórica, como para otros géneros, podemos hablar junto con Gérard Genette de 'reactivación genérica', fenómeno que consiste en la 'resurrección' cíclica de un género 'desaparecido' durante un tiempo, y que 'renace' transformado tanto en la forma como en el significado (Genette 1982: 233).

1.6. Nueva novela histórica

El renacimiento actual de la novela histórica coincide cronológicamente, no por casualidad, con el intenso debate sobre la identidad y la indagación en los mitos fundacionales prehispánicos: todo con el fin de reescribir todas las historias –en sentido amplio– fuera, o en contra, de las historias oficiales:

> La insistencia en desmitificar íconos patrióticos o reconsiderar períodos cruciales es, en sí misma, reveladora de una crisis de consenso: las novelas históricas contemporáneas delatan con su propia existencia que las mitologías nacionales latinoamericanas han perdido su poder de persuasión, su capacidad de convocatoria (Elmore 1997:12).

Para insertar el amplio abanico de las mitologías autóctonas, hasta ahora marginadas por pertenecer a las culturas dominadas, para dar nueva linfa a estas 'mitologías nacionales', se ha abandonado el registro de presunta objetividad de la novela histórica tradicional, y se han incorporado registros *otros*, anulando certidumbres sobre los límites entre real/no real, verosímil/no verosímil: otras concepciones del tiempo, otras cosmogonías, otras relaciones con la naturaleza, lo divino, los sueños y la esfera sensorial.

Lo que podemos preguntarnos ahora es si, y en qué medida y en qué condiciones, la 'nueva novela histórica' latinoamericana responde a este pre-concepto que tenemos del género y si es posible mantener el mismo pacto de lectura con la nueva producción, sabiendo que nuestra respuesta depende en buena parte de nuestra *circunstancia*. Para contestar a esto, debemos recordar también lo que decíamos al principio sobre la variabilidad de la percepción de lo histórico, es decir, sobre cómo el concepto de Historia es muy mudable: lo que era historiográfico en la Edad Media ahora no lo es, y viceversa, lo que en el 1800 era considerado ciencia-ficción ahora es considerado real o por lo menos verosímil. Y han cambiado también los atributos del documento del que se parte: refiriéndose al pasado, se trata siempre de interpretaciones no de hechos presenciados por el autor, sino de otros textos que han interpretado aquellos hechos dentro de un *discurso* más amplio, por lo que se vuelve fundamental el problema de las fuentes: la vista en la antigüedad, los textos sacros en la Edad Media, los documentos oficiales en la Edad Moderna, los documentos alternativos, la historia oral, los mitos etc. a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Carlos Fuentes, Abel Posse, Alejo Carpentier, Arturo Uslar Pietri, Augusto Roa Bastos, Mario Vargas Llosa,

Homero Aridjis, entre otros, han escrito novelas dando su interpretación de determinados acontecimientos fundacionales, otorgando la palabra y el papel principal a quienes nunca fueron protagonistas de la Historia con mayúsculas, a menudo adoptando la visión de los vencidos, de los marginados, de los silenciados: historias fingidas o ignoradas en un marco histórico pormenorizado y estrictamente referencial, según las pautas impuestas por Walter Scott. O, siguiendo el modelo de De Vigny, se ha re-escrito la historia de un continente a través de sus hombres más significativos: personajes reales como protagonistas de las novelas históricas, enriquecidos, redelineados, o reinventados gracias a enfoques inéditos, acontecimientos privados, palabras y pensamientos jamás recogidos por la Historia. La «nueva novela histórica abandona los perfiles marmóreos de los héroes [...], los juicios implacables sobre los antihéroes [...], las desavenencias de los descubridores [...]. la intocabilidad de los reyes» (Larios 1997: 135): sería el caso del Colón de Carpentier, Roa Bastos y Abel Posse (*El arpa y la sombra*, *Vigilia del Almirante* y *Los perros del Paraíso* respectivamente) y del Bolívar de García Márquez (*El General en su laberinto*), personajes oficiales, consagrados, mostrados desde la *otra* historia, la *otra* cara, o sea una versión si bien no siempre opuesta, sí al menos crítica y no coincidente con la oficial. Son textos que relatan los últimos pensamientos y los últimos actos –casi *in articulo mortis*– de quienes en su propia vida habían impuesto en textos oficiales la versión acreditada de los acontecimientos; en ellos por lo tanto la desacralización de la Historia aparece tanto más cruel y radical en cuanto los personajes, viejos y vencidos, pero ya míticos, son los mismos que habían hecho la Historia con sus hazañas pero también con

sus textos (el *Diario* y las *Cartas* de Colón son verdaderos textos fundacionales del descubrimiento y de la invención de América, Bolívar fue redactor de constituciones, proclamas, epístolas como la *Carta profética de Jamaica*, expresión de su proyecto político). Opuesto es el caso de Lope de Aguirre, indicado en las crónicas como traidor y rebelde, *descubierto* por Bolívar como personaje positivo hasta volverse primer héroe de la independencia latinoamericana en manos de Uslar Pietri (*El camino de El Dorado*, 1947), Miguel Otero Silva (*Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad*, 1979) y Abel Posse (*Daimon*, 1978).

De gran importancia son las novelas de Carpentier tanto por su indudable papel de precursor y de gran cultivador del género como por la notoriedad y profundidad de sus notas críticas en *El Reino de este mundo* (1949) y *El arpa y la sombra* (1979) que subrayan el diverso nivel de historicidad al que remiten las dos novelas: en efecto, mientras, para narrar la historia de las sublevaciones negras de Haití (protagonizadas por personajes reales pero ya míticos para la población indígena), Carpentier se basa en una «documentación extremadamente rigurosa [...] y un minucioso cotejo de fechas y de cronologías» (Carpentier 1984: 10), para presentar al *otro* Colón, y por ende a la *otra* historia, Carpentier se aleja de la estricta fidelidad a los textos historiográficos para asumir el papel de poeta, cuyo oficio, según Aristóteles, no es «contar las cosas como sucedieron, sino como debieron o pudieron haber sucedido». De esta última obra y de estas palabras arranca la serie de novelas que hemos denominado 'del ciclo del descubrimiento' de los años 80, el descubrimiento como 'debía o podía haber sucedido', el descubrimiento de la *otra* cara de la historia, visto y narrado por alguien que no está presente en la his-

toria oficial o por quien, como el Colón carpenteriano, descubre sólo ahora, en la ficción, su verdadera faz.

En el vasto panorama de la 'nueva novela histórica' latinoamericana hay también relatos que se remontan al esquema de Walter Scott: protagonistas y acontecimientos ficticios encajados en una estructura y en una época histórica fielmente descrita; en efecto, a sus protagonistas no los vamos a encontrar en ninguna historiografía: son personajes oscuros, que ofrecen, en el género de la crónica o de la memoria, versiones alternativas de hechos históricos reales, produciendo novelas paródicas de unos textos canónicos del descubrimiento, dando del mismo acontecimiento una versión carnavalesca, deformada, cómica o grotesca, en cualquier caso siempre crítica hacia la historia oficial de los descubridores. Como todo relato paródico, a los evidentes efectos cómicos se asocia el intento de resucitar aquellas voces silenciadas y de desacralizar los 'géneros heroicos' y su visión del mundo fijado de antemano por reglas y tradiciones. No otro fue el origen de la parodia en la antigua Grecia ya que la literatura heroica y hagiográfica coexistió siempre con obras paródicas que ridiculizaban a sus personajes y valores: éstos reafirmaban, por oposición, aquel mismo código, pero con una mirada oblicua, invirtiendo roles y descubriendo verdades de otras formas indecibles. Los cronistas embarcados con los navegadores, y los que, desde España, reordenaban las noticias llegadas de América, no podían dejar de respetar reglas formales y modelos arquetípicos por su papel oficial de transmisores de noticias a sus contemporáneos y a la posteridad, mientras que los *nuevos* cronistas –y sus personajes– pueden tomarse libertades y arbitrios. Como ha escrito Abel Posse, «En *Los perros del Paraíso* retomé la clave humorística exarcerbándola hasta lo grotesco porque sentía que era

mi único recurso para desacralizar la narración convencional escrita por curas y académicos» (Posse 1988).

Otras notas comunes a las nuevas novelas históricas latinoamericanas son el uso dominante de la primera persona –que opone la subjetividad del yo a la supuesta objetividad de la tercera persona tradicional del discurso historiográfico– y la meta-narración, la reflexión sobre la relación entre lo histórico y lo ficcional, y sobre la supuesta objetividad del discurso historiográfico, que, siendo discurso y no acción, conlleva por definición cierta dosis de ficcionalidad o, por lo menos, de subjetivismo. A este propósito, ejemplar es el fragmento metanarrativo que aparece en *Vigilia del Almirante* de Augusto Roa Bastos:

> las historias documentadas y las historias fingidas que no se apoyan en otros documentos que no sean los símbolos [...] son géneros de ficción mixta; sólo difieren en los principios y en los métodos. Las primeras buscan instaurar el orden, anular la anarquía, abolir el azar en el pasado, armar rompecabezas perfectos, sin hiatos, sin fisuras, lograr conjuntos tranquilizadores sobre la base de la probanza documental, de la verificación de las fuentes, del texto establecido, inmutable, irrefutable, en el que hasta el riesgo calculado de error está previsto e incluido. El historiador científico siempre debe hablar de otro y en tercera persona. El *yo* le está vedado. Los historiadores son de hecho 'restauradores' de hechos [...] Las historias fingidas, en cambio, abren la imaginación al espectro incalculable del azar tanto en el pasado como en el futuro; abren la realidad al tejido de sus oscuras leyes [Sus inventores] siempre hablan de sí mismos aunque hablen de otros y se dirijan a 'otros sí mismos'. El *yo* de ellos es el *yo* del otro. Se limitan a elegir los símbolos que les convienen para hacer verosímil la representación fingida de la realidad (Roa Bastos 1992: 80).

En *Terra nostra* Carlos Fuentes afronta directamente la cuestión epistemológica basilar y expresa sin ambages el principio de la relatividad:

> ¿tú nunca dudas, Guzmán, a ti nunca se te acerca un demonio que te dice, no fue así, no fue sólo así, pudo ser así pero también de mil maneras diferentes, depende de quién lo cuenta, depende de quién lo vio y cómo lo vio; imagina por un instante, Guzmán, que todos pudiesen ofrecer sus plurales y contradictorias versiones de lo ocurrido y aun de lo no ocurrido: todos, te digo, así los señores como los siervos, los cuerdos como los locos, los doctores como los herejes... (Fuentes 1985: 194).

En otros casos se subraya frecuentemente cómo, si existe una verdad, ésta no reside en los textos historiográficos oficiales, sino en la *contrahistoria* de los silenciados que finalmente, en la ficción, toman la palabra.

Con estos textos, los narradores latinoamericanos responden a una doble exigencia: por un lado, son parte del proyecto de revisionismo que quiere reescribir la historia a través de clases, géneros, etnias, grupos y aspectos marginales según las teorías de la *Histoire Nouvelle* o *Histoire des Mentalitès* que quiere comprender todas las manifestaciones de un período determinado; por otro se insertan en el movimiento literario y artístico que hemos llamado postoccidental, poscolonial o posmoderno, que no rechaza la tradición o los arquetipos de su propia cultura, sino que los reutiliza desmontándolos y reconstruyéndolos con plena libertad. Como ha escrito Umberto Eco glosando su afortunada novela *El nombre de la rosa*, «La respuesta posmoderna a lo moderno consiste en reconocer que, puesto que el pasado no puede destruirse –su destrucción conduce al silencio– lo que hay que hacer es volver a visitarlo; con ironía, sin ingenuidad» (Eco 1987: 74).

Al contrario de las novelas históricas tradicionales, cuyo intento era el de construir una historia y una identidad nacionales que se identificaran con el proyecto político de la nueva clase en el poder y que siempre reflejaban el enfoque de los vencedores aun cuando los protagonistas *buenos* eran los vencidos, esos textos modernos tienden a desarmar aquella imagen superpuesta y parcial, y a restituir visibilidad y derecho de palabra a los vencidos.

Ejemplos evidentes referidos a nuestra contemporaneidad son el ciclo de *La guerra callada* de Manuel Scorza –contrahistoria de las *guerras oficiales*– o la huelga de los obreros campesinos en *Cien años de soledad*, sofocada por el ejército y borrada de la historia: «Habían soñado, en Macondo no pasó nada».

Quizás sea todavía intempestivo analizar ahora la gran cantidad de novelas históricas publicadas principalmente a partir de la década de los 80, con anticipaciones significativas ya en los años 40, pero por un lado la verdadera abundancia y calidad de estas obras, abrumadora si se piensa en la agonía del género en las décadas anteriores (que volvía este género en forma de expresión cultural residua, según la terminología de Williams 1977: 122-123), por otra la presencia de elementos significativos comunes de desviación respecto a la trayectoria recorrida hasta entonces, permiten hablar de las modalidades de la 'nueva novela histórica' como una forma de expresión cultural dominante en la serie de la novela histórica latinoamericana contemporánea, y hasta en la serie narrativa *tout court*.

Nuestro discurso sobre la 'nueva novela histórica' se mueve en la línea indicada más arriba: si, por un lado, tanto las razones profundas de oposición a la Modernidad europea como las formas y las técnicas de esta subserie coinciden con

las expresiones literarias de la Posmodernidad, no podemos olvidar que estos elementos, aunque de forma menos compacta y eclatante, estaban presentes en la literatura americana desde el principio, y que corresponden a estructuras socioeconómicas muy distintas.

Uno de los primeros señales posmodernos/poscoloniales –recientemente reconocido como tal por la crítica– viene desde la lejana Cuba: *El Reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier, hombre culto y cosmopolita, que en el París de los años 20 y 30 junto con Arturo Uslar Pietri y Miguel Angel Asturias pone los cimientos de la gran literatura latinoamericana del siglo XX, empezando con ellos simultáneamente el realismo mágico o real maravilloso, los estudios etnológicos americanos, el indigenismo, la 'nueva novela histórica'.

El Reino de este mundo, por su ambigüedad genérica y su fuerza de ruptura hacia toda la tradición literaria del continente, se escapa a cualquier definición, y por eso mismo su inclusión en el género de la novela histórica es fruto de elección subjetiva o de exigencias expositivas y didácticas, así que Pons la considera

> residual respecto de la tendencia dominante en la producción literaria latinoamericana [de su época]. Sólo con el surgimiento de la novela histórica en las décadas de los setenta, ochenta y noventa se considera la novela histórica de Carpentier como una innovación del género. O, como diría Borges, cada obra crea a sus precursores (Pons 1996: 104-105).

El prólogo de *El Reino de este mundo* pide claramente que se le considere una novela histórica, y nada en el texto contradice los hechos y la 'verdad' de los episodios históricos narrados. ¿Por qué, entonces, tanta reticencia? Simplemente

porque lo que se cuenta es sí la historia de las sublevaciones de los negros de Haití, pero contadas desde otras perspectivas y según otros *discursos* respecto a la Historia oficial, y a las preguntas qué historia, sobre qué fuentes, para quién, Carpentier da respuestas *nuevas*.

Muchos de los caracteres presentes en *El Reino de este mundo* los encontraremos en novelas históricas latinoamericanas sucesivas: yuxtaposición de enfoques, discronía, anacronía y tratamiento extrahistórico del tiempo (falsificación del cronotopo realista típico de la novela tradicional), respecto de las fuentes orales, intertextualidad, parodia.

Por lo tanto, si es lícito hablar de Carpentier como uno de los iniciadores en ámbito continental, ¿podemos ampliar esta perspectiva a todo el mundo occidental y afirmar que desde la más remota periferia del imperio de la Modernidad puede levantarse una voz que se adelanta a las expresiones más exasperadas que dará unas décadas más tarde la Posmodernidad? ¿O no será más correcto considerar a Carpentier como una de las primeras voces maduras de la búsqueda que se había iniciado con la Conquista misma, con Bartolomé de las Casas o Bernardino de Sahagún, con Garcilaso de la Vega o Guaman Poma de Ayala, para dar voz a un continente víctima del colonialismo europeo y condenado a la afasía? ¿No será posible leer la trayectoria de la narrativa histórica latinoamericana –como la indigenista de Asturias y Arguedas, la novela-testimonio o el realismo mágico– como el camino más consciente para llegar a esto: que la dominante ideológica y cultural del texto sea la de los vencidos, de los *otros*?

En los casos en que el autor se aleja demasiado del canon de la novela histórica tradicional, la misma que había dado

algunos frutos maduros también en América Latina, debemos investigar en qué dirección se ha movido. La respuesta es precisamente ésta: el acercamiento al mundo indígena o afroamericano con todo lo que ese trayecto conlleva, es decir la superación de la Historia occidental por el Mito o por lo menos por una historia circular, modélica, y del enfoque racional y 'moderno' (de la Modernidad europea) por una perspectiva no-racional y naturalista, hasta llegar a la asunción del punto de vista *otro*, no necesariamente indígena, en la línea ya trazada por Martí que había no sólo exaltado la 'América mestiza' sino que había también alertado en contra de lo «exótico europeo» (Martí 1977: 28). También Paul Valery había hablado de «elisir tropical» a propósito de *Leyendas de Guatemala* de Asturias, y Carpentier había tomado las distancias del surrealismo francés para juzgar con métodos y metros endógenos la realidad mágico-maravillosa americana y la literatura que la expresa:

> Ya no se trata de guiar al lector, mediante el ejemplo espantoso de la propia Historia a seguir el camino racional de la civilización europea, sino de consolidar en los latinoamericanos la conciencia del propio valor en vista de un mundo histórico europeo que puede ser fascinante, exótico, pero que permanece siempre objeto (incluso objeto inferior) y nunca se puede convertir en modelo (Rössner 1997: 171).

Regresando al tema central que nos interesa, podemos anotar que para subvertir la práctica historiográfica tradicional que apuntaba al 'grado cero' –supuestas objetividad y ausencia de autor–, en estas últimas décadas parece que se acentúa aún más su carácter de politización y de parcialidad: reconociendo que no es posible la imparcialidad y la objetividad, más vale declarar abiertamente un rechazo

–hacia la Historia oficial– y un compromiso –dar la palabra a los vencidos y a todos los 'sin voz'. Esto es, ofrecer otra posible versión de la Historia, con la conciencia expresada explícitamente de que se trata sólo de *una* versión y no de la Verdad.

Al mismo tiempo que aboga por una identidad heterogénea de América Latina, la novela histórica de fines del siglo XX responde a la búsqueda de una redefinición de una identidad pero ya no una identidad nacional e impuesta desde una posición hegemónica de poder, como lo hizo la novela histórica tradicional, sino que se trata de una búsqueda de una identidad de la diferencia y/o de identidad regional de resistencia al efecto homogeneizador del proceso de globalización en el que se enclavan (Pons 1996: 264).

Como el autor de novelas históricas tradicionales, tampoco el de 'nuevas novelas históricas' opera selecciones ingenuas: tanto el tema como

> la transgresión, aunque también la recuperación y la refuncionalización de las convenciones de la novela histórica tradicional, están en función de una lectura crítica de la Historia y de la novela histórica tradicional en su función legitimadora de un poder hegemónico (Pons 1996: 256).

Naturalmente la elección de episodios del Descubrimiento y de la Conquista ofrece múltiples motivos de interés en cuanto fundadores de lo latinoamericano a través de un genocidio étnico y cultural. No por azar este renacimiento de la novela histórica hispanoamericana toca su acmé al acercarse la fecha del Quinto Centenario, cuando se eleva un coro de voces críticas hacia la empresa de la Conquista. Reescribir aquella Historia significa entonces reformular las bases de su

propia identidad y rescatar la Historia de los vencidos desenmascarando la parcialidad de la Historia de los vencedores:

> La perspectiva del presente desde el cual se ficcionaliza el pasado histórico se manifiesta en la selección e interpretación del momento histórico a ser ficcionalizado, así como en el modo de su representación. Además [...] esta perspectiva desde la cual se recupera el pasado es definitivamente ideológica, un aspecto que la novela histórica más tradicional, por supuesto, quizá no reconocería en la medida en que asume una posición de neutralidad en la representación del pasado en cuanto realidad objetivamente validada extratextualmente (Pons 1996: 64-65).

Si la escritura realista, casi exclusivamente en tercera persona, muy cercana al 'grado cero' de la escritura del documento y del discurso historiográfico y científico, escondía detrás de una aparente escritura objetivante su toma de posición y su interpretación de la Historia, las técnicas desestabilizadoras y el uso conspicuo de la primera persona subrayan en cambio la subjetividad y parcialidad de cualquier discurso, a menudo explicitándolo en párrafos metanarrativos de gran impacto sobre el lector.

Eligiendo unos cuantos temas o personajes históricos, y siguiendo la evolución de su interpretación por parte de intelectuales y escritores de las diversas épocas y diferentes ideologías, resalta la utilización del hecho histórico –que crea en el lector un horizonte de expectativas de verdad, y no sólo de verosimilitud– para vehicular una ideología y una determinada interpretación de la Historia americana. Cambiando el tiempo histórico del autor, su nivel de toma de conciencia y la dominante cultural de su época, cambiará también la perspectiva y el nivel de 'postoccidentalismo' en la interpretación de los hechos.

A medida que nos acercamos a nuestra contemporaneidad, se van desmoronando héroes y próceres, pero sobre todo la ilusión de la credibilidad de la Historia y de la intocabilidad de los héroes, ya no 'hombres de mármol' para el mito fundacional de la nación o del continente sino hombres de carne y hueso.

1.7. La voz de la mujer

No es sólo por casualidad que hasta ahora no hayamos mencionado ninguna mujer, ni entre los personajes históricos ni entre los autores: el campo de la historiografía y de la narrativa histórica han sido, en la época de la Modernidad, coto vedado del mundo varonil y las pocas excepciones se refieren generalmente a mujeres que escriben sobre otras mujeres, como el caso ejemplar y coincidente de las argentinas Eduarda Mansilla de García y Rosa Guerra quienes, en el mismo año 1860, publican sus *Lucía Miranda,* casos aislados pero fundamentales en la historia del género narrativo y de la escritura femenina. Hay que esperar al *boom* de la 'nueva novela histórica', entrelazado con el *boom* de la narrativa de mujeres en Latinoamérica, para leer nuevamente obras que descubren la 'otra cara' de la Historia hablando de mujeres que, si bien tuvieron cierta importancia en su época, habían pasado desapercibidas en la historiografía y en la narrativa tradicionales, aventurándose en complejos juegos de identidades y marginalidades, de re-escrituras y re-fundaciones de roles y mitos.

Aunque no pensemos que sea necesario un apartado específico sobre *narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*[33], el lector encontrará en este libro dos apartados

33 Consideramos un acierto un texto que aborde este tema (Cunha 2004), con afán de traer a la luz y catalogar, precisamente para llenar un

marcadamente *femeninos* –frente a la casi total ausencia de mujeres en los otros– y no por una preventiva selección sino como consecuencia de una praxis consolidada que ha mantenido fuera de la Historia –en todas sus representaciones– a la mujer: pudo intervenir, como escritora, para narrar no los grandes hechos públicos, batallas y conquistas, sino sólo 'historias menores' protagonizadas por mujeres, no heroínas por elección sino víctimas de las violencias masculinas. Esto significa que la no escritura de novelas históricas por mujeres ejemplifica no sólo «la invisibilidad de la mujer en general, sino [...] la ausencia de las mujeres como sujetos históricos y 'productoras de signos'» por la consabida «separación entre el espacio público y el privado» (Perkowska 2008: 226).

Si en la narrativa histórica 'lo femenino' ha sido aún más raro que en otros tipos de narrativa, la revolución 'de género' que ha investido tanto las disciplinas historiográficas como las praxis literarias ha permitido la recuperación, a veces abruma-

---

vacío e intentar un primer recuento de publicaciones hasta ahora olvidadas y que permita «establecer una genealogía de escritoras que muestre que la cumbre actual ha sido producto de una paciente y constante construcción a través del tiempo» (Cunha 2004: 12-13). En cambio no estoy de acuerdo con algunas premisas generales, por ejemplo la que individúa las diferencias entre modelo literario tradicional (del «nacimiento»: «mantenerse apegado a la narración realista») y moderno (del «renacimiento»: «juegos técnicos brillantes que imparten grandiosidad a ciertas obras») en relación no a la postura y a la poética del autor, sino al grado de historicidad de los personajes: el primero, según Cunha, «se emplea para recuperar figuras históricas ignoradas o sucesos históricos olvidados desde perspectivas nuevas», el segundo, «cuando el objetivo de las obras es el cuestionamiento de la historia oficial [...] mediante la inclusión de detallada documentación histórica real o inventada o por la utilización de innumerables artificios para desacralizar el pasado o para degradar ciertas figuras pretéritas» (Cunha 2004: 15-16). Esto llevaría a otra clasificación, entre «obras [...] de narrativa histórica, las que afirman la versión oficial, y las de *narrativa intrahistórica,* las que la cuestionan» (da Cunha 2004: 25).

dora, en ambos ámbitos así que paulatinamente nos estamos acercando a la posibilidad de una literatura 'sin sexo' que no necesite capítulos 'a parte' o distinguos metodológicos.

Al momento actual, aunque sin proponer capítulos autónomos, y sin querer entrar en el debate teórico sobre la literatura de género (sexual)[34], no se puede no resaltar cómo la voz autorial femenina, muy marginal al tratarse de personajes históricos varones, se impone en calidad y cantidad en el caso de personajes históricos hembras: bien sabemos que son las dos caras de la misma moneda, que historiografía y literatura pertenecen al mismo campo de construcción de identidades e imaginarios, y la ausencia de la mujer en un campo (o su programática emarginación) se refleja en el otro y, al contrario, los intentos de reintegrar unos cuantos nombres femeninos en el ámbito público de la Historia pasa necesariamente a través de la recuperación de tales personajes en la literatura[35].

Esto confirmaría las palabras de Carmen Alemany Bay, quien infiere que son «muy pocas las [mujeres] que se cen-

---

34 No creo en el llamado 'feminismo de la diferencia' según el cual habría elementos esenciales, independientes de las circunstancias histórico-culturales, que rigen el comportamiento y la escritura de individuos de género sexual diverso. En cambio, la especificidad de la 'literatura femenina' –lo universal es siempre masculino– es un factor cultural e histórico, no genético o genérico: las supuestas homogeneidades de 'lo femenino' y 'lo masculino' en un período histórico y cultural, dependen del contexto de producción de esos discursos, es decir del rol y del imaginario que cada sociedad, en un momento dado, atribuye a los individuos según el género sexual.

35 Para el tema que nos interesa, recordamos la labor pionera de Josefina Plá quien, en 1985, hizo una primera recopilación de mujeres, españolas e indígenas, presentes en la Conquista de la región del Plata, presentando de cada una un retrato o mini cuento, todos rigurosamente documentados. 'Documentada' es también la presencia de mujeres casadas, registradas oficialmente, y hasta de *polisonas* o *enamoradas*, aunque clandestinas (Pla 1985:13).

tran en la historia colonial [y] cuando así lo hacen prescinden de los grandes nombres históricos [...] e incluso derivan sus argumentos hacia historias mínimas de la Historia» (Alemany Bay 2007: 8), lo que significaría un mayor apego a la tradición scottiana, es decir al protagonismo de entes de ficción mientras que la Historia –nombres, fechas, datos averiguables– queda como telón de fondo.

Quizás se pueda dar una explicación a esta inversión respecto al canon masculino hispanoamericano, que sin duda ha privilegiado el modelo de Alfred de Vigny: siendo muy pocas las mujeres presentes en la Historia oficial y queriendo las escritoras proponer personajes femeninos, no queda otra posibilidad que *crear* a sus víctimas y heroínas, o como entes de ficción o *inventando*, salvándolas del olvido, unas cuantas 'otra mitad del cielo' (hija, hermana, esposa, amante de...) que sólo muy recientemente han logrado ocupar el centro de la escena, precisamente en estas novelas históricas. Manuela Sáenz amante de Bolívar, Rosario Puga y Vidaurrede amante de Bernardo O'Higgins, Manuela hija de Juan Manuel de Rosas, Inés Suárez amante de Pedro de Valdivia, Inés Villegas y Solórzano, prima y esposa de Alejandro Martínez de Villegas son sólo algunos ejemplos de estos nuevos *descubrimientos*.

Si diferencia hay, por lo tanto, no es sólo de cantidad, sino de elección de personajes y de *discurso,* o sea del punto de vista del autor que pasa a través del texto, que lo conforma y hace de él un *mensaje*. Podemos arriesgar algunas reflexiones sobre estas diferencias que, naturalmente, no excluyen excepciones y distinguos[36].

---

36 No faltan, por supuesto, excepciones, como Gertrudis Gómez de Avellaneda: los protagonistas de sus novelas históricas *Guatimotzín, último emperador de México* (1846), *Espatolino* (1856) y *El artista barquero o los cuatro cinco de junio* (1861) son hombres.

Podemos, resumiendo, confirmar que los primeros nombres de escritoras autoras de novelas históricas aparecen en relación a un personaje femenino y que aún hoy, si bien el número de escritoras ha aumentado enormemente, sigue muy alto el porcentaje relativo a la elección de una protagonista: en la escritura femenina de las últimas décadas, la «deconstrucción de los héroes» va paralela a la «invención de las heroínas» (Lojo 2006b: 70). Podemos insinuar también una mayor frecuencia de protagonistas 'no blancos' (indígenas, negros etc.) casi equiparando la marginalidad femenina a otras marginalidades. Otra especificidad que podemos señalar es que los valores en campo no son generalmente valores épicos tradicionales ni presentan una oposición neta entre el Bien y el Mal, Civilización y Barbarie, sino que se insinúan discursos más matizados, y a menudo a la contraposición clásica, en nuestro caso, entre el punto de vista del nativo y el del extranjero conquistador, se agrega la 'tercera mirada', de una mujer casi siempre étnicamente perteneciente a la cultura dominante pero afectiva e ideológicamente cercana al mundo indígena o, generalmente, marginado.

Una modalidad muy frecuente, casi un subgénero, es la metanarración, o mejor aún la ficción metahistórica, es decir textos en los que se narran las dificultades de escritoras e historiadoras para llevar adelante los procesos de escritura: podemos hablar junto con Corina Mathieu de «búsqueda de identidad por medio de la escritura» (Mathieu 2004: 59) que las autoras proyectan sobre sus personajes. *La morada de los cuatro vientos* (1992) de la argentina Rosa Baldori es un buen ejemplo, ya que para contar la 'verdadera historia' de la conquista del imperio incaico por los españoles de Pizarro una voz femenina revisa un manuscrito masculino, oponiendo

su visión posmoderna (cómo vivían, quiénes eran los héroes olvidados, las mujeres borradas etc.) a la visión machista y creadora de 'héroes'. «Esa voz que recrimina duramente la labor del historiador define las diferencias: "Tú: la historia. Yo: la novela"» (Mathieu 2004: 60): sea historia o novela, la voz femenina invoca una escritura totalizadora de la Historia, la invocada desde los *Annales* a principios del siglo XX, y al mismo tiempo reconoce que la búsqueda de identidad femenina –individual y colectiva– tiene que superar la etapa de la subordinación –ser la voz crítica y revisionista de la historia oficial escrita por hombres– y reformular su propia historia.

Especular es la situación expresada en *La casa de la laguna* (1995) de la puertorriqueña Rosario Ferré: Isabel Monfort empieza a escribir sus memorias para reconstruir los sucesos de su familia y de la de su esposo, pero éste las lee secretamente y, en cuanto profesor de Historia, quiere corregir los 'cuentos' de su mujer. También aquí, el hombre parece ser el poseedor de la Verdad histórica, la mujer puede sólo contar su historia personal. Al hombre la esfera pública –la Historia–, a la mujer la esfera privada –la novela–, como apuntaba Rosa Baldori.

Y si las mujeres se aventuran en la Historia, lo hacen con métodos e inquietudes nuevas: historiadora en busca de verdades es Zulay Montero, la protagonista de *Solitaria Solidaria* (1990) de la venezolana Laura Antillano, quien investigando textos y documentos decimonónicos se encuentra con su casi alter ego, la editora del siglo XIX Leonora Armundeloy, periodista bajo pseudónimo masculino, quien había combatido contra el gobierno del déspota ilustrado Antonio Guzmán Blanco. Investigaciones historiográficas y periodísticas se cruzan en *La niña blanca y los pájaros*

sin pies (1992) de la nicaragüense Rosario Aguilar, sobre las dificultades de una periodista para reconstruir a través de documentos del pasado y del presente una saga de diversas generaciones de mujeres, indígenas y españolas. Periodista es también la protagonista de *La luna, el viento, el año, el día* (1993) de la chilena Ana Pizarro: después de un largo exilio en Europa, regresa a Chile para redactar una historia de la conquista para el público europeo. En el avión, en un continuo vaivén entre pasado y presente, va reflexionando sobre las praxis del historiador y del periodista y sus implicaciones morales, intercalando párrafos y fichas de sus investigaciones históricas sobre la conquista con pasajes autobiográficos y crónicas del presente. Sus palabras son un manual de la nueva historiografía:

> ¿Qué es escribir una historia? [...] ¿Quiénes escriben la historia? [...] cada uno de los que escriben está realizando una selección de los datos que ha encontrado, de los acontecimientos que observa, está llevando al escribirlos su propia reflexión; pone así de relieve lo que le parece más importante, calla aquello que le parece poco relevante para su perspectiva. Los problemas que plantean las fichas [...] te van mostrando que la relatividad de la información es bastante grande. La historia, finalmente, no es una [...] La historia que recibimos está de alguna manera siempre escrita desde una posición de poder. El que escribe lo hace porque puede hacerlo. Lo hace desde alguna forma de autorización que se enmarca en ese ámbito. Hay también formas que toman su espacio en terrenos otros, alternativos, marginales [...] Escribir la historia exige leer también otros textos: [...] la arquitectura, la alimentación, la agricultura, la minería, el dato presente y el dato silenciado por la palabra que logró enunciarse. La historia va apareciendo entonces como un texto múltiple (Pizarro 1993: 66-69).

Todos estos textos están mancomunados por un elemento común: confrontando recursos y documentos de la historiografía tradicional con otros que sólo la 'nueva historiografía' ha empezado a tener en cuenta (cartas, diario, recortes de periódicos, etc.) y enriqueciendo la Historia con puros aportes de la fantasía, va delineándose otra Historia posible y, sobre todo, una reflexión sobre la relación entre mujer e Historia, tanto en el siglo XIX como en el XX.

Paralelas a las preguntas sobre la Historia y la historiografía van las preguntas sobre la escritura ficcional presentes en *Llanto. Novelas imposibles* (1992) de Carmen Boullosa. Moctezuma, resucitado en pleno siglo XX, es el 'puente' –como el viaje en avión de la novela anterior– que posibilita la reflexión sobre el pasado y el presente y permite las reflexiones metanarrativas –complementarias de las metahistóricas de Ana Pizarro– en Laura, que está escribiendo la *novela imposible* sobre Moctezuma:

> la cancha para el escritor está libre, no hay más regla del juego que la fantasía, no hay márgenes. Se puede decir que Moctezuma es lo que a uno le dé la gana: de todos modos no será como sería de ser cierto, de no estar condenado, por la demolición de su ciudad, a ser visto como por miopes, amén. ¡Consolación! Página escrita para mi consolación: escribir una novela en la que el personaje principal sea Moctezuma es imposible, de todo punto, imposible (Boullosa 1992: 91).

Boullosa se refiere continuamente a la necesaria miopía del escritor, y no podemos no recordar al periodista miope que pierde las gafas en *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa. Una vez más, las diferentes escrituras –ficcional, periodistística, historiográfica– tienen muchos puntos de contacto:

> El mundo del miope es más afín con el mundo literario que el de quien tiene la vista perfecta…[El] miope necesita sentir si hay alegría, peligro, amenaza, y, sobre todo, necesita de la imaginación que tan grácilmente se mueve en la espesura del aire que rodea al miope, la imaginación en su tiempo improbable y azaroso, a veces veloz, a veces interminablemente lento, pocas veces al ritmo de los demás y nunca en el que se necesita para atacar o defenderse, nunca un tiempo ágil y oportuno, nunca la inteligencia encarnada en el tiempo del cuerpo sano y fuerte.
>
> Esta otra visión del miope es a la que debe confinarse un escritor, aunque en ella no sea posible ni conducir un automóvil ni asistir al cinematógrafo y con gran dificultad usar el transporte público. Aunque corra, el miope es cauto; aunque camine lento no consigue pisar con precisión.
>
> Esta manera absurda de comportarse es la que debe imitar un escritor: es visto antes de ver, para que cuando el otro se le aproxime (y esto si no quiere rehuirlo, porque es muy fácil hacerlo) el miope vea en la cara que él sabe le será vista, que el otro quiere le sea vista (Boullosa 1992: 90-91).

Si tempranamente es claro el fracaso de la narradora («–¡La novela que yo quiero escribir es una mentira, está llena de paja en lugar de estar llena de vísceras! –La novela que he de escribir es una novela imposible!», Boullosa 1992: 40), el conocimiento de las causas llegará mucho más tarde:

> Deserté del primer Moctezuma que vi, el hombre que recibió anuncios o presagios de lo que iba a ocurrir (algunos hermosísimos, otros divertidos o asombrosos, en todos los casos «antojo», golosina para el narrador); deserté del hombre que murió de una pedrada en la frente; deserté del supersticioso; deserté del que me convocó a escribir *Llanto*. Buscando una verdad en la cual fundar a mi personaje, perdí mi novela (Boullosa 1992: 96).

Y Laura no puede sino llorar delante de su doble derrota, como mexicana viendo a Moctezuma con su traje de Tlatoani recostado en el pasto del parque, y como narradora delante de la imposibilidad de escribir su novela.

Siempre en el ámbito de la metanarración con implicaciones claramente autobiográficas, en las últimas décadas se encuentran numerosas novelas con escritoras y poetas reales como protagonistas. *Juanamanuela, mucha mujer* (1980) de la argentina Martha Mercader es la presunta autobiografía de Juana Manuela Gorriti, así como *Agonía de una irreverente* (1996) de la chilena Mónica Echeverría Yáñez es la biografía de Inés Echeverría Bello –Iris–, escrita por su sobrina: las dos novelas utilizan fragmentos reales de diarios, cartas etc. de las protagonistas como intertexto referencial. *Una mujer de fin de siglo* (1999) y *Las libres del Sur* (2000) de María Rosa Lojo, sobre Eduarda Mansilla y Victoria Ocampo, utilizan los mismos recursos y, sobre todo para la segunda, se podría hablar de novela-ensayo. *Cómo se atreve* (2005) de la argentina Silvia Miguens, investiga la intensa actividad de educadora de Juana Paula Manso. En *In the name of Salomé* (2000) de la dominicana nacida en Nueva York Julia Alvarez, se confrontan la poeta Salomé Ureña y su hija Camila Henríquez Ureña, dos modos diversos de ser protagonistas de tiempos revolucionarios.

En el Descubrimiento del Río de la Plata y en la Conquista de México dos son las mujeres que han tenido 'larga vida', desde las crónicas hasta la narrativa contemporánea. Son dos heroínas muy diferentes entre sí, aparentemente símbolos de opuestos modelos de comportamiento, pero asimiladas en el mismo proyecto de recuperación de 'lo femenino' en los procesos históricos de occidentalización de América: Lucía Miranda, la mártir española que muere por mantenerse fiel

a su esposo, y Malinche, la india que con su traición ayuda a Cortés en la Conquista de México. Estos escuetos datos biográficos, o etiquetas, parecen suficientes para enaltecer dos modelos de nación –la *blanca* Argentina y el México mestizo– pero, como veremos, muchos son los matices y las tonalidades que permiten a estos dos íconos enriquecerse y humanizarse, dejar de ser estereotipos para adquirir vida y llegar a ser mujeres 'a tutto tondo'.

1.8. El Descubrimiento y la Conquista

Como se ha señalado, el nacimiento de la novela histórica americana coincide con la conquista de la independencia y con la necesidad de construir sendas identidades nacionales en contraposición a la identidad 'colonial' marcada por la hispanidad imperialista.

La elección de los momentos históricos del Descubrimiento y de la Conquista como temas privilegiados responden a la exigencia propia de la novela histórica ya que «el comienzo de la experiencia colonial en los siglos XV y XVI y la fundación de estados autónomos en el XIX pueden ser vistos como momentos de fisura, procesos dramáticos en los cuales se condensan las contradicciones que marcan a las sociedades latinoamericanas» (Elmore 1997: 11).

Es el momento del choque violento entre dos mundos, entre tiempos y culturas diferentes, y por lo tanto el carácter dramático de la Historia se impone con mayor evidencia: «los héroes representativos de una época –es decir, esos *individuos universales* que marcan el tránsito hacia un nuevo orden– son figuras esencialmente trágicas» (Elmore 1997: 28), aún más en los casos que vamos a analizar, donde el héroe a menudo pertenece al mundo de los vencidos, y

por lo tanto fatal y *trágicamente* predestinado al fracaso. En buena parte de las novelas históricas latinoamericanas –sobre todo en las regiones donde la presencia indígena es numérica y cualitativamente relevante–, al contrario de lo que pasa generalmente en las europeas,

> el impulso retrospectivo no aspira a convertir al principio en el lugar del sentido pleno, en el sitio donde los enigmas de la Comunidad y el Estado se esclarecen; por lo contrario, lo que caracteriza a los ejemplos más notables del género es la crítica a los orígenes de la nacionalidad, el desmantelamiento de los mitos patrióticos. En el espacio de los relatos, la duda trágica y el distanciamiento irónico corroen e interrogan a los tópicos consagrados por la tradición y los aparatos del Estado; al mismo tiempo, el ejercicio de la relectura pone en relieve el carácter textual, ideológico, de las imágenes hegemónicas del pasado colectivo (Elmore 1997: 39-40)[37].

Si bien la literatura latinoamericana es una expresión de la cultura europea 'trasplantada' y luego aclimatada en territorio latinoamericano (otras eran las formas de expresión artística de los indígenas) y refleja sí la nueva situación pero con óptica y según modelos europeos, también es verdad que en América siempre ha existido una forma de revisionismo histórico el cual tiene su fundamento en la posibilidad de hallar aún hoy documentos contradictorios, ambiguos, ocultados, falsificados[38], que han permitido la transmisión de otras *verdades*.

---

37 Este carácter, ya presente en numerosas novelas históricas latinoamericanas desde sus orígenes, en las literaturas europeas del siglo XX se ha interpretado como propio de la Posmodernidad.

38 El discutido caso de los Documentos Miccinelli, presuntamente de Juan Valera, puede ser ejemplar (Cantú 2001 y Laurencich Minelli 2007).

Como se verá en los dos capítulos siguientes, la elección dominante de uno u otro evento –Descubrimiento o Conquista– responde a exigencias diversificadas de construcción del modelo de nación: el Río de la Plata –'pueblo trasplantado' y sin culturas prehispánicas *fuertes*– elige como momento fundacional el tema del viaje y del Descubrimiento; Mesoamérica en cambio –'pueblo testimonio' en el cual la presencia indígena es aún fuerte y emergente– elige la fase de la conquista, haciendo del encuentro o desencuentro de culturas el eje significativo de su nacimiento. Es decir, se construye una historiografía a medida de la imagen de nación que se quiere imponer: «todo sujeto social –letrado o iletrado, artista o político, activista social o no– al proponer su relato sobre la nación y sobre su comunidad o al legitimar un determinado discurso como perteneciente a la nación, construye relatos, propone comienzos, diseña fundaciones, establece orígenes, elige representaciones, opta por idiomas. Como sostiene Geoffrey Bennington, 'en el origen de una nación encontramos la historia ficcional acerca del origen de la nación'» (Achugar 1995: 23).

Lo que no es muy diferente de lo que había dicho Acevedo Díaz en «Sin pasión y sin divisa», prólogo a *Lanza y sable* (1914), reclamando un uso didáctico de la inserción de la Historia en la novela:

> Todos saben que la verdadera literatura de un pueblo está en sus orígenes, en la reproducción exacta de los tipos, hábitos y costumbres ya casi extinguidos por completo, en el estudio de los instintos primitivos, cómo se adobaron esos instintos y a qué extremos los condujo el arranque inicial del cambio hasta llegar a la primera etapa del progreso (Acevedo Díaz 1914).

En el origen de América está inequívocamente el Descubrimiento, con el que empieza la Modernidad: un descubrimiento que, como se ha dicho constantemente en las últimas décadas, ha sido más bien un encubrimiento cuando no, definitivamente, una invención.

Colón naturalmente es el gran protagonista de esta epopeya, y como héroe –en su faceta civil de navegante como en la religiosa de evangelizador– y gracias también al misterio que acompaña sus orígenes y sus años juveniles, ha sido protagonista de numerosísimas novelas, monografías, estudios biográficos e historiográficos. Pero el misterio persiste, como persiste el misterio de la verdadera índole de Colón: comerciante, navegante, evangelizador, santo o impostor, y aún, residuo medieval o precoz renacentista etc. etc. etc. En época de revisionismo histórico, naturalmente Colón es el primer blanco para reinterpretar la Historia de América, y sus diarios y cartas se vuelven los principales pre-textos sobre los cuales ejercitar la pluma. Ya se ha escrito demasiado sobre Colón y las novelas a él dedicadas: aquí tentaremos sólo un enfoque muy específico y parcial, apostando por un nuevo subgénero, la metacrónica, que acompañaría a otras formas de escribir novelas históricas en esa época de indecifrables 'pos...' y 'meta...'.

Luego, en la imposibilidad de abarcar toda la producción de narrativa histórica en el continente, con sus dinámicas específicas, nos ceñiremos, separadamente, a los dos momentos del Descubrimiento y de la Conquista en dos subregiones, el Río de la Plata y Mesoamérica, que nos parecen particularmente adecuadas para representar los diversos *discursos* que, a través tanto de la novela histórica tradicional como de la *nueva*, concurren a la formación de las identidades americanas en el primero como en el segundo

proceso descolonizador: en el período postindependista en el siglo XIX (novela histórica tradicional o clásica), así como en nuestra contemporaneidad de crisis de la Modernidad y redefinición de perfiles identitarios (nueva novela histórica).

II. El descubrimiento: el Río de la Plata

2.1. Colón y la metacrónica

Inmensa es la literatura tanto historiográfica como ficcional inspirada en la figura misteriosa y fabulosa de Cristóbal Colón, e introduciendo un capítulo dedicado al Descubrimiento no podíamos dejar de dedicarle aunque sea un breve párrafo, pero desde una óptica específica: la re-escritura de sus diarios.

A un discurso revisionista general –oponer la Historia de los vencidos o de los marginales a la Historia oficial– se une el deseo de meditar sobre los documentos a partir de los cuales se ha escrito la Historia, y sobre la definición misma de documento y de veridicidad: es por lo tanto inevitable el discurso metatextual junto a la reflexión historiográfica. Es una de las posibilidades, esto es, para responder al pedido de Carlos Fuentes:

> La gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en contestar con la verdad a las mentiras de nuestra

> historia, en apropiarnos con palabras nuevas de un antiguo pasado que nos pertenece e invitarlo a sentarse a la mesa de un presente que sin él sería la del ayuno (Fuentes 1978: 14).

Como ya hemos anotado, caracteres comunes a las 'nuevas novelas históricas' latinoamericanas son el uso prevalente de la primera persona (que opone la subjetividad del yo a la supuesta objetividad de la tercera persona tradicional del discurso historiográfico) y la meta-narración (la reflexión sobre el proceso de escritura, y, en este caso específico, la relación entre la esfera historiográfica y la esfera ficcional, así como sobre la supuesta objetividad del discurso historiográfico, que en cambio, siendo discurso y no acción, conlleva por definición cierta dosis de *ficcionalidad* o, por lo menos, de subjetivismo). Estos caracteres no sólo están presentes en las 'metacrónicas' que he seleccionado sino que permiten caracterizarlas precisamente como *subgénero*; además, aunque no se trate de la historia y de la palabra de un vencido, sino de un vencedor por antonomasia, Cristóbal Colón, es evidente el mismo *discurso* revisionista que, precisamente por ser generado desde el interior de la Historia oficial de los vencedores, parece aún más perturbador.

Los textos que analizaré son parodias en el sentido etimológico del término, o sea 'textos paralelos' a textos conocidos, con los que establecen una relación de identidad y distanciamiento, de reconocimiento del código y exigencia de quebrantarlo, lo que significa también romper los límites entre géneros 'altos' y 'bajos', referenciales y ficcionales.

Los textos originarios –pre-textos–, codificados en la forma y en su significado profundo (responder a las espectativas de quien recibía las *cartas* y las *relaciones*) eran en realidad altamente ambiguos en lo que concierne la referencialidad histórica, aunque fueran recibidos entonces como obras

historiográficas: son ellos mismos textos intermedios entre historia y ficción, en los que la *verdadera historia del descubrimiento* se mezcla con las utopías y los mitos europeos, las aventuras de los libros de caballería, etc. Es decir, estas crónicas de la *verdadera historia del descubrimiento* ya son palimpsestos complejos y liminales entre la historia, la utopía, el mito y la ficción, y confirman una vez más cómo las categorías verdadero/falso, realidad/ficción, ciencia/magia, son conceptos históricos que varían según el tipo de cultura de una determinada sociedad en un determinado momento.

Varios son los ejemplos que podríamos citar, a partir precisamente de Colón y de sus *Diarios*: el ejercicio metanarrativo, metatextual y revisionista aplicado a sus *Diarios* ha producido textos de gran éxito y de profundas consecuencias en la posibilidad de nuevas lecturas historiográficas de la aventura colombina. Será suficiente recordar que el famoso *Primer Diario* –así como el *Tercero*–, que todos citamos con gran soltura, ya por sí mismo es una re-escritura no del todo transparente e inocente, ya que nosotros conocemos sólo un compendio realizado por fray Bartolomé de las Casas (del *Segundo*, conocemos la relación del médico Diego Álvarez Chanca, del *Cuarto*, tenemos el testimonio directo del primer biógrafo colombino, su hijo Hernando, quien viajó con el padre).

En diversas ocasiones, además, se ha hablado de un *Diario* secreto, misteriosamente desaparecido, que en la 'nueva novela histórica' a menudo viene presentado como pre-texto virtual. Diario secreto al que parece aludir el mismo Colón, en un párrafo metacronaquístico del primer *Diario* (25 de setiembre), cuando confiesa haber alterado algunos datos –las millas que habían navegado– para placar a los marineros que ya no creían en sus cálculos:

> Habrían andado aquel día al Oeste, cuatro leguas, porque siempre fingían a la gente que hacían poco camino, porque no les pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido y el mayor el verdadero (Colón 1990: 163).

Paradójicamente, parece que el Almirante mismo nos invite a re-escribir su historia, a descubrir otras verdades escondidas, invitación aceptada por algunos de los mayores escritores latinoamericanos contemporáneos, quienes han re-escrito a su manera los *Diarios* y la entera Historia del Descubrimiento: Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra* (1979), Abel Posse en *Los perros del Paraíso* (1983), Augusto Roa Bastos en *Vigilia del Almirante* (1992), Alejandro Paternáin en *Crónica del descubrimiento* (1980), Homero Aridjis en *Memorias del Nuevo Mundo* (1988), Manuel Gutiérrez-Sousa en *El rey de la quimera* (1990), Herminio Martínez en *Una autobiografía hipócrita del Almirante* (1992). En esta ocasión, nos detendremos únicamente en los cuatro primeros por ser obras maestras de sus respectivos autores y presentar diferentes modalidades de re-lectura de un mismo corpus utilizado como pre-texto.

En el primero, la historia conocida, la que leemos en los textos canónicos del Descubrimiento, se sustituye por una posible historia latente, subterránea, sin posibilidad de averiguación. Es referencial en los datos concretos pero alternativa en la representación y en las motivaciones, en suma, en el *discurso*, que incluso anula aquel proyecto con el que Colón se había presentado al mundo y en el que se identificaba: la evangelización de nuevas tierras.

Insinuando otras posibilidades no contempladas por la Historia oficial –santo, esclavista, comerciante, perdiosero, español/italiano/portugués o quién sabe qué– la obra car-

penteriana nos presenta a Colón, al gran Héroe del Descubrimiento, ya viejo, cansado, decepcionado, moribundo, que se confiesa rellenando las fisuras de aquella Historia que él mismo había escrito, con un *discurso* irreverente e irónico en el que admite verdades apenas vislumbradas por la Historia, e inmediatamente borradas. A este núcleo central –no por casualidad central también en la economía estructural del libro– se suman otros *discursos*, también alternativos: el de Giovanni Maria Mastai-Ferretti, joven prelado en América y futuro Papa Pío IX –primer papa americano– quien recuerda su aventura de ultramar y proyecta proclamar santo, primer santo universal, a Colón; y luego una escena superreal en la que el *Invisible* –el mismo Colón– está presente en el proceso de beatificación, en el que intervienen, entre otros, Bartolomé de las Casas, Jules Verne, Alfonso Lamartine.

La parte que nos interesa es la segunda, «La mano», que más que una confesión de Colón es una desaprobación de su voz y su imagen oficiales. Presenta diversos niveles de intertextualidad y metatextualidad no sólo con respecto al pretexto –sus diarios y sus cartas– sino también con respecto a aquellos autores y textos escritos –la Biblia, Virgilio, Séneca, Marco Polo o Pierre d'Ailly– hacia los que el navegante se había siempre declarado fiel, y que aquí aparecen en cambio como 'biombos' que esconden al único guía de quien se fía, oral y por lo tanto no fiable por definición, el Maestro Jacobo, que le descubre el primer descubrimiento de los vikingos y la existencia de Vinlandia o de la Tierra Verde: escuchando sus cuentos,

> Todo lo aprendido a lo largo de mis viajes, toda mi Imago Mundi, todo mi Speculum Mundi, se me viene abajo [...] Se me barajan, se me revuelven, se me trastuecan, desdibujan y redibujan, todos los mapas conocidos. Mejor olvi-

> dar los mapas, pues se me hacen, de pronto, petulantes y engreídos con su jactanciosa pretensión de abarcarlo todo. Mejor me vuelvo hacia los poetas que, a veces, en bien medidos versos, pronuncian verdaderas profecías (Carpentier 1998: 67-68).

Se trata de una decidida subversión del canon historiográfico medieval: a la tradición clásica escrita, sacra y profana, Colón sustituye la oralidad, vocero de otras Verdades que se demonstrarán más verdaderas que las transmitidas por la Historia.

Pero la relación más intrigante es naturalmente entre el *Diario* y los diversos niveles de confesión que en «La mano» Colón ofrece al lector, en un juego muy sutil de desdoblamiento de la personalidad no en el sentido psicológico, sino en relación al destinatario, sí mismo o el mundo, y la condición –en vida o *in articulo mortis*. En este sentido «La mano» presenta una estructura circular, perfecta: Colón está esperando al confesor, para

> decir cosas que serán de escándalo, desconciertos, trastrueque de evidencias y revelación de engaños para el fraile oidor. Aun en secreto de confesión. Pero, en este momento, cuando vivo –aún vivo– en espera del oidor postrero, somos dos en uno. El yacente, de manos ya puestas en estampa de oración, resignado –¡no tanto!– a que la muerte le entre por esa puerta, y el otro, el de adentro, que trata de librarse de mí, el 'mí' que lo envuelve y encarcela, y trata de ahogarlo (Carpentier 1998: 50).

En la espera hojea las páginas amarillentas de su *Diario* y, leyéndolas para sí mismo, desmiente lo escrito revelando motivaciones, artimañas, intrigas de sus azañas. Estas meditaciones suyas costituyen una metacrónica, la re-escritura y

comentario de su Voz oficial para desvelar –descubrir– las *trampas* en las que el Demonio lo había hecho caer:

> Y las constancia de tales trampas está aquí, en estos borradores de mis relaciones de viajes, que tengo bajo la almohada, y que ahora saco con mano temblorosa –asustada de sí misma– para releer lo que, en estos postreros momentos, tengo por un vasto Repertorio de Embustes –y así lo diré a mi confesor que tanto tarda en aparecer (Carpentier 1998: 101-102).

No faltan re-visitaciones de los más famosos párrafos colombinos –las descripciones de los primeros indios, de las sirenas, del eclipse de luna– que no se alejan mucho del texto originario pero, una vez cambiado el *discurso*, nos hacen mirar bajo nuevas perspectivas aquellos hechos y aquellas descripciones gracias al uso no ingenuo de la escritura extrañada.

Más interesantes y subversivos son aquellos párrafos relacionados al tema más candente y movedizo, oro *versus* evangelización, y revelan la naturaleza parcial y ambigua de sus escritos, un

> Repertorio de embustes que se abre en la fecha del 13 de Octubre, con la palabra ORO […] Viendo tal maravilla, sentí como un arrebato interior. Una codicia, jamás conocida, me germinaba en las entrañas […] Y a partir de ese día, la palabra ORO será la más repetida, como endemoniada obsesión, en mis Diarios, Relaciones y Cartas (Carpentier 1998: 102).

Y si confirma tan explícitamente la obsesión por el oro, igualmente explícita es su falta de interés por la misión evangelizadora: «en lo que se refiere al adotrinamiento de los

indios, ¡que de ello se ocupen varones más capaces que yo para desempeñar tamaña misión! Ganar almas no es mi tarea. Y no se pida vocación de apóstol a quien tiene agallas de banquero» (Carpentier 1998: 128). Pero es una ilusión, el delirio de un moribundo, una verdad de palabra que no puede competir con la verdad del texto escrito, y no llega ni al oído del confesor, porque es inconfesable: consciente de la imposibilidad de decir la Verdad,

> me pongo la máscara de quien quise ser y no fui: la máscara que habrá de hacerse una con la que me pondrá la muerte –última de las incontables que he llevado a lo largo de [mi] existencia […] Hora de la verdad, que es hora de recuento. Pero no habrá recuento. Sólo diré lo que, acerca de mí, pueda quedar escrito en pietra mármol. De la boca me sale la voz de otro que a menudo me habita. Él sabrá lo que dice… 'Haya misericordia agora el cielo y llore por mí la tierra' (Carpentier 1998: 148-150).

Estas son las palabras finales. Carpentier deja al lector una posible historia, contada por un poeta y no por un historiador pero no por eso menos creíble que la tramandada por la Historia oficial porque una vez más Historia y ficción se funden y con-funden: como ha escrito, en un texto ensayístico, el mismo Carpentier,

> Bernal Díaz de Castillo es mucho más novelista que los autores de muy famosos romances de caballería [...] No hay más camino para el novelista [hispanoamericano] en este umbral del siglo XXI que aceptar la muy honrosa condición de cronista mayor, cronista de Indias. Nunca he podido establecer distingos muy válidos entre la condición del cronista y la del novelista (Carpentier 2003: 197).

El juego de la re-escritura es aún más evidente en los demás textos que, aunque sea rápidamente, analizamos, ya que parten del presupuesto que existe un *Diario* secreto y que por lo tanto la Historia –y la ficción– hay que re-escribirlas a partir de aquel texto. Proceso historiográfico, éste, perfectamente legítimo y legitimado aún más por la historia colombina: si, como comentábamos, desaparecido el *Diario* del primer viaje, conocemos las transcripciones de Hernando Colón y Bartolomé de las Casas, desaparecido el *Diario* secreto, conocemos las trascripciones y los ejercicios de re-escritura de Abel Posse y Augusto Roa Bastos. Ambas novelas se pueden considerar parodias en niveles diferentes y con respecto a diversos pre-textos, casi en una *mise en abîme* sin fin: el *Diario* y sus re-escrituras oficiales, pero también el *Diario* secreto, en el que Colón puede finalmente decir las verdades calladas o rápidamente mencionadas en los textos oficiales (Hernando Colón y Las Casas), puede llenar los huecos de la Historia y contestar a dudas e interrogaciones o corregir ilaciones y suposiciones. En una palabra, re-hacer la Historia del *Descubrimiento*. Hernando Colón y Las Casas, Posse y Roa Bastos, con sus textos respectivos «quedan […] equiparados en este complejo proceso de escritura que delata[n] la[s] novela[s]» (Pulgarín 1995: 93-94)[39].

Muchos comentarios sirven para ambos, aunque con una diferencia de base: *Vigilia del Almirante* es una novela verosímil, mientras que *Los perros del Paraíso* es declaradamente fantástica: condensa en un único viaje de diez años los cuatro viajes del Almirante e inserta en él, anacrónicamente, otros viajes realizados –con sus lenguajes diversificados– en una compresencia que otorga a las navegaciones colombinas el

39 Pulgarín habla de *Los perros del Paraíso*, pero el mismo *discurso* vale también para *Vigilia del Almirante.*

papel de lugar, literario e ideológico, en el que y desde el que se desparrama toda la historia de América y el proceso de americanización:

> La Santa María quiebra con su proa 'el horizonte espacial-histórico' y, abierta así 'la Caja de Pandora de la realidad', se deslizan ante el protagonista en ilógica presencia simultánea 'seres, naves, escenas humanas que el almirante tuvo, como buen visionario que era, que aceptar sin tratar de buscar explicaciones (Aracil Varón 2004: 145).

Es la misma técnica de condensación y superposición temporal usada en *Daimón*, la novela sobre Lope de Aguirre; técnica que el autor utiliza para subrayar la perversa reiteración de errores, posturas, idiosincrasias y sentimientos, que, presentados hiperbólicamente, y por lo tanto grotescamente, en virtud de ese mismo mecanismo repetitivo, *desvelan* lo que la Historia ha *velado*. De este modo,

> Posse reivindica su derecho a inventar la historia en un discurso que puede ser tan 'verdadero' como el histórico, un discurso capaz de des-cubrir la 'versión justa' gracias, como diría el propio autor, a la capacidad para 'moverse en las entrelíneas de la crónica' (Aracil Varón 2004: 118).

Aunque la forma no es la del diario o la crónica, sino la del cuento de un narrador extradiegético –y recordemos que, en la re-escritura de Bartolomé de las Casas, también el Colón oficial habla en tercera persona– es evidente a lo largo de todo el texto el carácter metacronístico junto a la voluntad de desacralizar la Historia oficial, sobre todo lo que concierne a la figura de Colón, metáfora ambigua, contradictoria, podríamos decir omnicomprensiva de todas las

ambigüedades y contradicciones –históricas, éticas, ideológicas– de aquel período suspendido entre Edad Media y Renacimiento, entre tradición e innovación, entre fe y mercantilismo. Posse no da respuestas e interpretaciones netas, pero ofrece la posibilidad de soñar con otra América, otra Historia, en las que las *Ordenanzas* dictadas bajo el Arbol de la Vida del Paraíso Terrenal hubieran podido construir un mundo mejor. Es un sueño que se desvanece rápidamente, como si al hombre no le fuera permitida esa huida hacia el sueño y la utopía:

> Después de dos semanas empezaron a sentir que sin el Mal las cosas carecían de sentido. Se les desteñía el mundo, las horas eran nadería. En realidad el tan elogiado Paraíso era un antimundo soso, demasiado desnudo, diurno –porque la noche ya no era la noche–. Andar desnudos y sin Mal era como presentarse de frac a la fiesta que ya acabó […] Los curas vagabundeaban por la playa con malhumor […] Se aburrían, nadie se confesaba […] la máquina del hacer, pieza esencial de la desdicha y diversión de los hombres de Occidente, continuaba su acción con disimulo y nocturnidad […] Los mismos Colones (hermanos, hijos, sobrinos y primos de Colón) andaban alzados maldiciendo la evidencia paradisíaca (Posse 1987: 192-194).

Pero es *Vigilia del Almirante,* de Augusto Roa Bastos, la novela que se propone como suma y modelo de re-escritura, como palimpsesto en el que se esconden y se revelan pretextos reales e imaginados, no sólo de la épica colombina sino también de la literatura hispanoamericana reciente y del intenso debate nacido en vísperas del Quinto Centenario. En la mejor tradición a la que nos ha acostumbrado Roa Bastos, la novela está constituida por el entramado de muchas voces y documentos que se integran o se desmienten, y que

están señalados indirectamente ya en el Índice: «Cuenta el Almirante», «Cuentan los cronistas», «Cuenta el narrador», «Cuenta el ermitaño» y aún: «Fragmentos de una biografía apócrifa», «Memorias desmemoriadas», etc. De acuerdo con estas 'secciones' que se alternan en el libro, encontramos ahora la primera, ahora la tercera persona, y el punto de vista es ahora contemporáneo a los hechos –diario, crónica–, ahora sucesivo –memorias, biografías, glosas–. Lo que es cierto es que estas múltiples voces hablan todas para desmentir los textos colombinos y la Historia que a partir de ellos se ha construido, y se presentan como el Texto por antonomasia, desaparecido no se sabrá nunca si por fatalidad o dolo. El *discurso* que está debajo de esta operación de re-escritura está explicitado en un párrafo metanarrativo presente en el capítulo «¿Existió el Piloto desconocido?», evidente fruto de la pluma del *Narrador*[40] (ya citado anteriormente, pero que juzgamos necesario proponer nuevamente):

> Las historias documentadas y las historias fingidas que no se apoyan en otros documentos que no sean los símbolos [...] son géneros de ficción mixta; sólo difieren en los principios y en los métodos. Las primeras buscan instaurar el orden, anular la anarquía, abolir el azar en el pasado, armar rompecabezas perfectos, sin hiatos, sin fisuras, lograr conjuntos tranquilizadores sobre la base de la probanza documental, de la verificación de las fuentes, del texto establecido, inmutable, irrefutable, en el que hasta el riesgo calculado de error está previsto e incluido. El historiador científico siempre debe hablar de otro y en tercera persona. El *yo* le está vedado. Los historiadores son de hecho 'restauradores' de hechos [...] Las historias fingidas, en cambio, abren la ima-

40 Así empieza este capítulo: «A un historiador de Indias, partidario de la 'verdad' científica en libertad, amigo muy querido, le consulté sobre la posible autenticidad del Piloto incógnito» (Roa Bastos 1992: 67).

> ginación al espectro incalculable del azar tanto en el pasado como en el futuro; abren la realidad al tejido de sus oscuras leyes [Sus inventores] siempre hablan de sí mismos aunque hablen de otros y se dirijan a 'otros sí mismos'. El *yo* de ellos es el *yo* del otro. Se limitan a elegir los símbolos que les convienen para hacer verosímil la representación fingida de la realidad (Roa Bastos 1992: 80).

Si el misterio del Piloto suscita una discusión tan profunda sobre la esencia de la Historia, es porque efectivamente es uno de los nudos sin resolver de la empresa colombina[41] y es nudo emblemático de toda la construcción narrativa y estructural de la novela de Roa Bastos. Efectivamente, de él hablan repetidamente Colón (en sus textos diversos y contradictorios), los cronistas, el narrador extradiegético, permitiendo así la confrontación entre historia y leyenda.

En el primer capítulo, «Cuenta el Almirante», importantísimo porque se dan las coordenadas y las indicaciones de lectura de todo el texto, Colón a punto de morir («Con la cabeza sobre mi almohada de agonizante, en la desconchada habitación de mi eremitorio en Valladolid, contemplo con ojos de ahogado este viaje al infinito que resume todos mis viajes», Roa Bastos 1992: 18) confiesa la verdad sobre la leyenda del Piloto que «no pudo mentir[me] cuando ya se moría». Se establece inmediatamente esta correspondencia entre los dos *descubridores*, el Piloto y Colón, y entre sus confesiones últimas ya que «Los moribundos no mienten». Pero enseguida el autor subraya las diferencias, siempre en palabras de Colón, esta vez desde su *Libro de Navegación*,

41 Juan Manzano en varios textos pone de manifiesto el conocimiento por parte de Colón de la existencia de algunas islas a 750 leguas a oeste, información obtenida por un marinero en su lecho de muerte (Manzano y Manzano 1989).

uno de los textos colombinos perdidos: «En esas islas [...] me informó el Piloto, naufragó su barco. No se puede decir que él las descubriera puesto que no dio pública noticia dello, salvo la confidencia que me hizo en secreto, cuando ya se moría. Las descubriré yo» (Roa Bastos 1992: 37).

No es la acción que hace la Historia, sino la Palabra Escrita, y por lo tanto, en este caso, las *Crónicas, Diarios de viaje, Relaciones,* etc. Y los escritores de 'nuevas novelas históricas', si quieren re-escribir la Historia, no pueden eludir aquellos textos fundantes; al contrario, tienen que partir exactamente de allí, como Roa Bastos que, re-escribiendo los textos desaparecidos del Almirante, sin nunca alejarse de la verosimilitud histórica, nos cuenta una posible *verdadera historia del descubrimiento*, fruto del encuentro de varias voces: la polifonía y yuxtaposición de voces y textos –nunca contradictorios– parecen serenar al lector que en el género de la novela histórica (por lo menos en la tradicional) busca confirmaciones y enriquecimiento de sus conocimientos de la historia.

Sólo ahora, a través de la escritura última del Almirante (a menudo etiquetado como grafómane) conocemos la verdadera historia del Piloto («Sólo al principio, cuando todavía le salían el aliento y la voz, me hizo un relato completo de su peregrinación», Roa Bastos 1992: 46), alrededor del cual Roa Bastos teje una historia similar a la de Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, los dos náufragos en tierra maya objeto de mucha literatura, ya que el primero fue rescatado por Cortés y fue su intérprete, mientras que el segundo decidió quedarse y rechazar el regreso a la Civilización. Análogamente, Roa pone al lado del Piloto a otro náufrago, Pedro Gentil, que lo deja empezar el viaje de regreso a casa solo, prefiriendo ser «el primer indiano que no vuel-

ve» (Roa Bastos 1992: 46), anticipando por lo tanto esta *bofetada* a la Civilización, la decisión de quedarse en la Barbarie. Como decíamos, sobre el Piloto, además del Colón roabastiano, habla también el narrador extradiegético que aprovecha esta leyenda para otro sermón metanarrativo y metahistoriográfico:

> En la fantasmagoría de la empresa descubridora, la velada y misteriosa presencia del Piloto anónimo precursor, es otro fantasma más. Su existencia real ha sido desvanecida por el halo de su leyenda y ésta, a su vez, fue dando paso a una historia no menos nebulosa pero acaso no menos real que la del propio Almirante, que los ha pegado espalda contra espalda como dos hermanos siameses [...]. La historia de éste no se puede entender sin la leyenda del Piloto. El debate continúa hasta nuestros días y probablemente no cesará jamás. Las dos grandes tentaciones de los hombres de todos los tiempos han sido la utopía y los mitos; la fantasía convertida en realidad o a la inversa [...]. Algunos de los cronistas antiguos y modernos más confiables aseguran, incluso, que la historia del piloto precursor y su relato mítico fueron los elementos decisivos en la génesis de la empresa descubridora del Almirante. Y los indicios que se han ido acumulando lejos de desautorizar han confirmado la historia como leyenda y la leyenda como historia (Roa Bastos 1992: 63-65).

Porque, como ya sabemos, «la tradición oral es la única fuente de comunicación que no se puede saquear, robar ni borrar» (Roa Bastos 1992: 79). Pero, al faltar los documentos, «los hombres de ciencia sienten un pudor paralizante» a pesar de que este fantasma o mito «ya se ha instalado en la tradición oral, en la memoria colectiva y hasta en los anales de ciencia histórica» (Roa Bastos 1992: 66). El narrador Roa Bastos se interroga sobre la naturaleza de los acontecimien-

tos, pero no duda acerca de la opción falsamente disyuntiva entre 'hechos imaginados' y 'hechos documentados', haciendo hincapié también en la moderna teoría de la recepción:

> ¿Se excluyen y anulan el rigor científico y la imaginación simbólica o alegórica? No, sino que son dos caminos diferentes, dos maneras distintas de concebir el mundo y de expresarlo. Ambas polinizan y fecundan a su modo –para decirlo en lenguaje botánico– la mente y la sensibilidad del lector, verdadero autor de una obra que él la reescribe leyendo, en el supuesto de que lectura y escritura, ciencia e intuición, realidad e imaginación se valen inversamente de los mismos signos (Roa Bastos 1992: 65-66).

Siempre el narrador extradiegético, un 'nuevo' historiador curioso e impertinente, si por un lado se remonta a Fernández de Oviedo y a los demás historiadores del 500, por otro se mueve al compás de los 'nuevos novelistas históricos', tejendo un diálogo intertextual muy sugerente, como por ejemplo el juego léxico ya utilizado por Posse y por otros escritores sobre 'encubrir-descubrir', afirmando que

> si existió ese piloto, él fue sin duda el precursor del Descubrimiento [...] El otro, el Almirante, no es más que el precursor del Encubrimiento, puesto que a las tierras recién descubiertas superpuso sin más las del Oriente asiático [...] el Almirante es sin duda el precursor preclaro de conquistadores, inquisidores y encomenderos que descubrieron y expoliaron para Europa el Orbe Nuevo (Roa Bastos 1992: 68-69).

Juego éste que encuentra su 'escritura paralela' en numerosos textos ensayísticos, como por ejemplo los de Beatriz Pastor cuando afirma que,

> en su constante afán por identificar las nuevas tierras descubiertas con toda una serie de fuentes y modelos previos, llevó a cabo una indagación que oscilaba entre la invención, la deformación y el encubrimiento (Pastor 1983: 20-21).

Aún más evidente es el discurso metanarrativo y de meditación sobre la relación historia-ficción cuando los diversos narradores aluden a las fuentes, declaradas o implícitas, reales o inventadas. In primis, naturalmente, el *Diario de a bordo*, que el narrador define «ficción embaucadora» tejida por el Almirante: «No es otra la función de la palabra escrita [...]. El único que va mintiendo es el Almirante porque a veces la verdad central –en este caso la llegada a las Indias orientales– hay que defenderla y revelarla con mentiras parciales» (Roa Bastos 1992: 270-271). Naturalmente, se refiere a la 'doble contabilidad' de las millas que habían navegado, que aquí es sólo una 'mentira parcial' entre las muchas presentes en el *Diario* y reveladas en otros textos: «Escribe el Almirante, alternadamente, el *Diario de a bordo*, sus *Memorias* íntimas y el *Libro de las Profecías*. Al zarpar de la Isla de Hierro ha comenzado también a escribir la introducción al *Libro del Descubrimiento*» (Roa Bastos 1992: 269); y, por si no fuera suficiente, una multitud de cartas «con alabanzas, informes, protestas y quejas elevadas a Sus Majestades» (Roa Bastos 1992: 97), casi todas, empero, devueltas al remitente y ninguna llegada a destinación, es decir a las manos de los reyes en España. El texto-fuente ficticio más citado es sin duda el *Libro de las Memorias*,

> libro inconcluso y también desaparecido, del cual sólo han quedado apuntes ilegibles y crípticos en los escritos después desautorizados por el propio Almirante [que] Bartolomé de las Casas, exégeta del Almirante, hombre justo y apa-

> sionado, y Hernando, albacea y biógrafo filialmente celoso de la memoria y buen nombre de su padre, se abstienen por completo de mencionar (Roa Bastos 1992: 337)

y que no se sabe si alguna vez ha sido enviado a Isabel y Hernando desde la isla de San Salvador, como el Almirante ha siempre declarado. Es precisamente a este *Libro de las Memorias* que el *Caballero Navegante* confía sus verdades más secretas, y donde, leyendo en el futuro, puede afirmar que

> El dominico Las Casas y mi hijo Hernando reescribirán a su modo todos estos papeles borroneados de sudor y de mar. Pondrán en ellos cosas que no han sucedido o que han sucedido de otra manera, muchas otras que no conozco y las más dellas sólo para indisponerme con mis amigos portugueses, malquistarme con los Soberanos que me han otorgado su más plena confianza y dañar mi reputación y prestigio de primer descubridor de las Yndias [...] Luego acudirán cronistas, nautas sapientes de los archivos, cosmógrafos, doctores de la Santa Iglesia, novelistas de segundo orden, a deshacer con sus trujamanerías lo por mí no hecho, lo por mí no escrito; a inventarme fechos y fechas por los que nunca he pasado. Un documento prueba lo bueno y lo malo, y todo lo contrario. Con el mismo documento se pueden fabricar historias diferentes y hasta opuestas (Roa Bastos 1992: 219).

Como se ve, Roa Bastos con *Vigilia del Almirante* concretiza exactamente lo que su Colón había previsto, y su texto, sin renunciar a ser una novela cautivadora con su *Caballero Navegante* siempre quijotescamente combatido entre sueño y realidad, entre fe y razón, podríamos decir entre oralidad y escritura, obliga al lector a reflexionar sobre los grandes temas epistemológicos y éticos que acompañan siempre al proceso de escritura, tanto de la oficial como de la

secreta, enviada a España o confiada a un «barril hermético», transcrita por fieles (¿?) exégetas (Las Casas, Hernán Colón, Fernández de Oviedo) o por infieles (¿?) novelistas.

Las fuentes, sin embargo, no son sólo las crónicas o los libros sagrados. El autor se divierte sembrando el texto de citaciones y alusiones a obras narrativas, in primis *Don Quijote* y *Pedro Páramo,* que con *Vigilia del Almirante* tienen en común la centralidad del viaje: «Juan Preciado, hijo bastardo de Pedro Páramo», autor del *Manual del perfecto Inquisidor*, cumple un viaje a las Indias «buscando por esas tórridas regiones del Mal el alma de su padre» (Roa Bastos 1992: 100).

Obsesiva casi es la identificación con don Quijote, del cual Colón sería «antepasado y émulo» (Roa Bastos 1992: 178-179) hasta imaginar la presencia, junto a un Colón moribundo, de «el ama y la sobrina». Por lo menos cuatro capítulos hacen explícita referencia al *Don Quijote*, subrayando una intertextualidad marcada, desde la «Biografia apócrifa» del Almirante («En un lugar de la Liguria de cuyo nombre ...» Roa Bastos 1992: 167) a un capítulo ensayístico en el que las vidas, las aspiraciones, deseos y frustraciones de Cervantes, Colón y Don Quijote, se confunden y se sobreponen, en un lúcido cuadro entre historia y ficción, entretejidas en coordinadas históricas dignas del mejor ensayo filosófico e historiográfico: un siglo de Historia, glosado por el pensamiento de Juan Luis Vives y Francisco de Vitoria (Roa Bastos 1992: 205-207). *Caballero navegante*, Colón

> tanto se enfrescó en estas lecturas [libros de navegadores y exploradores], pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio trajinando esas miles de páginas con los ojos y los dedos en la lengua, que no lograba saciar su curiosidad y más y más crecía su desatino. Así, del

> poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro con el que celebraba esas maravillas. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, sergas y monsergas de encantamientos como de pendencias, batallas y desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates en los que toda imposibilidad hace su nido. Asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad todo el aparato de aquellas soñadas invenciones, que para él no había otra historia más cierta en el mundo (Roa Bastos 1992: 177-178).

Otro mundo de papel, sin otra referencia externa que no sea el mundo de la literatura colombina, es el que relata el uruguayo Alejandro Paternáin en *Crónica del descubrimiento* (1980), inteligente re-escritura paródica y 'al revés' del *Diario.*

Definir *Crónica del descubrimiento* como una novela histórica es sin duda un desafío al patrón tradicional del género porque todo el argumento desmiente la Historia conocida que nos ha enseñado que la trayectoria del encuentro entre viejo y nuevo mundo fue desde Europa hacia América y no al revés. Pero si nos fijamos en la esmerada reconstrucción de ambientes, costumbres y acontecimientos de la España de finales del siglo XV y en las características del viaje de descubrimiento del texto de Paternáin, sin duda podemos incluir esta obra en el subgénero de la 'nueva novela histórica', como lo hace también Elzbieta Sklodowska en el capítulo «La novela histórica revisitada» de su libro *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*.

En este caso específico, el dato fantástico no niega la construcción de una correcta *arqueología*[42], pero al revés: tan

42 Amado Alonso opera una distinción entre *arqueología* e *historia*: «Vamos a llamar historia a la sucesión de acciones que en su eslabonamiento forman una figura móvil con unidad de sentido; y vamos a llamar arqueo-

es así que en *Crónica del descubrimiento* es posible recorrer hacia atrás el mítico viaje de Colón con personajes y situaciones perfectamente reconocibles. En el mundo de los mitones todo acaece exactamente al revés del mundo occidental y los esfuerzos del cronista por conocer, aprender, comprender, constituyen la primera sutil inversión de la actitud de los conquistadores españoles, quienes, sobre todo en las primeras fases, no tenían deseo alguno de penetrar la *otredad* para una confrontación paritaria: quien inició este despojo cultural, que tanto iba a influir en la sucesiva evolución de América Latina, fue el mismo Colón, como hemos visto, el primer *encubridor* del Nuevo Mundo.

De esta inversión –y no creación ex novo– deriva una carga paródica enorme tanto en la trama en su totalidad como en los detalles. En 1492 un grupo de la tribu de los mitones (asimilable a los guaraníes ya que los nombres de los personajes suenan lejanamente como si fuesen de este idioma) atravesó el océano a bordo de tres piraguas para buscar la fuente del sol y llegaron a Uropei, un continente desconocido y de nivel de civilización muy diferente, incomprensible y, por lo tanto, *inferior*; los hermanos Pinzones de la Historia tienen sus correspondientes ficcionales en los hermanos Omboé y Oromboé; el sentimiento de asombro de los indígenas frente a las carabelas españolas está documentado en la carta del doctor Chanca que recoge el *Diario* del segundo viaje:

---

logía al estudio de uno estado social y cultural con todos sus particularismos de época y de país, y cuyo sentido y coherencia no está en la sucesión sino en la coexistencia y en la recíproca condicionalidad de sus elementos: instituciones, costumbres, técnicas, viviendas, indumentaria, alimentación, instrumental, etc. […] Se le suele llamar 'el espíritu de una época'» (Alonso 1984: 9).

> por la costa venía una canoa en que venían cuatro hombres y dos mujeres y un muchacho, y desde que vieron la flota maravillados se embebecieron tanto que por una grande hora estuvieron que no se movieron de un lugar casi dos tiros de lombarda de los navíos (Colón 1990: 187).

«Unos dibujos y unas líneas trazadas sin arte» en las velas corresponden a la descripción hecha por el mismo Colón en su *Diario* el día 9 de octubre: «Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la † y otra de otro» (Colón 1990: 168); Yasubiré, el jefe de la expedición tiene al igual que Colón orígenes oscuros y personalidad entre tradicional y porvenirista; «Tebiché creó a la mujer y sacó al hombre de un bostezo de ella» (Paternáin 1980: 38); lo que para unos es natural, para los otros es oficio: «los mitones todos [...] somos [poetas], aunque sin tener conciencia [...] pero aquí viven con tanto atraso, sumidos en tal salvajismo, que necesitan profesionales de la emoción, del arte de poner coberturas hermosas y del mentir con elegancia» (Paternáin 1980: 72); hay también varias referencias que ponen en marcha complejos mecanismos de transcodificación y reinterpretación: Casiodora la Finojosa, a quien encuentran vieja y sola en la montaña, cuenta su historia desde su perspectiva –la historia de un vencido– desmintiendo la versión dada por la tradición («cuando fui joven y hermosa, quisieron violarme; cuando vieja, asarme», Paternáin 1980: 71); la fama debida a los versos famosos de Santillana le causaron envidias y celos:

> Llamándome la Finojosa y burlándose, me hicieron perder el trabajo, me excluyeron de todas partes y me obligaron

> a refugiarme en las montañas. Siendo mujer y por lo tanto débil, no me quedó otra vía que la de los conjuros, los hechizos, las prácticas ocultas [...] Me acusaron de bruja [...] Fui perdiendo hermosura y ganando un saber terrible (Paternáin 1980: 72-73).

Cuando Mañamedí, el hechicero mitón, le cuenta que, en cambio, él «cumplió su oficio sin sufrir jamás contratiempos, que ha sido y es uno de los más poderosos entre su gente, que lo respetan, lo admiran y le obedecen [...] la vieja se agarra la cabeza [...] sacude los hombros» y comenta: «Soy como [...] Mañamedí. Hice y hago lo mismo que él. Por eso me persiguen» (Paternáin 1980: 69-70).

Siguiendo el esquema histórico del primer viaje de Colón, naturalmente invirtiendo el punto de vista, la novela –diario del cronista oficial– relata el viaje, el desembarco, las desgraciadas peregrinaciones en el nuevo mundo. De ellos y de sus aventuras, quedará sólo la palabra escrita, que les ha permitido entrar en la historia lineal de la cultura occidental al precio altísimo de renunciar a la cíclica repetición propia de la cultura indígena:

> Hasta ahora se ha desconocido la historia [advierte Yasubiré/Colón a su cronista] pero se ha conocido la felicidad. Nunca precisó cacique alguno cronistas que recordasen sus hazañas, porque siempre se trató de una sola y misma hazaña repetida como una leyenda. Pero la empresa en que estamos embarcados ha empezado por trastornar las cosas de tal modo que se ha metido el pie, sin querer, en el terreno de la historia [...] Aquí comienza la gran era para los mitones y la dicha suprema de que los infieles salvajes de esos mundos que descubriré abjuren de sus ídolos y abracen la verdad [...] recuérdalo, muchacho. La expedición que estás viviendo no es leyenda, no habrá de repetirse. Es irrepetible y única. Es

> historia, y por serlo, habrás de transmitirla a tus hijos y a los hijos de tus hijos, para que sepan de dónde vienen, y adónde van (Paternáin 1980: 17).

Pero esta aventura dentro de la Historia durará poco, al fallir la empresa conquistadora serán otra vez silenciados por la Historia, que es la historia de Occidente y permite sólo intrusiones controladas por la metrópolis. Para permanecer en la historia de la ficción y no en la ficción de la Historia, sobreviven dos mujeres y el cronista, último tesorero de la sabiduría mitona, que nos regala su diario para que la memoria de su tribu no sea borrada por el agua que «lamiendo las arenas húmedas, borra nuestras huellas» (Paternáin 1980: 114).

Las etapas del Descubrimiento y de la fracasada conquista se hallan dispuestas en cuatro capítulos: el viaje, en el cual con magistral imaginación y pocas pinceladas se dibuja toda la cosmogonía mitona (animismo, respeto hacia la naturaleza etc.); la exploración de la costa, todavía alegre y optimista; la incursión en la ciudad definida «necio sistema para fomentar muertes atroces e irremediables pobrezas» (Paternáin 1980: 77); la derrota. En las dos primeras partes prevalecen la ironía, el juego, la inacabable cadena de invenciones en antítesis con lo occidental y los primeros desencantos todavía vividos con la «sabiduría inocente» del mundo (Paternáin 1980: 106). En las últimas dos, en cambio, la descripción de la ciudad provoca momentos cumbres de inesperado humorismo pero también párrafos de sátira y moralismo demasiado evidentes. La alegría, la sana vitalidad y la inocencia india se ven sustituidas por una amarga toma de conciencia acompañada por aquella tristeza que el anónimo cronista en seguida había descubierto en los nativos. Es como si se hubiera agotada la creatividad extrañada del cronista y del autor: en efecto el cronista, que va cuidadosamente anotando palabras,

modismos y costumbres españolas, a medida que aprende a nombrar el mundo nuevo según el código de los nativos, va perdiendo la sabiduría imaginativa mitona así como la irónica y brillante escritura extrañada, y renunciando a su propio vocabulario y a su propio punto de vista renuncia también a dominar el Nuevo Mundo, a inventarlo con la palabra, según la brillante formulación de O'Gorman. A veces, cuando el autor –y el cronista– pierde aquella asombrosa capacidad de describir y al mismo tiempo de alejarse de las cosas descritas, la ficción y su ímpetu eversivo pierden fuerza. Lo que podía haber sido una fábula estupenda, irónica y sutil parodia de la Historia y de su texto fundacional, el *Diario* colombino, se transforma a ratos en apólogo, novela picaresca de iniciación forzada de un pueblo niño en su choque con una sociedad adulta que él no puede entender. Es como si el autor, renunciando a la inventiva que había reinado en la narración del viaje y en las primeras exploraciones, encerrado en la niebla[43] (la misma niebla que no permitió que mitones y españoles se

43 En sus peregrinaciones por tierras y campos de España, los mitones van protegidos por una densa niebla: es este un elemento que podría definirse fantástico y extraño respecto a las crónicas conocidas; podría, por lo tanto, contribuir a excluir este texto del género de la 'nueva novela histórica' hispanoamericana del ciclo del descubrimiento, porque parecería demasiado alejada de un nivel aceptable de interacción entre realidad y ficción según los cánones historiográficos de los siglos XV y XVI; pero, investigando entre textos menos conocidos, pertenecientes a un contexto lingüístico diverso, he constatado que en 1572 Henry Hawks aseguró que había encontrado finalmente la Ciudad de los Césares, pero no había podido verla porque estaba protegida por las nieblas mágicas creadas por los hechiceros indígenas (Surdich 1991: 167) y hasta parece que la niebla es una característica constante de esa Ciudad (Ainsa 1998: 183). Nada nuevo, por lo tanto, en la novela del uruguayo, que podemos considerar en el mismo nivel de historicidad de las crónicas, y podemos recordar que la niebla como elemento mágico que protege a los indios está presente también en otras novelas contemporáneas, como *Garabombo el invisible* de Manuel Scorza.

reconocieran en el océano) se dejase arrastrar por su condición de escritor y periodista y a la vez por su deseo de evidenciar los males de la España de los conquistadores[44].

La escritura extrañada tiene varias funciones en la novela: la de imitar –parodiándola– la escritura de los cronistas europeos, que utilizaron inconscientemente esa forma de relatar cosas desconocidas y para ellos sin nombre; la de dar una imagen distorsionada de objetos, costumbres, funciones de la sociedad –en este caso española– para que nos percatemos de lo ridículo e inmotivado de nuestros actos fuera de un contexto conocido y aceptado; la de proponer una posible 'visión de los vencidos' ante los milagros de los 'hombres pálidos' (el hombre-caballo, el cañón, los perros, etc.); la de demostrar el error de la ecuación 'otredad = inferioridad', ecuación que «justifica la conquista y la explotación. Ser 'otro' no significa sólo ser diferente, sino 'diferente porque menos': menos fuerte, menos inteligente... menos humano» (Campra 1991: 82). Muchos serían los ejemplos, con efecto cómico o satírico, que se pueden mencionar. Sin duda la descripción de las carabelas de Colón que los mitones entrevén en el océano entre la niebla contiene rasgos de las varias funciones:

> Eran tres embarcaciones muy grandes y panzonas, como porongos del trópico. No sobrepasarían lo largo de la Limboy, pero ganaban en altura. Quienes las tripulaban debían ser criaturas primitivas que aborrecían el mar, pues habían

44 En una carta a mí dirigida, Paternáin reconoce este brusco viraje: «hacia el final la novela adquiere un tono semipatético [...] Subyace una visión atormentada de la historia, un padecimiento por el hecho del descubrimiento y la conquista hispánicos, una sensación de desarraigo y una problemática de identidad, explicable todo ello por nuestra condición de hispanoamericanos y, en nuestro caso rioplatense, sin raíces aborígenes, sino como productos del aluvión migratorio, especialmente español e italiano» (Paternáin 1990).

> derrochado madera para hacer unas especies de mangrullos en donde viajaban sin salpicarse [...] Tenían unas telas enormes atadas a unos palos, como si fuesen inmensas alas de gaviota, en las telas unos dibujos y unas líneas trazadas sin arte [...] y se hallaban aún en esa etapa imitativa que la tribu mitona ya había superado por lo menos veinte generaciones atrás. 'Usan todavía la fuerza del viento', me dijo Yasubiré, no sin emoción, 'pero el viento es la fuerza más pobre para navegar [...] Pobre gente, no han de llegar muy lejos' [...] Empezábamos a distinguir a los salvajes que viajaban en esas máquinas. Llevaban sus cuerpos enteramente tapados por trapos multicolores y dejaban sólo al aire caras y manos [...] Eran de una palidez inusitada, como la de los enfermos [...] Los altos navíos iban plagados de objetos que usarían para ensalmos y hechicerías, y los hombres se movían sin parar, de un lado a otro, trabajando más y peor que los esclavos, hablando en idioma áspero, percutiente y enfático, que acompañaban con ademanes vivos, sin dejar de trabajar. Uno solo vimos que no trabajaba. Parecía el más pálido de todos, y tenía una expresión ansiosa y, a la vez, hondamente triste (Paternáin 1980: 43-44).

Otros pasajes expresan una sola de las funciones posibles de la escritura extrañada: el intento crítico al poner en relación significante y significado según las apariencias, lo que les hace dudar, por ejemplo, si el nombre del animal que sigue fielmente al hombre que, en cambio, lo maltrata, es «moro, judío o perro» (Paternáin 1980: 60); el intento cómico lo encontramos en la descripción de la lucha de Oromboé con un toro, que no es otra cosa que la descripción extrañada de una corrida (Paternáin 1980: 64), o en la simple parodia de fragmentos extraídos de las crónicas: «Excepto el caballo, sus animales son de apariencia mísera, sin belleza ni gracia, buenos únicamente para comer. No hay

aves como en la tierra mitona, los gatos son caricaturas del yaguareté, los perros, tristes remedos del puma» (Paternáin 1980: 63).

Que la visión extrañada del *otro* sea una necesidad histórica ineludible, una postura necesaria frente a la 'otredad', está demostrado también por los pocos textos de los vencidos, voces llegadas hasta nosotros como

> attutite da vari isolanti [...] Durante la conquista c'è, di fronte alla tecnica del vincitore, la reazione stupita [...] che vede questa tecnica come miracolosa: le memorie dei vinti sono piene di montagne e torri che navigano, con la pioggia di fuoco del cannone e la folgore e il tuono degli archibugi (Terracini 1979: 286).

Y en la novela de Paternáin existen precisamente rasgos de la 'visión de los vencidos' ante los milagros de los 'hombres pálidos', visión expresada con la técnica de la escritura extrañada. Valga como único ejemplo la descripción del hombre-caballo:

> yo diría que son animales, o más claramente, medio animales: la otra mitad suya es un animal muy alto, de largas patas, cabeza alargada, pieles que van del blanco al negro pero sin salir de la gama de castaño o del gris. No tienen plumas y por lo tanto no tienen colores bonitos, pero les ha brotado en el lomo una rara excreciencia [...] donde va montado el nativo[45], y juntos forman el animal más extraordinario que se pueda pedir (Paternáin 1980: 56).

45 Que el nativo sea el occidental y el conquistador sea el *otro* ya es una perspectiva 'al revés' que nos hace reflexionar sobre las connotaciones que se han ido sobreponiendo al primitivo vocablo neutro.

La escritura extrañada es exactamente el elemento que une, en la novela de Paternáin, la imitación de las crónicas a la sátira ya que, como escribe Jean Starobinskij, «rien ne motive mieux le trait de satire que l'hipothèse d'un regard naif, porté sur les choses d'Occident par des hommes d'Orient» (Starobinskij 1973: 10).

Además de recordar ciertos títulos arquetípicos de la utilización de la escritura extrañada con un fin satírico (*El asno de oro* de Apuleyo, las *Cartas persas* de Montesquieu, *Cholstomer, historia de un caballo* de Tolstoj) creo interesante insinuar una lectura paralela con textos modernos, esto es, tres textos breves de Umberto Eco. En *Industria e repressione sessuale in una società pagana, Frammenti* y *La scoperta dell'America,* el tema básico y fundamental del encuentro de dos mundos se presenta como algo alejado, fuera de toda categoría espacio-temporal que, después, nuevamente se reubica pero en otros contextos y épocas, con un sutil juego de ironías, desplazamientos y anacronismos. Nunca se pierde de vista el problema de la *otredad* y de la superioridad, en cualquier contexto, de los que poseen la palabra y la escritura: los vencidos, los muertos, o simplemente los hombres objeto del descubrimiento o del análisis sociológico, no tienen posibilidad alguna de reivindicar su propia visión de la Historia.

Los nativos en *La scoperta dell'America*, transmitida en directo por televisión, «tutti incolonnati in modo civile e ordinato mentre i marinai si avviano verso le navi coi pesanti sacchi pieni del minerale locale» (Eco 1983: 137), los 'uomini incolori' de la región padana que, según la visión de los sociólogos de la Tasmania, van «nelle festività collettive [...] in costruzioni immense di forma elissoidale» para dedicarse «con il consenso dei capi, a riti di cannibalismo, divorando

esseri umani acquistati presso altre tribù» (Eco 1983: 72) (en realidad simples partidos de fútbol), los europeos, borrados de la Historia por la Gran explosión de 1980 que convierte a las poblaciones árticas en dueñas del universo, no tienen derecho de palabra, no pueden desmentir esas interpretaciones a la fuerza exteriores y superficiales porque están alimentadas exclusivamente por un conocimiento 'desde fuera' de la superficie visible: en todos estos textos de Eco la escritura extrañada que se refiere a nuestra misma civilización adquiere tonos de comicidad satírica impresionante.

Tampoco en la novela de Paternáin los 'descubiertos' tienen derecho de palabra, la crónica pertenece a los descubridores que, ellos sí, nos 'descubren' el sentido de sus costumbres y mitos:

> Quienes quiera que sean los habitantes de estas regiones, son gente brutal y salvaje [...] Desprecian al enemigo o a la víctima, hasta un grado increíble [...] y nada les importa el cuerpo de sus vencidos. No se dignan palparlos, no se inquietan por averiguar qué virtudes han tenido y no manifiestan la menor intención de apropiárselas mediante una ingestión ritual. Ignoran la magia de los cuerpos y pretenden tener en un puño la fuerza de la naturaleza (Paternáin 1980: 47-48).

La sátira por lo tanto es total, dirigida sea a la concepción eurocéntrica que desde siempre había equiparado lo diferente a lo inferior sea a lo absurdo de los hechos, costumbres, ideas y ritos que adquieren su valor sólo en el interior de un sistema, de un código compartido, pero lo pierden en cuanto desposeídos de sus nombres –que evocan un mundo conceptual que aquí está ausente– y de los lazos que, atándolos a esferas superiores, los sacralizan confiriéndoles dignidad y sentido.

Otro invento satírico que encierra en sí múltiples connotaciones es que los españoles no tienen nombre propio; los individuos existen y actúan sólo en cuanto partícipes de una clase, de un grupo, de una sociedad: el poeta, el caballero, el soldado; sólo la Finojosa tiene nombre y apodo, quizás por ser un ente de ficción, un personaje de papel, y por lo tanto equiparada a la gente mitona. En cambio, cada uno de los mitones con nombre y función individual descubre su doble en la sociedad española y «la condición y los atributos de su propio estado» (Perera San Martín 1985: 92): la tristeza que invade a los mitones al pisar tierra española depende, quizás, del miedo a confundirse con su doble nativo (es decir, español) ya que las enfermedades del Nuevo Mundo, vergüenza y arrepentimiento, parecen contagiosas.

La reflexión sobre la Historia y sobre la función de los cronistas es continua, lo que nos permite hablar de metacrónica: son los dueños de la memoria («Recuerde, cronista [...] para eso lo llevamos, para que recuerde. Las generaciones venideras se admirarán del viaje del guerrero Semancó y del navegante Yasubiré», Paternáin 1980: 9) e indispensables en el paso desde el status de Naturaleza al de la Historia, porque nada perdura en el Tiempo fuera del ámbito de la Palabra escrita. Pero, si es verdad que el nivel de las culturas está determinado por la ausencia/presencia de la escritura, según la mejor tradición historiográfica del período, aquí es la ausencia la marca positiva: «Hace muchas, muchísimas lunas, que los mitones renunciamos a la escritura. Nuestro lenguaje se inscribe en el aire, en los árboles, en las piedras, en las aguas, y en las nubes. Nuestras palabras no constituyen enigmas, vuelan como los pájaros, son los pájaros mismos y son las semillas de las flores esparcidas por el viento» (Paternáin 1980: 38). Los

otros, en cambio, «han hecho del signo escrito su fetiche, y de la escritura, una superstición» (Paternáin 1980: 86), y eso es lo que hace insuperable el abismo que los separa. La comunicación es imposible, a pesar de los esfuerzos hechos por el cronista mitón que, apenas llegado al Nuevo Mundo, proféticamente había anotado: «Aprenderemos rápidamente dos cosas: el vocabulario de los salvajes y el tono de la tristeza» (Paternáin 1980: 51). Aprender el vocabulario –sin entrar en las entrañas de la cultura ajena– no les ha servido para nada; en cambio, contagiados por la tristeza y la vergüenza de los nativos, los mitones pierden a sus dioses y sus certidumbres. Efectivamente numerosos son los párrafos en los que el cronista duda y se interroga, escribiendo de alguna forma la Historia pero también la contrahistoria de aquella hazaña: como «honrado cronista» debe dejar constancia de «la verdad, aunque sea algo triste» (Paternáin 1980: 11) pero, al mismo tiempo, como le recuerda Yasubiré, debe «contentar[se] con ser cronista» eligiendo bien las palabras y «purgándolas de las contaminaciones idólatras y fetichistas» que de vez en cuando inquinan sus relaciones de viaje (Paternáin 1980: 18). Pero su ingenuidad de cronista novato (hasta entonces no había existido esta figura entre los felices e ignaros mitones: estaban fuera de la Historia y de la Escritura) le impide construir un discurso oficial como nos ha acostumbrado la cronaquística española, de exaltación de la empresa conquistadora.

Podemos suponer que éstas y muchas novelas similares constituyen un subgénero dentro de la 'nueva novela histórica': responden a las mismas exigencias y preguntas y, como dato común y caracterizante, tienen el mismo *discurso* intertextual y metatextual. Subrayan además el papel que han tenido las crónicas en la construcción de la Historia latinoa-

mericana y el papel que pueden tener hoy estas novelas en la formulación de nuevas perspectivas y verdades historiográficas:

> Hay un punto extremo [...] en que las líneas paralelas de la ficción llamada historia y de la *historia* llamada *ficción* se tocan. El lenguaje simbólico siempre habla de una cosa para decir otra [...] O finge escribir una historia para contar otra, oculta crepuscularmente en ella, como las escrituras superpuestas de los palimpsestos (Roa Bastos 1992: 81).

2.2. Francisco del Puerto

Desde finales del siglo XIX el debate sobre el origen de la[s] identidad[es] rioplatense[s] ha sido ininterrumpido y variado, en la búsqueda incesante de un modelo, un punto inicial, y en este debate el papel de los escritores ha sido fundamental: «Toda estrategia identitaria en el plano cultural implica una reconstrucción imaginaria del pasado […] Forjar una identidad significa también inventar sus orígenes» (Chanady 1996: 312). Se trata de regiones herederas del pasado colonial y proyectadas hacia un futuro todo *europeo* gracias a la construcción de una imagen de nación *blanca* sin contaminaciones de población afro y de etnias indígenas autóctonas (después de las guerras de 'limpieza étnica' *reducidas* en el Desierto y borradas del imaginario colectivo): los criollos quisieron rellenar este 'vacío' con el aluvión migratorio (son 'pueblos trasplantados' según la definición de Darcy Ribeiro) de la segunda mitad del siglo XIX, pero ha sido un proceso controvertido que, entre otras consecuencias, ha favorecido la recuperación mítica del gaucho como símbolo de lo rioplatense, y, en Argentina más que en Uruguay, el surgimiento de posiciones xenófobas y racistas en la generación del 80 (Anto-

nio Argerich, Eugenio Cambaceres) o, como en el movimiento modernista, la reivindicación del origen griego, latino y mediterráneo (Manuel Gálvez) en oposición tanto al elemento indígena como a las nuevas inmigraciones. Ya entrado el siglo XX, se hace necesario volver sobre estos temas para proponer una reformulación más amplia de los mitos de los orígenes, que pueda fácilmente incorporar a los recién llegados en un proyecto civilizador de signo europeo, latino y occidental.

Aunque el Río de la Plata tenga una Historia colonial compartida, a partir de la independencia emergen proyectos de construcción de identidad diferentes, evidenciados en las novelas históricas, sobre todo en las ambientadas en el período de las guerras de independencia (Grillo 2006a y 2010b), mientras que en lo que concierne las novelas del 'ciclo del Descubrimiento', como veremos, el discurso es similar: en una región casi despoblada, de clima y geografía templados, los descubridores no tuvieron que luchar ni contra una foresta virgen e inhóspita o cimas inalcanzables, ni contra sociedades de alta civilización, y por lo tanto sus cronistas, los de entonces y los de ahora, han privilegiado siempre el ciclo del descubrimiento y no el de la conquista, y aún más el viaje por mar y no las incursiones terrestres.

El descubridor del Río de la Plata fue Juan Díaz de Solís que, buscando el estrecho que permitiera llegar al otro mar, encontró la muerte en el estuario del Paranaguará (Grande Acqua) que él llamó el Mar Dulce, a manos de una tribu indígena[46] en 1516, pero dejó una huella: Francisco del Puerto, cuya existencia histórica es apenas comprobada (Grandis 1994: 425), único superviviente rescatado 10 años más tarde por la expedición de Sebastián Caboto. Así que, en sentido

46 Sobre la etnia artífice del ataque –Guaraníes, Chandules, Charrúas– cfr. Vidart 1999 y Pi Hugarte 1999.

amplio, lo podemos considerar un superviviente integrante de una larga lista de náufragos[47] –en sentido estricto marinero, pero también metafórico o 'de tierra'–, cuyo arquetipo es sin duda Alvar Núñez Cabeza de Vaca con sus *Naufragios* (1555). Mucho se ha escrito sobre este último y su testimonio: pensamos por ejemplo en la novela de Abel Posse *El largo atardecer del caminante* que imagina al viejo *caminante* escribiendo sus memorias verdaderas, contradiciéndose a sí mismo y a cuanto tuvo que escribir –y callar– para no desagradar al Consejo de Indias y a la Santa Inquisición.

Interesante, pues, para hablar de los náufragos en el Río de la Plata –Francisco del Puerto– y en México –Aguilar y Guerrero–, es recordar la trayectoria de Cabeza de Vaca quien, después de diez años moviéndose como chamán y/o comerciante entre diversas tribus, en el momento de reintegrarse a su mundo –ya extraño en sentido geográfico y cultural– escribió: «Dimos a los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen a sus casas» (Núñez Cabeza de Vaca 1962: 124)[48]. Pero si en la realidad de la España del siglo

47 Los relatos de los náufragos de las expediciones oceánicas constituyen casi un subgénero dentro de la gran familia textual de las crónicas del descubrimiento: en Portugal, por ejemplo, entre 1735 y 1736 Bernardo Gomes de Brito publica con grandísimo éxito los dos volúmenes de *História Trágico-Marítima* que recoge 12 textos escritos entre la segunda mitad del XVI y la mitad del XVII.

48 Caso raro entre españoles, era en cambio común entre los indígenas, como explica un informante de Fray Diego Durán hablando de *nepantlismo*, palabra *nahuatl* que significa «estar en el medio» e indica un espacio psicológico, social y político, individual y colectivo, en cuyo seno se generan nuevos significados culturales: «Me dijo que, como no están aún bien arraigados en la fe, que no me espantase la manera que aún estaban neutros que ni bien acudían a la una ley ni a la otra o por mejor decir, que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos del demonio. Y esto quiso decir aquél en su abominable excusa de que aún

XVI Núñez Cabeza de Vaca tuvo que olvidar, que borrar de su memoria y de su escritura elementos del contagio para que no se le cerraran las puertas del Paraíso, dejando sólo indicios y silencios llenos de interrogantes (Martinetto 2001: 90), en la ficción de este fin de siglo precisamente aquel contagio se vuelve nudo emblemático y llave de lectura de todo el texto: un contagio que llega hasta el presente ya que, como afirma Posse, «no se reconstruye ningún pasado sino que se construye una visión del pasado, cierta imagen del pasado que es propia del observador y que no corresponde a ningún hecho histórico preciso» (Ainsa 1991b: 29).

Pero no es éste el caso que me interesa aquí, sino lo que se ha escrito a partir del silencio de aquellos náufragos que, por diferentes razones, han *desaparecido* de la Historia, empezando por Francisco del Puerto, quizás el náufrago más desconocido en la literatura historiográfica y el más visitado en la literatura ficcional.

En realidad los cronistas-historiadores contemporáneos de la expedición de Solís (Fernández de Oviedo, Pedro Mártir de Anglería, López de Gómara) afirman que no sobrevivió nadie y sólo Sebastián Caboto en 1530, en la *Información hecha por los Oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla luego que llegó la armada de Sebastián Caboto, acerca de lo que le ocurrió en el viaje,* da noticia de este náufrago y de su hallazgo:

> Preguntado que donde fue a parar con la dicha armada; dijo que a Pernambuco, ques en la costa del Brasil, con tiempo contrario, y de allí ficieron vela cuando fizo tiempo y fueron al Río de Solís, donde este declarante [Caboto] falló un Francisco del Puerto, que habían prendido los indios cuando

---

permanecían en medio y estaban neutros» (Durán 1967: I, 237; véanse León Portilla 1976b y Rovira Collado 2001). Para un uso similar de los pronombres en *La Araucana* de Ercilla, cfr. Pastor 1983: 553-558.

> mataron a Solís, el cual le dio grandísimas nuevas de la riqueza de la tierra; y con acuerdo de los capitanes e oficiales de Su Majestad acordó de entrar en el Río Paraná fasta otro Río que se llama Caracarañá, ques donde aquel Francisco del Puerto les había dicho que descendía de las sierras donde comenzaban las minas del oro e plata (Caboto 1530a: 260).

Apenas llegada a los umbrales de la Historia, la figura de Francisco del Puerto sin embargo se difumina y las noticias se vuelven ambiguas y contradictorias. Demasiado incómoda es en efecto la continuación de la historia, que sólo muy pocos investigadores recientes han descubierto: en el mismo juicio Caboto y varios testigos afirman que Francisco tuvo un enfrentamiento con el tesorero Gonzalo Núñez y «por esto cree este declarante [Caboto] quel dicho Francisco los vendió a los dichos indios; e queste declarante, viendo este desbarato e toda la tierra revuelta, se tornó a donde había fecho la casa» (Caboto 1530b: 160). Medina, en su monumental *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, intenta resumir y explicar el intrincado suceso: el 10 de abril de 1528, a la boca del Río Paraguay, Francisco del Puerto fue a hablar con los indígenas, asegurando que aquellos españoles iban «en són de amigos». Los indios los invitaron a un banquete al que acudieron entre 16 y 20 españoles, entre ellos el tesorero Núñez y el mismo Francisco. Pero era una emboscada sobre cuyas motivaciones hay dos versiones:

> la de Ramírez[49] que asegura fué á causa de que se hallaban temerosos de que los españoles fuesen a vengar la muerte de los compañeros de Díaz de Solís […] y la de Caboto,

49 Luis Ramírez, embarcado con Caboto, es autor de una *Carta a su padre* repetidamente citada por los estudiosos del descubrimiento del Río de la Plata.

> que la atribuía á venganza de Francisco del Puerto por el odio que había cobrado á Núñez después del desagrado que entre ellos medió. Esta última nos parece que es mucho más aceptable que la primera [...]. Según Caboto la invitación de los indios se verificó después que Francisco del Puerto estuvo con ellos [...] y por fin porque Francisco del Puerto no regresó a bordo. Quedaría sólo por saber si á causa de haber perecido también, o si después de vengado ya, volvió a su antigua vida con los salvajes. Todo induce á creer que fué esto último lo que ocurrió (Medina 1908: I, 168-169).

Efectivamente Núñez y los demás españoles murieron, pero nadie más habla de Francisco del Puerto y su nombre no aparece ni entre los que volvieron a España, ni entre los que murieron. Parece lógico pensar que se haya quedado entre los indios, y una confirmación en este sentido parece venir de una investigación reciente: Eduardo Bueno, hablando de la marcha por tierra que Alvar Núñez Cabeza de Vaca, cuando era gobernador del Río de la Plata, cumplió en 1541 desde la costa atlántica (Porto dos Patos, cerca de la actual ciudad de Florianópolis) hasta Asunción del Paraguay por un difícil camino trazado por los indígenas (llamado *Peabiru*), anota que, en la región brasileña de Paraná, Cabeza de Vaca se encontró con un misterioso hombre blanco que dijo llamarse Francisco (Bueno 1999: 128-129). Siendo el territorio del Alto Paraná el mismo donde llegó Caboto y tuvo lugar la traición, es posible pensar que se trate del mismo Francisco, aún vivo en 1541 (recuérdese que cuando se embarcó, en 1515, era un grumete, con alrededor de 13 o 14 años).

La primera parte de la aventura de Francisco del Puerto es un caso excepcional pero no único, ya que el mismo Caboto había recogido precedentemente también a otros dos

naúfragos de una de las naves de Solís, Enrique Montes y Melchor Ramírez (Avonto 1995: 255). Y otros casos similares los conocemos por los textos de Bernal Díaz del Castillo y Diego de Landa a propósito de Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero –a los que nos referiremos más adelante–, ambos náufragos entre los indios de Yucatán, uno volviendo luego al mundo civil y otro quedándose totalmente indianizado y consecuentemente borrado por la Historia; pensemos también en lo que nos cuentan sobre sus cautiverios o sus viajes el citado Alvar Núñez Cabeza de Vaca en los *Naufragios,* Hans Ver Staden en *Die wahrhaftige Histoire der wilden, nachten, grimmigen Menschfresser-Leute 1548-1555,* Ulrico Schmidel en *Wahrhaftige Histoiren einer wunderbaren Schiffart,* Jean de Léry en el *Journal de bord en la terre de Brésil*. Estos textos inauguran una nueva época y nuevas modalidades de escritura que los hacen punto de arranque para muchas novelas históricas contemporáneas: esos náufragos, excepto Cabeza de Vaca, son simples soldados y marineros, por lo tanto sus historias representan otras tantas infracciones al canon que pretendía que se narrara la historia protagonizada por los pudientes y los héroes, y aunque partan de los cánones historiográficos impuestos a los cronistas oficiales (prólogo, justificación, afirmaciones de estricta referencialidad) los quebrantan en nombre de la singularidad de sus experiencias (en todos ellos, se pasa de un 'nosotros' que indica la comunidad de los descubridores y conquistadores, al 'yo' que impone un ritmo y un nivel totalmente subjetivos, oponiéndose tanto al 'él' de las crónicas como al 'nosotros' de los testimonios colectivos); y gracias a sus relatos, «La conoscenza dei territori e dei loro abitanti comincia a uscire dalla fase bellica della conquista per entrare in quella del contatto di popoli e persone [...] Il rivelarsi di una realtà

sconosciuta comincia ad avere valore in se stessa, e non solo in quanto spazio di terra che può essere assimilato e gestito dall'autorità istituzionale» (Benso 1981: 33).

De esos náufragos no ha quedado ninguna memoria u obra escrita, y lo muy poco que sabemos de ellos viene de cronistas e historiadores: a partir de escasos datos, a menudo contradictorios, es muy alentador el proceso de reconstrucción de la escritura ficcional.

Si por mucho tiempo se ha creído que Francisco del Puerto había regresado a España como buen hijo pródigo (si no se le menciona más, el 'ser recogido' por Caboto presupone el regreso), una mayor atención a la *otra* historia, la de los vencidos y los silenciados, ha permitido investigar más sobre el sino de Francisco del Puerto y sobre el silencio que lo ha acompañado: si hubiera regresado, su relato de los diez años entre los indios, contado por él mismo o por algún solícito cronista, bien hubiera podido competir con el de Cabeza de Vaca y demás náufragos-viajeros. Pero esto hubiera sido posible sólo renunciando a aquella *otredad* que sin duda lo había marcado en los años de convivencia con los indios; en cambio Francisco del Puerto cae en el olvido y en el silencio porque, como Guerrero, probablemente renuncia a la civilización para quedarse en la barbarie. Guerrero simplemente rechaza el regreso, y por lo tanto renuncia a entrar en la Historia de los vencedores: los cronistas para justificar su conducta deben necesariamente describirlo como un bárbaro, alguien que ya ha perdido su condición de hombre y por eso renuncia a reincorporarse a la vida civil. Pero Francisco del Puerto va más allá: intenta *volver,* la integración no se cumple, reprocha a los españoles sus métodos de guerra y de conquista, los traiciona, provoca la muerte de sus compañeros y decide quedarse.

Esto no sólo no estaba previsto en el imaginario de los cronistas, sino que era inadmisible e inexplicable, y además dar a conocer esta noticia podía ser muy peligroso porque era una infracción al Orden, a la Verdad, a la Civilización. Si antes de la deposición de Caboto y de sus oficiales en Sevilla en 1530, se decía que no había ningún superviviente de la expedición de Solís, después se corrige esta versión pero eludiendo la conclusión: sólo el silencio y el vacío de la nohistoria, la historia de los vencidos.

La indefinición del destino de Francisco del Puerto y su inexplicable silencio (¡cómo podía callarse quien había vivido tal experiencia!) empujan a antropólogos e historiadores (Daniel Vidart, Renzo Pi Hugarte, José Toribio Medina, Eduardo Acosta y Lara, Francisco A. Bauzá), ya en el siglo XX, a investigar y narrar su historia. En el afán de reivindicaciones y progenituras, ahora Francisco del Puerto ha salido de la nada, es un personaje discutido y estudiado, y en el Prado montevideano hasta se le ha dedicado una calle.

También tres escritores argentinos, Roberto R. Payró, Juan José Saer y Gonzalo Enrique Marí, han contado esa historia: no sabemos si conocían las diversas versiones –todo deja pensar que no–, pero es interesante notar que han elegido tres finales diferentes, que representan formas y sentidos diferentes de mirar al pasado, a la conquista, a España y a América. Una vez más, el género de la novela histórica es un instrumento al servicio de la ideología del escritor, quien elige y moldea según su necesidad acontecimientos históricos que, en cuanto averiguables, confieren a la novela cierto aire de objetividad y de realidad.

El periodista, dramaturgo, novelista, fundador del Partido socialista argentino, viajero profundamente enraizado

en su tierra, Roberto Payró (1867-1928), busca el origen de la nacionalidad argentina, el menos *latinoamericano* de los países al sur del Río Grande, en los primeros descubridores españoles, podríamos decir en el momento épico del primer encuentro, del primer intento –fallido sólo en un sentido superficial– de exportar e imponer en el Río de la Plata la civilización occidental y la religión cristiana, recuperando el rol positivo de la España imperial exportadora de civilización, recuperación empezada por Rodó y el modernismo. En las novelas históricas[50] cuenta el Descubrimiento, la Conquista y las búsquedas de las ciudades utópicas, mientras que en otras obras suyas, los cuentos de *Pago Chico* y *Pago Grande,* narra la transformación de Buenos Aires entre los siglos XIX y XX, de 'gran aldea' a metrópolis europeizante: esa ciudad imaginaria que mucho antes de la Yoknapatawpha de Faulkner, de la Santa María de Onetti y de la Macondo de García Márquez, se ha impuesto como la ciudad arquetipo y síntesis de una región.

Así que la totalidad de sus textos puede considerarse un macrotexto en el que el lector puede reconocer su propio país, los 500 años de su Historia: un modelo de nación que comprendiera a los conquistadores así como a los criollos y a los que habían llegado a Argentina más recientemente, para buscar las ciudades quiméricas o poblar la pampa, un pueblo en movimiento, que se enriquece, crece, sufre, se pierde, asimila y rechaza al ritmo de sus utopías.

La Historia de Argentina no podía empezar sino con el viaje y el naufragio de Francisco del Puerto, protagonista de la novela *El Mar dulce*. La novela, en 1927, bien podía pro-

---

50 Antes de *El Mar dulce,* Payró ya había escrito dos novelas históricas, *El falso Inca* (1905) y *El Capitán Vergara: crónica de la conquista del Río de la Plata* (1925), y otras escribirá después (cfr. más adelante, 2.4).

poner una visión positiva y civilizadora del Descubrimiento –muy similar a la de las crónicas– e indicar en Francisco del Puerto la raíz y el principio de la identidad rioplatense: orgullosa afirmación de la identidad criolla, blanca, que ya prefigura la diversidad rioplatense frente a la 'América mestiza'.

El subtítulo, «Crónica novelada del descubrimiento del Río de la Plata» –un oxímoron, como 'novela histórica', pero otorgando posición significante al primer término, 'crónica', perteneciente al campo semántico de la historiografía–, el uso de la tercera persona neutra característica del discurso objetivante y científico, el absoluto respeto hacia la Historia, inscriben el texto en el nivel referencial de la recepción casi-pragmática (Stierle 1987), propio de las novelas históricas de tipo realista: el texto adquiere así gran credibilidad y consecuentemente constituye un canal fuerte de transmisión del mensaje.

Payró se hace portavoz de una exigencia generalizada de su tiempo, equivalente a las motivaciones que empujaron, en Europa, casi un siglo antes, al nacimiento de la novela histórica romántica: buscar en la antigüedad –que para Europa es la Edad Media y para el Río de la Plata el Descubrimiento– la genealogía que la clase en el poder quiere darse para construirse una identidad y escribir su propia historia. En esta óptica la frase tantas veces repetida en el Río de la Plata, 'descendemos de los barcos', se despoja de las connotaciones despectivas para reivindicar el origen ultramarino, latino, europeo y mediterráneo, y para indicar la falta de raíces en aquellas tierras ya que la mayoría de sus antiguos pobladores nómadas fueron exterminados o relegados en el interior de Argentina y Paraguay (lo cual, según la óptica eurocéntrica de la época, no era ningún pecado): típico ejemplo de 'pueblo trasplantado' ya que la

> élite criolla […] adoptó como proyecto nacional la sustitución de su propio pueblo por europeos […] En este proceso, la población ladina y gaucha surgida del mestizaje de los pobladores ibéricos con los indígenas que era el contingente básico de la nación, fue aplastada y sustituida por el alud de inmigrantes europeos (Ribeiro 1972: 51).

Es por esa doble procedencia 'marinera' que toda la literatura latinoamericana, y la rioplatense en particular, estaría condicionada por el tema del viaje como búsqueda de los orígenes, búsqueda siempre «problemática porque éstos son imaginarios» (Chanady 1996: 311). En este sentido aquel 'descendemos de los barcos' no es sólo metáfora: es el principio de la futura grandeza de Argentina, fundada –y aquí reconocemos al Payró socialista– no sobre las riquezas del subsuelo o de una naturaleza generosa, sino sobre «el trabajo, la tenacidad y la fe» (Payró 1974: 219).

El socialista Payró se salva de lo que podría parecer un conservadurismo elitista y nacionalista, propio de los criollos celosos de su antigua *americanidad*, poniendo el énfasis sobre la humildad de este primer poblador, un pícaro aventurero y voluntarioso, y sobre la importancia del trabajo más que de las riquezas naturales o heredadas: es decir, la fuerza-trabajo más que la propiedad.

Para que así se pueda leer la aventura de Francisco del Puerto, Payró omite también el encuentro con Caboto, y la última imagen es la del grumete que, impotente, ve pasar las expediciones siguientes:

> Pero símbolo o vaticinio, el adolescente, el tierno vástago de la estirpe secular, Francisco del Puerto, cautivo de los indios, quedaba a orillas del Mar Dulce donde reverdecería y crecería, como tronco apenas recordado de la primera anónima

> rama de criollos del Río de la Plata. Realización de un sueño en forma no soñada, sus descendientes habían de ver que las pobres tierras de desengaño escondían en realidad tesoros inagotables, más perennes que el oro y que la plata. Vinieron años de olvido y abandono. Después, en el noble río penetraron otros navegantes en otras carabelas, y Paquillo les vio llegar; les vio llegar y les vio marcharse, burlados también, pese a su intrepidez y su esperanza. Y las tentativas, trágicas a veces, repitiéronse y fracasaron de nuevo en estas regiones hostiles mientras no se encontró su llave, hecha de trabajo, de tenacidad y de fe (Payró 1974: 219)[51].

En realidad, en la primera parte del texto el héroe es Solís, y sólo al morir éste el grumete adquiere papel de protagonista, casi tomando el testigo del capitán, como por otra parte indica el título que se refiere al lugar y no al personaje; pero numerosas prolepsis lo proponen como centro significante y afirmativo de una tesis o como fin al cual tiende todo lo demás. De otra forma no se entendería cómo, en una novela histórica de tipo tradicional, centrada en Juan Díaz de Solís, un personaje afamado y sobre el cual se han escrito numerosas biografías y monografías, se deja tanto espacio a un personaje apenas nombrado en las crónicas, un pícaro que se embarca en la expedición como grumete: es que a él, a su viaje y a su particularísima aventura, Payró confía su mensaje y alrededor suyo construye el mito de los orígenes, en aquel momento histórico necesario para coagular, en el signo de la hispanidad y del catolicismo, las diversas almas de Argentina.

---

51 Hay pequeñas variaciones entre las diversas ediciones, todas póstumas: por ejemplo en una edición de 1951 (Buenos Aires, Gleizer) falta el inciso «cautivo de los indios» lo que, en un estudio sistemático de las variantes, podría llevar a conclusiones interesantes, siempre que sea posible averiguar que sean variantes de autor.

A lo largo de toda la novela, Payró siembra indicios de la microhistoria de Francisco insertada en la macrohistoria de la epopeya del Descubrimiento: el autor no inventa nada, queda anclado en los documentos, pero resalta la figura y la formación durante el viaje de aquel que será el primer habitante blanco del Río de la Plata, Francisco-Paquillo:

> Allí estaban ya Solís, sus oficiales, la tripulación de las tres carabelas, muchos notables [...], Paquillo, orgulloso con su traje de marinero, aunque cupiesen en él dos de su porte, Montés el portugués, enganchado como gaviero y futuro lengua, y otros de quienes la historia sólo ha conservado el nombre (Payró 1974: 124).

Los preparativos del viaje, que ocupan una tercera parte del texto, ya son un viaje en sí en los meandros de la Corona y de la Casa de Contratación, del Tratado de Tordesillas y de la relaciones entre España y Portugal: embajadores y capitanes que van y vienen, que llevan y traen mensajes, que programan viajes, alianzas y traiciones. Los personajes son todos históricos y documentados, y el punto de vista del narrador omnisciente que elige, juzga, busca explicaciones y relaciones de causa-efecto en la mejor tradición de la novela realista del XIX, refleja indudablemente el del mismo Payró, criollo argentino, que no reniega el papel civilizador de la Conquista. Los Reyes Católicos, y sobre todo Isabel, muerta al empezar la historia, están dibujados con respeto y admiración como creadores de la grandeza de España y, en consecuencia, de Argentina. En esta configuración, hasta para el cura, un dominicano ya compañero de Bartolomé de las Casas, hay palabras elogiosas, ya que de él se afirma que «cifrábalo todo en lograr que los españoles de

las Indias trataran a los naturales como hermanos menores y no como a bestias salvajes» (Payró 1974: 175). En cambio salen muy malparados cuantos intermediarios, gobernadores, administradores se quedan en España queriendo desde allí gestionar las cosas del Nuevo Mundo: nunca se pone en duda el derecho a la Conquista, pero se critica la distorsión de las órdenes reales y de los principios cristianos de la evangelización.

Al acercarse el momento de la partida, desde el mundo *alto* de las intrigas de la Corte, Payró nos lleva al bullicioso clima del puerto de Sevilla, donde se asoma perentoriamente un personaje marginal, «un desharrapado chicuelo que se había deslizado hasta la primera fila del grupo» (Payró 1974: 83) para llamar la atención y pedir informaciones sobre el viaje. Sus palabras no dejan lugar a dudas, es un chico listo, crecido en los puertos, y él mismo nos adelanta la llave de lectura de su presencia allí y de su rol futuro a pesar de su joven edad: «Ya crecería en el viaje, a poco que durara; y para la buena voluntad no se necesitan barbas de cabrón» (Payró 1974: 98). Eso es: un viaje de formación hacia su naufragio que, despojándolo del pasado, dejándolo solo en una tierra inhóspita, será el principio de una gran aventura fundacional. Durante el viaje van emergiendo su «voluntad activa», su curiosidad, su hambre de aventuras, su buena disposición al trabajo. Los marineros más viejos, «cobrándole en la moneda de su credulidad el barato del aprendizaje» (Payró 1974: 129-130), repiten lo que era ya mito, las *mirabilia* del Nuevo Mundo entre sirenas, fuentes de la eterna juventud, oro y metales preciosos a profusión: el viaje del que eran protagonistas, ya inscrito en la epopeya del Descubrimiento, estaba predestinado a un éxito cierto.

Si Juan Díaz de Solís había sido un héroe de tierra firme, que sale ganando sobre sus enemigos y detractores con las armas no siempre limpias de la intriga y la diplomacia, al desanclar los barcos y emprender el viaje se transforma en el héroe total, sin miedo y sin mancha:

> Desde que zarpó [...], desde que sintió bajo su planta el suave balanceo del navío, Juan Díaz de Solís apareció transformado. Brillaba en sus ojos el mismo fuego, pero atenuado por una gran serenidad [...], su aire de tranquila seguridad inspiraba respeto y confianza a la tripulación, que nunca le había visto así antes de la partida [...]. Ya era el amo, independiente de toda influencia, dueño y señor de su barco y de su gente [...]. De allí en adelante iba a ser el capitán impávido y silencioso que guarda toda su autoridad celosamente en razón de la responsabilidad con que ha cargado (Payró 1974: 117-118).

Contemporáneamente, crece el clima épico de toda la aventura gracias a varios comentarios del narrador («Llegaban así, con toda felicidad, sin el más leve contratiempo casi, después de un viaje, para aquella época y aquellas alturas, rapidísimo, y como llevados de la mano por la misma Fortuna, a las tierras y a las aguas que buscaba el gran Juan Díaz de Solís, zahorí descubridor de tesoros», Payró 1974: 187) y a la exaltación del poder evangelizador de la Iglesia: «Sonaron trompetas, tronaron las lombardas desde a bordo, puso Juan Díaz de Solís la rodilla en tierra, imitáronle los demás y el dominico, ayudado por dos marineros, plantó la cruz en el segundo hoyo, y bendijo con el mismo amplio ademán a la nueva tierra y a sus conquistadores que humillaban la cabeza ante el símbolo cristiano» (Payró 1974: 189). Estamos todavía en la línea de la ideología independentista ('América para

quien la habita') lejana de cualquier reivindicación indigenista[52] y de una visión de la Conquista de marco católico, la misma que se desprende en general de las crónicas, que veía el Descubrimiento como parte del designio providencial.

De forma imprevista, la muerte de Solís hace fracasar ese tipo de lectura que junta el tono épico con el providencial, pero Payró sabe inmediatamente recuperarlos trasvasándolos en el mito fundacional y obligando al lector a un cambio de perspectiva: la epicidad y la inscripción en el providencialismo de aquel viaje no residían en la meta –el descubrimiento de la puerta hacia el Pacífico y de las fabulosas Malucas– sino en el acto fundacional del sacrificio humano, tanto la muerte de Solís como la muerte *civil* de Francisco del Puerto, náufrago entre salvajes supuestamente antropófagos.

El naufragio, también en este caso, constituye el punto de ruptura entre una cultura conocida, por lo tanto coherente para quien la comparte, y una cultura desconocida, misteriosa y perturbadora, pero no es esto lo que puede interesar a Payró. La conciencia de la *otredad* y de un encuentro fecundo con los nativos no cabe en el imaginario argentino de aquellos años ni en el proyecto de configuración de la propia identidad, y por lo tanto el naufragio no podía ser una oportunidad de conocimiento e intercambio, de espejo o de cuestionamiento de sí mismo y de su propia cultura: los *Naufragios* de Núñez Cabeza de Vaca y otros textos similares no eran conocidos ni, siéndolo, hubieran podido constituir modelos narrativos ni ser reconocidos como reveladores de otras posibilidades hermenéuticas e historiográficas.

---

52 En aquellos mismos años estaba naciendo, en Perú, el socialismo indigenista mariateguiano, y el cubano Alejo Carpentier, el guatemalteco Miguel Angel Asturias y el venezolano Artuto Uslar Pietri, en la lejana París, estaban *descubriendo* la raíz indígena de sus pueblos.

Si es verdad que *El Mar dulce* es una novela histórica tradicional, que no se opone ni tergiversa la historia oficial ni sus interpretaciones consolidadas, igualmente tiene una nota de modernidad en la acción de modificación de las jerarquías: este viaje es el puente entre la cultura jerarquizada de la España del XV y una cultura nueva y desconocida, puente que, a medida de que el barco se aleja del centro hacia la periferia, hace vacilar roles y papeles predeterminados. En una extremidad del puente, en el umbral del viaje –el puerto, lugar donde ha nacido y crecido Francisco, por antonomasia lugar *abierto*–, aparece el futuro grumete que a lo largo del viaje relevará el testimonio del protagonista oficial, Solís, imponiéndose, ya en la otra extremidad, como el protagonista moral, hasta quedarse él solo en la Nueva Tierra, fecundándola.

El Francisco del Puerto de las crónicas se perdió en la no-historia de los marginados ya que «Su traumática salida de las huestes y su soledad en el territorio inhóspito lo circunscriben en una zona de silencio historiográfico» (Crovetto – Crisafio – Franco 1986: 31), un silencio, añadiría yo a la luz de lo arriba dicho, tanto más tupido en cuanto probablemente no se trata sólo de «traumática salida» sino también de lúcida decisión de traicionar. En cambio, el Paquillo de Payró se queda en una actitud de espera, incierto sobre su futuro, mirando los barcos pero sin sumarse a ellos: podría elegir entre la reincorporación al mundo civilizado (como Jerónimo de Aguilar que, llegando a ser el intérprete de Cortés, tendrá un papel y un reconocimiento oficial) y el rechazo de su identidad anterior y la asunción de la identidad del *otro* (como Gonzalo Guerrero, compañero de Aguilar que, quedándose entre los indígenas, fue expulsado de la Historia)[53].

53 Podemos pensar que ser lengua fue un destino obligado para quien vivió aquellas experiencias: Francisco resume en sí los dos destinos contra-

Ni las crónicas, como hemos visto, ni esta novela nos dan a conocer su elección: en las primeras, lo vemos perdido en el silencio, mudo como toda la gente anónima de su rango; en la segunda, lo vemos por última vez como el náufrago que era, en el aislamiento y la incomunicación total, incapaz de elegir su destino. Pero Payró no tiene dudas: cualquiera sea la elección de Francisco, y sin traicionar la Historia, con un final *abierto*, muy moderno y ambiguo, su figura puede prestarse al mito fundacional y ser funcional al designio argentino de aquellos años.

Así todo el viaje es el duro aprendizaje, de Francisco del Puerto y de todos los rioplatenses, para hacer de «las pobres tierras de desengaño [...], estas regiones hostiles [...], grandes pueblos que en sus riberas han sabido infundir perdurable realidad a los tesoros quiméricos del descubridor» (Payró 1974: 219-220). La postura de Payró es clara e inequívoca: el Descubrimiento y la Conquista, a pesar de la violencia y la destrucción que llevaron al Nuevo Mundo, fueron empresas positivas que permitieron el nacimiento de grandes naciones: «Enérgicos y atrevidos, los más enérgicos y atrevidos de España y Portugal, iban, generalmente, como horda invasora, animada por un espíritu destructor, a cometer en las Indias atrocidades sin cuento, pero también, sin pensarlo, a dejar en ellas la simiente del heroísmo y del instintivo empuje hacia un porvenir mejor» (Payró 1974: 96).

Una vez más, narrar una historia del pasado significa escribir sobre el presente, y el presente de Roberto Payró prefiguraba un gran porvenir para Argentina.

Por el contrario, la Argentina de los años 80 del siglo XX, durante una crisis económica y política de gran intensidad,

---

puestos de Aguilar y Guerrero, fue *lengua* de Caboto pero lo traicionó para quedarse con los indígenas.

se interroga sobre su pasado y sobre su identidad: *El entenado* (1983) de Juan José Saer es una novela de formación en primera persona, que pone en tela de juicio toda la conquista, la política y la ética española de la época del Descubrimiento. El anónimo narrador, bien reconocible en Francisco del Puerto, ya viejo y establecido en España, cuenta su viaje de ida al Nuevo Mundo y de regreso al mundo civilizado como pautas que cierran la experiencia entre los indios, que reconoce como fundamental de su vida. No hay indicaciones paratextuales o extratextuales que indiquen la voluntad de Saer de tergiversar o cambiar la Historia para fundamentar su tesis (quizás hasta le hubiera servido más la otra versión, la de la traición a Caboto) y por lo tanto podemos presumir que Saer conocía la versión más difundida, la que ve a Francisco recogido por los españoles, y que a partir de allí construyó su historia conforme con la Historia[54]. No hay tampoco indicadores geo-cronológicos precisos ni nombres, pero hay indicios y alusiones que ayudan al lector a reconocer el hecho y al mismo tiempo a interrogarse sobre la Verdad, profunda, epistemiológica, filosófica, de aquel hecho y de toda la historiografía de los vencedores: la del grumete viene a ser una traición ideológica y sentimental a la *Weltanschauung* europea, no menos grave y acusadora que la traición efectiva de Francisco del Puerto (que presumiblemente Saer no conocía).

En estos 50 años que separan la novela de Saer de la de Payró, el revisionismo historiográfico ha hecho estragos

54 Como nota Juan Villoro, a Saer no «le interesa la historicidad [...] sino ubicarse con precisión en esa circunstancia para explorar sus significados» y todo el texto sería una interrogación sobre el «problema de conocer lo radicalmente distinto». A este mismo tema Saer había dedicado también un cuento, «El intérprete»: «aunque habla los dos idiomas, el intérprete no está seguro de ser un mediador hábil» (Villoro 2008: 52-53).

de las certezas históricas e ideológicas de la Modernidad: la civilización por antonomasia ya no es la occidental, se persigue una nueva estructuración de la Historia a través de la recuperación de las historias, hasta entonces olvidadas, de los vencidos, los marginales, los silenciados. Si la novela de Payró participaba del *discurso* sobre la construcción de una nacionalidad o una identidad colectiva, ahora la de Saer participa de su deconstrucción.

Y si los triunfadores del hecho histórico de la Conquista –cronistas y novelistas– escriben en tercera persona para otorgar mayor veracidad a lo que afirman, o en primera del plural para indicar la pertenencia a un mismo destino histórico, quien quiere dar su versión alternativa de la Historia, ya modernamente consciente de que el discurso historiográfico, siendo *discurso* y no acción, conlleva por definición cierta dosis de subjetivismo, habla en primera del singular, acentuando aún más su perspectiva y su cosmovisión personales. Hemos visto que en la novela de Payró hay un narrador omnisciente, dueño de la historia que está contando y conforme con la Historia de los vencedores; en la novela de Saer, el yo pseudoautobiográfico narra un trayecto de dudas y de difícil maduración, con continuas alternancias de tiempos verbales, pronombres personales, elementos referenciales de pronombres posesivos o deícticos. Por ejemplo, durante el viaje de ida es dominante un 'nosotros' que abarca no sólo la tripulación del barco sino todo aquel mundo del que cada marinero o soldado se sentía partícipe («La alegría fue grande; aliviados, llegábamos a orillas desconocidas que atestiguaban la diversidad», Saer 1983: 16), pero, a partir de la muerte del capitán, se impone un yo individual y totalmente subjetivo («En pocos segundos, mi situación singular se mostró a la luz del día: con la muerte de esos hombres

que habían participado en la expedición, la certidumbre de una experiencia común desaparece y yo me quedaba solo en el mundo», Saer 1983: 27): solo y desnudo como cuando nació, desprendido de lo anterior –madre, patria, familia, grupo– y necesitado de encontrar otras certidumbres, acaba por aceptar la nueva realidad como natural. Paulatinamente se asimila al grupo indígena, superando tabúes y preconceptos europeos («yo, el eterno extranjero, no quería quedar afuera», Saer 1983: 45) hasta llegar a un 'nosotros' que delata la salida de la incomunicabilidad y del aislamiento y la asimilación a un nuevo grupo (proceso típico de la novela de formación): «Daba gusto ver cómo salíamos al mundo, en las mañanas cada vez más tibias y más soleadas, después de meses de repliegue y de somnolencia [...] Entrábamos, como en una casa de fuego, en el verano, girando atontados y perdidos en la luz blanca» (Saer 1983: 80-81). Por supuesto esa trayectoria no es lineal, sino que el 'yo' reaparece frecuentemente para deslindar, analizar, oponer las diversas interpretaciones que da de los hechos según el grado de asimilación en que se encontraba en aquel momento, y el 'nosotros' puede aludir alternativamente a uno u otro grupo.

Esa confusión es posible porque el viaje de Francisco en la interpretación de Saer no es sólo desplazamiento en el espacio, sino que ejemplifica el movimiento alternado de alejamiento-acercamiento a otro mundo y otra cultura, con todo lo que esto conlleva de necesidad de despojarse de los hábitos de la cultura que se deja y conquistar los de la nueva. En esta ocasión hablamos de 'viajes' y 'naufragios' en sentido amplio, cuando no metafórico: viaje como desplazamiento no sólo en el espacio y en el tiempo –desde el Mare nostrum al Mar dulce, desde la edad juvenil a la adulta–, sino también desde lo conocido a lo ignoto, desde una condición protegi-

da a una desamparada, y naufragio como pérdida de ropaje y de identidad, aislamiento, enfrentamiento a privaciones e infortunios, o sea la *desnudez como naufragio* (Glantz 2005: 67-100).

Nos invita a este tipo de lectura –referencial en lo fundamental y en muchos indicios, pero simbólica a nivel más profundo– una serie de referencias a las nociones de 'nacimiento' y 'desnudez' como momentos insoslayables en el trayecto que cumple el protagonista desde la inconsciencia inicial –juvenil y cultural al mismo tiempo– hasta la reconstrucción –en su conciencia y en el papel– de su aventura desde una perspectiva madura de quien ha vivido y asimilado acontecimientos, culturas, mundos diferentes: de quien mucho ha viajado.

Viene a ser por lo tanto una novela de formación individual en lo anecdótico, y colectiva y epocal en sentido metafórico –búsqueda de identidad, re-fundación de 'lo latinoamericano' sobre el conocimiento y no sobre la conquista– además que expresión de la postura historiográfica y hermenéutica de la época del 'post-': uno de los caminos posibles para despojarse de la cosmovisión 'moderna', eurocéntrica y basada en la racionalidad y fe en el progreso técnico y científico. Así, podemos leer las diferencias entre la novela de Payró y la de Saer como el viaje de Francisco del Puerto desde la Modernidad a la Posmodernidad/Poscolonialismo, desde la participación a un proyecto de edificación de la identidad y de la nacionalidad a uno de cuestionamiento y deconstrucción de lo ya adquirido: el no-regreso había dejado al protagonista de Payró en la etapa de la Modernidad, como el arquetipo del hombre moderno, un Robinson exportador de experiencia y fundador de civilización, mientras que el regreso en la novela de Saer otorga la

posibilidad de alejarse para poder ver mejor y comprender, de meditar y reinventar el sentido de la Historia desde el punto de vista poscolonial de reivindicación de otras raíces y otros orígenes.

Hijo de padre desconocido –como Francisco del Puerto y tantos pícaros y marineros– el narrador de esta aventura cuenta sus múltiples nacimientos, entendidos siempre como búsqueda de aquel padre a quien nunca había conocido: «Todos eran hijos de muchos padres, lo que equivale a decir, como yo, de ninguno» (Saer 1983: 111). Múltiples nacimientos como los que marcan también

> la historia del Plata, varios nacimientos, varios padres optativos y una memoria colectiva donde conviven, junto a un nacimiento oscuro, el genocidio de las razas primigenias y la imposición de la ley (de Dios, del Rey) a sangre y fuego (Luzzani 1991: 344).

Sin padre, en la novela no tiene tampoco nombre, y sólo podemos llamarlo con el nombre que le dan los indios, ese *Def-ghi* sin traducción posible al castellano: «en busca de paternidad, sólo podía convertirse en un *entenado*, tan extraño en su mundo original, que le había arrojado de sí, como lo fue en su mundo adoptivo, que aún intenta comprender» (Perera San Martín 1996: 106). Nace por primera vez en España, en el puerto, que es por definición un nacimiento antiépico («La orfandad me empujó a los puertos [...] Yo quería llegar a esas regiones paradisíacas: pasé, por lo tanto, de mano en mano y debo decir que, gracias a mi ambigüedad de imberbe, en ciertas ocasiones el comercio con esos marinos que tenían algo de padre también, para el huérfano que yo era, me deparó algún placer», Saer 1983: 11 y 16); luego, en América, al despertarse en el campamento indio:

> Tierra, cielo vacío, carne degradada y delirio, con el sol arriba, pasando, desdeñoso y periódico, por los siglos de los siglos; así se presentaba, ante mis ojos recién nacidos, esa mañana, la realidad [...], esa criatura que llora en un mundo desconocido, asiste, sin saberlo, a su propio nacimiento [...]. Entenado y todo, yo nacía sin saberlo y como el niño que sale, ensangrentado y atónito, de esa noche oscura que es el vientre de su madre, no podía hacer otra cosa que echarme a llorar (Saer 1983: 43).

Otros nacimientos –desprendimiento de lo anterior y abertura hacia el futuro– los encontramos en el barco que lo lleva a Europa («día tras día el idioma de mi infancia [...] fue volviendo, íntimo y entero, a mi memoria primero, y después poco a poco a la costumbre misma de mi sangre», Saer 1983: 96), y cuando, ya en España, gracias al padre Quesada, empieza su viaje más profundo, viaje sedentario pero proficuo, hacia dentro de sí mismo y de su extraordinaria experiencia en el mundo indígena:

> Tuve, por fin, un padre, que me fue sacando, despacio, de mi abismo gris [...] Después, mucho más tarde, cuando ya había muerto desde hacía años, comprendí que si el padre Quesada no me hubiese enseñado a leer y escribir, el único acto que podía justificar mi vida hubiese estado fuera de mi alcance (Saer 1983: 99).

Muerto el padre Quesada, otra vez sin guía ni rumbo, parte para otra aventura, otro nacimiento, que le permitirá, protagonizando en el escenario una comedia por él escrita sobre su experiencia americana, descubrir una verdad hasta entonces no sospechada, una verdad de signo barroco y posmoderno:

> Todos éramos los personajes de una comedia en la que la mía no era más que un detalle oscuro y cuya trama se nos escapaba, una trama lo bastante misteriosa como para que en ella nuestras falsedades vulgares y nuestros actos sin contenido fuesen en realidad verdades esenciales [...]; el vigor de los aplausos que festejaban mis versos insensatos demostraba la vaciedad absoluta de esos hombres, y la impresión de que eran una muchedumbre de vestidos deslavados rellenos de paja, o formas sin substancia infladas por el aire indiferente del planeta (Saer 1983: 139-141).

Sólo después de ese nacimiento en el teatro, de salir de sí mismo para verse actuando, de empezar a reconstruir en su memoria los acontecimientos y confrontarlos con la realidad de España y con la visión que en España se tenía de la Conquista y de los indios, puede cumplir aquel «único acto que podía justificar» su vida entera, escribir sus memorias. Pero, alejado del mundo indígena, no puede volver atrás y desindianizarse: sus memorias por lo tanto no definen el cierre del ciclo, el regreso después del viaje –como fue para los náufragos de la Historia en la modernidad, empezando por Cabeza de Vaca– sino la imposibilidad del regreso mismo y la plena asunción de la 'visión de los vencidos'. Con la toma de conciencia de la distancia que ahora lo separa de *este* mundo, va paralelo el camino inverso con respecto a los indios: «para mí no había más hombres sobre esta tierra que *esos* indios y que, desde el día en que me habían mandado de vuelta yo no había encontrado, aparte del padre Quesada, otra cosa que seres extraños y problemáticos a los cuales únicamente por costumbre y convención la palabra hombres podía aplicársele» (Saer 1983: 104-105)[55].

55 Lo subrayado es nuestro: en este caso el deíctico *esos*, por la lejanía del mundo indígena, indica proximidad existencial y sentimental.

Como escribió Carpentier en *Los pasos perdidos,* no se da dos veces la misma oportunidad, no se puede «desandar lo andado, creyendo que lo excepcional pueda serlo dos veces» (Carpentier 1985: 325): el proceso de alejamiento-acercamiento no es reversible y el narrador no experimenta otra vez aquella sensación que había tenido al despertarse entre los indios. Es como si el acercamiento a aquel mundo hubiera sido posible por la mayor cercanía de aquel mundo al estadio natural, y por ende a su mismo estadio de 'recién nacido':

> Un día después de haberlos visto por primera vez, ya estaba tan habituado a ellos que mis compañeros, el capitán y los barcos, me parecían los restos inconexos de un sueño mal recordado [...] En pocas palabras, dos o tres años después de haber llegado era como si nunca hubiese estado en otra parte (Saer 1983: 32 y 86).

Al contrario, con toda su experiencia a cuestas, es imposible reintegrarse en el mundo civilizado tan lejano del estadio natural en el que había vivido entre los indios.

Aquella alusión a una «vaciedad absoluta» cubierta por «vestidos deslavados», en el teatro como en la vida, alude a la desnudez que acompaña cada nacimiento: sólo un 'hombre desnudo', física y metafóricamente, puede nacer a una nueva vida. Su desnudez, en la infancia, es connatural al ser huérfano y pobre, pero luego asume otras connotaciones, relacionadas siempre con el punto de vista europeo y católico que veía en la desnudez un síntoma de salvajismo y pecado: regresado a la civilización, lo primero que hacen los españoles es darle «ropa [...] para ocultar [los] genitales». Pero la moral occidental no corresponde con las exigencias de un «recién nacido»: «La ropa me raspaba la piel, me hacía sentir

extraño» (Saer 1983: 94)[56]; más tarde, será el mismo padre Quesada a reincidir en esta imagen, diciéndole que «acababa de entrar en el mundo y había llegado desnudo como si estuviese saliendo del vientre de [su] madre» (Saer 1983: 106). Siempre, la desnudez total del viajero occidental corresponde al sentimiento de extrañeza y de vacío –de identidad, de comprensión, de reconocibilidad. Pero es también la desnudez de la muerte que iguala a ricos y pobres («cuando miré con más atención pude comprobar que el aire ausente de ese cuerpo desnudo [...] era el del capitán», Saer 1983: 37) y sobre todo la de los indios, que atrae inevitablemente la atención del cautivo como sinónimo –junto al canibalismo– de barbarie; pero paulatinamente esta desnudez se transforma en confirmación del mito bíblico del Edén y de la inocencia, interrumpido sólo por los periódicos e irrefrenables ritos de la caza al enemigo con la consiguiente orgía canibalesca, cuando «los cuerpos parecían ostentar su desnudez» (Saer 1983: 55), como una inevitable caída en el pecado del cual, sin embargo, había posibilidad de rescate.

Es precisamente a propósito de esos ritos que podemos comprobar cómo el viaje se vuelve metáfora del proceso de alejamiento-acercamiento entre dos mundos, dos culturas, dos lenguas, que significa, como hemos visto, despojarse, dejar atrás los hábitos viejos y adquirir los nuevos.

Es muy interesante, por ejemplo, confrontar la escritura extrañada, el asombro y el rechazo presentes en sus primeras impresiones frente al rito del canibalismo –símbolo máximo de la *otredad* y por ende de la barbarie y del demonismo, 'justo título' tantas veces evocado por los conquistadores–

56 Lo mismo habían hecho con Cabeza de Vaca: «el Gobernador nos recibió muy bien, y de lo que tenía nos dio de vestir, lo cual yo por muchos días no pude traer» (Núñez Cabeza de Vaca 1962: 130).

con la interpretación que de éste puede dar el narrador una vez conocidos usos y costumbres de los nativos[57]. Respetando el orden cronológico del conocimiento, las primeras descripciones están dictadas por el punto de vista europeo basado en el concepto de *culpa* y *pecado*[58]: «En todos esos indios podía verse el mismo frenesí por devorar que parecía impedirles el goce, como si la culpa, tomando la apariencia del deseo, hubiese sido en ellos contemporánea del pecado» (Saer 1983: 48); en cambio, cuando la escritura vuelve a los mismos recuerdos pero con la óptica última y global del narrador, el punto de vista ético y cognoscitivo es el de los indios cuya *Weltanschauung* había sido asimilada por el narrador; la inserción del canibalismo en el código de lo sagrado justifica lo que a sus ojos extraños había parecido inconfundible signo de barbarie, y significa un momento importante en este viaje de acercamiento y de asimilación de la *otredad*: «Todo acto, por mínimo que fuese, entraba en un orden preestablecido. Algunas acciones, que al principio me parecían absurdas, fueron revelando su estricta necesidad» (Saer 1983: 131).

Emprender el viaje a la inversa le provocará otras tantas rupturas: el «no encontrar, en el fondo de [su] ser, un lenguaje que expresara» (Saer 1983: 93) sentidos y sentimientos, acentúa la distancia que lo separa de los españoles:

---

57 Para la descripción del rito se basó sin duda en las descripciones hechas por Hans Staden en el capítulo XXVII de su *Wahrhaftige Histoire,* mientras que la descripción sucesiva, «tras comer carne, y la posterior ebriedad de los mismos no procede de ninguna fuente textual» pero igualmente crea «un universo verosímil, desde la *antropología especulativa*, desde la pura ficción» (Fuentes Vázquez 2009: 172).

58 Comida, alcohol y sexo aparecen fuertemente conectados entre sí, como lo estaban en la mentalidad medieval y en la primera Modernidad como base del pecado de intemperancia (Jara 1996: 24).

> la curiosidad que despertaban mi aventura y mi persona venía mezclada de sospecha y de rechazo, como si mi contacto con esa zona salvaje me hubiese dado una enfermedad contagiosa, y, por el hecho de haber sido substraído durante tanto tiempo a la zona a la que *esos* hombres pertenecían, yo hubiese vuelto a ellos contaminado por el exterior (Saer 1983: 93)[59].

El encuentro con el padre Quesada es el primer eslabón de la salida de la nada en que había caído al volver a su mundo: «De esa miseria me fue arrancando, con su sola presencia, el padre Quesada [...] Padre es, para mí, el nombre exacto que podría aplicársele –para mí, que vengo de la nada, y que, por nacimientos sucesivos, estoy volviendo, poco a poco, y sin temblores, al lugar de origen» (Saer 1983: 98 y 101). Pero no es el principio de la reinserción, sino, al revés, el inicio de la toma de conciencia de la imposibilidad del regreso porque le permite valorar intelectualmente su aventura: aprender a leer y escribir le permite interiorizar y analizar la experiencia que luego describe en sus memorias, donde toda la atención está dirigida a reconstruir y a dar un significado a su trayectoria vital y a la cosmogonía indígena.

Desde su punto de vista privilegiado –el del narrador último que ya lo ha vivido todo–, puede trazar la evolución de sus sentimientos y sentidos según la cuadripartición señalada por Todorov –descubrir, conquistar (en este caso, ser conquistado), amar, conocer– (Todorov 1982). La última fase, a la que accede el narrador ya viejo y en España, es la que permite la escritura de sus memorias. Ya nunca será como antes, o como los demás, por su doble *otredad*, por la unicidad de su condición de extraño respecto a los indios como a

59 El énfasis es nuestro: aquí el deíctico *ese* es síntoma de alejamiento espiritual referido a los españoles que estaban cerca.

los europeos. Esta contaminación y esta extrañeza, lo acompañarán siempre, dando un sentido a su vida pero dejándole el sello de la nostalgia. Nostalgia de un lugar, un tiempo, una condición feliz –el Paraíso terrenal, el limbo del no-conocimiento– expresada en las páginas finales, al recordar una experiencia compartida con los indígenas que no es otra cosa que una lectura al revés de un acaecimiento similar del que se valió astutamente Colón: un eclipse que el *entenado* vivió no con el escepticismo occidental frente a lo ya sabido sino con la maravilla y la aceptación natural de lo mágico propia de los indios y expresada en una escritura extrañada, por una vez no paródica sino altamente poética:

> Casi al mismo tiempo en que [la luna] alcanzaba, diseminándose, su máxima intensidad, se empezó a velar [...]. Un tinte azul, avanzando lento, se superponía al brillo desmedido y poco a poco la atenuaba. Por contraste, la parte no recubierta parecía incluso más brillante. Pero la penumbra azul la iba ganando. Una línea nítida, vertical, dividía en dos la luna; la parte azul que, aunque despacio, no dejaba de crecer, era como un arco que iba haciéndose más ancho a medida que la parte brillante disminuía (Saer 1983: 153).

Todo el fragmento merecería una lectura detenida por su poeticidad y densidad; pero lleguemos a su sentido hermenéutico y epifánico:

> Por venir de los puertos, en los que hay tantos hombres que dependen del cielo, yo sabía lo que era un eclipse. Pero saber no basta. El único justo, es el saber que reconoce que sabemos únicamente lo que condesciende a mostrarse. Desde aquella noche, las ciudades me cobijan. No es por miedo. Por esa vez, cuando la negrura alcanzó su extremo, la luna, poco a poco, empezó de nuevo a brillar [...]. A lo que

> vino después, lo llamo años o mi vida –rumor de mares, de ciudades, de latidos humanos– cuya corriente, como un río arcaico que arrastrara los trastos de lo visible, me dejó en una pieza blanca, a la luz de las velas ya casi consumidas, balbuceando sobre un encuentro casual entre, y con, también, a ciencia cierta, las estrellas (Saer 1983: 155).

El narrador se sitúa en una frontera imprecisa, más allá de los dos mundos entre los cuales no hubo posibilidad de comunicación y de diálogo, en la frontera entre poesía y conocimiento, entre magia y cultura. Mensaje positivo –utópico y nostálgico a la vez– que tiene su 'texto paralelo' en los *Naufragios*, en aquel 'nosotros' utilizado por Núñez Cabeza de Vaca en el momento de reintegrarse a su mundo, metáfora de la condición de extraño en sentido geográfico y cultural.

Hay también una tercera posibilidad: en una novela reciente del argentino Gonzalo Enrique Marí, *El grumete Francisco del Puerto* (2003), Francisco del Puerto se queda, totalmente indianizado, y cumple la traición, asumiendo por lo tanto la versión integral de Caboto. Con respecto a la lectura de Saer, que abstraía al personaje quitándole toda referencialidad, Marí lo reconstruye y devuelve «a un imaginario carente de conflictos» y hasta «'construye' la estirpe del personaje, hijo de una mora que trabaja en la posada de Isaac, un viejo judío, fundamentando el discurso del linaje de la bastardía original enfrentada al mito del estatuto de la limpieza de sangre» (Fuentes Vázquez 2009: 172). Y aún: llena el silencio de la Historia entre la muerte de Solís y la llegada de Caboto utilizando varios modelos narrativos, desde los *Naufragios* de Cabeza de Vaca para describir el canibalismo («tristes y taciturnos como eran [los indios], no se jactaron de la ceremonia, degustaron la carne de sus

enemigos sin alegría. Por venganza, por odio, sin duda no por hambre, más bien por poseer las virtudes del otro y reafirmar las propias», Marí 2003: 137), a mitos, leyendas y poemas guaraníes para la construcción del mito del 'dios blanco' enviado por el Karaí Jeupie para conducir a los guaraníes hacia la Tierra sin Mal. En una nota aclara la procedencia de estos textos («recopilados por antropólogos de reconocida trayectoria») y en numerosas ocasiones explica nombres y caracteres de plantas, animales, ritos, creencias... Parece que Marí quiera anclar al personaje en la Historia y *salvar* todas las posibilidades interpretativas de su aventura, lo que no le permite profundizar ningún discurso y al mismo tiempo enlaza la novela con el subgénero de las novelas de aventuras: por una parte, lo indica como fundador de la identidad rioplatense parafraseando a Payró y dando muy modernamente énfasis sobre el rol fundacional del lenguaje («Juntos [él y la india Jasyrendy] inventaron una nueva lengua, o al menos la lengua castellana adquirió otra musicalidad en las costas del Paraná», Marí 2003: 172); por otra, le confiere el papel de «enviado divino y portador de la palabra de Karaí Jeupie, Karaí Pitaguá o Sacerdote Extranjero» (Marí 2003: 234). El encuentro con Caboto es simplemente descriptivo y el autor deja entre líneas cualquier comentario o juicio sobre los proyectos reales del grumete, que se ofrece para acompañar a los españoles como lengua y guía; en cambio es bien explícito en enseñar las intenciones de Caboto: «Los buenos oficios de Francisco le estaban rindiendo sus frutos, por lo que se mostró animado y afable con él. Ya llegaría el momento oportuno para cortarle el pescuezo de un sablazo» (Marí 2003: 239). Pero luego Francisco traiciona y hace que un grupo de españoles, al mando de Miguel de Rifos, caiga en

una emboscada y sea destruida una de las carabelas, aunque no puede impedir que los españoles destruyan el pueblo donde había vivido. No falta un final feliz: al reencontrarse con Jasyrendy descubre que ya ha nacido su hijo mestizo, solución que confirma la adhesión a la versión de Payró de un Francisco del Puerto como fundador de la Argentina futura, pero subrayando las raíces autóctonas más que las españolas, y acercándose más a la elección voluntaria de Gonzalo Guerrero de quedarse en su nueva patria. Marí por lo tanto asume totalmente la versión de la traición de Francisco, y aunque sea una novela formalmente tradicional –tercera persona, narrador omnisciente, explicaciones e historias entrelazadas pero *ordenadas*– nos da una versión *otra*, poscolonial, de la Historia.

Resumiendo, podemos decir que en estas novelas hay diferencias notables en el tratamiento de la Historia, correspondientes a las diversas dominantes culturales de la Modernidad y del pensamiento poscolonial: discurso positivista, eurocéntrico, conforme con la versión tradicional de la Historia, invisibilidad de la escritura que se acerca al patrón de 'grado cero' del nivel científico-referencial, en Payró. Al contrario, discurso revisionista y deconstructivista, crítico hacia la Historia y la cultura eurocéntricas y respetuoso de la alteridad, introspectivo y consciente de que no es posible detectar la verdad fuera del discurso que la enuncia, en Saer. En Marí, aunque la forma sea tradicional, nos encontramos con la 'versión de los vencidos', que en este caso serían tanto Francisco como los indios, borrados por la historiografía oficial.

Sin duda podemos también afirmar que las tres responden a un mismo dictado: escribir sobre el pasado para hablar del presente dando, en cualquier caso, una interpretación

ideológica del suceso narrado. Por lo tanto constituyen, más que la ficcionalización de la Historia –una de las definiciones posibles de 'novela histórica'– la politización de la misma, casi una declaración de la no-neutralidad de cualquier interpretación y *discurso* de y sobre la Historia. Como veremos, estas tres lecturas de la historia de Francisco del Puerto hechas por Payró, Saer y Marí se pueden referir también a Aguilar y Guerrero, los dos náufragos de la carabela capitaneada por el capitán Valdivia quien en 1511 «en el desbarato del Darien por las revueltas entre Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa [...] venía a Santo Domingo, a dar cuenta al Almirante y al Gobernador de lo que pasaba [...] esta carabela, llegando a Jamaica, dio en los bajos que llaman de Vívoras donde se perdió» (Landa 2000: 26). Llegaron a la costa de Yucatán alrededor de veinte náufragos, pero sólo Guerrero y Aguilar sobrevivieron a varias peripecias: de ellos Cortés oyó hablar al pisar tierra mexicana y de ellos hablaremos en un próximo capítulo.

2.3. Maluco

Otra novela del 'ciclo del descubrimiento' que, a diferencia de las anteriores, sigue el modelo scottiano y no el de De Vigny, es *Maluco. La novela de los descubridores*, premio Casa de las Américas 1989, de Napoleón Baccino Ponce de León. Se trata del memorial escrito por el bufón embarcado en la expedición de Magallanes en 1519, cuyos textos oficiales son la crónica de Antonio Pigafetta, el diario del español Francisco Albo embarcado en la *Santiago*, y el de un piloto genovés de la *Trinidad*, la nave capitana que quedó en mano de los portugueses en las islas Malucas, identificado ahora bien con Giovanni Battista da Poncevera o Juan Bautista

Poncero (Crovetto 1991: 345-353), o bien con León Pancaldo (Avonto 1992: 257-284 y 1994: 35)[60].

Siendo el narrador un bufón, y no un cronista o historiador oficial, el texto se presenta de inmediato como una parodia en el sentido etimológico del término, o sea 'texto paralelo' a textos conocidos, con los que establece una relación a la par de identidad y distanciamiento, de reconocimiento del código y exigencia de quebrantarlo, lo que significa también quebrantar los límites entre géneros 'altos' y 'bajos' –tanto en las formas como en los contenidos– es decir afirmar una subversión no sólo literaria sino social e ideológica. En este caso, podemos hablar de subversión social en su sentido estricto, ya que quien escribe no es un vencido étnico (indígena) sino un español de clase baja, un bufón que desmiente y corrige la versión de los cronistas oficiales: Maluco es a Pigafetta lo que Bernal Díaz del Castillo es a Cortés.

Juanillo Ponce, el bufón cuyo nombre no figura ni en la lista oficial de la tripulación ni en la de los dieciocho sobrevivientes –pero existió realmente un Juan Ponce de León en las crónicas, y éste es también el apellido del autor– escribe sus memorias para «dar cuenta a Su Alteza de los muchos prodigios y privaciones que en aquel viaje vimos y pasamos, y el mucho dolor y la gran hambre que sufrimos, junto a las muchas maravillas y placeres que tuvimos» y pedirle que se le «restituya la pensión que por andar por pueblos y plazas indagando nada más que la verdad se me quitó» (Ponce de León 1989: 8-9).

---

60 Magdalena Perkowska, además de unos cuantos hipotextos historiográficos declarados, indica numerosos hipotextos literarios, desde *El Cid* hasta Vallejo y *Cien años de soledad* (Perkowska 2008: 156).

El Rey podrá creer sus palabras sólo reconociendo que el discurso historiográfico oficial no es fidedigno, como afirma Juanillo para avalar la veracidad de su relato y la justeza de sus pedidos:

> Y si el relato puntual y verdadero de nuestras miserias, relato que en todo falseó su cronista Pedro Martyr de Anglería para mayor gloria de Su Alteza Imperial, así como de las muchas cosas que aquel sagaz caballero vicentino don Antonio de Pigafetta calló y enmendó por la misma razón, llegara al corazón de Vuestra Merced, tenga en cuenta que en Bustillo del Páramo, mi pueblo natal, sufre grande pobreza este Juanillo, bufón de la Armada, que hizo con sus gracias tanto por la empresa como el mismo Capitán General con su obstinación[61] (Ponce de León 1989: 8).

Con estas palabras quedan esclarecidas las fuentes historiográficas y el intento epistemológico de la escritura. El Apéndice –el informe firmado por nada menos que Juan Ginés Sepúlveda a quien el rey ha pedido que averiguara la veracidad de lo contado por Juanillo– constituye un elemento paratextual de notable inteligencia narrativa; da, además, un primer y acertado juicio sobre el texto mismo: «En cualquier caso debo admitir, Majestad, que el autor, quienquiera que sea, ha pasado grandes trabajos para escribir su crónica y, si se me permite una opinión personal, grande placer me ha causado con ella y bien merece la pensión que solicita» (Ponce de León 1989: 335).

---

61 Cabría señalar que desmentir la veracidad de otras crónicas era recurso adoptado por muchos cronistas: por ejemplo, las críticas que hace Fernández de Oviedo al mismo Pedro Mártir de Anglería en relación al reino de las Amazonas.

En todas las sociedades y en todas las ficciones, el bufón, ser marginal por su condición social y por su oficio –deleitar y jugar, no buscar la verdad ni comunicarla a los demás– constituye el alter ego, la parodia, cómica o grotesca, de la voz oficial. Por ello, desde siempre, le ha sido permitido escuchar y decir muchas verdades que, de otra forma, quedarían silenciadas:

> Un bufón debe saber guardar secretos. Porque un bufón es como un amigo alquilado [...]. Con nosotros puede la gente solazarse y sincerarse sin consecuencias, porque, ¿quién toma en serio lo que dice un bufón? A nosotros pueden decirnos cosas que no dirían a sus mejores amigos, y tratarnos como no tratarían a sus enemigos; sin problemas de conciencia, que para eso nos pagan (Ponce de León 1989: 221-222).

Como le recuerda el mismo Magallanes, su oficio es el de ser «el parlanchín de la flota» (Ponce de León 1989: 109).

La óptica del bufón nunca es horizontal –de igual a igual– sino vertical, de abajo hacia arriba; como él mismo nos explica, es la mejor perspectiva para entender el mundo:

> Dime, Majestad Cesárea, ¿habéis estado alguna vez en tu vida debajo de una mesa observando los pies de los comensales y siguiendo su conversación? Pues habéis hecho muy mal, que no es bueno para un príncipe ver el mundo desde el trono solamente, y a la caterva de aduladores de tu Corte a la cara, empolvada y compuesta para la hipocresía. En cambio, debajo de una mesa las cosas se ven de manera diferente [...]. Te lo digo yo que he atisbado la vida desde todos los rincones y lo poco que he aprendido ha sido siempre abajo de una cama, escondido en un armario, por el ojo de una cerradura, detrás de un sillón, o debajo de una mesa (Ponce de León 1989: 133).

Sigue toda una teoría de la perspectiva y de la relatividad, que parece escrita expresamente para corroborar la lectura de esta novela como expresión de una óptica diferente, más humana y más verdadera que la ofrecida por la óptica del cronista y del historiador, horizontal y directa pero distorsionada por las exigencias de la oficialidad. El papel de bufón –al que le corresponde una estructura física nada imponente o de peso– conlleva también tareas no previstas por leyes y estatutos de la navegación, lo que le permite percatarse de cosas escondidas o prohibidas: por lo tanto su escritura puede afirmarse como la única creíble. Para subrayar aún más esa óptica, en momentos cruciales de la acción, Ponce de León utiliza la tercera persona, que, no lo olvidemos, es usual en las crónicas empezando por la de Colón, pero aquí sirve para que el bufón aparezca aún más extraño a aquella empresa y a aquella microsociedad:

> Aprovechando su corta estatura y poco peso, le colocan en un frágil andamio y le cuelgan por fuera de la nave, justo a la altura de la línea de flotación [...]. Allí, en el bajo vientre de la nave, oculto a los ojos del Contramaestre por su propia concavidad, tuve ocasión de descubrir aspectos de nuestra aventura, prolijamente escamoteados por los cronistas de tus reinos en su petulante ignorancia del oficio de descubridor (Ponce de León 1989: 84).

Se refiere al *descubrimiento* de la presencia de un buen número de mujeres en la expedición, elemento que no aparece en las crónicas oficiales pero que se encuentra confirmado en numerosos documentos indirectos o de 'historia alternativa', como veremos más adelante. Aunque parezca cierto que ya desde el primer viaje de Colón hubo mujeres embarcadas (Langa Pizarro 2007: 109), hasta hace poco

fue tema tabú en las investigaciones y en la narrativa, ya que era opinión común que la conquista española fuera llevada a cabo por hombres solos, elemento que además iba a constituir carácter distintivo de esta epopeya frente, por ejemplo, a la anglosajona, que fue obra de familias enteras. Descubrir en el barco un mundo subterráneo y clandestino es una ocasión que el autor no desperdicia para resaltar las equivocaciones y errores de las crónicas oficiales y también para obtener efectos cómicos producidos por el encuentro de dos mundos y miradas marginados y borrados por la Historia: el del bufón, por definición sin atributos sexuales, y el de las mujeres, ambos extraños a aquel evento todo masculino que fue la Conquista.

Otro efecto cómico relacionado con la óptica marginal del bufón, que tiene como punto de referencia un mundo de hambre, de pobreza, de pícaros, es dado por la re-escritura paródica de la célebre descripción del Paraíso Terrenal hecha por Colón:

> En efecto, debe Su Alteza saber que según aquel ilustre navegante, el mundo tiene la forma de una teta de mujer, con el pezón en alto, cerca del cielo [donde] colocaba el Paraíso. Lo que no sé decirte es si se trataba del pezón de la teta de su madre o de la mía, aunque pienso que sería de la suya, ya que menguados bienes depararía el Paraíso de estar ubicado en la magra teta de mi madre (Ponce de León 1989: 77-78).

Cómico es también el bautismo de los monos y de los pájaros hecho por Juanillo: en éste, como en otros episodios, son posibles diversos niveles de lectura, desde el más inmediato –captando sólo el efecto cómico, la riqueza de las descripciones, el lirismo de algunos párrafos o los toques de

esgrima en los diálogos entre Juanillo y Magallanes–, hasta el más celado, entresacando rasgos de crítica social, revindicación indígena, parodia de los pre-textos, metáforas de la historia de España, etc.

Podemos, por lo tanto, considerar este texto como una re-escritura del diario de a bordo de Pigafetta y demás cronistas, la tentativa de decir lo que, por pertinencia o necesidad, no podía entrar en una relación oficial que tenía que transmitir a la posteridad la gran empresa de los descubridores: parodia, pues, en la mejor tradición clásica, autoreferencial y metanarrativa ya que el objeto real es otro texto que viene reescrito con otra óptica y con finalidad tanto cómica como crítica.

Pero, ¿cómo concordar con la historia oficial, si ningún bufón ni ningún hombre con tal nombre figura en la lista de la tripulación? Para todo hay una explicación, como afirma el mismo Juanillo y de alguna forma confirma el Apéndice: la historia oficial no admite otras verdades que las suyas propias, y ya que Juanillo iba contando *su* verdad no había más remedio que borrarlo, privándolo de su pensión y de su identidad, devolviéndolo definitivamente a su mundo de ensueños y de falsedades; negar su existencia para negar su verdad. Sólo por eso, llega a convencernos Juanillo, su nombre y sus memorias han quedado fuera de la Historia.

El lector no puede sino quedarse con la duda sobre cuál es la *verdadera historia* del viaje de Magallanes, una duda que ni el paratexto –elemento clave para dirigir la lectura en un sentido pragmático-referencial (historiografía) o ficcional (novela)– consigue esclarecer. El Apéndice –el informe firmado Juan Ginés Sepúlveda– reconoce la verosimilitud de lo contado por Maluco y deja al Rey –al lector– la responsabilidad de cualquier interpretación:

> ni el puntual cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien tuvo ocasión de entrevistarse con los sobrevivientes de la citada expedición, ni Juan Bautista Ramusio que escribió sobre ello, ni ninguno de los historiógrafos que trataron el asunto, mencionan la presencia en las naves de bufón alguno [...] tampoco aparece mencionado en la lista oficial de los citados diez y ocho sobrevivientes [...]. No obstante, es posible que haya sido de la partida alguien con ese nombre pues existen varias listas de quienes integraron la expedición y en casi todas ellas difieren los nombres y lugares de origen adjudicados a cada uno, habiendo gran confusión sobre el punto [...]; tanto las fechas y los nombres, así como el itinerario y la mayoría de los hechos que incluye en su crónica, coinciden con lo que sabemos de la citada expedición; aunque bien pudo inventarlo todo basándose en alguna de esas crónicas o, en el testimonio directo de algún sobreviviente que pudiera conocer (Ponce de León 1989: 334-335).

Discurso historiográfico y discurso ficcional se enriquecen mutuamente y ofrecen al lector nuevas pautas de interpretación y reflexión; el ciclo, histórico y novelesco, del Descubrimiento es, sobre todo hoy por su significado político y fundacional de la identidad latinoamericana, terreno fértil y asombrosamente atractivo. Y la nueva novela histórica hispanoamericana deja ver nuevos matices en la relación texto-referente: el referente no es sólo el suceso, cuya reinterpretación y ficcionalización es el eje de toda novela histórica, sino también el texto que aquel hecho relata y del que ha dado la versión oficial, a menudo la única conocida. A nuestros ojos modernos –y posmodernos o poscoloniales– aquellas crónicas aparecen tan parciales como fantásticas: la lectura paralela con sus parodias, igualmente parciales, puede ampliar nuestra comprensión de la Historia y, por una vez, permitir la confrontación entre la voz oficial y la de los 'sin voz'.

2.4. Las ciudades quiméricas

Es cierto que después de los numerosos congresos organizados y los numerosos libros escritos sobre este tema, en especial los de Fernando Ainsa, tanto los más teóricos (como *Necesidad de la Utopía*, 1990) como los centrados sobre textos y utopías específicas (*Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito*, 1992) parece que ya se haya dicho todo. Pero intentaremos presentar otro enfoque, destinado a averiguar la función de estos mitos en la construcción del modelo de Nación invocado en el Río de la Plata, especialmente en Argentina, y *ficcionalizado* en novelas históricas.

Sin duda como fundador de este ciclo podemos considerar a Roberto Payró (1867-1928) que, como hemos visto, ha descubierto con su novela *El Mar dulce* al náufrago Francisco del Puerto, otorgándole el honor de ser el primer poblador blanco del Río de la Plata: de este modo, fija el origen de la nacionalidad argentina en los primeros descubridores españoles.

Otras actividades suyas –teatro y periodismo– tratan otros problemas de la Argentina de entresiglos: los artículos de *Los italianos en Argentina* (1895) y el drama *Marco Severi* (1905) se refieren a la inmigración italiana, *La Australia Argentina* (1898) e *Las Tierras del Inti* (1909) son una invitación a que los argentinos conozcan su propia inmensa tierra.

Pero no se le considera suficientemente por otro mérito suyo: haber reescrito en seis novelas la historia del nacimiento de Argentina, desde el Descubrimiento del Mar Dulce por Solís hasta la conquista de la región del Plata, las fundaciones y refundaciones de Buenos Aires y su competencia con Asunción, las búsquedas de las utópicas ciuda-

des encantadas que tanto han influido en la expansión del poder español en América. A este propósito, hasta la mera enunciación de sus novelas históricas en manuales y textos específicos es incompleta, y nadie se ha percatado que, si disponemos las novelas en el orden cronológico de los acontecimientos narrados, se pueden leer como un macrotexto, con frecuentes y ponderosos reenvíos intertextuales, que propone una Historia de Argentina según el episteme de región 'europea', 'blanca', etc. En el orden de publicación, encontramos: *El falso Inca* (1905), *El capitán Vergara* (1925), *El Mar dulce* (1927), *Chamijo* y *Los tesoros del Rey Blanco* seguido de *Por que no fue descubierta la ciudad de los Césare*s (los dos publicados póstumos, 1930 y 1934). De estas seis obras, generalmente vienen nombradas tres o cuatro, quedando fuera siempre *Chamijo* y *Por que no fue descubierta*..., a veces también *Los tesoros del Rey Blanco*, mientras que sólo una lectura completa de los textos, en orden argumental y no de publicación, puede dar al lector la visión inteligentemente estructurada de la Historia argentina propuesta por Payró. Podemos leer estas novelas como un continuum, con un centro, el Río de la Plata, y una línea secuencial –descubrimiento, conquista, colonización– que cubre casi tres siglos. Son todas novelas históricas muy fieles al documento y a la tradición de las crónicas y que intentaré ordenar según el proyecto que presumiblemente inspiró a nuestro autor: hacer la Historia con las novelas históricas. Pero no debemos olvidar el trabajo de investigación que está detrás de estos textos, y que el mismo Payró ilustra en un interesante artículo, «Novelas de la Historia. Las ciudades quiméricas», acompañado por una otrosí interesante nota dirigida a la redacción de *Nosotros*, la revista en la que fue publicado el artículo:

> Ahí van las notas prometidas que no son, por cierto, el boceto de las novelas históricas que he emprendido bajo el nombre de *Crónicas romancescas* [...]. Mis bocetos, en general, tienen desde un principio la misma [...] amplitud de la obra ejecutada, de manera que son impublicables [...]. Lo prometido [...] eran estas notas. Reuniendo materiales y estudiando aquella época heroica y bárbara, me encontré, a lo mejor, con un sinnúmero de apuntes, y resolví redactarlos al correr de la pluma [...]. Como es natural, dado su origen y sus fines de uso exclusivamente personal, el trabajo es apresurado e incompleto, y ofrece bien poco que sea de mi cosecha propia –si no es hacer cosecha propia espigar en libros y documentos antiguos y modernos (Payró 1927).

El artículo, para presentarse con todas las señas del tratado historiográfico, termina con una tupida y larga lista (4 páginas, 72 entradas) de expediciones a las 'ciudades quiméricas' con renvíos a pie de página a sus obras de creación. Aquí nos percatamos de la estrechísima relación que en Payró une la Historia documentada a sus creaciones históricas; aquí encontramos las referencias concretas de lo que recuenta en sus novelas: si no podemos imaginar a Payró como un Borges *ante literam* que crea sus mismas fuentes históricas para poder escribir sus ficciones, debemos reconocer que la realidad supera la fantasía... Y no debemos olvidar que Payró fue sobre todo periodista, como él mismo recuerda en la dedicatoria de su *Falso Inca*:

> Dedico estas cuartillas que no son de historia ni de novela, aunque de ambas tengan lo bastante para no ser ni fruto solamente de fantasía, ni árida reproducción de antiguos hechos. Diremos que es una crónica, escrita por un repórter que suele olvidarse de la actualidad para averiguar el pasado (Payró 1905: 83).

Podremos ver que todas las novelas históricas de Payró (excepto *El Mar dulce*, perteneciente al 'ciclo del Descubrimiento') están relacionadas con la búsqueda de las 'ciudades quiméricas', quizás recordando que, donde no se puede soñar con la realidad (la tierra sin riquezas propias, como concluye *El Mar dulce*) se puede soñar con la utopía[62]. La Historia del Río de la Plata y de Buenos Aires se puede re-escribir precisamente re-escribiendo la Historia de la búsqueda de las ciudades utópicas del Sur de América:

> El Dorado, Parima, el gran Quiviri, en tierra de la Amazonas, el gran Paititi, Enim, el gran Moxo, el gran Parú, Trapalanda, Jungulo, Manoa, Omagua, Guaypó, la Ciudad Encantada, la Ciudad de los Césares, y otras, otras más, cuyos nombres llegaban sin precisión a oídos de los conquistadores (Payró 1927: 457).

Pero, sin adelantarnos demasiado, vayamos siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos contados.

Evidentemente la historia suspendida de Francisco del Puerto atraía a Payró, que pensaba escribir la continuación con el encuentro con Caboto, y lo hace en *Los tesoros del Rey Blanco,* que narra la expedición de Caboto quien, diez años después del desafortunado viaje de Solís, siguiendo su derrotero se deja ilusionar por las noticias de fabulosos tesoros, según le indican Montes y Ramírez, otros náufragos del grupo de Solís. Sube por el Río Paraná y aquí reaparece Paquillo, «atezado y desnudo», que cuenta a Caboto sus largos diez años entre los indios «hasta hacerse hombre»:

---

62 De forma muy apropiada, un capítulo de *El Capitán Vergara* se titula calderonianamente «Y los sueños, sueños son».

> de repente desembocó de entre los matorrales, corriendo hacia ellos y gritando como loco, un mocetón que a César [el capitán Francisco César] pareció indio, tanto por el paraje en que se hallaba cuanto por lo atezado y desnudo, pero lo sería de paz, pues no llevaba armas y sus ademanes eran más bien de regocijo que de amenaza o de espanto. Mayor fue su sorpresa al oír que gritaba palabras que le sonaban a españolas, y que resultaron tales cuando pudo escucharlas de más cerca: '¡Cristiano! ¡Español! ¡Norabuena!' decía el desnudo mozo que, sin dejar de correr y gritar, volvía a cada paso la cabeza, como si temiera verse perseguido [...] Difícilmente, con extraños acentos guturales, haciendo esfuerzos para encontrar la palabra olvidada, el interrogado contó su historia (Payró 1935: 26-29).

Historia que en parte conocemos, y a cuyos interrogantes sin respuestas en *El Mar dulce,* ahora Payró da respuestas convincentes:

> los salvajes le habían dejado con vida viéndole niño, y tratado desde entonces como si perteneciera a su linaje. Con ellos había pasado largo, muy largo tiempo... hasta hacerse hombre. Pero no le permitirían gustosos que se marchara, y él temía que lo hubieran perseguido (Payró 1935: 27).

En esta novela no es Paquillo el protagonista, no interesan sus diez años de cautiverio, y prontamente el capitán César interrumpe su relato y lo interroga sobre el Rey Blanco: las palabras de Francisco son al mismo tiempo puntuales y lacónicas, como las de los indígenas recopiladas en las crónicas: «Lejos...allá mucho oro, mucha plata, mucho metal... ¡Tengo hambre! [...]. Y, entre bocado y bocado, contó también maravillas: no sólo existía el país del Rey Blanco, no sólo abundaban allí las minas más ricas, sino que tenía

montañas enteras de metal purísimo, vistas y visitadas mil veces por los indios de su linaje». A la invitación a quedarse con los españoles «por lengua de la armada [...], del Puerto aceptó regocijado, seguro de que su nueva vida sería la gloria comparada con el largo paréntesis de barbarie que se había abierto para él diez años atrás. Pero quizás en otra crónica se relate cómo estaba muy equivocado» (Payró 1935: 26-29).

Crónica que Payró nunca escribió, dejando otra vez suspendido el destino de Francisco: el capitán César se fue –con Ramírez como *lengua*– en busca de los tesoros del Rey Blanco, mientras que nuestro héroe se quedó con Caboto... y aquel 'muy equivocado' deja pensar que probablemente Payró conocía y aceptaba la versión según la cual Paquillo había traicionado a Caboto porque no podía aceptar la conducta española hacia los indígenas: sería la primera quiebra dentro de un juicio totalmente positivo de la conquista como lo había expresado en *El Mar dulce,* donde tanto en la figura del descubridor Solís, como del fecundador Paquillo, estaba confiada la misión evangelizadora y civilizadora de la Conquista.

De todas formas, esta aparición de Paquillo sirve a Payró como eslabón entre una y otra novela, para que se puedan leer como una única y sola Historia, la historia del Descubrimiento del Río de la Plata y de sus ciudades quiméricas. Las palabras de Montes y Ramírez, junto con las de Paquillo, hacen que Caboto renuncie a seguir la ruta de Magallanes y entre en el Mar dulce, ya que el llamado de la quimérica ciudad del Rey Blanco no se puede desoír:

> Abundan la caza y la pesca. Allá en tierra firme [...] las ramas se quiebran al peso del fruto, y una hamaca de red al modo indiano, y algunas hojas mal entretejidas para defenderse del sol, de la lluvia y del rocío, valen por un palacio en otras tierras (Payró 1935: 18).

Pero el tono ya no es el mismo: es como si, dejando la costa y siguiendo el llamado del oro y de las riquezas y no el de la conquista civilizadora, se perdiera el tono épico y el carácter positivo de la empresa española. Las descripciones de los indios varían entre «ignorantes, astutos y solapados» pero es posible entrever una sutil ironía sobre temas tan candentes como la comunicación entre indios y españoles:

> En cuanto al Rey Blanco, los informes eran tan nebulosos como si aquellos pobres indios no estuvieran seguros de su existencia, o como si no osasen hablar, enmudecidos por alguna terrible consigna. César se inclinó a creer más bien esto que lo otro, aferrado con potencia y sentidos a su gran sueño de conquista [...] Sólo a fuerza de insistir, casi de imponer el sentido de la respuesta, el capitán acabó de arrancar al cacique la no muy afirmativa confesión de que [...] allá lejos, pero muy lejos, tras de altísimas montañas, había un país belicoso y riquísimo, gobernado por un cacique dueño de inmensos tesoros, y tan deslumbrante como el sol (Payró 1935: 48).

Los pocos aflatos aparentemente épicos («Muerte por muerte preferible es, a mi entender, morir en la brega que en este marasmo. Aunque sea solo, estoy dispuesto a entrar ahora hasta las tierras del Rey Blanco... No llegaré, no lograré entrar, pereceré en la demanda ¡poco importa! No he de hacer huesos viejos convertido en lagarto de estas ruinas», Payró 1935: 61) pierden su registro *alto* por la inserción de dichos y refranes populares o se diluyen en apreciaciones sobre el objeto de tanta búsqueda (el oro) o en parodias de supuestas interferencias del «Diablo en persona bajo la figura de un fierísimo tigre» que aconsejó a los indios:

> como lo que más codician es el oro, poned a buen recaudo el que está en los templos y en las huacas, pues en viéndolo

> creerán que hay más, y no os dejarán con vida ni aun cuando ya de veras no le haya. Son hidrópicos que no saciarán nunca su sed, y yo mismo he infundido esa sed en ellos y sus hijos, durante largas generaciones (Payró 1935: 76).

Al afán descubridor, que puede transformar al más simple marinero en héroe y fundador de grandes naciones, ya lo han sustituido la avidez y el interés personal hasta convertir a esos hombres en seres desprovistos de voluntad y de carácter, títeres en mano de diablos que ya no tienen nada de la grandeza mefistofélica. Pero también esta novela termina con una nota de esperanza:

> si no encontró a su Rey Blanco, el animoso capitán Francisco César vió en mucha parte realizados sus ensueños, y sólo murió cuando ya creía en su próxima y completa realización. Y morir soñando no es la peor de las muertes (Payró 1935: 76-78).

De este capitán, como de tantos exploradores, se perdieron las huellas –¿regresó o no?, ¿se encontró otra vez con Caboto?– pero sin duda su empresa concurre al nacimiento de otro mito: el de la Ciudad de los Césares[63], que llega a

63 Tres son las hipótesis principales sobre la génesis y la localización de esta ciudad utópica: 1) que el mismo capitán César, enviado por Caboto a buscar al Rey Blanco, haya caído en otra ciudad igualmente rica y feraz, y que haya terminado ahí su vida (los Césares Blancos): «atravesó este César toda esta tierra, de cuyo nombre comúnmente le llaman la conquista de los Césares» (Díaz de Guzmán 1836: 107). Pero nada cierto se sabe sobre la expedición de César ya que no ha quedado nada escrito; 2) Díaz de Guzmán termina fundiendo al Rey Blanco con la ciudad donde se habían refugiado los últimos Incas: a su rey, «por estar cubierto con planchas de plata» (Gandía 1946: 91) se le llamaba 'Blanco'. Sería la Ciudad de los Césares Indios, fundada por la tribu de los Césares huidos a lugares inaccesibles después de la llegada de los españoles (según Pinuer en cambio se llamaban Césares

fundirse con la Ciudad del Rey Blanco, según, por ejemplo, otro texto publicado por Payró, *Por que no fue descubierta la maravillosa ciudad de los Césares*, una re-escritura de un texto de Don Ignacio Pinuer de 1774, *Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios al Sud de Valdivia, e incógnita hasta el presente*, una curiosa crónica de las investigaciones –geográficas, periodísticas, librescas etc.– del capitán Ignacio Pinuer.

Justamente Fernando Ainsa juzga esta obra de Pinuer un punto nodal entre historiografía y ficción: citando las relaciones de las búsquedas y hallazgos supuestamente testimoniales, es un primer intento de historiografiar y poner en orden el material sobre las expediciones, pero también «la prosa asume explícitamente la forma de la ficción narrativa» (Ainsa 1992: 60). Y persiste el mito, ya transformado en narración utópica: «Eran inmortales, pues en aquellas tierras no morían los españoles».

Indios aquellos indígenas que vivían alrededor de la Ciudad de los Césares). Esta ciudad estaría en una zona subandina del norte, entre Argentina y Perú; 3) Muchas naves naufragaron en el Estrecho de Magallanes (las cuatro del Obispo de Plasencia, por ejemplo) y sus náufragos reinaron sobre los indios patagónicos. A estas hipótesis se añade otra, tardía: una expedición al mando de Jerónimo Luis de Cabrera, en 1622, se encontró en un valle donde crecían numerosos árboles de origen europeo: aunque pensaron que fuera la Ciudad de los Césares, en realidad era la antigua ciudad de Osorno, destruida por los indios (Ciudad de los Césares Osornienses). Sin duda algo de tan dispares corrientes correspondía a hechos reales: «Tanto los rumores de españoles perdidos en la Patagonia, como de Incas ocultos en los valles andinos, no eran fantasías, sino hechos con fundamentos completamente ciertos» (Gandía 1946: 263), pero igualmente cierto es que el mito nace de la con-fusión de estas voces, hasta formar «los eternos sueños de oro que dieron forma a aquel espejismo del Perú llamado Paititi, revolotearon igualmente en torno de la Ciudad de los Césares, haciéndola imaginar grande, populosa y rica, como si ella también fuese un reflejo desconocido del maravilloso Cuzco» (Gandía 1946: 264).

Una vez más, un mito americano, reinterpretado según coordenadas europeas, adquiere la connotación de la utopía y al mismo tiempo de la antiutopía: en las antípodas todo es posible, y la Patagonia hospeda monstruos y ángeles, la perfecta ciudad renacentista, la Ciudad encantada pero también la ciudad donde los nativos sacrifican los corazones de extranjeros para alimentar a sus dioses (Ainsa 1992: 81-84).

La obra de Payró se presenta por lo tanto como tercer nivel de escritura, teniendo Pinuer como fuente principal, a su vez, a los cronistas y 'descubridores' de aquellas ciudades. Es interesante cotejar los dos textos (por ejemplo la descripción de los habitantes de esta ciudad, «corpulentos, blancos y rubios» según Pinuer 1836: 34, «de estatura más que mediana, ágiles, robustos y muy blancos, y llevan la barba cerrada» según Payró 1935: 137) pero nos llevaría demasiado lejos: quiero sólo anotar que aquí el juego entre discurso historiográfico y discurso ficcional se hace más sutil, ya que el paratexto parece aludir más a aquel artículo publicado en *Nosotros* (resultado de un proceso de «espigar en libros y documentos antiguos y modernos» para ficharlos y ordenarlos) que a una novela histórica o 'crónica romancesca', como él las llama. En efecto, este texto de Payró, publicado junto con la novela *Los tesoros del Rey Blanco*, presenta un paratexto de registro referencial: «Relación fielmente trasladada del texto auténtico del Capitán D. Ignacio Pinuer» (Payró 1935: 79) en el que estas declaraciones de fidelidad ('fielmente', 'auténtico') inducen al lector a una lectura 'pragmática', mientras que se trata de una novelita histórica tal como hemos ido marcando los caracteres del género en su etapa tradicional, que requiere por lo tanto una lectura 'casi-pragmática' (Stierle 1987).

Es la re-escritura –pero presentada como 'copia auténtica'– de las Memorias de dicho capitán que cuenta no sólo sus

aventuras, sino todos los tentativos fallidos de encontrar aquel territorio hasta finales del 700. Aquí, quizás por la fecha tardía en que imagina escritas las memorias, falta toda inspiración épica pero faltan también los tonos más crudos y negativos de la rapiña y la violencia. El sentimiento que prevalece parece ser la conciencia de la imposibilidad de alcanzar el espejismo. Si el capitán César, en el siglo XVI, podía morir contento porque «morir soñando no es la peor de las muertes» (Payró 1935: 78), en el XVIII los «presuntos conquistadores [de la Ciudad de los Césares] no eran ya más que un puñado de hombres sin fuerzas y sin ánimo, que se morían de hambre [...]. Así se malogró la expedición organizada por el depravado gobernador de Valdivia, don Juan Gartán» (Payró 1935: 176).

Esta Ciudad encantada ya no dejará de atraer la atención de Payró, y será casi un leitmotiv que acompañará su actividad creadora hasta sus últimas publicaciones. Hasta los intricados episodios del período de 1830-1840 –relatados en *El Capitán Vergara*– que ve las luchas por el poder en la Provincia del Río de la Plata entre Martínez de Irala, Cabeza de Vaca, Francisco Ruiz Galán y Alonso de Cabrera, parecen guiados por este espejismo que enloquece a jefes y tropas, en nombre del cual se pueden pedir y hacer los mayores sacrificios. Esta Historia es muy compleja, con múltiples traiciones y alianzas, huidas y destrucciones, pero en los momentos tópicos, para calmar o estimular a los soldados, aparece siempre como un faro o una quimera la posibilidad de ponerse en marcha para buscar la Utopía:

> Allí, quizás muy cerca de la Asunción, hacia el noroeste, el norte o puede que el sur, se hallaba ese misterioso Paititi, país del Rey Blanco, que debía darles con la opulencia la felicidad y que caería en sus manos con sólo tenderlas; pero ni Ruiz Galán ni Cabrera eran capaces de conducirlos hasta allí (Payró 1925: 34).

Irala, en cambio, sí parece el hombre fuerte y con él inicia la verdadera conquista con la consecuente ocupación del territorio:

> El Capitán Vergara [...] era uno de los que, con el Adelantado don Pedro de Mendoza, habían partido de Sanlúcar de Barrameda, en 1535, para conquistar y poblar las tierras descubiertas veinte años antes por Juan Díaz de Solís (Payró 1925: 11).

Es más: en el macrotexto de esas 'crónicas romancescas', el móvil de todas las acciones que llevan a las fundaciones de nuevas ciudades en el Río de la Plata parece ser siempre la exploración del interior en busca de esas 'ciudades quiméricas': también la primera fundación de Santa María de Buenos Aires se debe a la expedición enviada por Carlos V en 1532 a la Sierra del Plata para buscar 'los tesoros del Rey Blanco'. Participaron 1200 hombres y entre ellos algunos personajes que serán protagonistas de las novelas de Payró: Pedro de Mendoza, Martínez de Irala, Gonzalo de Mendoza, Francisco Ruiz Galán, Alonso de Cabrera y Juan de Ayolas. En el enfrentamiento para ocupar el cargo dejado libre por Pedro de Mendoza, muerto en el viaje de regreso a España, se enfrentan Cabrera –portavoz de Irala– y Ruiz Galán, e Irala sale ganando por haber prometido ir en busca de las indescifrables ciudades encantadas, el único proyecto que atrae consenso entre toda la tropa: «¡Sí! ¡Sí! ¡Al Reino del gran Moxo!, ¡a los Césares!, ¡al Paititi! –clamaron diversas voces simpáticas al Capitán Vergara» (Payró 1925: 155).

Irala parece haber ganado la batalla, pero la noticia de la llegada de Cabeza de Vaca como Gobernador le impide tomar el poder... «y los sueños, sueños son»... el más reacio a morir es el sueño de encontrar una de estas ciudades. En otro capítu-

lo –«Tierras encantadas»–, los más viejos exploradores hacen alarde de haber visto las más grandes maravillas –sirenas, serpientes con manos, peces que hablan: verdadero repertorio de *mirabilia* como los cuentos que los marineros más viejos hacían a Francisco del Puerto en *El Mar dulce*– pero

> Más extraordinario es aún lo que nos aguarda en la Ciudad de los Césares y en el Gran Paititi... Y mecidos por estos sueños que mantenían siempre vivos su sed de riquezas, su empuje varonil, su ambición insaciable, sentíanse grandes y poderosos en medio de tanta miseria real, y seguían navegando lentamente hacia la Asunción, seguros de encontrar allí, o más lejos ¡poco importa! el vellocino de oro o la varita de virtud que les daría la felicidad en la omnipotencia (Payró 1925: 186).

Tesoros materiales o espirituales no importa: más allá de lo conocido, no podía faltar la Utopía...

Páginas importantes en *El Capitán Vergara* las ocupa el viaje de Hernando de Ribera hacia el Gran Paititi o Rey Blanco –utopía dentro de otra utopía–, viaje en el que participó Ulrico Schmidel, y curiosamente asistimos a una operación de sincretismo y de transfiguración, posible precisamente porque nos encontramos en el momento en el que se encuentran mitos de diversa procedencia, bíblica, medieval, indígena: a la pregunta de Ribera a un cacique amigo sobre «¿Qué clase de hombres son los amazones?» la respuesta es

> Es gente muy rara, que vive en tierra firme formando una poderosa Nación, gobernada por un jefe que se llama el gran Paititi o Padre Blanco. Pero esta nación no es como las otras, pues los hombres viven completamente aparte de las mujeres y sólo se reúnen con ellas tres o cuatro veces al año (Payró 1925: 317).

Encajando por lo tanto varias teselas de su mosaico, en un entramado en el que la intertextualidad entre sus novelas es un recurso cautivador que invita al lector a pesquisas casi policíacas, recordando continuamente los artífices del Descubrimiento[64], Payró sigue construyendo *su* historia, en la que tiene un lugar destacado el paso desde la fase heroica y colectiva de la conquista a la fase organizativa e individual que inevitablemente desemboca en intrigas, traiciones, conjuraciones.

Domingo Martínez de Irala, el Capitán Vergara, hombre de transición, parece contener las dos vertientes: valiente y honrado en el campo de batalla («rodeado por todas partes, dió pruebas de su intrepidez y sangre fría, y en pocos segundos su espada le desembarazó de numerosos agresores, hiriendo y matando a varios de ellos», Payró 1925: 86), cruel e implacable con el enemigo («Tomó cuatro tablillas, las colocó a los lados de cada pierna del indio, desde la planta del pie hasta mucho más arriba de los tobillos, cuidando de que estuviesen bien parejas y de tal modo que quedaran juntas las dos de la parte interior, y luego las ató reciamente, con multiplicadas vueltas del cabo del que tiraba con tanto esfuerzo a cada una, que las venas de su frente amenazaban saltar sin que de sus labios desapareciese la sonrisa», Payró 1925: 100), astuto y sin prejuicios («Aunque cristiano viejo el capitán Vergara no se comía los santos como Cabeza de Vaca, ni andaba colgando del hábito o la sotana de frailes y

64 Durante una misa, «fray Juan de Salazar desbordó de elocuencia, hablando más de dos horas [...]. Recordó que tres grandes jefes, conquistadores del Río de la Plata, dormían el sueño eterno en inaccesibles tumbas que los españoles no podrían regar con sus lágrimas ni vivificar con sus oraciones: el adelantado don Pedro de Mendoza, sepultado en el mar, el capitán general don Juan Díaz de Solís, despedazado por los indios, y el capitán don Juan de Ayolas, desaparecido entre las hordas de tierra adentro» (Payró 1925: 107).

clérigos, ni había pretendido nunca hacer obligatoria la virtud y reglamentaria la castidad», Payró 1925: 329). Como escribe Alberto Gerchunoff, Vergara es

> un prototipo de esa epopeya [...] en que el trasiego de un continente a otro continente se agregaba al drama individual de los que se sentían vencidos en la sociedad arcaica y a quienes el destino eligió para ser los vencedores en regiones quiméricas, los fundadores de una sociedad inimaginable entonces, los trasmutadores de una civilización que no tardaría en concentrar las esperanzas humanas (Gerchunoff 1925: XXI).

Es importante, para la genealogía de Argentina, recordar a Vergara como un héroe, ya que fue él quien se opuso al abandono total de Buenos Aires a favor de Asunción en 1538:

> La dura realidad viene luego a desvanecer ilusiones y así sucede hoy con Buenos Aires, que es preciso despoblar en bien del único verdadero centro de la conquista, la Asunción, dejando en aquélla solamente un presidio de pocos soldados para defender la casa de Mendoza, aunque esto no sea útil, pero también –lo que es más prudente y provechoso– para dar noticia a las naos que con socorros nos lleguen de España y que de otra manera nos buscarían en vano (Payró 1925: 112).

Y no es por azar, que el texto de Payró termine, una vez más, en un momento intermedio, dejando abierta toda posibilidad[65] y sobre todo evitando relatar la segunda parte de la

65 Después del enfrentamiento entre Cabeza de Vaca e Irala, el texto termina con el regreso de Cabeza de Vaca a Asunción, enfermo, en un clima de incertidumbre: «Ese desaliento general acrecentaba la sorda pero profunda irritación contra el Adelantado, a quien se atribuían todos los desastres. Y las circunstancias conspiraban al par de los comuneros...» (Payró 1925: 334).

vida de Irala, sus violencias contra los indígenas Guaraníes y Subayas, su poder despótico como gobernador de Asunción, etc.[66]. Lo que interesaba a Payró era diseñar la fase heroica de la fundación y defensa de Buenos Aires y su supervivencia como fortín gracias a la intervención de Irala, y no la decadencia brutal de un hombre y del sistema que representaba.

Retomando el tono de las palabras finales de *El Mar dulce*, Payró subraya una vez más el poder germinal de las muertes y de los sacrificios de los primeros descubridores y conquistadores:

> Muchas vidas habían sido segadas, muchos audaces conquistadores dormían para siempre en tierra de Indias [...] fertilizaban con sus despojos estas codiciadas tierras, vencidos por el hambre, los trabajos, las enfermedades, la flecha o la maza de los indios... Pero este recuerdo no turbaba el sueño de los sobrevivientes ni hacía palidecer sus esperanzas (Payró 1925: 253-254).

Se pueden citar todavía las dos novelas del ciclo inca, *Chamijo* y *El falso Inca,* sin que cambien mucho los términos de la cuestión: la aventura de este verdadero 'falso inca', Pedro Chamijo/Pedro Bohórquez Girón, se desarrolla entre Perú, Argentina, Chile y Bolivia en la primera mitad del siglo XVII, y enseña cómo, terminado el momento épico de la conquista, todo se reduce a intereses personales, intrigas, etc. A pesar de la aparente lejanía –cronológica y geográfica– de estos textos respecto a los otros examinados hasta aquí, resalta el mismo tema: la búsqueda de las ciudades quiméricas. En toda la larga aventura de Chamijo contada en los dos textos (*Chamijo*, publicado póstumo, contiene la 'prehisto-

66 Cfr. por ejemplo Schmidel 1986.

ria' de *El falso Inca*) la realidad supera la fantasía[67]: se mueve por todo el virreinato del Perú haciendo y deshaciendo su fortuna, falsificando documentos y mapas, conociendo cárceles y palacios principescos, tomando falsas identidades (de Pedro Chamijo pasa a llamarse Pedro Bohórquez Girón y se presenta a los indios Calchaquí como 'hijo del sol') y tramando un sinnúmero de traiciones y falsedades. Terminado el ciclo de los conquistadores –de los cuales Irala es quizás el último epígono, pero en sus últimos años ya degradado por la ambición y crueldad–, en estas dos novelas barrocas todo parece fingido, falso, hasta los sueños se han reducido a quimeras personales y mezquinas, hacia las cuales se apunta la ironía de nuestro autor: «para un charlatán, no hacer gracia es estar en desgracia» (Payró 1905: 150).

La degradación del héroe se ha consumado, el conquistador ya es sólo un impostor que se mueve en el sistema colonial corrupto para alcanzar los máximos beneficios engañando a criollos y a indígenas, las connotaciones mismas de 'Bien' y 'Mal' parecen diluidas en personajes secundarios como si, a los ojos desencantados del intelectual de principio de siglo, la colonia no pudiera ofrecer ningún modelo y la única posibilidad estuviera en el origen: el Descubrimiento.

Las novelas sobre estas ciudades y sus buscadores no terminan naturalmente con Payró, aunque nadie haya intentado tejer como él un tapiz de tamaña dimensión. Unos años después, el argentino Enrique Larreta –autor de una novela histórica modernista muy citada, *La gloria de Don Ramiro* (1908) sobre la España de Felipe II– escribe un curioso libreto, *Las dos fundaciones de Buenos Aires* (1936), común-

67 Noticias historiográficas sobre este increíble personaje se encuentran en Lozano 1873-75.

mente calificado de 'libro de ensayos', que en realidad es una serie de bocetos y anécdotas que dejan bucear una visión del Descubrimiento y de la creación de Argentina según una perspectiva hondamente católica e hispanófila reivindicando, en la línea de *El Mar dulce*, un destino de trabajo y de diversidad con respecto al resto de América Latina: «encontrar mayor belleza en la quijotesca desgracia de ese cuadro nuestro, con su fondo de horizonte salvaje, que en las aventuras espléndidas del Perú y de Méjico, al empezar la conquista» (Larreta 1944: 142). Puede resultar interesante notar en esas pocas páginas algunos elementos e indicios de 'modelo de nación' que no aparecen en los demás textos analizados: vuelve insistentemente el nombre de don Quijote al hablar de la expedición de Pedro de Mendoza («Que en caso de conquistar algún imperio opulento...», Larreta 1944: 143) y es insistente el llamado al espíritu de cruzada, al recordar la presencia en la fundación de Buenos Aires de Rodrigo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Avila: «En esos días la Santa se hallaba en Castellanos de la Cañada, harto acongojada y enferma. Pensaría más que nunca en su hermano. Le seguiría con su presentimiento» (Larreta 1944: 151). Y, otra particularidad de esta crónica, es la alusión a la «gran excepción en la expedición de Mendoza, [el hecho que] vinieron muchas mujeres. Estaba prohibido[68] [...]. Una de ellas, Isabel de Guevara, escribió una carta a la princesa doña Juana, gobernadora de España en ausencia de su hermano Felipe II» (Larreta 1944: 152) que es uno de los testimonios más estremecedores y fidedignos de aquel período comprensivo del episodio de canibalismo entre blancos.

68 Hecho recogido, como hemos visto, en *Maluco*, provocando una situación narrativa de gran hilaridad.

Este particular, olvidado por las crónicas y recuperado por las novelas, quiere sugerir muchas cosas: gracias también a la presencia de buen número de mujeres, el Río de la Plata se mantuvo 'blanco', sin casi fenómenos de mestizaje, lo que justifica y ampara el proyecto de una Argentina blanca y europea. Ni una palabra de la 'limpieza étnica' de las campañas de finales del siglo XIX, del exterminio de los indios: lo que hay que recordar está todo en la línea de la ortodoxia latino-cristiana, con pequeñas concesiones al mundo árabe, ya totalmente interiorizado.

Más crítico hacia la construcción de la Nación argentina es Ezequiel Martínez Estada con su *Radiografía de la Pampa* (1933) cuya primera parte se titula «Trapalanda», uno de los nombres con que fue llamada la tierra de los Césares, aunque a este nombre no corresponda ningún territorio real. Como comenta Fernando Ainsa,

> Se trata de una 'ficción' –pero de una ficción que incide en la historia real, porque Martínez Estrada cree que la comprobación de la inexistencia de ese territorio definió para siempre la historia argentina. La frustrada meta de la rica ciudad marcó con el sello del engaño el destino de un país que podría haberse estructurado desde el origen con un proyecto de poblamiento paulatino y colonizador de designio menos ambicioso, pero más realista (Ainsa 1992: 113).

Es decir, Martínez Estrada optaría por el destino vislumbrado por Payró en *El Mar dulce* y no en *Los tesoros del Rey Blanco*: una nación fundada en «el trabajo, la tenacidad y la fe» (Payró 1974 [1927]: 219) y no en el espejismo del «país del Rey Blanco [con] las minas más ricas […], montañas enteras de metal purísimo» (Payró 1935: 26).

En los mismos años, toman el testimonio de esta pesquisa sobre las ciudades utópicas dos escritores chilenos: Manuel Rojas (chileno-argentino) con *La Ciudad de los Césares* (1936) y Hugo Silva con *Pacha Pulai* (1938), a menudo presentados como libros de aventuras para jóvenes.

El primero, ambientado en la actualidad, en un preámbulo cuenta la historia de los náufragos de dos naves en el Estrecho, de la fundación de la Ciudad de los Españoles Perdidos que luego se llamó de los Césares, de las expediciones frustradas... lo demás es cuento conocido, pero un comentario irónico deja ver una mirada desencantada y moderna: «Muertos o aburridos esos exploradores, la Ciudad de los Césares quedó abandonada a su suerte. Era lo mejor que podía sucederle. Sólo así pudo desarrollarse y prosperar normalmente» (Rojas 1972: 72).

Es muy poco lo que queda en esta ciudad de antiguas utopías: el oro principalmente que, por ser mucho, ha perdido su valor de intercambio, y una natural bondad e ingenuidad de sus habitantes. Parece escrito para responder a las cuestiones sobre el destino de cualquier ciudad utópica y también de las naciones americanas: ¿aislamiento o apertura al mundo externo? El dilema alude sólo al contacto de los «Césares blancos» con los extranjeros (¿inmigración?, ¿imperialismo yanquee?) y no con las poblaciones autóctonas (con quienes conviven fraternalmente):

> Para la tranquilidad y conservación de este pueblo conviene que así sea. Un solo hombre que salga de aquí llevando la noticia de nuestra existencia y nuestra riqueza, sería motivo para que una infinidad de hombres se arrojaran sobre nosotros y nos dispersaran (Rojas 1972: 107),

pero termina con una nota de optimismo sobre el futuro multiétnico:

> Cada extranjero trae algo nuevo, palabras, consejos, experiencias, elementos que no conocemos y que pueden servirnos de mucho: En cambio de ello les damos comodidades, casi opulencia, tranquilidad, seguridad (Rojas 1972: 110).

Este optimismo permite también la doble opción que se ofrece al extranjero: quedarse en la Arcadia utópica o volver al mundo *otro*, pero con la certidumbre de que las puertas del Paraíso no se van a cerrar para siempre. En el mundo utópico de Rojas se da una segunda oportunidad para reandar *los pasos perdidos*, para retroceder en el tiempo y en el espacio y recuperar una identidad que sepa armonizar la «sencilla vida» de la Ciudad de los Césares con los «útiles de trabajo» y otras *mirabilia* del mundo exterior, excepto las armas, como ingenuamente se especifica.

Pacha Pulai (1938) de Hugo Silva, en cambio, desemboca en el género fantástico o de ciencia-ficción. El paratexto advierte que esta narración tiene un punto de arranque real: el teniente Alejandro Bello sufre con su biplano un accidente de avión en 1914 y desaparece; veinte años después se publica en un diario chileno una relación que cuenta cómo en realidad Alejandro Bello había aterrizado en una zona impenetrable en el norte de Chile donde había encontrado la famosa Ciudad de los Césares. Una ciudad inmóvil desde el momento en el que unos náufragos españoles, después de mucho vagar en aquella «rica región, llamada por leyenda la Ciudad de los Césares y por los nativos Pacha Pulai» (Silva 1984: 58), la descubrieron y la conquistaron, imponiendo su cultura y sus utensilios salvados del naufragio: pero todo cubierto de oro, «el único metal de que disponemos en Pacha Pulai» (Silva 1984: 58).

Bello cumple por lo tanto un viaje en el tiempo, sin necesidad ni de máquinas prodigiosas ni de eventos mágicos, gracias sólo al azar y a la vitalidad del mito. Naturalmente, como en la mejor tradición del género, los conocimientos modernos le sirven al piloto para adquirir la función de gobernante, pero –nota muy moderna en una novela por otros versos tradicional y previsible– puede discernir entre elementos utópicos y distópicos, ya que, parece decirnos, el oro no garantiza la felicidad y la justicia.

Su conciencia de hombre moderno le obliga por ejemplo a interrogarse sobre la pena de muerte, natural en el mundo colonial del siglo XVI, pero inaceptable en la época del narrador y del protagonista. En esta novela, para resolver la cuestión de la imposible presencia de una ciudad utópica en el mundo moderno, Silva adopta una solución drástica, muy diferente a la de la contemporánea obra de Rojas: la ciudad queda sepultada en el fondo del lago por una explosión y Bello, milagrosamente salvo, regresa al mundo *normal* pero, después de contar su historia a un periodista, desaparece nuevamente: ¿quién creería los «horrorosos sucesos» de los que ha sido testigo y también protagonista?, ¿quién creería sus cuentos sobre la Ciudad de los Césares, recién descubierta y prontamente destruida por la antigua profecía indígena de que «la llegada de un extranjero marcará el fin de Pacha Pulai. Es preciso darle muerte; si no, toda la población perecerá» (Silva 1984: 58). Él se había salvado, como tantos náufragos, históricos y ficticios, por sus artes *mágicas* pero ahora, para que pueda contar su historia, es necesario matar a la ciudad.

El tema de la Ciudad de los Césares en novelas históricas que se entrecruzan con los subgéneros de la narrativa utópica/distópica, sigue vigente hasta nuestros días, saliendo del

marco geográfico en el que había nacido –Argentina-Chile– y llegando hasta la República Dominicana con *El oro y la Paz* de Juan Bosch, pasando por *Camino abierto* de Guillermo Rojas, *El Trillo del Diablo* de Daniel Moyano, la Crónica XVII de *Misteriosa Buenos Aires* de Manuel Mujica Láinez, *Zama* de Antonio Di Benedetto y un largo etcétera.

2.5. Lucía Miranda

Lucía Miranda es un personaje liminal entre historia y mito: aparece en el capítulo VII de la crónica de Ruy Díaz de Guzmán *La Argentina Manuscrita* de 1612 que, aunque fuera publicada por primera vez en 1836 en la *Colección de obras y documentos del Río de la Plata de don Pedro de Angelis*, era muy conocida en la época colonial en su versión manuscrita (de ahí el título). La historia es conocida: Sebastián Caboto funda el primer asentamiento (el Fuerte Sancti Spiritus) en el Río de la Plata y se establece una convivencia pacífica con el grupo indígena local (los Timbúes), especialmente entre Lucía Miranda[69], esposa del soldado Sebastián Hurtado, y el cacique de los nativos, Mangoré[70], que se enamora, «con desordenado amor», de ella. Persuade a su hermano Siripo para que hagan la guerra a los españoles, con el secreto objetivo de apoderarse de Lucía. Atacan a traición el Fuerte mientras muchos españoles han salido a buscar alimentos, matan a todos los hombres pero Mangoré muere, y Siripo, también enamorado de Lucía, se la lleva como esclava. Ésta le pide que perdone la vida a Sebastián (que, salido

69 Ya hemos comentado cómo en las listas oficiales de los barcos no figuraban mujeres, pero es cierto que hubo numerosas mujeres que llegaron a América clandestinamente (Langa Pizarro 2007: 110).

70 Hay discordancias alrededor del nombre: Mangora, Marangoré, Mangorá, etc.

en busca de víveres, había vuelto luego de la destrucción del Fuerte) a cambio de convertirse en su mujer. Siripo acepta y le da a Sebastián una nueva esposa. Pero Lucía y Sebastián siguen encontrándose clandestinamente hasta que la primera esposa de Siripo los denuncia, celosa. Siripo los condena a muerte: Sebastián es ejecutado a flechazos y Lucía muere en la hoguera. Lucía es la mártir que defiende su honor y se deja arrastrar por una pasión *ortodoxa* hacia su legítimo esposo, defendiendo los principios civiles y religiosos de su cultura, pero nunca la voz narradora de la crónica condena explícitamente la barbarie de los indios, al contrario, les adjudica parlamentos y sentimientos muy racionales y occidentales: sin duda en esto influye el ser Ruy Díaz nieto de Domingo de Irala y de una de sus siete concubinas guaraníes, y por lo tanto partícipe de ambos mundos, el de los conquistadores y el de los conquistados.

Con esta 'Lucía manuscrita' empieza el *topos* de la cautiva blanca[71], que tanta importancia va a tener en la literatura rioplatense[72], aunque con muchas variantes –muerte, regreso

---

71 Naturalmente la 'cautiva blanca' constituye un caso mucho más raro que la 'cautiva india' pero tiene, narrativa e ideológicamente, el valor añadido de transformación de la víctima en mártir según la tradición cristiana, o en esposa-cautiva del cacique vencedor, que es un topos de todos los procesos de conquista, esencial para reconocer valor y civilización al sujeto cautivado. La transformación en mártir viene subrayada por el nombre y la muerte de Lucía (en el santoral Santa Lucía defiende el sacramento del matrimonio y es quemada viva. Nótese que también San Sebastián muere asaetado).

72 Otras historias de cautivas blancas las encontramos en *Historia de nuestra frontera interior* (1822) de Vicente López y Planes, *La cautiva* (1837) de Esteban Echeverría, *La vuelta de Martín Fierro* (1879) de José Hernández, *Tabaré* (1888) de Juan Zorrilla de San Martín, *Peregrinaciones de un alma triste* (1876) de Juana Manuela Gorriti, *Santos Vega* (1872) de Hilario Ascasubi, las obras de Eduarda Mansilla y María Rosa Lojo de las que hablaremos más adelante, «El guerrero y la cautiva» de Borges, *Ema*

o rechazo del regreso–: una vez más la solución narrativa tiene mucho que ver con la dicotomía civilización-barbarie y con los referentes históricos de cada período. Casi nunca la cautiva tiene nombre –al contrario de Francisco del Puerto y de los otros náufragos de Solís, de Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero en el Golfo de México, etc.– por ser mujer y destinada a *desaparecer*, siendo manchada por el contacto con el indígena (salvo excepciones como, por ejemplo, María de *La cautiva* de Esteban Echeverría, quien mata a los indios que intentan violarla). Pero Lucía Miranda sí lo tiene porque se rescata en el martirio y porque nunca Ruy Díaz habla de violación y contacto carnal. Y va a ser protagonista de muchas re-escrituras, también fuera de los confines americanos[73], que, si bien no cambian la trama de Ruy Díaz y el desenlace, juegan con las connotaciones del personaje y con detalles menores.

---

la cautiva de César Aira etc. (en esta última se opera la inversión poscolonial: a su regreso, conquista su libertad total y el respeto de su comunidad). Cautiva india en cambio es *Lokomá* (1898) del modernista Leopoldo Lugones. Una variante en el macrotema de 'la cautiva' la constituye *La Pincheira* (1939) de la chilena Magdalena Petit Morfan: Lucila Guerrero, hija del hacendado Miguel Guerrero, es capturada por un grupo de bandoleros y allí vive con otras mujeres, variamente vinculadas al mundo machista de los bandidos de la frontera argentino-chilena.

73 Podemos recordar *Mangora, King of Timbusians* (1718) de Thomas Moore y *Westward Ho!* (1855) de Charles Kingsley, pero también *The Tempest* (1616) de Shakespeare por las numerosas y significativas *coincidencias*, desde el nombre de Miranda, al rapto e intento de violación, a la presencia de una tríada (Próspero-Miranda-Calibán como Sebastán-Lucía Miranda-Mangoré/Siripo) (Mataix 2006: 213 y Lojo 2007a: 44-50). Más recientemente, el escritor anglo-argentino William Henry Hudson ha publicado *Marta Riquelme* (1902), historia de una cautiva argentina que, después de violada y torturada durante años por un cacique, consigue huir con sus tres hijos mestizos, pero su marido la rechaza por estar contaminada por el *otro*; enloquecida, se queda en el bosque transformada –según la leyenda popular– en un *kakué*, un ave que emite horribles gritos.

Es superfluo subrayar la moral implícita en los relatos de las narraciones jesuíticas (*Historia de la Provincia de Paraguay* de Nicolás del Techo, 1673, *Historia de la Conquista de Paraguay* de Pedro Lozano, 1755, etc.) que exaltan la virtud de Lucía, y retratan a los timbúes como sujetos 'buenos por naturaleza', ideales para la conversión. En la historiografía laica, ya de la independencia, podemos encontrar otros matices, como en el *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* (1816), del deán Gregorio Funes, quien introduce una anotación de reproche hacia las modalidades del gobierno colonial español, imputándole una crónica falta de espíritu ilustrado:

> el camino que para dominar hubiesen tomado con buen éxito los españoles, si la experiencia y la razón más ilustrada de nuestros tiempos hubiera podido socorrerlos. En su falta, juzgaron estos indios que debían sacrificar á su seguridad unos hombres, cuyos pasos llevaban delante por lo común el terror y la codicia (Funes 1910: 58).

Es en obras de ficción donde encontramos, siempre en el marco de la exaltación de la civilización occidental, matices más variados. De 1789 es la obra teatral *Siripo* de Manuel José de Lavardén, perdida en el incendio del Teatro de la Ranchería[74]; pero el verdadero nacimiento de la Lucía heroína de papel acontece en 1860 cuando dos escritoras argentinas, Rosa Guerra y Eduarda Mansilla[75], crean a sus Lucía

74 Parece que el jesuita valenciano Manuel Lassala, exiliado en Bolonia después de la expulsión de la Compañía de Jesús, publicó una edición de *Siripo* con el título de *Lucía Miranda* (Bologna, 1784); otras 'versiones' parciales, actos o guiones, han sido descubiertos por Juan María Gutiérrez y Mariano Bosch (cfr. Langa Pizarro 2007: 111 y Lojo 2009).

75 Firmó sus dos primeras novelas (*El médico de San Luis* y *Lucía Miranda*) con el seudónimo de Daniel. Lucía Miranda fue publicada como

Miranda, con algunas variantes significativas, aunque coincidan en la atenuación de la disyuntiva civilización-barbarie, en la presentación de una Lucía educadora y 'mediadora cultural' y en el rol que puede desarrollar la mujer, europea e india, para una real integración de los dos mundos (naturalmente con la aculturación de las indígenas).

Lucía Miranda atraviesa todos los géneros: hay obras de teatro –*Lucía Miranda* (1864) de Miguel Ortega y *Lucía* (1879) de Malaquías Méndez–, algunas obras en verso –como *Mangorá* (1864) de Alejandro Magariños Cervantes, *Lucía Miranda. Episodio Nacional* de Celestina Funes, *Siripo. Poema heroico en tres actos* (1914) de Luis Bayón Herrera, la ópera *Siripo* (1937), basada en el texto de Luis Bayón Herrera y con música de Felipe Boero–, las novelas ya citadas de Guerra y Mansilla, *Lucía de Miranda o La conquista trágica. Novela histórica americana* (1907)[76] de Alejandro Cánepa, *Lucía Miranda* (1929) de Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría), obras de las que se ha ocupado María Rosa Lojo (2007 y 2009) que así resume la importancia del personaje y del tema:

> El episodio de Lucía Miranda pone sobre el tapete demasiadas cuestiones inquietantes: los móviles de la Conquista y la composición de la sociedad hispanoamericana que de ella resulta, la función de las mujeres, blancas o indias: inerme botín de guerra o líderes sociales, cuerpos en cuyo seno se decide la perpetuación de un linaje, de una cultura, de una lengua-madre o una lengua-padre. Según las versiones, ellas son virtuosas matronas, esposas sacrificadas y sumisas o

---

folletín en *La Tribuna*, entre mayo y julio de 1860, y sólo en 1882 en libro, con su nombre y el subtítulo 'novela histórica'.

76 Un ejemplar de la Biblioteca Baldomero Fernández Moreno de Buenos Aires lleva la fecha de 1907, otros indican la fecha de 1916 o 1917.

> valientes 'reinas guerreras' (Hugo Wast), protointelectuales, educadoras y formadoras de opinión, que modelan hábitos y costumbres (Eduarda Mansilla); apasionadas, vacilantes entre la lealtad al marido legítimo y la atracción por un hombre rendido y exótico (Rosa Guerra), íconos de belleza y gracia acaso 'culpables' que no deben ser exhibidas fuera del gineceo doméstico, pero en todos los casos resultan intermediarias entre dos mundos, entre Naturaleza y Cultura, que pagan con la vida esas negociaciones peligrosas (Lojo 2009).

El papel de 'intermediarias en esas negociaciones peligrosas' parece ser el dato fijo sobre el cual se insertan todas las modificaciones de las narraciones que vamos a analizar: la escritura femenina parece insistir siempre en la misma variante, ofrecer una posibilidad de rescate y de corrección no ya a través de guerras de exterminio, las campañas de 'limpieza étnica'(que culminan en 1879 con el exterminio del General Roca), sino a través de virtudes esencialmente femeninas, incruentas, como los proyectos educativos y de inclusión de 'lo bárbaro' en el recinto de las relaciones privadas como primer núcleo de una futura convivencia social. Si en las versiones masculinas de las crónicas, Lucía Miranda había asumido la desesperada defensa de su estatus de mujer blanca, casada etc., con su doble reaparición en 1860 se vuelve mito fundacional, ya que responde a las exigencias del momento histórico, cuando, después de la caída de Rosas, se hace necesario un proyecto de inclusión de la barbarie en el proyecto civilizador.

También Remedios Mataix reconoce esta función a las dos novelas de 1860, considerándolas textos muy significativos

> desde el punto de vista histórico-literario, fundamentalmente porque, leídos en el marco del debate intelectual de su tiempo, los años inmediatamente posteriores a la caída de

> la dictadura de Juan Manuel de Rosas en 1852, funcionan como el 'puente' o la transición entre los textos antidictatoriales de la llamada Generación del 37 –*Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento, *El matadero* de Esteban Echeverría (escrito hacia 1839), *Los misterios del Plata* (1846) de Juana Manso o *Amalia* (1851-1855) de José Mármol– muy determinados por la hostilidad hacia el régimen rosista, y los de la Generación del 80, el grupo responsable del surgimiento de la modernidad en Argentina, que tendrán ya intereses más amplios. Y además, porque rinden testimonio de otro proceso cultural también muy relevante: leídos así, en su contexto, esos textos se revelan como un desacato a los aspectos institucionalizados de la relación entre géneros, que traducían una rígida separación entre las esferas de actividad –el dominio masculino se identificaba con la esfera pública y el femenino se limitaba a la privada–, incluso entre los portadores del discurso progresista de la época (Mataix 2006: 210).

Dentro de 'lo privado' caben la instrucción y la evangelización, y es precisamente a partir de esta premisa que las dos escritoras pueden proponer a sus Lucía Miranda como portadoras de procesos civilizadores allí donde no llega la civilización masculina de las armas.

Pero no faltan diferencias. La Lucía de Rosa Guerra viene presentada inmediatamente como mujer anti-romántica, según el estereotipo forjado por los hombres, y hasta la *blancura* de su rostro viene a ser un elemento poco significativo (cuando, en cambio, se operan procesos de *blanqueamiento* para personajes indígenas o mestizos):

> Era la Miranda, no una de esas heroínas pertenecientes a todos los poetas y novelistas, herencia común de cuantos plagian la belleza, molde donde todo el que escribe novelas o hace versos vacía sus divinidades. No tenía quince años,

> no era linda ni blanquísima, ni tenía color de rosa, ni labios de coral, ni dientes de perlas, ni ojos color de cielo, ni cabellos de ángel, ni sus divinos ojos estaban siempre contemplando el firmamento, ni menos se alimentaba de suspiros y lágrimas (Guerra 1860: cap. II).

Si no correspondía al estereotipo femenino de la época, tampoco se puede decir que fuera una mujer varonil; al contrario, Rosa Guerra subraya que, a los treinta años, se encontraba «En todo el brillo y fuerza de la edad, en toda la plenitud de la hermosura, en toda la elegancia de las formas» (Guerra 1860: cap. II). En su rol de educadora y evangelizadora había promovido una condición edénica, donde reinaban la paz y la concordia, *cautivando* a españoles e indios, entre ellos el cacique Mangora, indio civilizado que

> reunía en su persona toda la arrogancia de su raza, las bellas prendas de un caballero y un corazón educado, y, cultivado su espíritu por el trato con los españoles, había adquirido casi todas sus maneras y fino arte de agradar [...] En todo su continente se conocía que era dominado por pasiones fuertes y tiernas a la vez (Guerra 1860: cap. I).

Civilizado, pero no hasta el punto de saber reconocer los mensajes subliminales que Lucía transmite, porque siempre hay un desnivel en el proceso comunicativo: mensajes *altos* llegan al nivel inferior transfigurados. Así su 'pasión fuerte y tierna' parece legitimada por una ambigüedad de fondo porque interpreta el amor fraterno, solidario, implícito en la misión evangelizadora y educadora, como amor terrenal:

> Su andar, su hablar, el menor de sus movimientos, sus miradas tiernas y expresivas a la vez, atraían todos los corazones, tanto españoles como indios. Tanta bondad y afabilidad

> había contribuido en gran manera a atraer a la colonia Espíritu Santo la buena fe y amistad de los Timbúes [...] y, sin percibirlo Lucía, iba encendiendo una llama en el apasionado corazón del cacique, que sería causa de espantosos infortunios (Guerra 1860: cap. II).

En el texto se insinúa la posibilidad de una no total ingenuidad e inocencia de la mujer, confirmadas por una confesión final, hecha «con una voz firme y llena de sublime conmoción. Si Sebastián no hubiera sido mi marido, yo habría sido la esposa de Mangora». Es decir, el rechazo de Lucía –renuncia al amor/pasión– hace aún más trágico el desenlace, porque es un sacrificio en aras del amor conyugal, de la honra, lo que subraya una vez más la separación entre esfera pública y privada: Lucía es una mujer moderna, que sale del hogar para hacer actividad pública («educar al indígena, evangelizarlo, 'conquistarlo'», Langa Pizarro 2007: 111), pero es modelo de esposa fiel. A esta ambigüedad de los sentimientos de Lucía se puede sobreponer otra lectura, desde un punto de vista actual, de teoría de las comunicaciones: Lucía se arriesga demasiado en su papel de evangelizadora (papel masculino) y de intermediaria 'dueña de la palabra'[77], hasta perder el control sobre sus palabras y los sentimientos que éstas suscitan (el amor de Mangorá), con las consecuencias que conocemos. Es decir, para volver a la óptica del tiempo, que cualquier *salida* de la mujer en espacios públicos, conlleva cierta dosis de peligro porque ella, elemento de la naturaleza aunque civilizado, no puede competir con el hombre en el control social (la convivencia entre españoles y nativos): ella y Mangorá, ambos elementos inferiores en la escala de la civilización, se dejan arrastrar por la pasión, de la palabra ella, del amor él.

77 Como veremos, es ésta también la situación de la Malinche, subrayada por todos los últimos escritores.

La singularidad de la obra de Mansilla reside en la construcción del personaje ya que, al proporcionarle un pasado y una genealogía, crea una 'novela de formación femenina' en la que la lectura y los libros tienen un rol prominente: la primera parte de la novela se desarrolla en España para dar cuenta de la historia trágica de su familia (Lucía es hija ilegítima de un noble y una morisca, lo que la predispone a la diversidad, a la comprensión del *otro*). Ya casada con Sebastián, viaja a América, con su equipaje de libros y cultura, lo que le permite una postura antropológicamente más correcta y más atenta a las exigencias del *otro*: pronto aprende la lengua de los timbúes, se confronta con el brujo Gachamañé –junto con Siripo, los antihéroes de la novela, prototipos de la maldad– e intenta convertir a los indígenas, pero respeta costumbres y ritos de los nativos y se refleja en la hermosa Anté, su ahijada, que después de la destrucción del Fuerte se casa con el español Alejo, cumpliendo así aquel mestizaje que no pudo actuarse entre Lucía y Mangora/Siripo: esto significa que la autora –y el *discurso* que ella propone– condenan la pasión no por interétnica, sino por adúltera. Respecto a la Lucía de Guerra bastantes son las diferencias en la caracterización del personaje: su fidelidad a Sebastián es dictada por el amor y no por el deber; es mujer activa e independiente, mientras que la de Guerra, a pesar de la actuación pública, aparece como sumisa, mártir predestinada; la voz autorial parece aventurarse más en disquisiciones sobre una presunta superioridad femenina, con una equívoca inversión de una ecuación considerada axiomática (mujer = naturaleza; hombre = cultura):

> Ésa es la superioridad infinita de la mujer sobre el hombre: la mujer no se engaña jamás, en cuestiones del corazón, mientras que el hombre es ciego las más veces y necesita que la mujer le inicie, le conduzca, le lleve, le arrebate, a pesar

suyo, de las tinieblas en que se halla sepultado su corazón, para darle en cambio luz, vida, armonía, amor (Mansilla 1882: Segunda Parte, cap. XVIII)[78].

La modernidad del personaje, trazada aunque con matices diversos, por las dos escritoras –ambas comprometidas con su tiempo, Rosa Guerra como autora de artículos sobre la importancia de la educación y Eduarda Mansilla con sus novelas *Pablo, o la vida en la Pampa* y *El médico de San Luis*, atenta a reivindicar el mestizaje y las culturas *otras* como valores positivos– va perdiendo fuerza en obras sucesivas escritas por hombres, casi como si la mirada masculina quisiera borrar las propuestas modernas y conciliadoras de las dos mujeres.

Es el caso de la novela *Lucía de Miranda* de Alejandro Cánepa, que ya en la dedicatoria explicita su discurso: «A S.A.R. la Infanta Isabel de Borbón, prototipo de la mujer española, esclarecida princesa y amante de las letras, dedícale

78 El tema de la cautiva vuelve una y otra vez en la escritura de Eduarda Mansilla: en *Pablo o la vida en las pampas* (publicada en francés en 1869, y en traducción de Lucio Mansilla en 1870) hay dos casos opuestos: en el cap. XIV la nodriza negra Rosa prefiere matar a la niña Dolores antes de que los indios ranqueles «por naturaleza ladrones [cuya] lógica infernal [es] el saqueo» (Mansilla 2007: 267-268) se la lleven como cautiva; en otro capítulo la situación se invierte: Melchor Peralta va a las tolderías con el dinero para rescatar a su mujer, pero ésta le dice sin titubeos: «Guarda tu dinero, Melchor, me gusta más el indio que tú» (Mansilla 2007: 236). La palabra, una vez más, pertenece a la mujer; al hombre queda el remordimiento por no haber encontrado la palabra justa: «me pareció soñar; me quedé en el sitio mudo, sin pensar en nada [...]. Por el camino, me hicieron cargos, me insultaron, hasta se burlaron de mí, pretendiendo que era un cobarde y que por lo menos debí matar a los dos, a ella y a su indio» (Mansilla 2007: 236-237). En *El médico de San Luis* se encuentran el mundo gaucho y el indígena, dos mundos marginados por la cultura dominante: el gaucho Pascual Benítez, perseguido por la justicia, se refugia entre los ranqueles y su hija, que había caído cautiva, se casa con un cacique.

este modesto libro que habla de la grandeza de España y del noble esfuerzo de sus hijos, el Autor» (Cánepa 1916: 5).

Dividida en tres jornadas, como en Eduarda Mansilla, la primera parte se desarrolla en España; la segunda en el Océano, la tercera en el Nuevo Mundo. La mirada masculina y tradicionalista no puede ser más explícita: Lucía es hermosa e inteligente, pero no deja de ser mujer y, por ende, vanidosa, ligera, imprudente, mientras que los nativos pertenecen a una raza inferior, calificados como bestias o criaturas diabólicas:

> movida tan sólo por el afán de procurarse un medio de seguridad personal en un país desconocido donde ésta faltaba en absoluto, y, a ese efecto, trató de congraciarse en primer termino la buena voluntad del cacique, como soberano único en aquellas regiones, pero nunca con el propósito de encender, por vanidad femenina, las pasiones, de un salvaje, de un ser abyecto desde el punto de vista de la moral, que no podía causarle como hombre sino profunda repugnancia, honda sensación de terror (Cánepa 1916: 177).

Para cerrar dignamente el discurso, y confirmar la ideología de la hispanidad y el eurocentrismo del autor, la novela termina con el regreso a España de Caboto y con el reconocimiento, por parte de la madre-patria que así reconquista a sus más dignos hijos, de «la excelsa virtud de una mujer heroica»:

> Cuentan algunos cronistas de aquellas remotas épocas que el rey de España, en conocimiento del trágico fin de Lucía de Miranda y del hidalgo don Sebastián de Hurtado, mandó levantar en el cementerio de la Corte un modesto mausoleo, que perpetuara a través de los siglos la memoria de aquellos mártires de la conquista de America; pero el tiempo y los hombres, que todo lo destruyen, hicieron desaparecer

> el simbólico mármol que un soberano grande y justiciero ordenó de esculpir, para proclamar la pujanza del brazo español y glorificar la excelsa virtud de una mujer heroica (Cánepa 1916: 293-294).

Más complejo es el discurso de Hugo Wast, escritor argentino conservador, católico y tradicionalista, pero feminista ante litteram, que crea una serie de nuevos personajes –contrafiguras o antagonistas de los personajes tradicionales– que se mueven en tramas secundarias, cruzadas con la principal: Ruy Orgaz, español violento y traidor, ama a Urraca, prima y confidente de Lucía, cuyo novio ha sido injustamente desterrado por un Caboto cruel y débil. Parece que el escritor haya querido transmitir la imagen de una sociedad en decadencia, en la que sólo las mujeres son guardianas de los antiguos valores: entre ellas, destaca naturalmente Lucía, generosa y honrada, que sabe unir en sí valores del mundo masculino (ella es quien mata a Mangora y hiere a Siripo) con la piedad femenina (perdonando y bautizando al mismo Mangora). Hay un epílogo que va más allá de la muerte de los protagonistas y que indica los caminos posibles para el nacimiento de 'la nueva raza del porvenir', fruto de la unión (¿voluntaria?) de los conquistadores con indias hijas o esposas de los caciques vencidos, y de los indios con cautivas que habían elegido la barbarie: otra expedición española vencerá a los timbúes y rescatará a Urraca, mientras que otras dos mujeres españolas decidirán quedarse en el mundo indígena[79].

Mirada femenina es la de la paraguaya Concepción Leyes de Chaves que en «Lucía Miranda», cuento incluido en *Río Lunado: Mitos y Leyendas del Paraguay* (1951) da su propia

79 De acuerdo con la ideología nacionalista e integralista de Wast, se puede leer esta novela como una defensa de la argentinidad contra el fenómeno migratorio que llevaría a nuevos mestizajes (Cattarulla 2006: 101-102).

lectura del episodio, aunque lo incluya decididamente entre los géneros ficcionales. La obra a la que se acerca más es sin duda la de Rosa Guerra, por la posibilidad de un amor interétnico recíproco, capaz de superar todas las diferencias y los obstáculos. Pero lo que en Guerra parecía todavía ambigua e inconsciente *ligereza* femenina, aquí es madura asunción de responsabilidad y elección consciente de un destino. Es cierto que casi un siglo no ha pasado en vano y la mujer –si bien no tan elevada culturalmente como lo eran las Lucías de Guerra y de Mansilla–, dueña de sus palabras y de sus actos, controla todos los canales de comunicación. La confrontación entre la descripción de Marangoré («soberbio ejemplar de su raza», «amo altivo de la selva») y de Sebastián («como todos sus compatriotas, malhumorado, enfermo», Leyes de Chaves 2007: 141-149) no deja lugar a dudas acerca de los sentimientos de la protagonista (y de la autora). Esta moderna Lucía Miranda consigue, hasta el final, eximirse del rol de víctima al que parecía predestinada ya que, aun sin que cambie el final trágico, cambian los pasajes que llevan al desenlace: atraída por Marangoré, está caracterizada por dos sentimientos opuestos, «temor y anhelo» («hechos que teme y desea al mismo tiempo en secreta tensión»), pero nunca cede a la atracción y al deseo; muerto el indio en un extremo intento de adueñarse de su amada, capturada por Siripó quien la respeta porque la considera viuda de su hermano, decide «no volver con su marido que ya no ama», aunque cargará hasta la hoguera con la culpa de su «traición espiritual tanto más grave cuanto es volitiva y consciente». Por otra parte, Concepción Leyes de Chaves no sólo ha sido una protofeminista reconocida en toda América (entre 1953 y 1957 fue Presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres) sino que sus intereses antropológicos e históricos la han

llevado a estudiar las culturas autóctonas y a valorizar sus artes y artesanías: las descripciones del mundo indígena, por lo tanto, no son simples adaptaciones de miradas extranjeras (el buen salvaje o el bárbaro valioso) sino sapientes recreaciones de condiciones y costumbres que todavía sobrevivían en la Tierra Adentro paraguaya.

No podía faltar tampoco la voz de Josefina Plá, quien en 1985 publica, en *Algunas mujeres de la Conquista*, un breve retrato de Lucía Miranda con una mirada decididamente feminista, de reivindicación del papel de las mujeres en la conquista: reconociendo que «las historias más explícitas y concretas [...] de la actuación primigenia femenina y española [...] nos han llegado en forma que pudiera llamarse fabulosa», comenta: «Quizá haya sido una compensación del olvido de los historiadores al respecto» (Pla 1985: 15). Después de resumir el relato de Ruy Díaz, pero con rasgos de ironía que dejan entrever su pensamiento sobre las historias de mujeres escritas por hombres, reconoce el importante papel de la creación literaria en la construcción de identidadades e imaginarios colectivos:

> leyenda o historia (y sobre todo si es leyenda) el relato es una exaltación, significativa, del matrimonio cristiano; una revalorización del amor monógamo; del significado sacramental del vínculo, que surge precisamente en los momentos en que se hallaba en pleno auge la mestización masiva, mediante la unión múltiple extrasacramental de mujeres [indígenas] con los españoles (Pla 1985: 15).

Y a quien repite que era leyenda, porque «en la Armada de Caboto no vinieron mujeres», responde: «aunque la historia se apoya en papeles, historia no es sólo lo que los papeles dicen» (Pla 1985: 17). Para eso está la narrativa histórica.

Sigue la larga historia de papel de Lucía Miranda con un cuento de otra mujer, «La historia que Ruy Díaz no escribió» de María Rosa Lojo quien se interesa por el tema, además que como narradora, como crítica literaria y de las ideas[80]. Continúa decididamente la línea de Josefina Plá: para contar esta «historia que acaso es una fábula», imagina a un Ruy Díaz ya anciano que escribe sus *Anales*, basados en la memoria de su padre, e «imagina una mujer blanca [...]. Nunca dice que Lucía es bella, pero sí que es buena, y le adjudica la virtud de ser amada» no sólo por su marido y quizás por otros españoles, sino también por dos caciques hermanos. Nada cambia con respecto a la crónica de Ruy Díaz, la mirada es totalmente europea, pero también en este relato la ironía hace la diferencia: «Ambos, si bien bárbaros, están dotados de fuertes sentimientos humanos, aunque los sentimientos de los bárbaros siempre parezcan conducirlos, irresistiblemente, a la traición y a la rapiña» (Lojo 2006a: 63). Pero, continúa María Rosa Lojo, «ésa no es la Historia. Y hay otra historia que Ruy Díaz de Guzmán no escribirá nunca» (Lojo 2006a: 66).

En realidad las historias negadas, que aquí un poco confusamente María Rosa Lojo rememora, son tres, y giran alrededor de «cruces étnicos» que han creado la nación argentina: el amor entre Domingo de Irala y Coya Tupamanbe, abuelos

---

80 Podemos recordar la edición crítica de la *Lucía Miranda* de Eduarda Mansilla y varios ensayos sobre el tema de la cautiva, indicados en la bibliografía, donde analiza también dos episodios de cautivas blancas en *Peregrinaciones de un alma triste* de Juana Manuela Gorriti (Lojo 2004c: 45, 55-57). La elección de las obras de Lojo como apéndice a este capítulo sobre Lucía Miranda se justifica por este interés suyo y también por el gran número de textos ensayísticos auto-referenciales, que facilitan al estudioso así como al simple lector una serie de indicios o claves para el análisis de las novelas históricas.

de Ruy Díaz («Ruy Díaz [...] no recordaría nunca en sus *Anales* ese otro linaje, ni tampoco el nombre bárbaro de su abuela materna, Coya Tupamanbe, y ni siquiera su nombre cristiano de Leonor, porque la mujer que Domingo de Irala mandó bautizar así no sólo era una más de sus amantes, sino ante todo, como las otras madres indias de sus vástagos, apenas su criada», Lojo 2006a: 70-71); el que se da entre el padre de Ruy Díaz, Don Alonso Riquelme de Guzmán, y una jovencísima Ursula, hija de Irala, amor que se impone a las divergencias políticas entre los dos hombres; y finalmente la otra historia de Lucía Miranda, a la cual aluden las últimas palabras delirantes de Ruy Díaz: «–¡Vete a los indios, Lucía! No seas imbécil, mujer, ¡vete a los indios! ¡Quédate con Siripó, que te ha hecho reina!» (Lojo 2006a: 74).

En la producción narrativa de María Rosa Lojo hay otros cuentos de cautivas en un juego de intertextualidad muy denso: escritos siempre desde las perspectivas femenina e indígena[81] y marcados por la violencia, ya que «los cruces étnicos no fueron, las más de las veces, fruto del amor o la atracción sexual, sino de la violencia [con] una rica variedad [...] de ambigüedades y matices» (Lojo 2006b: 73). Hay un joven Borges que relata su historia familiar (contada por su abuela) de la cautiva en *Las libres del Sur* (2004), novela sobre Victoria Ocampo, con las mismas palabras que usaría en el cuento «El guerrero y la cautiva»:

> Era una inglesa, cautivada por un malón cuando chica. No quiso saber nada de volver con los cristianos, aunque la abuela le ofreció todas las seguridades, para ella y para los hijos que tenía con un cacique. Tiempo después, volvió a

81 Abundante es la producción crítica de María Rosa Lojo sobre la posible identificación de las dos perspectivas y de las dos historias, como se puede ver en la bibliografía.

> encontrársela. Estaban en un bañado, degollando una oveja, y la india inglesa cruzó a caballo, y se tiró al suelo y bebió la sangre caliente... (Lojo 2004b: 181).

Y hay «Otra historia del guerrero y de la cautiva» de la misma Lojo, en la colección *Amores insólitos*..., que cuenta dos cautiverios opuestos y complementarios: el de Dorotea Cabral, raptada en un malón cuando tenía 14 años, y el de Lisandro Cáceres, *cautivo* en la milicia. Las vidas paralelas de los dos cautivos van por sendas distintas, bajo el signo de civilizaciones diferentes. Lisandro

> tuvo amores ocasionales que le dejaron recuerdos fragmentarios. Y ni aun con todos ellos llegaba a dibujar el cuerpo o la cara de una mujer completa. La frontera, que saltaba adelante o hacia atrás, al ritmo de las derrotas o las victorias, tenía también el mismo cuerpo impreciso y oscilante [...]. Lisandro Cáceres, a quien no le era permitido pensar ni dudar, encajaba como un engranaje que aún no se ha gastado en la máquina ofensiva. Pero temía, a veces, el desborde o el vacío de un mundo al que le faltara su frontera (Lojo 2006a: 267-268).

La transculturación de Dorotea es total –una Gonzalo Guerrero hembra–: convertida en Lucero Rojo se casa con el cacique Cañumil («no sólo por [su] belleza, sino por el don de la lectura y de la escritura, que ella había aprendido en el libro de oraciones», Lojo 2006a: 266), tiene hijos mestizos y vive plenamente la cultura indígena; su rescate durante la Campaña del Desierto será para ella un segundo y más traumático cautiverio. Otra vez la instrucción, la letra escrita, *cautivan* al indio y dan dignidad a la mujer. Será la Campaña del Desierto del General Roca la que unifique trágicamente las vidas del guerrero y de la cautiva: después de un falli-

do intento de violación y una tormentosa historia de amor, punidos no por haber sido «amantes ocasionales [sino por haberse] sustraído a la Autoridad» (Lojo 2006a: 285), vuelven cada uno a su destino de soledad, Dorotea cargando la pesada culpa de tener tres hijos mestizos y haber rechazado el regreso a su ciudad natal, a la que ya nada la unía.

Este cuento, como toda la obra de María Rosa Lojo, tiende lazos intertextuales que invitan a lecturas cruzadas. Así, en su vida militar, Lisandro Cáceres

> llegó a conocer al extravagante coronel Mansilla, que hablaba de los indios como si sólo fueran otros tantos cristianos a los que hubiese tocado la suerte de nacer en otro lugar y con distintas costumbres [y] al coronel Baigorria, que había vivido veinte años como un ranquel entre los ranqueles de Yanquetruz, que había tenido mando de guerreros y se había casado con hijas de caciques (Lojo 2006a: 267).

Lucio V. Mansilla y Manuel Baigorria, militares y autores de importantísimos libros sobre el Desierto y sus habitantes como son *Una expedición a los indios ranqueles* del primero y las *Memorias* del segundo, no por casualidad serán protagonistas en dos novelas de Lojo donde se proponen nuevamente temas de cautivas, guerreros, víctimas y carnífices.

Una excursión de los indios ranqueles (1870) contiene varias historias de cautivas del cacique Epumer, casi todas conformes con su nueva vida en las tolderías, y esta *excursión* es el pre-texto de una novela de María Rosa Lojo, *La pasión de los nómades*, una historia mágica de hadas y reencarnaciones.

En *Finisterre* (2005) aparecen dos cautivas españolas, Ana y Rosalind. Esta última, en largas cartas enviadas a Elisabeth Armstrong, cuenta sus viajes entre dos Finis Terrae (Gali-

cia y el Desierto, «límite del mundo familiar, de la realidad que creemos conocer, por dentro y por fuera de nosotros mismos») como viajes de formación, como lo fueron para el *entenado* de Saer: «Yo tuve que cruzar el océano, adquirir otra lengua, cambiar de trajes como si fueran los disfraces de un teatro o las caras desconocidas que aparecen en las transformaciones del sueño, para completar el camino» (Lojo 2005b: 11). Sobre todo cuenta sus peripecias entre los indios ranqueles como Rosalind/*Pregunta siempre,* cautiva/*machi,* junto a otros tres occidentales, Oliver Armstrong, hombre de negocios inglés (como Rosalind, ente de ficción), Ana de Cáceres, actriz española, y Manuel Baigorria, militar unitario exiliado entre los indios ranqueles, cuyas *Memorias* han inspirado la novela misma.

Esta historia epistolar tiene una particularidad: sería la 'primera voz' de una cautiva, ya que

> no se conservan [...] testimonios *directos* del cautiverio femenino en las tolderías [...] La deshonra sexual, la vergüenza, probablemente inhibirían a las mujeres (en una época en la que por otra parte no abundaban las escritoras) en cuanto a la posibilidad de tomar la iniciativa en este sentido. Las cartas de Rosalind se sitúan, pues, en el lugar de lo ausente, del silencio y de lo silenciado, de lo que no se ha querido escuchar (Lojo 2006c: 148).

La historia de amor entre Oliver Armstrong y Rosalind durante el cautiverio, sería el doble ficcional de una historia verdadera, la de los dos personajes históricos –Baigorria y la actriz española, sin nombre conocido–, que los protagonistas habían borrado de su memoria y sus *Memorias*. A propósito de este sutil juego de disfraces, y del papel de las *Memorias* de Baigorria en la génesis de la novela, Lojo afirma:

> Finisterre incorpora un personaje y una historia que el texto de las *Memorias* acalla cuidadosamente, y de los que tenemos noticia por autores como Zeballos[82]: la actriz dramática capturada, que parece haber sido el gran amor del coronel, y que sin embargo, o por eso mismo, jamás es mencionada en sus escritos autobiográficos. De este personaje hay muy pocos datos históricos o testimoniales: la belleza, la melancolía, la muerte en el desierto, luego de diez años en que Baigorria, dentro de sus medios, la rodeaba de atenciones. Se trata de un personaje anónimo, pues, según Zeballos, murió sin revelar a nadie quién era, quizás porque el presente afrentaba demasiado la persona que había sido o querido ser, alguna vez, en otro mundo. *Finisterre* se propuso darle un nombre, una psicología, una historia (Lojo 2006c: 146).

Como decíamos, 'darle un nombre, una psicología, una historia' a tantas mujeres que de la Historia habían desaparecido, es la tarea difícil y no inocente de la doblemente 'nueva' narrativa histórica femenina.

82 Estanislao Zeballos, Presidente del Instituto Geográfico Argentino, escribió numeros ensayos y libros sobre las fronteras y la conquista del desierto (cfr. Andermann 2003: 127-133).

III. La conquista: México

3.1. Xicoténcatl / Cortés

En los territorios de los 'pueblos testimonio' (Ribeiro 1972), la atención de cronistas, historiadores y novelistas se concentra en el encuentro-desencuentro entre dos mundos y dos culturas y los héroes y antihéroes no son criollos buenos o malos o indios sin identidad individual –tribus o grupos– sino blancos o indios cada cual con su personalidad y rol específicos. En estas regiones, por lo tanto, podemos hablar de 'ciclo de la Conquista' y no 'del Descubrimiento', y analizaremos el 'encuentro' entre la civilización azteca y los conquistadores de Hernán Cortés a través de sus protagonistas.

Un buen ejemplo es el enfrentamiento Xicoténcatl-Cortés que ha suscitado en numerosos autores (Gertrudis Gómez de Avellaneda, Vicente Riva Palacio, Eligio Ancona, Carlos Fuentes, para citar sólo los más significativos) senti-

mientos de simpatía y solidaridad hacia el héroe indígena[83] aunque con matices y grados diferentes de bondad y maldad, civilización y barbarie: hecho fundacional de la historia mexicana, y por eso tantas veces puesto en el centro de debates críticos y obras de creación.

Mientras que la figura de Moctezuma el Joven constituye un enigma histórico al cual se han dedicado múltiples ensayos y monografías, de exaltación o de reproche, en el México independiente el general tlaxcalteca Xicoténcatl apareció como el héroe sin mancha, el héroe épico que va hacia su destino sin titubeos: lo que el nuevo México mestizo y antiespañol estaba buscando para fundamentar su propia identidad en el mito de la nobleza precolombina.

Por otra parte, Cortés es el medio providencial que hace posible la conquista, la civilización y la conversión de los indígenas; pero es también el iniciador y el representante de aquel sistema colonial cuyo único fin fue el de depredar, saquear, oprimir la colonia en nombre de la metrópolis.

A pesar de diferentes interpretaciones de hechos específicos, los cronistas e historiadores españoles coincidieron en indicar a los tlaxcaltecas como «muy capitales enemigos de Mutezuma […] y que tenían con él muy continuas guerras» (Cortés 1988: 114), y en reconocer el coraje de Xicoténcatl el Joven, el único que opone una visión realista y pragmática a la fatalista y regida por los presagios y tradiciones de su mismo padre y de Moctezuma. Caracteres negativos le atribuye sólo Bernal Díaz del Castillo, que lo define «de mala condición, porfiado y soberbio» (Díaz del Castillo 1939: 245).

---

83 También en España, con una mirada opuesta, se escribe sobre estos héroes: pensamos en *Xicoténcal, príncipe americano* de Salvador García Bahamonde (1831) y *El nigromántico mexicano* de Ignacio Pusalgas y Guerris (1838).

La historia es conocida: los cuatro jefes de Tlaxcala, entre ellos Xicoténcatl el Viejo, deciden dejar pasar por sus tierras al invasor, camino hacia Tenochtitlan; sólo Xicoténcatl el Joven se opone, lucha, ataca a los españoles:

> y Xicotenga [...] siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cuarenta y cinco soldados que se habían muerto en las batallas […]. Era ese Xicotenga alto de cuerpo y grande de espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta: y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad (Díaz del Castillo 1939: 233 y 253).

No pudiendo por la fuerza, Cortés recurre a la palabra y a la astucia, envía mensajeros convenciendo a los viejos sabios tlaxcaltecas de que los españoles son enemigos de Moctezuma, y que los liberarán para siempre de impuestos y servidumbres al gran emperador: «con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba, y le daba crédito de más amistad que al otro» (Cortés 1988: 124).

Se firma la paz y Xicoténcatl el Joven acepta las decisiones del Senado: en su calidad de jefe militar guía al ejército que acompaña a Cortés en su viaje hacia Tenochtitlan, pero por causas dudosas[84] se «ausentó secretamente del ejército y tomó en compañía de algunos otros el camino de su patria» (Clavijero 1982: 396). Capturado por los españoles, fue ahorcado públicamente por «haberse desertado y haber procurado conmover a los tlaxcaltecas contra los españoles […]. Se halló en él porfiada resistencia» (Clavijero 1982: 396).

---

84 Clavijero propone tres interpretaciones: por la herida hecha por un soldado español a un primo suyo, o bien «por apoderarse, en la ausencia de Chichimécatl, de sus estados; pero esto es del todo inverosímil. No falta quien diga que lo llevó a Tlaxcala el amor a una dama» (Clavijero 1982: 396).

Es muy útil cotejar esa *Historia antigua de México* (1779) del jesuita Francisco Javier Clavijero con las novelas históricas sobre el tema porque, con su moderna técnica historiográfica y los muchos textos que tuvo a su alcance, pudo escribir la 'primera historia de México' confrontando diferentes versiones e interpretaciones, añadiendo a la simple descripción de un hecho notas a pie de página, versiones contrastadas, interrogaciones y dudas. Además «la estima que tenía a los indígenas», el haber nacido y vivido en Veracruz en contacto fecundo «con los indígenas súbditos de su padre» aprendiendo sus lenguas (náhuatl, otomí y mixteca), el conocer el terreno (corrige a menudo errores geográficos, sobre todo de Solís) y por fin, el haber vivido exiliado en Ferrara y Bolonia y haber podido frecuentar bibliotecas de intelectuales italianos, fueron concausas felices para que escribiera esta *Historia antigua de México*: «más que autor de la historia de México, debe llamarse su *creador.* Había miles de fragmentos utilizables para esa gigantesca construcción, pero obra de consunto, de partes bien trabadas y unidas, no había ninguna» (Cuevas 1944: XII).

Ya en este texto historiográfico del siglo XVIII, creado por su autor en cuanto *discurso colonial* coherente y dirigido a la edificación de una identidad, encontramos *in nuce* muchos elementos que serán desarrollados en las novelas posteriores; además, por su oferta al lector de diversas interpretaciones y posibilidades, se coloca como texto historiográfico moderno e intrigante.

A continuación analizaremos tres textos publicados en un arco de tiempo restringido (1826-1870) que proponen *discursos* diferentes y diferentes modelos de nación y de identidad nacional, utilizando las mismas fuentes y no tergiversándolas, entramando *vida histórica* y *vida familiar*.

La re-creación ficcional de este episodio empezó con la novela X*icoténcatl*, publicada anónima en 1826 en Filadelfia[85], atribuida ahora al español Salvador García Bahamonde, ahora al cubano Félix Varela, ahora al cubano-mexicano José María de Heredia[86]. Como subraya Antonio Castro Leal, parece improbable que sea obra de un español, ya que «además de que revela una sincera simpatía hacia la causa de los indios, los juicios que contiene sobre España y los conquistadores españoles son denigrantes y francamente hostiles» (Castro Leal 1964a: 83)[87].

Considerándola sin duda de autor hispanoamericano, Nelson Osorio afirma que, si bien «obra aislada», «el hecho es ilustrativo de la creciente autonomía de las letras hispa-

---

85 Imprenta Guillermo Stavely, en dos volúmenes de pequeño tamaño de 224 y 247 páginas. En aquella época Filadelfia, que había sido en 1778 sede de las Convenciones de la Independencia, era un importante centro cultural progresista y había sido lugar de encuentros para muchos patriotas hispanoamericanos (cfr. Castro Leal 1964a: 79).

86 En realidad hay dos obras distintas, publicada una en Filadelfia (*Jicoténcal*, 1826) y otra en Valencia de España (*Xicotencal, príncipe americano,* 1831). Esta última es de Salvador García Bahamonde (cfr. Brown 1953: 81). La primera ha sido atribuida a Varela por Luis Leal, y a Heredia por González Acosta (cfr. González Acosta 1997, y mis estudios específicos sobre el tema: Grillo 2004a, 2006c, 2007a y c). En esta ocasión lo que me interesa no es confrontar una visión americana con una española –confrontación sin duda iluminadora ya que se trata de dos textos voceros de bandos opuestos–, sino algunas interpretaciones americanas sobre el mismo tema que expresan *lecturas* diferentes de la Conquista. Hay que decir que en España Cortés había asumido los caracteres positivos de la conquista desde que la Real Academia había convocado, en 1777, un certamen sobre el tema obligado de «la destrucción de las naves ordenada por Cortés para cortar a sus hombres toda posibilidad de volver atrás, episodio que se juzgaba representativo de las virtudes del espíritu hispánico» (Fernández 2004: 69).

87 Manejamos la edición de Castro Leal, en dos volúmenes, que contiene un prólogo general, págs. 11-28, y uno específico, para cada novela (*Xicoténcatl*, págs. 83-86).

noamericanas con respecto a las españolas» (Osorio 2000: 35) mientras que Jean Franco no toma en consideración esta novela ya que afirma que entre 1810 y 1830 en América no aparece ninguna figura de novelista, excepto Fernández de Lizardi[88]. Si bien sin seguridad alguna, podemos pensar verosímilmente en un mexicano exiliado o emigrado en Estados Unidos, lo que explicaría también la carga anti-católica de posible procedencia protestante y la exaltación de un sistema de gobierno republicano confederado, como eran precisamente los Estados Unidos de América.

De todas formas, es un caso interesante de paternidad controvertida para un personaje trágico y honrado, sin mancha ni titubeos, que se impone sobre las ambiguas y discutibles figuras de Moctezuma y Cortés. Siendo asimismo la primera novela indigenista e histórica (ya que pertenece con pleno derecho a las dos modalidades) escrita en castellano, tanto en España como en Hispanoamérica, y anterior a la primera novela histórica de Walter Scott traducida y publicada en América Latina (*Waverley*, 1933, traducida por José María de Heredia), constituye sin duda una primicia que diera honor y fama a la literatura a la que pertenece.

Además, siendo del mismo año de *Cinq-mars* y del Prólogo «Sur la Verité dans l'art» de Alfred de Vigny, podría adueñarse de la primacía también de la tipología de novela histórica que pone en el centro de la acción a un personaje real, y no a entes de ficción según la moda impuesta por Walter Scott. Por lo tanto se configura realmente como obra capital y fundacional de las literaturas románticas y de la modalidad de la novela histórica e indigenista en español.

---

88 Esta afirmación se encuentra en la edición italiana (Franco 1972: 54-55) pero falta en las ediciones sucesivas, a partir de la de 1983.

Por otra parte, ni siquiera un análisis lingüístico ayudaría a una más certera adjudicación, ya que el autor no se adhiere a la reforma del español de América propugnada en aquellos años por Sarmiento, sino que utiliza una lengua estándar con muy pocos localismos lexicales entrados en el uso común del tiempo, por lo menos en el área mexicana y centroamericana.

Sin entrar, pues, en este debate, y asumiéndola como de autor americano, probablemente un mexicano exiliado en Estados Unidos, considero esta novela una muestra de un posible *discurso* poscolonial 'políticamente correcto', aunque escrito desde la cultura dominante: el héroe positivo, Xicoténcatl, tanto en la *vida familiar* como en la *vida histórica*, es la *summa* de valores humanos, civiles y guerreros, y se impone como testimonio de un país, de una época, de una ideología, en contraposición a Cortés, a su vez *summa* de todos los anti-valores correspondientes.

Hablo de postura poscolonial con muchos distingos: lo es sin duda en sentido cronológico (escrito inmediatamente después de la Independencia) e histórico-político (condena totalmente la Conquista y la Colonia) pero no en el sentido cultural profundo: quien escribe es un intelectual de cultura europea que critica radicalmente la colonización española y, románticamente, idealiza el mundo indígena atribuyéndole sensibilidades, sentimientos y comportamientos occidentales.

El anónimo autor exalta los ideales republicanos que parecen concretarse en Tlaxcala que lucha contra el tirano:

> por todas partes se dejaba ver la igualdad que formaba el espíritu público del país [...]. Su gobierno era una república confederada; el poder soberano residía en un congreso o senado, compuesto de miembros elegidos uno por cada partido de los que contenía la república [...]. El espíritu

> nacional de los tlaxcaltecas era tan decidido que […] se sostuvieron siempre en guerra contra aquel emperador poderoso, y siempre invencibles[89] (Anónimo 1964: 88).

Aún más explícito es Xicoténcatl que se opone a cualquier poder unipersonal, tanto azteca como español: «El poder de uno solo no me parece soportable» porque «cuando el poder de uno solo domina, no hay más leyes que su voluntad».

Así «Tlaxcala se configura como lugar utópico, incontaminado, cerrado al comercio del oro y de la plata» (Benso 2000: 146), que sucumbirá sólo delante de la traición y el engaño. Entre todos los tlaxcaltecas, sobresale el joven general «Xicoténcatl [que] por sus talentos militares, sus buenas prendas y su puro y desinteresado patriotismo, obtuvo, aunque tan joven, la preferencia sobre los demás candidatos» (Anónimo 1964: 88). Hasta un antiguo enemigo le reconoce esos méritos, ampliando su misión de resistencia a Cortés a nivel continental: «Tú tienes un ejército que te respeta y te ama por tus virtudes y por tu valor: Tu patria no es ya Tlaxcala; la humanidad reclama tus servicios y un mundo entero te señala como a su libertador» (Anónimo 1964: 138).

---

89 Los tlaxcaltecas despiertan el respeto de Cortés, aunque podemos recordar que elogiar a unos enemigos invictos ensalza aún más los méritos del conquistador: «siempre se habían defendido contra el gran poder de Mutezuma y de su padre y abuelos, que toda la tierra tenían sojuzgada y a ellos jamás habían podido traer a sujeción, teniéndolos como los tenían cercados por todas partes sin tener lugar para por ninguna de su tierra poder salir […] y que todo lo sufrían y habían por bueno por ser exentos y no sujetos a nadie [...]. La orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente de ella tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Genova o Pisa, porque no hay señor general de todos» (Cortés 1988: 120-121).

Me parecen esas palabras muy datadas: estos años, ya conquistada la Independencia, ven la lucha entre federativos y unitarios, y precisamente en 1826 los estados americanos recientemente formados se reunieron en Panamá, convocados por Bolívar, para intentar fomentar la unidad continental: ¿no podría ser esta descripción de Tlaxcala un modelo de confederación en el cual inspirarse los americanos en el momento de decidir el futuro de las jóvenes repúblicas, inciertos entre confederaciones más amplias o naciones independientes, y siempre acosadas por soluciones fuertes e individualistas? Intentando defenderse de los conatos dictatoriales post-independencia buscan en Xicoténcatl el símbolo de «un alma republicana [que] cual otro Bruto, juró la muerte del tirano» (Anónimo 1964: 159). Estas comparaciones con el mundo europeo antiguo, en un contexto profundamente eurocéntrico como era la sociedad americana, confirman la voluntad del autor de subrayar las altas cualidades humanas y civiles universales del héroe, y de alguna forma borrar la *diferencia* entre las dos culturas, sentida siempre como relación inferioridad /superioridad.

Al modelo republicano y al héroe Xicoténcatl el anónimo autor opone el sistema piramidal del Imperio español y el astuto Cortés, quien «no supo jamás lo que era miedo ni temor» (Anónimo 1964: 108) pero utilizaba estas virtudes para su insaciable ambición. Con gran habilidad, desde el principio el autor insinúa las capacidades diplomáticas de Cortés («le dio la mano con apariencias de grande amistad», Anónimo 1964: 112), luego subraya su crueldad y su doblez, su capacidad maquiavélica para volver en su provecho cualquier circunstancia. En esto respeta la imagen ya consagrada de Cortés de hombre renacentista que elige la razón como eje de conocimiento y comportamiento, separando la ética

de la política: como ha escrito Henry R. Wagner, «aunque Cortés no imitase a César Borgia, estaba inconscientemente duplicando su trayectoria» (Pastor 1983: 190).

En este texto encontramos la misma problemática de tanta narrativa romántica europea de choque entre las razones del corazón[90] y las del Estado –otra manera de borrar las *diferencias* entre Europa y América–, que lleva casi a un desdoblamiento de la personalidad: en los diálogos entre Cortés y Xicoténcatl ambos modifican su postura frente al otro, según se trate de asuntos públicos o privados. Gana siempre el deber cívico, con tanta fuerza que se puede ver a Xicoténcatl como «uno de los precursores del sentimiento de nacionalidad mexicana» (Castro Leal 1964a: 85). El joven americano, si bien distinguiendo abiertamente entre la obediencia a las decisiones del Senado que lo obligan a la paz y el abierto desprecio hacia el hombre Cortés, sigue portándose rectamente «sin variar nada en su noble franqueza» (Anónimo 1964: 113), en cambio Cortés, «apenas estuvieron solos, cambió de repente su expresivo y afectuoso semblante en un continente frío y seco» hasta llegar al conflicto directo que ocasiona la terrible amenaza del héroe indígena: «después que la paz esté ratificada, el general de Tlaxcala respetará al capitán de los extranjeros y Xicoténcatl te buscará y pedirá razón» (Anónimo 1964: 113).

Hay también otro carácter que nos permite hablar de *discurso* poscolonial que rechaza de la Conquista hasta la misión evangelizadora: una postura anticatólica y no sólo

90 En la ficción Xicoténcatl y Cortés se enfrentan también en la *vida familiar:* Cortés aprisiona a Teutila, amada de Xicoténcatl, e intenta seducirla. Quizás la parte más débil de la obra sea precisamente el juego de pasiones y equivocaciones amorosas alrededor de esta cadena: el español Ordaz ama a Teutila y es amado por Marina, quien a su vez intenta seducir a Xicoténcatl.

anticlerical[91] como será en tanta narrativa posterior (*La novia del hereje*, de Vicente Fidel López), evidente ya en los primeros diálogos entre Fray Bartolomé de Olmedo y Teutila, la novia de Xicoténcatl atraída con el engaño en el campo de Cortés:

> ¡Hipócritas! Estáis llenos de vicios abominables, ¡y osáis suponeros los ministros de un Dios! No sé si el vuestro será algún ser tan maléfico y malvado que merezca semejantes adoradores; pero estoy segura que sois los verdaderos enemigos del que gobierna el mundo, porque éste es bueno por su naturaleza (Anónimo 1964: 106).

A la afirmación de fray Bartolomé de que Dios le envía aflicciones «para probar [su] paciencia y [su] sumisión a sus inmutables decretos», la respuesta es inmediata y no se refiere sólo a la práctica religiosa sino a la esencia misma del catolicismo:

> ¡Un Dios complacerse en mi mortificación sólo por la curiosidad de saber si soy yo sufrida! Si es el que gobierna el mundo, ¿qué necesidad tiene de pruebas para conocer una de sus ínfimas partes? ¿Ni qué le importa a su grandeza que yo me conforme o no con sus decretos, que tú mismo llamas inmutables? Yo recurro a Dios en mi aflicción, sí, y recurro con fervor; pero es para bendecir su justicia y para consolarme contemplando sus justas venganzas porque, si

91 Este aspecto me impide estar totalmente de acuerdo con la tesis de González Acosta sobre la 'paternidad' de la obra: José María Heredia era católico observante y siempre defendió la misión evangelizadora de la Conquista. También es verdad que este rechazo se puede leer como «consecuente con el rechazo del Antiguo Régimen, porque en la arbitrariedad de su poder [del incomprensible Dios cristiano] se vislumbra el origen y el modelo de la arbitrariedad del tirano» (López Alfonso 2004: 128).

> hay monstruos como vosotros, preciso es que haya quien castigue vuestros crímenes (Anónimo 1964: 107)[92].

Esta novela se revela un texto de mucho interés porque pone de manifiesto, de forma inusual y, diría, concentrada, una serie de problemáticas que reencontramos en mucha literatura de la época, no sólo en la novela histórica. Para empezar, podemos decir que Xicoténcatl aparece como un héroe épico, con el presentimiento del inevitable fracaso, casi la última posibilidad que ha dado la Historia antes de la degradación del héroe de la época moderna. Además, esta literatura es la prueba más contundente de que en aquellas tierras el pasado no puede ser simplemente ni el pasado europeo ni el americano precolombino, sino que hay que crearlo a la medida de la población y de su imaginario, y que en su creación a menudo es difícil separar un precoz pro-indigenismo del rencor antiespañol que exige la búsqueda del héroe entre los enemigos de España.

Es verdad que muchos párrafos de *Xicoténcatl* están tomados al pie de la letra de la *Historia de la Conquista de México* de Solís, entrecomillados como testimonio de fidelidad a la Historia (y en menor medida de Bartolomé de las Casas y Clavijero), pero es en la elección y concatenación de los hechos y en la interpretación de sus motivaciones, además que en la *vida familiar* que se desarrolla paralelamente a la *vida histórica*, que se explicita el *discurso* interpretativo del entero acontecimiento. Muestra de gran modernidad y diversidad es la puesta en discusión de la Verdad de la Historia y de la necesidad de re-escribirla según la visión de los vencidos, cosa que parece adelantar de más de un siglo las propuestas historiográficas del poscolonialismo:

---

92 Cfr. también, más adelante, el apartado sobre la Malinche.

> En vano los historiadores intentan encubrir la negra infamia con que se cargó para siempre aquel insolente y astuto cuanto afortunado capitán; en vano el vértigo monárquico que ha embrutecido por tantos tiempos a Europa nos ha privado de los documentos históricos más preciosos sobre la república de Tlaxcala. El ojo perspicaz del filósofo sabe distinguir, entre el fango y basura que ensucian el papel de las historias, algunas chispas de verdad que no han podido apagar ni el fanatismo ni la servil adulación (Anónimo 1964: 169).

Este párrafo tiene tanta más fuerza en cuanto en una nota a pie de página de la edición de Filadelfia –desaparecida en la de Castro Leal y sustituida por notas repetidas que indican directamente la fuente– se leía: «Todo lo que en el discurso de esta obra irá escrito con letra cursiva, será copiado literalmente de la *Historia de la Conquista de México* por don Antonio Solís, que es el escritor más entusiasta de las prendas y méritos de Hernán Cortés». Esta nota nos da muchas claves de lectura: «tiene por objeto destacar cómo, a pesar de este entusiasmo, la figura del conquistador resulta condenada de manera inapelable por los mismos hechos, al margen de la objetividad del autor-narrador, implícita en la declaración de 'literalidad'» (López Alfonso 2004: 126). Hay algo más: cada vez –y pasa a menudo– que el autor hace un comentario sobre las falsedades de la Historia oficial, podemos pensar que está aludiendo a Solís y que por lo tanto son 'falsas' también todas las virtudes que el historiador atribuye a Cortés. Y, para terminar, no deja de maravillar el hecho de que, a pesar de esta fidelidad textual, se invierten puntualmente los juicios políticos y morales de Solís así como sus incipientes retratos o deducciones psicológicas, de los que su texto abunda.

Es verdad que este planteamiento no es exclusivo del autor de *Xicoténcatl*, más bien será común a muchos escritores de novelas históricas en los años siguientes, pero me parece que aquí con más claridad se impone una visión realmente alternativa a la Historia oficial adoptando el punto de vista 'político' de los indígenas: en otros casos, más bien podemos hablar de alternativas en el interior de la visión de los vencedores, como podría ser la versión 'criolla' versus la versión metropolitana o la versión de los patriotas liberales versus la versión hispanófila de los conservadores (como sería el caso de *Soledad* de Bartolomé Mitre)[93].

El anónimo texto de *Xicoténcatl*, quizás por la proximidad cronológica a la Independencia que hacía más violento el sentimiento antiespañol, por la influencia del protestantismo anglosajón[94], por la situación de un México mestizo orgulloso de su procedencia indígena, seguramente por una particular circunstancia vital e histórica de su autor que el anonimato nos esconde pero que de algún modo indirectamente nos deja imaginar, queda como un eslabón indispensable en el proceso *descolonizador* emprendido por la novela histórica en el siglo XIX: pero no por casualidad es casi des-

---

93 A estos casos parece referirse Vicente Fidel López: «Así nacen las diversas escuelas de la historia social, es decir, la diversa inclinación que muestra cada época o cada grupo de escritores, a hacer que tales o cuales impulsos especiales de la humanidad dominen la narración y expliquen todos los acontecimientos que entran en ella, olvidando necesariamente otros no menos importantes, por cierto, y que, adoptados por otro grupo de escritores, incompletos también, son, a su vez, ofrecidos como la sola luz que aclara el abismo donde moran y se enredan las causas de nuestras acciones y el secreto completo de los trastornos sociales [...]. En la manera de explicarlos, asignándoles causas y efectos, es donde están el misterio, las dificultades, las variedades y contradicciones de la historia» (López 1917: 114).

94 La publicación en Filadelfia deja suponer que su autor viviera algún tiempo en Estados Unidos.

conocido y sólo muy recientemente ha sido estudiado con detenimiento, precisamente porque enturbia y estorba el proceso de construcción de una identidad mexicana perseguida a través de la aceptación de la Conquista como obra de civilización, y de crítica a sus modalidades violentas y a las consecuencias en la época colonial. Esta identidad se ha impuesto en la literatura y en la historiografía gracias también a los otros textos sobre los mismos acontecimientos que vamos a analizar.

Me refiero, siempre quedando ceñida a la literatura americana del siglo XIX sobre la relación Xicoténcatl-Cortés, al breve relato *Xicoténcatl* de Vicente Riva Palacio (1832-1896), y a la novela *Los mártires del Anáhuac* de Eligio Ancona (1835-1893), ambos mexicanos, militares y de probada fe republicana y liberal.

El primero, considerado el iniciador del cuento mexicano moderno, autor de novelas que recrean el clima y los sucesos de la época virreinal, presenta en este cuento la síntesis del proyecto integracionista de la identidad mexicana enalteciendo el doble origen de la población y reservando para las dos partes igual dosis de admiración. Pero analizando más atentamente el texto, nos damos cuenta del profundo eurocentrismo que lo anima tanto por el reconocimiento de la superioridad cultural española y de la ineluctable fuerza del progreso, como por la utilización léxica que reserva el campo semántico de la fuerza física y del coraje al campo tlaxcalteca («soberbio», «indómito», «invencible», «indomable», «belicoso»), y el campo semántico de lo racional y de la voluntad al ejército invasor («creer», «fingir», «comprender»). No se trata de una novela histórica sino, como hemos dicho, de un relato ceñido alrededor de las relaciones Cortés-Xicoténcatl, en el que falta totalmente la *vida familiar* a

la que aludía Vicente Fidel López como llave para resaltar una u otra interpretación de la Historia. Y falta también la contraposición típica de la novela histórica entre el Bien y el Mal, el héroe y el antihéroe, como señalando la fatalidad de la Historia y una dignidad y un valor equivalentes en ambos bandos. Pero igualmente, y a pesar de una escritura cercana al 'grado cero' del discurso historiográfico, aparentemente inocente y objetiva, se insinúa el *discurso* hegemónico claro ya en el hecho mismo que no se mencionan nunca a los españoles como invasores y a los tlaxcaltecas como víctimas inculpables de la ocupación violenta de su territorio.

Otros datos dignos de interés son la presencia de un traidor en las huestes tlaxcaltecas, indicado como la causa principal de la derrota, y la total aceptación y acentuación de los caracteres positivos de Cortés, juzgando muchos de sus actos como expresión de generosidad y no de cálculos estratégicos: «Sin embargo, el general español quiso probar aún la benignidad y los medios de conciliación, enviando nuevos embajadores a proponer a Xicoténcatl un armisticio» (Riva Palacio 1947: 12).

A la generosidad de Cortés se atribuye también su intervención en el Senado de Tlaxcala: «el espíritu grande de Hernán Cortés sintió lo profundamente ingrato de la conducta del senado, e interpuso su valimiento para que Xicoténcatl fuese restituido a sus honores» (Riva Palacio 1947: 15-16). Pero la desaparición o traición de Xicoténcatl («según la opinión general, aquella separación era provenida del mal trato que los españoles daban a sus aliados, y sobre todo del odio que Xicoténcatl profesaba a esta alianza», Riva Palacio 1947: 16) no puede quedar impunida, el héroe que «no sabía temblar ante la muerte» (Riva Palacio 1947: 16) acaba condenado a muerte y ajusticiado.

Las frases finales, que podrían aparecer como un tributo póstumo a una víctima inocente, revelan, según me parece, simplemente una afirmación del mito del buen salvaje a la vez que un grito de dolor por la realidad contemporánea mexicana, muy lejana de cualquier solución pacífica y liberal: «El caudillo de Tlaxcala, el héroe de la independencia de aquella República, espiraba suspendido de una horca, al pie de la cual los soldados de Cortés le contemplaban con admiración. A lo lejos, algunos Tlaxcaltecas huían espantados, porque aquel era el patíbulo de la libertad de una nación» (Riva Palacio 1947: 17).

En *Los mártires del Anáhuac* de Eligio Ancona, que abarca toda la conquista de México con un epílogo que da cuenta de la desgracia política en la que incurrió Cortés por su arrogancia y ambición, el héroe protagonista no es Xicoténcatl sino Tízoc, un joven azteca de origen misterioso, amante de la hija de Moctezuma, que tiene el papel narrativo de hacer de puente entre las diversas realidades indígenas y los diversos momentos de la conquista: decidido a combatir a los extranjeros, abandona el templo donde estaba educándose a la vida religiosa y ofrece su brazo a Xicoténcatl; firmada la paz entre Tlaxcala y Cortés, vuelve a Tenochtitlan incitando a Cuauhtemoctzin a la guerra y finalmente se bate con él hasta la derrota final.

Eligiendo a un héroe ficcional, Eligio Ancona con mucha libertad puede entramar una *historia familiar*[95] llena de intrigas, y siguiendo los movimientos de su héroe puede moverse en los diversos campos y situaciones: como indica el título, al héroe individual de los otros textos examinados le ha sustituido, más que una etnia, una entera categoría histórica que por lo tanto no podía encarnarse en un personaje fuertemen-

95 Cortés apresa y viola a la amada del héroe, Gelitzi, hija de Moctezuma, según las pautas presentes en la novela de 1826.

te connotado étnicamente, sino en alguien que por su misma vida –como la Malinche, Tízoc era hijo de un príncipe derrotado por Moctezuma y fue educado en el Colegio Mayor de Tenochtitlan– podía representar a todos los mártires del valle de México.

Y como explica Antonio Castro Leal, los mártires a los que alude el título son «todos los que sufrieron el ataque y la dominación de los españoles [...] pero lo son principalmente todos los que fueron víctimas de crueldades innecesarias, de injusticias sin nombre, de violencias injustificadas, que vieron destruido algo más precioso que la vida, los sentimientos que son la base misma de la existencia humana» (Castro Leal 1964b: 410).

Este comentario de Castro Leal nos revela el *discurso* que rige la novela: mártires a priori de una injusticia histórica –la invasión– pero sobre todo de las modalidades violentas –innecesarias, injustificadas– con las que fue actuada.

El narrador se mueve con gran agilidad mostrándonos ambas perspectivas ya desde el incipit, pero las diferencias no vienen registradas según las categorías usuales superior/inferior, civilización/barbarie: los indígenas agolpados en la playa vieron

> las naves cuya quilla cortaba tan fácilmente las inquietas aguas del golfo [y] les parecían de dimensiones extraordinarias; aquellas grandes mantas desplegadas al viento eran para ellos de un uso desconocido y la falta de remos les hacía suponer que esos inmensos monstruos marinos eran impelidos por alguna fuerza sobrenatural (Ancona 1964: 411-412).

Cortés viene dibujado ya con sus caracteres sobresalientes, sin maniqueísmos: «hombre extraordinario», «energía

y firmeza de voluntad», «lo mucho que codiciaba el oro», «ambición», «astucia», «envidia» (Ancona 1964: 412-413).

En el desarrollo de las acciones, al contrario de Riva Palacio que parecía alabar a todo el mundo y juzgar la Conquista una guerra impuesta a inocentes y heroicos contendientes por el hado y la ley del progreso, Ancona dispensa juicios negativos a jefes y simples soldados de uno y otro bando: Moctezuma es «el rey modesto [que] no tardó en convertirse en soberbio, el valiente guerrero en débil y fanático sacerdote y el monarca justiciero en déspota y tirano» (Ancona 1964: 442); Hernán Cortés «no sólo hacía comedias para los incultos americanos, sino que las preparaba también para los semicivilizados europeos [...]. Hasta aquí, no había empleado más que la astucia. Más tarde le veremos emplear los grillos, la picota y la horca» (Ancona 1964: 465); los totonacas «habían sacudido el yugo de Motecuzoma para caer en el yugo más ominoso todavía de los europeos» (Ancona 1964: 468).

Lo único que parece salvar son los conceptos abstractos: por un lado, afirma, «hubo algo que no pudo perecer entonces..., que no perecerá jamás: la sed de sangre de los conquistadores, la villanía del rey, el heroísmo de las víctimas» (Ancona 1964: 525); «Los aztecas se defendían con heroísmo. La historia de la defensa de Tenochtitlan es una epopeya en que se encuentran hazañas dignas de ser cantadas por Homero» (Ancona 1964: 615); por el otro, no hay dudas acerca de la misión evangelizadora de los españoles («¿Cómo no había de creer Hernán Cortés en un milagro de la Providencia cuando veía sus filas aumentadas por los que debían diezmarlas?», Ancona 1964: 483), tanto más necesaria en aquellas tierras donde se perpetraban sacrificios humanos:

> Entonces cuatro de aquellos infames ministros de Satanás sujetaron al niño por los brazos y las piernas; el quinto apretó su garganta con el círculo sagrado, y Tayatzín, el inmundo pontífice, levantó en alto su cuchilla de obsidiana (Ancona 1964: 613).

Xicoténcatl, si bien no es el héroe designado por Ancona para asumir en sí el papel de héroe *a tutto tondo* a través de los elementos de su vida *familiar* e *histórica*, es el mismo héroe sin mancha que conocemos, así como «el pueblo de Tlaxcala [...] sobrio, laborioso, indómito y amante, sobre todo, de su independencia y sus instituciones» (Ancona 1964: 473), es el modelo de nación que hay que oponer al sistema colonial y al México independiente, ambos corruptos y violentos.

Las dotes de Xicoténcatl se limitan al valor guerrero («indomable») y al respeto hacia las decisiones del Senado, pero esto ya es suficiente para oponerlo, en cuanto personaje histórico, a su maquiavélico enemigo Cortés: el general tlaxcalteca detenido por orden del senado «no tenía otro delito que amar demasiado a su patria y leer con más acierto en el porvenir que aquellos próceres, débiles y gastados»; la intercesión de Cortés para que le restituyeran el mando del ejército no responde, como en el cuento de Riva Palacio, a pura generosidad sino a un bien calculado proyecto:

> Pronto saldrá conmigo a la guerra y yo encontraré entonces una ocasión para castigarle mejor que esos débiles senadores. ¡Meterle en una jaula cuando debía ya haber pagado en la horca sus imprudentes palabras! (Ancona 1964: 598-599).

El narrador propone un modelo mestizo condenando los excesos de ambos lados: una entidad –el valle del Aná-

huac– audaz y valerosa, mal gobernada por su jefe y por los 'inmundos sacerdotes', tuvo que ser sacrificada para que se salvaran sus almas y pudiera nacer el nuevo México independiente, mestizo y católico, proyectado hacia un futuro finalmente libre de los excesos tanto de la barbarie pagana de los aztecas como de las violencias innecesarias y de la codicia de los españoles y de sus sacerdotes. En un paso central de la novela –después de una batalla con los tlaxcaltecas y antes de que Cortés se enfrentara con Narváez– se puede leer este mensaje esclarecedor:

> De súbito una exclamación de alegría salió de los labios de todos. Acababan de descubrir en un claro del bosque una cruz rústica de madera que ellos mismos habían plantado allí después de la destrucción de los ídolos de Cempoala. 'Amigos míos', dijo Hernán Cortés, 'el cielo sin duda protege nuestra empresa puesto que hace salir a nuestro encuentro el signo santo de la redención. Y corriendo donde estaba la cruz se postró de hinojos ante su base de piedra. Todos los soldados se creyeron obligados a imitarle y se arrodillaron también. [...]. El padre Olmedo, capellán del ejército, con voz robusta y sonora comenzó a recitar una oración que todos los circunstantes repitieron en coro. Entonces el sacerdote levantó el brazo y bendijo al ejército, invocando el santo nombre de Dios. Al ver a aquellos hombres arrodillados ante dos toscos pedazos de madera atados con mimbres, al ver a aquel sacerdote de venerable aspecto [...], un espectador cualquiera se hubiera creído transportado a los primitivos tiempos de la Iglesia en que los monasterios se elevaban en medio de los páramos. Y, sin embargo, aquellos hombres que oraban así, aquellos hombres que eran absueltos por un sacerdote cristiano, habían saqueado pocos meses antes los tesoros de Motecuzoma, habían violado a las vírgenes del Anáhuac y habían manchado sus manos con la sangre de las víctimas indefensas en Cholula (Ancona 1964: 562).

Con repetidas invocaciones al valor de cruzada de la Conquista, pero condenando las 'violencias innecesarias' y reconociendo la tarea justiciera de la Historia («Pero la historia no ha perdido todavía de vista esa aldehuela de Izancánac, donde el conquistador echó un sello a sus maldades con el atentado de este triple suplicio», Ancona 1964: 623), se llega al final de la novela, que enseña a un Cortés envejecido, «lleno de tedio y de amargura»: «Lo habían matado los remordimientos, la contrariedad y el despecho [...]. La ingratitud proverbial de los reyes vengaba hacia cierto punto la sangre de tantos mártires sacrificados a su ambición y crueldad» (Ancona 1964: 624). Esta frase final cierra el *discurso* de las reivindicaciones de los criollos contra la corona: en 1547 –año de la muerte de Cortés– como durante todo el período colonial, la 'ingratitud proverbial de los reyes' hacia sus hijos mejores había marcado negativamente las relaciones entre madrepatria y sus tierras ultramarinas, motivando la justa rebelión de los patriotas americanos.

Terminada la epopeya de la Independencia, fracasado el sueño de una trayectoria burguesa-liberal según el designio que había guiado a los criollos en el enfrentamiento con la madre España junto al sueño de la Revolución integral y radical, no queda sino la nostalgia de un mundo sepultado por más de cuatro siglos de Historia. El tema de la Conquista de México parece perder interés; más bien se desarrolla la denominada 'literatura colonialista' interesada, ahora, en la recuperación de la tradición colonial más que en la ruptura con el pasado, que había caracterizado el período postindependentista: Sor Juana Inés de la Cruz y anécdotas del México virreinal son los temas preferidos, antes de que explote la novela de la Revolución. Luego, los primeros intentos de resuscitar la sensibilidad y la cosmovisión indígenas produ-

cen novelas históricas como *Canek: historia y leyenda de un héroes maya* (1940) de Ermilo Abreu Gómez, sobre la insurrección maya de 1761, y *Moctezuma, el de la silla de oro* (1945) de Francisco Monterde: «novelas poéticas», las llama Teodosio Fernández, en las que es evidente la «melancólica poesía de lo pretérito que parecía inseparable del triste recuerdo de las razas vencidas» (Fernández 2007: 74).

También la elección, en el ámbito de la Conquista, del desdichado Moctezuma como última estrella de un mundo en vías de desaparecer, magnánimo pero débil, y no de Xicoténcatl o Cuauhtémoc, últimos guerreros valerosos e indómitos, da cuenta de un diverso uso y significado del género de la novela histórica:

> El esteticismo colonialista se había apoyado precisamente en el culto de un pasado caracterizado por alguna forma de 'brillante ostentación', evidente en el prestigio de los objetos y monumentos antiguos o en la rareza de personajes que exhiben con frecuencia títulos cuya significación social se ha perdido, y que les confiere en el presente un carácter insólito (Fernández 2007: 74).

Sólo la 'nueva novela histórica' podrá, de alguna forma, resucitar aquel mundo restituyéndole profundidad y vida.

Efectivamente, si *descolonizarse* –nos lo enseña la historia reciente de la América central francófona y anglófona y de los países de Asia y África– significa antes que nada oponer a la voz de los colonizadores la voz de los colonizados que se adueñan finalmente de su pasado y de su Historia, en Latinoamérica este proceso inicia sólo ya avanzado el siglo XX como fruto no de una lucha de Independencia sino de la crisis de la Modernidad europea y de la toma de conciencia de la *americanidad*.

La excentricidad de la historia de América, y por lo tanto de su literatura, como hemos visto, consiste en que las luchas de Independencia han sido una cuestión interna al sistema colonial –entre centro y subcentro, entre europeos y colonos, sin tocar la periferia indígena– una lucha de clase y no una guerra étnica, y por lo tanto un texto como el *Xicoténcatl* anónimo que condena la Conquista en sí y deja entrever la voz de los vencidos, si bien filtrada por la cultura europea, queda como indicio de una ocasión perdida: en efecto, la re-escritura de la Historia hecha por la mayoría de las novelas históricas del siglo XIX confirman la exclusión de la voz indígena en el proceso de la independencia y de la formación de la 'nación' y de la 'identidad'. Son los criollos los que han hecho la Historia y en el siglo XIX la re-escriben oponiendo su versión –siempre eurocéntrica, crítica hacia las modalidades degenerativas de la gestión española y no hacia el hecho en sí– a la oficialista del Imperio como lo confirman, aunque con matices diferentes, el *Xicoténcatl* de Riva Palacio y *Los mártires del Anáhuac* de Eligio Ancona[96].

Paradójicamente, el anónimo *Xicoténcatl*, el texto más fiel a las fuentes hasta reproducir, entre comillas, párrafos enteros de Solís, es el que más revoluciona el *discurso* historiográfico oficial, proponiéndose como interesante anticipación del *discurso* poscolonial, del cual Hispanoamérica por las peculiaridades de su Historia parecería haberse autoexcluido.

---

96 En las dos novelas analizadas también la confrontación de otros personajes –la Malinche, Moctezuma, los demás jefes indígenas y españoles– y la interpretación de otros episodios –la Noche Triste, la batalla entre Cortés y Narváez– confirmarían la misma tesis que he intentado demostrar ciñéndome sólo al enfrentamiento Xicontecatl-Cortés (en el relato de Riva Palacio por su brevedad quedan excluidos otros episodios de la Conquista de México así como la vida familiar de los protagonistas).

3.2. Malinche

La Malinche es la única mujer que en las crónicas de la Conquista de México adquiere papel de primer plano, hasta sobreponerse, en algunas ocasiones, al mismo Cortés, como enseña la lámina n. 7 del *Lienzo de Tlaxcala*, en la que aparece, adelantándose al Gran Capitán, más alta y hasta más imponente que él; ambigua y controvertida figura, es personaje novelable por excelencia, objeto también, en las últimas décadas, de re-escrituras de marcado signo feminista.

Ya que fue muchas mujeres y perteneció a muchos mundos, tuvo también muchos nombres, lo que encaja estupendamente en su rol de lengua, de intérprete y 'mediadora cultural', como se diría hoy, «mujer de muchas caras pero jamás la suya» (Núñez Becerra 2002: 9).

En cuanto mujer y en cuanto lengua, parece no tener autonomía, sino hacer sólo de puente, de receptora-transmisora de mensajes ajenos: ya que no dejó en ningún momento su propio testimonio directo, vive según la vida que quieren inflarle los dos polos de la comunicación en la cual hizo de puente, de traductora.

Progresivamente adquiere importancia en la historiografía americana no sólo por las circunstancias históricas, sino también por las iniciativas que toma anticipando al mismo Cortés y hablando en su nombre; aun así no deja de ser un objeto visto, descrito, juzgado, mirado, deseado por ojos varoniles, un objeto de intercambio en manos de indígenas y conquistadores: esto hace que Malintzin y tantas otras mujeres puedan ser descritas y juzgadas, con la mayor soltura, y ya a partir de Colón, según estereotipos positivos (santa, sirena, mujer esclava del hombre) o negativos (endemoniada, bruja, equiparada a las fuerzas de la naturaleza, a niños y animales).

De acuerdo con estos estereotipos opuestos, la Malinche, según la voz narradora y el momento histórico, puede pasar de uno a otro extremo, ser exaltada o vituperada, ser santa y encarnación de la Providencia divina o demonio y traidora –adelantando quizás la ecuación 'traducción-traición', tan en boga en estas últimas décadas. Y esas diferencias no dependen exclusivamente del origen étnico del emisor –blanco o indígena, español o americano– sino también de la época, de la ideología del autor y de su *circunstancia*.

A estas múltiples posibilidades colabora también la oscuridad de sus orígenes que si, por una parte, recuerda el origen oscuro de los héroes caballerescos y hasta de la tragedia griega, por otra justifica cualquier comportamiento excéntrico o abiertamente reprochable, en cuanto apátrida, objeto sin dueño: como veremos, es su fuerza –hablar dos idiomas y pertenecer a dos culturas, la maya y la náhuatl– y también su desgracia –pasar de mano en mano, sin pertenecer a nadie.

Lo que es cierto, repetido por todos los cronistas con muy pocas variantes, cualquiera sea el juicio y la imagen que se quieran transmitir, es que fue ofrecida a Cortés junto con varios objetos de oro y otras mujeres –8 o 20, poco importa– en Tabasco.

Cierta es también su importancia como 'dueña de la palabra'. Tanto las Crónicas como estudios recientes, nos han enseñado que la Conquista de América pasó a través de la palabra: nombrar en español al nuevo mundo significó bautizarlo, adueñarse de él, imponer otra lengua, otra religión y otra cultura que borraran las anteriores; significó *inventar* un mundo (O'Gorman) o *encubrirlo* y no *descubrirlo* (Abel Posse). De la misma manera, el nombre más utilizado hoy para la intérprete y amante de Cortés, Malinche, con las connotaciones que se le han adherido, es otra forma de *encubrir*

la Historia y sus protagonistas, ya que sus contemporáneos nunca la llamaron así: era Malinalli para los indios, doña Marina para los españoles.

«¿Qué hay en un nombre?», se preguntaba Julieta en la obra shakesperiana y, como detrás del nombre de Romeo había todo un mundo enemigo para Julieta, así detrás de los diversos nombres de esta mujer hay diversos mundos, diversos juicios y *discursos*.

¿Quién fue Malinalli, Marina, Malinche, Malintzín? Una mujer que existe sólo a partir del encuentro con los españoles y hasta el repudio de Cortés ya que, como todo aquel continente, empieza a vivir en el momento del Descubrimiento: la que era antes no importa, son el *encuentro* y el consecuente bautismo los que, *nombrándola*, le dan visibilidad e identidad.

Nacida a nueva vida después del bautismo, con su nuevo nombre – Marina– y con su nueva palabra –el castellano rápida y milagrosamente aprendido– será el puente entre dos épocas, dos culturas, dos mundos, pero pasando por el limbo de la Nada, de la cosificación, esclava entre esclavas, doblemente inferior porque india y mujer, que conquista un lugar en la Historia gracias al poder de la lengua, que la equipara y hasta la superpone a los españoles (destronando a Jerónimo de Aguilar, el lengua español), y a su fuerza y coraje que la equiparan a los hombres, como reconocen todos los cronistas e historiadores de la época: de toda la serie de personajes femeninos de la conquista, ella es la única que merece el titulo respetadísimo de *doña*.

Pero nunca se olvidarán sus otros nombres, cada uno relacionado con los múltiples roles que asumió y a los contrastantes sentimientos que suscitó: en la elección de uno u otro se puede leer entrelíneas la ideología y la perspectiva de

quien ve, interpreta y escribe, porque, vale repetirlo, el nombre es mucho más que una etiqueta neutral.

Malinalli en nahuatl, significa 'hierba torcida' y es el octavo signo del ciclo de 260 días (*tonalpohualli*)[97], día funesto; Malinal Xochtil o Malintzin era la diosa lunar, única hembra entre los hombres-estrella: también nuestra Malinalli era siempre única mujer entre hombres. Fue llamada también Tenépal, hecha de cal, es decir de piel clara como la luna, y así la describen todos los cronistas españoles, elemento importante en el proceso de *blanqueamiento* ideológico al que fue sometida[98].

Con el bautismo se llamó Marina, quizás por una curiosa combinación de los nombres de los padres de Cortés, Martín y Cristina, o por 'venida del mar'. Los indios siguieron llamándola Malinalli, y a Cortés 'el señor de Malinalli': ya que señor, dueño, en náhuatl se indica con el sufijo –tzin de respeto, Cortés pasó a ser Malinalli-tzin. A su vez, los españoles reconvirtieron este nombre en Malinche, cambiando el sonido dulce 'tzin' en 'che': es decir, en un principio Malinche fue Cortés –*el* Malinche y no *la* Malinche. Otra versión cuenta que Malinche fuera la traducción exacta del español doña Marina: Marina más –tzin (doña), pero ya que el sistema lingüístico del náhuatl no contenía la 'r', pasó a Malinatzin y, por el mismo proceso, Malintzin-Malinche.

El proceso de identificación entre Cortés y Malinalli en el mando de las operaciones –el gesto y la voz, podríamos decir– permitió llamar a los dos con el mismo nombre. Esto

---

97 González Torres habla de duodécimo signo en un abstracto elenco de nombres de días (González Torres 2005: 112), pero es más correcto decir que Malinalli en el *Tonalpohualli* o ciclo de 260 días, es el octavo signo.

98 Hay también otra etimología: 'tlatole', que habla mucho y con animación, de lengua suelta, de 'tene', afilado, puntiagudo. También éste es otro atributo filológicamente correcto y conceptualmente adecuado.

no debe extrañarnos ya que la dualidad –o identificación– hombre-mujer era propio de la cultura religiosa mexica: Ometecuhtli/Omecíhuatl, la divinidad máxima del Olimpo mexica, era hombre y mujer al mismo tiempo, Señor y Señora de la Dualidad. Y así comenta Margo Glantz, en perspectiva feminista, esa identificación entre Cortés y su lengua:

> El cuerpo del conquistador ha sufrido una transformación radical, ha sido transferido al cuerpo de Malinche o se ha confundido con él [...] Marina, la intérprete por antonomasia, acorta las distancias, esas distancias irreductibles que separan –a partir de sus funciones sociales– a las mujeres de los hombres [...] Para los indígenas ella es definitivamente la dueña del discurso, y él, Cortés, el Capitán Malinche, jefe de los españoles, un hombre despojado de repente de su virilidad; carece de lengua porque sus palabras carecen de fuerza, es decir, de inteligibilidad, sólo las palabras que emite una mujer que cumple con excelencia su oficio de lengua [...] alcanzan a su destinatario (Glantz 2001: 10).

De todas formas, ambas versiones del origen de 'Malinche' dan cuenta de un hecho incontrovertible: la conquista de México fue posible gracias a esa alianza, a esa comunión de miras, de ambiciones, de proyectos. Y hay más: ser mexicano, ser 'hijo de la Malinche', significa exactamente esto, ser hijo de ambos, de los Malinches, el capitán español Cortés y la india Malinalli, unidos contra el enemigo común, Moctezuma. Y que se haya perpetuado hasta nosotros la versión femenina del nombre es una venganza de la historia, casi un patronímico al revés, que reconoce el rol activo de esta mujer en la conquista.

Sería inútil repetición enumerar las múltiples variantes del personaje Malinche descritas en las crónicas. Podemos sólo recordar cómo la primera referencia es anodina, por

razones políticas y ciertamente no porque el autor no valorara su actuación: Cortés en las *Cartas de Relación* impone su propio rol central y menosprecia todo lo que podría menguar su éxito personal. A Marina por lo tanto casi no la nombra con su nombre y con su efectiva importancia, limitándose a indicarla como «la lengua [...] que es una india de esta tierra».

Será en cambio Bernal Díaz del Castillo quien, de acuerdo con su proyecto de escribir una Historia alternativa de la Conquista de México, restituya a Marina lo que le es debido, ya desde el momento en que viene ofrecida a Cortés; luego le dedica unos cuantos párrafos cuando, en Cholula, delata a su propia gente informando a Cortés de la emboscada[99] y cuando, en otras ocasiones, da órdenes a indios y españoles o combate como un hombre: «verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques»; «moza y de buen parecer y rica»; «jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer»; «y como doña Marina en todas las guerras de la nueva España, y Tlaxcala y México fue tan excelente mujer y buena lengua [...] a esta causa la traía siempre Cortés consigo»; «tomó un caballo y una lanza y adarga y fue á pedir al Marques licencia para salir á los indios y probar el valor de su persona»; «cosas tocantes a nuestra santa fe [...] fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan experto en ello, que se lo daban a

99 Hubo un caso similar en el Río de la Plata, en 1539, que no ha tenido la misma resonancia, excepto en Paraguay (Hugo Rodríguez Alcalá le ha dedicado dos romances y Helio Vera un cuento), donde se desarrolla la historia: la amante india de Juan de Salazar y Espinosa, fundador del Fuerte Nuestra Señora de la Asunción, le avisó de que se estaba organizando una conjura durante la procesión del Viernes de Semana Santa en la que los españoles estarían sin armas (Pla 1985: 64-66, Langa Pizarro 2007: 116-117).

entender muy bien»; «en todos los pueblos por donde pasamos y en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí a adelante, Malinche, en todas las pláticas que tuviéramos con cualesquier indios [...] y no le nombraré Cortés sino en partes que convenga. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como Doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el Capitán de Marina y para más breve le llamaron Malinche» (cap. XXXVII y ss., passim).

Ya todo parece dicho. Aquí están las bases de la futura fortuna del personaje de la Malinche, siendo la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz del Castillo el primer intento de escribir no sólo la Historia de los grandes, de los Hombres públicos y potentes, sino también de los menores, de todos los que, aunque hubieran tenido un papel significativo, por motivos *políticos* fueron silenciados: quien por ser mujer, quien por indio o pobre o simplemente disidente respecto a la línea oficial. Así, de la Malinche, además de su función primaria –intérprete– Díaz del Castillo menciona otras funciones y capacidades, a partir de las cuales cada cronista, historiador y novelista sucesivo construirá su propio personaje: de origen noble, mujer fascinante, valiente, astuta, traidora, aventurera, fiel, sometida, buena cristiana y hasta evangelizadora.

Como cualquier mito, muy poco se sabe de su origen y de su muerte, así que cada uno ha podido inventar una familia y las circunstancias de su cautiverio y de sus últimos años según *su* propia idea de Malinche, sin tener que tergiversar la Historia, sino simplemente profundizando y matizando los

datos presentes en la *Verdadera Historia*. Ya en el siglo XVI, resume esas versiones Diego Muñoz Camargo, historiador de Tlaxcala:

> En lo que toca al origen de Malintzin, hay más grandes variedades sobre su nacimiento y de qué tierra era [...]. Notoria cosa es y muy sabida, cómo Malitzin fue una india de mucho ser y valor, y buen entendimiento y natural mexicana, la cual fue hurtada de entre sus padres, siendo de buena gracia y parecer, y entregada a unos mercaderes que trataban en toda costa del Norte [...]. Otros quieren decir que fue hija de un mercader que la llevó consigo por aquellas tierras, lo cual no satisface a un buen entendimiento, sino que siendo hermosa fue llevada para ser mujer de algún cacique de aquella costa, y que fue presentada por algunos mercaderes para tener entrada con los caciques de Acosamilco y seguridad; y ansí fue que en efecto la tenía un cacique de aquella tierra cuando la halló Cortés [...]; otros quieren decir que Marina fue natural de la provincia de Xalisco, de un lugar llamado Huilotla; que fue hija de ricos padres y muy notables y parientes del señor de aquella tierra [...]. Dicen asimismo que Marina fue presentada antes en Potonchan con otras veinte mujeres que allí se dieron a Cortés; que la trajeron a vender a unos mercaderes mexicanos a Xicalanco (Muñoz Camargo 2003: 185-186).

Podemos aún notar que generalmente los cronistas e historiadores de profesión clerical son muy parcos, limitándose casi siempre a pocas y concisas noticias para no tener que opinar sobre el discutido tema de la relación extramatrimonial con Cortés y del hijo ilegítimo, 'reconocido' por Cortés gracias a una dispensa papal.

No faltan tampoco otras suposiciones, hasta de un posible origen cubano, que encontramos por ejemplo en la

Historia de la Conquista de México de Antonio de Solís, mientras recientemente Anna Lanyon propone el origen maya: «L'Istmo fu la culla della civiltà messicana e fu anche il luogo dove ebbe inizio la vita della Malinche: veniva da qualche località dell'Istmo e non era come dicono molte guide turistiche una principessa azteca» (Lanyon 2000: 36).

Muy poco se sabe también de los últimos años de su vida cuando, casada por voluntad de Cortés con Juan Jaramillo, su hombre de confianza, desaparece de la Historia oficial: en un principio, reciben honores y prebendas y, siempre,

> las atenciones de Cortés [quien] le dio como dote los pueblos de Jilotepec en México y los de Oluta y Tequipaque en Coatzacoalcos [...] y un terreno situado cerca de Chapultepec [...] una huerta y un solar en la calzada de San Cosme y también [...] la parte del Valle comprendida en las tierras de Sumidero, hacia el N.E. de Orizaba (Rodríguez 1935: 39-40).

Demasiados datos para que surjan dudas, pero en realidad nada parece cierto: Somonte habla de la existencia de unos documentos guardados en el Archivo de Notarías en México D.F. que atestiguan que los terrenos de Chapultepec fueron dados por Carlos V a Cortés en 1529, cuando Marina ya había muerto. Somonte además indica y al mismo tiempo rechaza otra posibilidad, la recogida por Manuel Orozco y Berra: que Marina «se fue con su esposo a vivir a España, en cuya corte la trataron como a una señora de distinción, pues el soberano la colmó de honores en justa retribución a sus importantes servicios durante la conquista» (Somonte 1969: 136). Podríamos seguir añadiendo datos y fechas y suposiciones, pero no estamos aquí en papel de historiador, sino de investigador de la génesis

de las versiones ficcionalizadas de la vida de la Malinche: los datos hasta aquí elencados sirven simplemente para ofrecer al lector un abanico de variantes presentes en la historiografía para que el narrador, casi sin inventar nada ex novo, pueda *inventar* nuevas Malinches.

Pero volvamos al tema de los nombres utilizados para esta mujer por cronistas, historiadores, narradores.

Es significativo que Cortés en sus *Cartas* no la nombre nunca: tener nombre significa tener historia, y las *Cartas* de Cortés son un claro ejemplo de autocelebración y *ninguneo* de los demás. Su mentor, como se ha dicho, será Bernal Díaz del Castillo, que la llama respetuosamente Doña Marina y afirma rotundamente que «sin ir doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España y México» (Díaz del Castillo 1939: 148). Y Cortés no renunciará a ella tampoco cuando ya esté casada con Jaramillo, como recuerda Bernal en el viaje hacia Hibueras, porque, repite, «Cortés, sin ella, no podía entender a los indios».

Doña Marina será el nombre usado mayormente por los cronistas oficiales, que ven en ella a la enviada por la Divina Providencia para favorecer la conquista cristiana. Aún más convencidos de su naturaleza divina son los indios que padecieron sus artimañas y hechizos:

> Los indios que informaron por primera vez a Moctezuma, le hicieron saber que 'los españoles traían consigo una Mujer como Diosa por cuyo medio les entendían etc.; que no podía ser, sino que fuesen Dioses, porque iban en Animales Extraños, y nunca vistos, y espantabanse que no llevasen Mujeres (sino solo Marina) que ellos llamaron Malintzin y que era por arte de los Dioses el saber la lengua Mexicana, pues siendo Extranjera, no la podía saber de otra manera etc.' (Torquemada) (Somonte 1969: 17).

Lo confirma también un mestizo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quien propondrá la versión 'milagrosa' de Marina en la línea del Providencialismo cristiano medieval:

> Y no entendiendo Aguilar aquella lengua, fue Dios servido de remediar este inconveniente, con que se halló una de las mujeres que el señor de Potonchán había dado a Cortés, que sabía muy bien la lengua [...] en breves días aprendió la [lengua] castellana, con que excusó mucho trabajo a Cortés, que parece haber sido milagroso y muy importante para la conversión de los naturales y fundación de nuestra santa fe católica. Marina andando el tiempo se casó con Aguilar[100] (Alva Ixtlilxóchitl 1977: 198).

También en las crónicas indígenas, aunque casi siempre con tonos menos entusiastas, Malintzin aparece como personaje central. Se prefiere casi siempre *describir* sin juzgar, como en el Códice Florentino: «Y se dijo, se indicó, se relató, se puso en el corazón de Motecuhzoma, que una mujer de aquí, de los nuestros, los guiaba, les servía de intérprete hablando náhuatl. Ella se llamaba Malintzin, su hogar estaba en Tetícpac. Allá, en la costa, de entrada la habían prendido» (Sahagún 1969: 79).

---

100 La misma versión de las bodas con Aguilar la encontramos en Muñoz Camargo, pero parece inverosímil ya que Aguilar había recibido órdenes menores y siempre ha sido connotado como fraile muy devoto. Germán Vázquez Chamorro, en una nota a la edición de la *Historia de Tlaxcala*, afirma que «la versión [...] de la historia de los intérpretes cortesianos, además de estar plagada de errores, no concuerda con los hechos verdaderos»: «el matrimonio de Malintzin y Aguilar no puede atribuirse a una información errónea, ya que era cosa sabida que Aguilar carecía de libertad para contraer nupcias. A mi entender, esta fábula procede de los vencidos y, quizá, se relaciona con la visión providencialista de la Conquista. Aunque podría aducir varias pruebas, baste con señalar que el falso enlace sólo se encuentra en autores que manejan fuentes indígenas [...] por ejemplo, Alva Ixtlilxóchitl» (Muñoz Camargo 2003: 188).

Durante la colonia, fue personaje positivo –aunque siempre pasivo– en todas las obras hagiográficas de la conquista, tanto desde una visión laica –objeto complaciente y dócil del maquiavelismo de Cortés– como confesional –don de la Providencia para cristianizar al Nuevo Mundo.

En el siglo XIX la efigie de la Malinche se llena de significado político, de acuerdo con la nueva circunstancia de América después de la Independencia: para forjar una identidad nueva basada en el sentimiento nacionalista se buscan –o se crean– los Padres, los mitos fundacionales. Y Marina bien podía ser la Madre, perfecta para el México mestizo –aunque indios y mestizos no entraran en el modelo de nación que se estaba creando– donde no podía faltar un intento de resucitar el origen indio de la nación. Un juicio sobre Marina totalmente positivo, que parecería mancomunar tanto al mundo blanco como al mestizo y al indio pero que en realidad refleja totalmente el pensamiento occidental, lo da el historiador William H. Prescott (1843):

> Desde [las bodas con Jaramillo] el nombre de Marina ya no aparece más en las páginas de la historia pero siempre será recordada con gratitud tanto por los españoles, por los importantes servicios que les hizo ayudándolos en la Conquista, como por los mexicanos también por su benevolencia y la simpatía que les mostró, mitigándoles sus infortunios (Prescott 1977: 554).

Más diversificado es el juicio expresado en las novelas. Algo hemos ya dicho refiriéndonos a Xicoténcatl-Cortés. En *Xicoténcatl* (Filadelfia, 1826) nace el mito negativo de la Malinche: en la intrigada historia personal de Xicoténcatl así como en la historia pública de la conquista de México, doña Marina –éste es su nombre dominante en esta novela– es la

traidora por antonomasia, ya que el punto de vista político, si no el cultural, es el de los indígenas («astuta y falsa […] supo emplear con más efecto la corrupción y la intriga, en que hizo grandes progresos», Anónimo 1964: 107, 110), pero le viene reservada la posibilidad del arrepentimiento. Recobrada la razón y la palabra, lanza la más grave acusación a la religión católica y a sus representantes:

> Cuando yo seguía mi culto sencillo y puro, pues que salía de mi corazón: cuando yo era una idólatra [...] yo fui una mujer virtuosa [...], pero desde que fui cristiana, mis progresos en la carrera del crimen fueron más grandes que las hermosas virtudes de Teutila. Abjuro para siempre de una religión que me habéis enseñado con mentira, con la intriga, con la codicia, con la destemplanza y, sobre todo, con la indiferencia a los crímenes más atroces (Anónimo 1964: 161).

Es ese ataque a la religión por boca de la Malinche, entre otros muchos elementos, que nos hace hablar para esta novela de rasgos de resistencia india, aunque escrita por un autor de evidente cultura europea que asume un presunto punto de vista indígena. Parece que Justo Sierra Méndez haya pensado en esta novela al escribir: «Singular mujer la hermosa Marina, 'la india', a quien los adoradores retrospectivos de los aztecas han llamado traidora, y que los aztecas adoraban casi como una deidad» (Somonte 1969: 125).

La doña Marina de Eligio Ancona, en cambio, es un personaje totalmente positivo: en *Los mártires del Anáhuac* (1870) doña Marina –siempre así se le llama– es la víctima de un destino cruel favorecido por las costumbres bárbaras de aquella gente, rescatada por el amor hacia el héroe español y por la conversión que le otorga un papel evangelizador. La historia de sus orígenes cabe perfectamente en

el repertorio clásico occidental: una familia principesca, un *crescendo* de situaciones trágicas hasta la providencial llegada de los españoles que permite su inserción en un contexto civil y la expresión plena de todas sus virtudes hasta ahora reprimidas.

Hay tres buenas razones que disculpan completamente a la Malinche de cualquier acusación: ser predestinada a obrar el milagro («Marina no debía ser más que el instrumento de que el cielo se había valido para librar a los soldados de la Cruz de las acechanzas de los paganos», Ancona 1964: 483); obedecer a los impulsos del amor y ser fiel a Cortés hasta aceptar con resignación ser repudiada y casada con otro («Porque Marina amaba y, como mujer de corazón y de talento, puso todos sus esfuerzos en comprender hasta donde le fuese posible al hombre a quien había entregado su albedrío», Ancona 1964: 482); vengarse de los aztecas que habían conquistado y destruido su patria, y la habían vendido como esclava.

Es este modelo el que se impone en el siglo XIX, subrayando ora una motivación, ora otra – la fe, el amor, el reconocimiento de la superioridad de la civilización occidental–, pero dibujándola siempre con caracteres blancos, hasta casi borrar sus rasgos indios en el físico, además de en la cultura. Su nombre será Doña Marina, para subrayar que aquella mujer tiene nombre –e historia– sólo a partir del bautismo.

En la novela de Ireneo Paz, *Doña Marina* (1883), el amor es el impulso de toda acción humana y la relación superior-inferior –la admiración y la sumisión del indio hacia los españoles– es el *leitmotiv* del libro, como si todos los personajes creyeran en la versión providencialista de la llegada de los europeos. Naturalmente estos caracteres se encuentran sublimados en doña Marina, que se vuelve modelo de con-

ducta en cualquier relación entre mujer y hombre («Preferiría morir a no verlo, Cortés era su amo, su señor, su dueño», Paz 1883: 9), y aún más por ser ella india: «Debes tenerme siempre mucha estimación así como compadecer mi debilidad, no soy culta ni civilizada, sino oscura y sencilla» (Paz 1883: 117).

Al llegar Catalina Juárez, la esposa de Cortés, mujer pero española, la india no puede sino reconocer su propia inferioridad, profesándose dispuesta a un último valiente acto de amor: «Dime que me quede y sabré ser india [...], la esclava sumisa de tu esposa» (Paz 1883: 276). Esta es la Marina heroína de los criollos: a pesar de ser india, posee la cualidad más apreciada en las mujeres españolas, la aceptación de su propia inferioridad. Si algo hay que reprocharle, es que ese amor la lleve al pecado, a una relación condenada por la Iglesia y por la Institución, pero redimida por sus declaraciones de fe en la única religión, la católica.

La novela *Guatimozín, último emperador de México: novela histórica* (1846) de Gertrudis Gómez de Avellaneda constituye un caso muy especial en cuanto la autora no la incluyó en sus *Obras literarias, dramáticas y poéticas*, publicadas entre 1869-1871[101] donde en cambio aparece *Una anécdota de Cortés*, acompañada por esta nota, en tercera persona, pero claramente autoral: «Esta anécdota, tomada de su novela *Guatimozín*, es lo único que la

101 En vida de la autora hubo una sola edición en España y numerosas en México, probablemente porque en aquel entonces fue leída como obra pro-americanista y ésta puede ser una de las causas de su exclusión de la recopilación de sus obras. Curiosamente, no fue incluida tampoco en los volúmenes de *La novela del México colonial* (1964), publicados al cuidado de Antonio Castro Leal, quien, en la *Introducción*, en el apartado «México en las novelas históricas españolas», la juzgó una «novela romántica de amores», española e hispanófila.

autora ha querido conservar de dicha obra, suprimida de la presente *Colección* a causa de no haberle permitido su falta de salud revisarla y corregirla, según juzgó necesario» (Gómez de Avellaneda 1981: 207).

Sobre las motivaciones del rechazo (la más probable sería el creciente conservadurismo de Avellaneda, que la lleva a introducir en la *Anécdota* «los cambios necesarios para mostrar una imagen netamente positiva del conquistador», Fernández 2004: 75), se puede leer el excelente trabajo de María Teresa González de Garay (2007: 84-97) que da cuenta de los muchos interrogantes sobre la conducta de la escritora hispano-cubana en relación con la conquista española. Pero lo que nos importa aquí es el rol de la Malinche y los cambios que conciernen su conducta y provocan una variación en el eterno dilema santa-demonio.

Aunque en la novela tenga un papel muy marginal, y concentrado en el Epílogo, Gertrudis Gómez de Avellaneda subraya en las primeras páginas –para luego olvidarla a lo largo de todo el texto– sus capacidades de intermediación que van más allá del papel aparentemente neutral de intérprete:

> El intérprete que traducía al emperador lo que decía Cortés, era una joven indiana, que bautizada con el nombre de Marina, seguía al caudillo con el carácter de intérprete en público, y con otro más íntimo en secreto. Notando ésta la poca apariencia de docilidad que tenía Moctezuma: –Señor, le dijo en voz baja, soy una súbdita tuya que no puede desearte mal, y una confidenta de ellos que sabe sus intenciones. Cede, te ruego, por amor a tu vida y para evitar grandes males a tus vasallos (Gómez de Avellaneda 1853: 32).

Luego desaparece del escenario bélico que ve las victorias del español, para reaparecer en el epílogo, donde a ella

y a una mujer española[102] la autora deja la tarea de comentar un último acontecimiento, tres años después de la caída de la capital azteca: el suplicio infligido a Guatimozín y a dos príncipes aztecas más. Marina intenta justificar la innegable crueldad de este episodio subrayando la inserción de la Conquista en un designio divino:

> «comprendo la necesidad en que se ve nuestro dueño de quitar del mundo a esos infelices que bien quisiera perdonar su benignidad si no lo desaprobase su prudencia». Marina acababa de dar con estas palabras la única explicación probable [...] la única excusa verosímil de un acto de crueldad que inmotivado sería horroroso y que en vano quisiéramos justificar apoyándolo en la sospechosa acusación de un súbdito traidor (Gómez de Avellaneda 1853: 176).

De acuerdo con su actuación 'ecuánime' entre los dos bandos, acoge y protege a la viuda de Cuauhtémoc que, de noche, intenta apuñalar a Cortés que huye horrorizado: Marina llega a tiempo para salvarlo y ahoga a la mujer. Y de acuerdo con esta actuación, la autora resalta flaquezas y virtudes de ambos bandos (la osadía y la ambición de

---

102 Podría tratarse de la esposa de Cortés, Catalina Juárez, aunque no haya marcas referenciales que lo indiquen: se dice que estaba casado, lo cual es una invención de la autora (los hechos acaecen en 1525: la primera mujer de Cortés había muerto en el 1522, y las segundas nupcias son de 1528) que autoriza a pensar que esta mujer sea la esposa. Según González de Garay sería simplemente la «mujer de alguno de los expedicionarios españoles» (González de Garay 2007: 91), pero no me parece descabellado que en este epílogo bastante inverosímil Avellaneda haya querido representar precisamente las dos mujeres víctimas de Cortés que lo acompañan en una campaña difícil y peligrosa. Este binomio española-india, esposa-amante, parece aludir al rol de *puente* de la mujer entre dos mundos y dos culturas, para asegurar la paz tanto en el hogar como en la Historia, reconociendo ambas al hombre español –Cortés– una superioridad indiscutida.

Cortés, su misión evangelizadora así como la crueldad de sus acciones represivas; el heroísmo, la lealtad, la sumisión de los mexicanos a los principios religiosos y civiles) porque, al fin y al cabo, al escribir esta novela en 1845-1846 la Avellaneda, nacida en la Cuba todavía colonial pero residente en España, entre Sevilla y Madrid, desde 1836, como la Malinche estaba viviendo entre dos mundos, doblemente marginada siempre –en cuanto mujer y en cuanto sujeto colonial–. Las dos hicieron de la palabra su fuerza para vencer y convencer y así, detrás de las palabras de Marina se lee muy bien la orientación de la autora, como comenta María Louise Pratt:

> Como sujeto colonial y femenino, parecía no sentir conflicto entre su cubanidad y su lealtad a España. El ser una famosa escritora española no amenazaba la identidad permanentemente cubana que permeaba su producción literaria; no sentía contradicción entre sus vínculos con la corte y su compromiso profundo con el futuro de Cuba. Ella no se incomodaba, y por esa misma razón, incomodaba a los independentistas (Pratt 2003: 30).

Pero con los años algo cambia; después de varias peripecias y viajes y de una larga estadía en Cuba entre 1859 y 1864, elige volver España y preparar la edición completa de su obra: por conveniencia o convicción[103], decide excluir de sus *Obras Literarias, dramáticas y poéticas* (1869-1871) las tres novelas que, por diversos motivos, juzga ahora 'políti-

103 «Ahora, el escrúpulo religioso y la llamada de la conciencia moral son mucho más perentorios, porque se une a ellos la enfermedad crónica y porque pesa sobre la autora el vendaval del olvido», argumenta González de Garay (2007: 85).

camente incorrectas': *Sab* por abolicionista, *Dos mujeres* por feminista *ante litteram*, *Guatimozín* por anticortesiana.

Pero, mientras de las dos primeras no queda ningún indicio en las *Obras*, de *Guatimozín* queda la *Anécdota* que delata, como comenta González de Garay, que «contrariamente a los otros dos casos, *Guatimozín* no está olvidada», aunque necesite una re-orientación profunda para estar en la línea del conservadurismo en sentido hispanófilo de la Avellaneda madura. Y lo que nos interesa más, es que Marina, que en *Guatimozín* era personaje absolutamente marginal que ganaba protagonismo sólo en el Epílogo, en la *Anécdota* es en cambio protagonista, juez benévola de la empresa cortesiana y su aliada más firme. Lo que en *Guatimozín* eran luces y sombras, ahora resplende sin restricciones:

> Nunca se ejerce impunemente la superioridad del genio [...] Al levantarse las grandes individualidades de todos los siglos, de todos los países, siempre encuentran hostiles a las numerosas medianías [...] De este modo toda vida eminente, de iniciativa vigorosa, viene a ser continuado combate empeñado con la resistencia del orgullo colectivo [...] Hernán Cortés, una de las mayores figuras que puede presentar la historia [...] debía tener y tuvo la suerte común a todos los genios superiores. Persiguiólo la envidia, afanóse por denigrarlo la calumnia, acecháronlo la deslealtad y la perfidia (Gómez de Avellaneda 1981: 208).

En este proyecto de exaltación de la Conquista y de sus héroes no tienen cabidas la elucubraciones de doña Marina sobre el imperscrutable designio de la Divina Providencia y el diálogo entre las dos mujeres –la andaluza ahora se llama Doña Guiomar y no tiene relación alguna con Cortés– se limita a comentarios banales. Es en el final donde hay los

cambios más sustanciales[104] que se refieren a doña Marina que ahora aparece no en el rol de lengua, consejera y juez –un rol público–, sino en el de amante posesiva y celosa frente al interés de Cortés hacia Gualcazintla, hija de Montezuma y viuda de Guatimozín:

> Las crueldades que la conveniencia hacía cometer o consentir al jefe del ejército español, hallaban en su propio noble corazón secreto pero inmediato castigo, y bajo la influencia del sentimiento que le oprimía desde que creyó necesidad inevitable el sacrificio de sus dos más ilustres prisoneros, no pudo menos de demostrar a Gualcazintla –como para acallar un tanto su conciencia– un afecto tan expresivo y tierno, que llegó a alarmar a la enamorada y celosa Marina (Gómez de Avellaneda 1981: 212).

Marina ahoga a Gualcazintla no para defender al jefe de los españoles, sino para vengarse de la atención que el hombre Cortés había demostrado a la enemiga, «aquella hermosura infortunada» (Gómez de Avellaneda 1981: 212) de cuya desdicha y locura el propio Cortés había sido inculpable autor.

Es evidente la metamorfosis de Cortés entre el *Epílogo* y la *Anécdota* («de un Cortés astuto, frío, ambicioso y despuesto a sacrificar vidas ajenas, si ello conviene a sus intereses políticos y militares […] a un Cortés modelo de fidelidad a su rey, heroico en sus acciones, excepcional en su audacia, y personaje universal de primera magnitud […], de un Cortés sin corazón, a un Cortés que se arrepiente de sus errores y que lamenta las consecuencias de algunos de sus actos»

104 Para otros cambios en la trama, muy importantes pero no significativos para nuestro discurso sobre la Malinche, cfr. González de Garay 2007: 90-97.

(González de Garay 2007: 95) pero no podemos dejar de subrayar la importante metamorfosis de Marina que refleja directamente la metamorfosis de Avellaneda.

Si en 1846 a través de la Malinche suspendida entre dos destinos, dos mundos, dos fidelidades, hablaba la misma autora que intentaba conciliar a través de su personaje su doble identidad de americana y de española, de escritor colonial y escritor metropolitano, ahora, anciana y residente estable en España, no puede sino rechazar su identidad americana y lo hace precisamente marginalizando el rol político y positivo de la indígena y subrayando en cambio su loco amor que le ha hecho aceptar hasta el destino que Cortés ha elegido para ella: «harto también he torturado y envilecido mi alma recibiendo –porque así lo exigisteis– marido de vuestra mano» y «harto he sufrido ahorrando quejas a la dichosa mujer que lleva vuestro nombre» (Gómez de Avellaneda 1981: 213)[105].

---

105 No podemos dejar de mencionar por lo menos dos novelas escritas y publicadas en España en el siglo XIX, en las que el rol de Marina es totalmente positivo. En *Xicoténcal, príncipe americano* de Salvador García Bahamonde, Cortés es el héroe total –capitán valoroso y hombre virtuoso– que se enamora inmediatamente de su nueva esclava, quien se distingue entre las veinte indias que le dona el cacique de Tabasco: «un vínculo indisoluble le una á aquella belleza á quien amaba ciegamente. Ella conocía muy bien lo que pasaba en el alma de Cortes, y sus ojos declaraban los sentimientos de su corazon ya que la lengua no podia espresarlos. Este lenguage mudo, que es el del verdadero amor, egerce sobre las almas sensibles un poder á que en vano procuran resistirse» (García Bahamonde 1831: 37). Este sentimiento de amor no excluye, obviamente, otros sentimientos más utilitaristas, ya que Cortés necesita las cualidades de Marina para conseguir su objetivo, el de conquistar al emperador Moctezuma y al México todo: «y era necesaria toda la prudencia de Cortes y la sagacidad de Guacoalca, que uniendo á su belleza la discrecion, estaba ya ilustrada en la fe y podia ayudar á Cortes en la conquista del corazon de Motezuma» (García Bahamonde 1831: 105). En *El nigromántico mexicano* de

En el siglo XX el movimiento indigenista maneja también la imagen de la Malinche: quien está interesado en fundamentar la patria en el mestizaje, la elogia por haber sido la madre de un mestizo y por haber facilitado la conquista y las subsiguientes culturas y etnias mestizas y católicas, pero quien se reconoce en una identidad india le reprocha su traición. Sigue siendo el amor el motor de todas las acciones de la mujer, pero a veces es una 'pasión loca' que la lleva a traicionar a su pueblo:

> arrastrándose a sus pies subyugada por el deslumbramiento que su hermosa figura [de Cortés] le producía y contemplando sin cesar el exterminio de sus hermanos [...]; el papel de Marina fue importantísimo porque fue el alma de todas las maquinaciones de Cortés para engañar y avasallar a los pueblos descubiertos, su destreza en el habla fue indispensable (Wright de Kleinhans 1910: 20 y 25).

Sobre todo en México[106], después de la Revolución, hay una necesaria pesquisa en el pasado para re-fundar la nación

---

Ignacio Pusalgas y Guerris, Marina toma la palabra para contar a su primo Magicasquin su historia, y sobre todo su papel en la conquista al lado de Cortés: «–Nunca he tendido el arco contra ningún indio; sólo sirvo de intérprete y guía a Hernán Cortés. –¿Qué objeto es el tuyo, conservándote a su lado? –El de procurar un justo equilibrio entre el poder del rey y el derecho del pueblo mexicano. Así me ha prometido lo haría Hernán Cortés, luego que estuviera en su poder el imperio de México» (Pusalgas y Guerris 1988: 78).

106 No hablamos de las muchas obras de teatro en que aparece la Malinche ya que nuestra investigación se limita al análisis de la narrativa: recordamos, por ejemplo, *Cuauhtémoc* de Salvador Novo, *Corona de fuego* de Rodolfo Usigli, *El sueño de la Malinche* de Marcela del Río Reyes, *El eterno femenino* de Rosario Castellanos. A la Malinche en el teatro está dedicado un extenso trabajo de Beatriz Aracil, de próxima publicación.

y la identidad nacional, y la Malinche vuelve insistentemente a atraer la atención de ideólogos e intelectuales, sin perder nunca su doble cara, sus opuestas connotaciones:

> En la época populista de Lázaro Cárdenas, el retrato de la Malinche alcanzó una altura nacional, tanto en su aspecto positivo, de héroe nacional, de madre de la patria, de mestiza mexicana, como en el negativo, dando origen al 'malinchismo', 'malinchista', etcétera, y remplazando el antiguo discurso sobre si la Malinche había o no traicionado a su pueblo (Núñez Becerra 2002: 11).

Son casi siempre obras histórico-antropológicas con pocas y poco significativas pruebas narrativas, pero que, con sus textos más innovadores, empiezan a sugerir o señalar nuevos derroteros alterando y denunciando el burdo maniqueísmo anterior.

En el principio, el malinchismo tiene connotaciones exclusivamente políticas y «se aplica a la burguesía desnacionalizada surgida en ese período; para la izquierda, era entonces el signo de antipatriotismo» (Glantz 1994: 4) pero luego su campo referencial se amplía hasta englobar una idiosincrasia mexicana.

Esta nueva era de revisionismo historiográfico tiene su máxima expresión en *El laberinto de la soledad* (1950 y 1959) de Octavio Paz, obra que es considerada texto fundacional de la identidad mexicana posrevolucionaria, búsqueda de los orígenes sin olvidar contaminaciones e influjos modernos, principalmente de los vecinos del norte; con él el malinchismo adquiere más espesor y se ratifica como rasgo esencial de la identidad nacional y la Malinche se vuelve símbolo de la tierra americana, la Madre-Tierra, violada como sus mujeres por los conquistadores ya que

toda la conquista de América «fue escenario de violación de mujeres e historia de estupros» (Chiappini 2002: 212):

> Por contraposición a Guadalupe, que es la Madre virgen, la Chingada es la Madre violada [...] Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina. Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Malinche se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche (Paz 1959: 77-78).

Así que malinchismo adquiere nuevos y contradictorios matices: sumisión y violencia, entrega y violación, fertilidad y exterminio, y la Malinche ya no es santa o demonio, ejemplo de fidelidad o de traición, sino una mujer protagonista y víctima de una Historia compleja y contradictoria, de fidelidad y traición, de violación y entrega.

Unos años más tarde, Mariano Somonte aparentemente sigue las pautas de Octavio Paz, pero no se atreve a profundizar el tema tan complejo de la identidad mexicana. Traza su perfil desde una óptica enraizadamente machista y, no por casualidad, titula su libro *Doña Marina, la Malinche* subrayando la abnegación amorosa de doña Marina y su dependencia física, sentimental y sexual respeto al hom-

bre, lo que equivale, simplificándolo, a lo que decía Paz a propósito de la correspondencia entre la Malinche y la Chingada:

> Doña Marina ama por primera vez a un hombre, y, como es lógico, se supedita a su voluntad; es una ley biológica. En el ayuntamiento sexual de un macho y una hembra, se impone el más fuerte, el macho, y la hembra se doblega a su voluntad a través del imperioso deseo sexual con miras a conservar la especie. Ella era una esclava, un objeto que se vende o se regala; él, un hombre poderoso; respeta a la mujer y predica que en el hogar sólo debe de haber una [...]. A él, los suyos le tienen por un dios, le obedecen y veneran. Es para ella un ser casi sobrenatural, que vence ejércitos numerosos porque dispone del rayo que escinde y resquebraja los grandes encinos. Un hombre a quien los caciques halagan, los soldados respetan y sus propios sacerdotes tratan con veneración (Somonte 1968: 131).

Opuesto es el juicio de Torruco Saravia que ya en el título, *Doña Marina, Malintzín,* y apelándose a las palabras de León Portilla, rechaza el malinchismo:

> Es tiempo ya de quitar a Doña Marina el estigma de traidora, de seguirla tomando como chivo expiatorio de la conquista. Leamos y releamos nuestra historia para convencernos de que ella no tiene porque cargar con 'esa culpa'. Dejemos ya de creer canalizar nuestra sangre –azteca, totonaca, zapoteca, tarasca, etc., y española– por conductos separados en nuestro cuerpo. Ya basta, somos producto de un hecho irreversible: «Querámoslo o no, en la doble herencia, indígena e hispánica, están las raíces más profundas de la realidad histórica de México. Sólo en función del propio ser con cultura mestiza, y no de algo hipotético o imaginario, se torna significativo el presente y se abre la atalaya para avizorar los

> tiempos que están por venir» (León-Portilla). Reivindiquemos a Malintzin quitando de nuestro léxico el adjetivo que la denigra, que ofende su memoria. Evoquémosla como lo merece: MALINTZIN (Torruco Saravia 1987: 52).

Esta mujer moderna se presta egregiamente a ser protagonista de obras de ficción en la segunda mitad del siglo XX, cuando el tema de la Conquista vuelve a ser central también en la narrativa retomando, a menudo, la línea trazada por aquel primer *Xicoténcatl*: ficcionalizar la otra cara de la Conquista, escribir una historia alternativa, invertir los roles y los caracteres tradicionales en la relación héroe-antihéroe. Hay ciertamente, sobre todo cuando no es protagonista, juicios tajantes y perentorios o irónicos y paródicos (por ejemplo en *Concierto barroco* de Alejo Carpentier: «La Malinche esa fue una cabrona traidora y el público no gusta de traidoras», Carpentier 1997: 69[107]), pero en los autores contemporáneos generalmente es mujer problemática, en la que es posible concentrar y debatir múltiples temáticas.

Ejemplar es el tratamiento que le reserva Carlos Fuentes, narrador obsesionado por la historia profunda e inaccesible de México, que ha logrado una plenitud de comunicación gracias al continuo trasvase entre la obra crítica y la literaria que así se enriquecen mutuamente. Pienso principalmente en dos operaciones paralelas: en 1993 publica simultáneamente un volumen de ensayos, *Geografía de la novela*, y uno de cuentos, *El naranjo*; con un pequeño desfase temporal repite la operación con *El espejo enterrado* (1997), recopilación y

107 Este es el juicio de un personaje, en absoluto podemos adjudicarlo al autor. Carpentier ha escrito también una breve obra de teatro sobre la Malinche, *La aprendiz de bruja* (1956), cuyos protagonistas son Cortés, Aguilar, Sandoval y doña Marina: la ironía es la nota dominante que consigue edulcorar la presentación de un Cortés maquiavélico y sin escrúpulos.

reajuste de artículos y ensayos historiográficos, y *Los cinco soles de Méxic*o (2000), antología de cuentos y capítulos de novelas. Juntos, los cuatro volúmenes escriben una sola gran Historia de México y justifican las diversas modalidades de representación: el texto historiográfico y la ficción histórica.

Confrontando los unos y los otros, es posible afirmar que la Malinche constituye para Fuentes el símbolo mismo de México, y que en las obras de creación el mismo autor habla a través de su voz: por haber sido madre del primer mestizo mexicano, por haber sufrido y gozado esa condición de vencida y vencedora, por haber sido lengua de Cortés y Montezuma, es la madre y la voz de todo mexicano. Y como lengua, posee el poder de la palabra, poder supremo ante el cual el escritor Fuentes se inclina, ya que es la palabra que ha hecho la Historia y ha impuesto el *discurso* historiográfico de los vencedores, al cual hoy hay que responder con otro *discurso*, igualmente parcial y marcado ideológicamente:

> ¿Cómo recuperar ese pasado sino mediante un esfuerzo de imaginación? No tenemos documentos, no podemos ir por la calle a entrevistar al hombre del siglo XVII o al indio exterminado en el XVI. Tenemos que apelar a nuestra imaginación más profunda, no se puede hacer más: de otra forma este pasado nunca más podremos recuperarlo (Fuentes en Reyzábal 1988: 28).

Y la imaginación puede ayudar a

> crear en el Nuevo Mundo hispánico, un mundo nuevo, una realidad mejor, en contra del capricho del más fuerte, que se sustenta en la fatalidad; a favor del diálogo y de la coexistencia, que se sustentan en la libertad, y otorgándole un valor específico al arte de nombrar y al arte de dar voz (Fuentes 1994: 40).

La Malinche está aludida en casi todas las obras de Fuentes y, aunque rara vez tome la palabra, de ella hablan los demás. En el cuento «Las dos orillas» (*El naranjo*, 1993), el yo 'dueño de la palabra' pertenece a Jerónimo de Aguilar quien compartió con ella el privilegio de la lengua: es un punto de vista, como acaece a menudo en las novelas históricas de la segunda mitad del siglo XX, alternativo y disidente, que hasta presenta una posibilidad histórica desconocida que adelantaría a la llegada misma de Cortés en el golfo de Veracruz la fecha del primer proyecto de rebelión antiespañola en tierra americana.

Como ya veíamos, las fuentes historiográficas separan decididamente las vidas de los dos náufragos Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero por sus opuestas decisiones frente a la llegada de los españoles: el primero elige reincorporarse a la civilización, el segundo permanecer en la barbarie. Fuentes en cambio une el destino de los dos náufragos en la elección de matar a Cortés:

> si yo me fui con Cortés y Guerrero se quedó en Yucatán, fue por común acuerdo. Queríamos asegurarnos, yo cerca de los extranjeros, Guerrero cerca de los naturales, que el mundo indio triunfase sobre el mundo europeo (Fuentes 2000: 72).

Pero el plan fracasó («la culpable fue una mujer», Fuentes 2000: 50) no sólo porque, al ser la amante de Cortés, la Malinche tuvo un poder mayor, sino porque impuso su palabra:

> Una vez más, fue la intérprete doña Marina la que decidió la contienda, aconsejándole con fuerza al rey [...]; los extranjeros, pero también esta tabasqueña traidora, eran dueños de un vocabulario vedado por Moctezuma (Fuentes 2000: 55).

No es suficiente que Aguilar diera a Moctezuma «el secreto de la debilidad de Cortés, como doña Marina le había dado a Cortés el secreto de la debilidad azteca: la división, la discordia, la envidia» (Fuentes 2000: 56), porque Aguilar nunca pudo competir con Malinche y Cortés «en las artes del disimulo, la treta y la pausa» (Fuentes 2000: 55). Como si eso no fuera suficiente, la Malinche gana definitivamente la competición con Aguilar aprendiendo español:

> ya no hacía falta, la hembra diabólica lo estaba traduciendo todo, la tal Marina hideputa y puta ella misma había aprendido a hablar el español, la malandrina, la mohatrera [...], la coima del conquistador, me había arrebatado mi singularidad profesional, mi insustituible función, vamos, por acuñar un vocablo, mi monopolio de la lengua castellana [...]; la lengua era más que la dignidad, era el poder; y más que el poder, era la vida misma que animaba mis propósitos (Fuentes 2000: 60-62).

«Las dos orillas», si bien mira a la Malinche con el ojo indígena, y por lo tanto como traidora y partidaria de Cortés, le reconoce en positivo la paternidad del México actual en su doble función de madre y de lengua, y todo el cuento es un himno al poder de la palabra: si Jerónimo fue «amo transitorio de las palabras y las perdió en desigual combate con una mujer» (Fuentes 2000: 75), fue gracias a la Malinche que «la lengua y las palabras triunfaron en las dos orillas». El cuento de Aguilar, vencido y humillado, es una

> cuenta al revés [...] partiendo de diez para llegar a cero, a fin de indicar un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas, pero sólo a condición de que las presida, como en el cuento maya de los dioses de los Cielos y de la Tierra, la palabra (Fuentes 2000: 80).

Porque, como Fuentes ha escrito en *El espejo enterrado*,

> cuando todo había terminado, cuando el emperador Moctezuma había sido silenciado por su propio pueblo, cuando el propio conquistador, Hernán Cortés, había sido silenciado por la Corona de España que le negó poder político en recompensa a sus hazañas militares, quizás sólo la voz de la Malinche permaneció. La intérprete, pero también la amante, la mujer de Cortés, la Malinche estableció el hecho central de nuestra civilización multirracial, mezclando el sexo con el lenguaje [...]. La Malinche parió hablando esta nueva lengua que aprendió de Cortés, la lengua española, lengua de la rebelión y la esperanza, de la vida y la muerte, que habría de convertirse en la liga más fuerte entre los descendientes de indios, europeos y negros en el hemisferio americano (Fuentes 1997a: 161).

Y si la Malinche tampoco toma la palabra en «Los dos Martines»[108] (*El naranjo*, 1993), de ella habla profusamente su hijo Martín II[109], reconociéndole ese mismo poder: «intérprete leal [...] iletrada también, pero poseída por el demonio de la lengua» (Fuentes 2000: 88). En ese cuento, necesitándose los dos Martines el uno al otro, se cumple la alianza entre mestizos y criollos en función antiespañola, convirtiéndose los dos en los líderes de la primera rebelión americana:

---

108 Los dos hijos de Cortés: el legítimo y el ilegítimo. Con el título de «Los hijos del conquistador» está incluido en *Los cinco soles de México*, de donde cito.

109 Lo mismo hace Martín I con su madre, Juana de Zúñiga, así que el cuento se puede leer también como un diálogo a distancia entre las dos 'madres' o los dos símbolos de la sangre mexicana, la madre española y la indígena.

> Martín II: Hago un esfuerzo por congraciarme contigo, hermano Martín. Acepto que por razones distintas, pero al cabo comunes, los dos tenemos algo que hacer juntos [...]. Martín I: Martín Cortés el segundón, el mestizo, el hijo de la sombra. Sin ti, nada podía yo en esta tierra. Te necesitaba a ti, hijo de la Malinche, para cumplir mi destino en México. ¡Qué desgracia, desgraciado hermano: necesitarte a ti, el menos seductor de los hombres! (Fuentes 2000: 96 y 99).

Fallida la insurrección, el Martín criollo va a morir en España, rico pero olvidado y, como su padre, desposeído de todo poder; en cambio el Martín mestizo, orgullosamente, reivindica para su madre y sí mismo el rol fundacional de lo mexicano:

> Madre: Sólo contigo venció nuestro padre. Sólo a tu lado conoció una fortuna en ascenso [...]. Yo te bendigo, mamacita mía. Te agradezco mi piel morena, mis ojos líquidos, mi cabellera como la crin de los caballos de mi padre, mi pubis escaso, mi estatura corta, mi voz cantarina, mis palabras contadas, mis diminutivos y mis mentadas, mi sueño más largo que la vida, mi memoria en vilo, mi satisfacción disfrazada de resignación, mis ganas de creer, mi anhelo de paternidad, mi perdida efigie en medio de la marea humana prieta y sojuzgada como yo: soy la mayoría[110] (Fuentes 2000: 119).

No es, esto de los dos Martines, un mero juego literario, sino que hay un texto originario que es mucho más que

110 Reencontramos la misma idea en el texto ensayístico *Crisis y continuidad cultural:* «Son parte de la historia de la contraconquista la revuelta nacionalista de los dos Martín Cortés, el hijo del conquistador Hernán Cortés y de su lengua y amante india, *la Malinche*, y su hermano, el Martín legítimo, en la primera generación de mestizos mexicanos, así como la revuelta milenarista de Tupac Amaru...» (Fuentes 1997b: 25-26).

una simple fuente historiográfica: Virginia Gil ha averiguado detalladamente cómo las palabras de los dos hermanos son una teatralización del *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista* (1589) de Juan Suárez de Peralta que «retrataba con nostalgia una época perdida para siempre: la gestada en Nueva España a partir de la conquista, cuya élite socioeconómica la formaron los principales conquistadores» (Gil 2004: 82).

Distribuyendo las palabras –y los pensamientos– de Peralta en dos contricantes, Fuentes obtiene diversos resultados: agilizar el asunto y hacerlo narrativamente válido, y al mismo tiempo demostrar una vez más la no-fiabilidad del texto historiográfico o ensayístico, ya que puede servir para sustentar diversos y hasta opuestos *discursos*, como el del criollo y el del mestizo, aliados por una vez pero encarnación de modelos de nación muy diferentes: sólo a partir de esta alianza, sigue insinuando Fuentes, es posible un futuro para México, en un sincretismo positivo que no sea simplemente una vivencia superficial y contradictoria como lo era para Peralta, que podía

> jactarse frente a los españoles peninsulares de su ligazón criolla con los naturales, aludiendo a las amas de cría indígenas que tuvieron los criollos y en paralelo protestar [...] por las medidas de la corona para acabar con la esclavitud de esos mismos indígenas (Gil 2004: 82).

Si «Las dos orillas» es un himno al poder de la palabra, «Los dos Martines» lo es al mestizaje; un himno doloroso a la Malinche madre a la vez que una reiterada afirmación de su rol múltiple y central es la obra teatral *Ceremonias del alba* (1991), nueva versión de *Todos los gatos son pardos* (1970) en la que finalmente la mujer toma la palabra. Tam-

bién de este texto un fragmento está publicado en *Los cinco soles de México*, confirmando el rol central que tiene la Malinche en el pensamiento y en la escritura de Fuentes. La invitación de la Malinche al hijo recién nacido –metafóricamente el México todo– para que afirme orgullosamente los derechos de su origen indio está hecha con voz alterada, con voz de lucha y reivindicación:

> habla fuerte, pisa fuerte en el suelo de plata y polvo, canta, cabalga, hijo mío, en los corceles de tu padre; quema las casas de tu padre como él quemó las de tus abuelos, clava a tu padre contra los muros de México como él clavó a su dios contra la cruz, mata a tu padre con sus propias armas: mata, mata, mata, hijo de puta, para que no te vuelvan a matar a ti, tú deberás ser la serpiente emplumada, la tierra con alas, el ave de barro, el cabrón y encabronado hijo de México y España: tú eres mi única herencia, la herencia de Malintzin, la diosa, de Marina, la puta, de Malinche, la madre (Fuentes 1991: 109).

Pero en este mismo texto no falta tampoco la voz madura del autor, la voz de la reconciliación, la que se encuentra plenamente declinada en *El espejo enterrado* y *El naranjo.* En efecto, ya desde la «Nota del autor», Fuentes reconoce a Marina un inmenso poder:

> El poder y la palabra. Moctezuma o el poder de la fatalidad; Cortés o el poder de la voluntad. Entre las dos orillas del poder, un puente: la lengua, Marina, que con sus palabras convierte la historia de ambos poderes en destino (Fuentes 1991: 9).

A lo largo de la obra, las palabras de Marina son siempre de fe en el poder de la palabra, casi una invitación al

lector para que identifique las dos voces, la de Malinche y la de Fuentes: «Es la historia de dos poderes: el poder de la voluntad y el poder de la fatalidad. Y, en medio, el poder de la palabra, que soy yo» (Fuentes 1991: 112). El poder de la palabra y del mestizaje, del encuentro fecundo de hombres y culturas, del diálogo. Por eso le dice a Cortés: «Toma lo que está construido aquí y construye al lado de nosotros. No asesines a mi patria. No nos quites nuestra historia, pues también gracias a ella eres quien eres» (Fuentes 1991: 98).

En la línea trazada por Fuentes, pero con una mirada en femenino y varias concesiones a la literatura de género[111], se sitúa Laura Esquivel quien, en su novela *Malinche* (2005), otorga finalmente a Marina derecho de contar su propia historia, con una voz que quiere ser, a la vez, indígena y femenina (aunque expresada en tercera persona, la autora se identifica con el punto de vista de la Malinche). Pero algo no funciona en la estructura narrativa porque lo que en su precedente novela, *Como agua para el chocolate*, era invento, alusión, magia, aquí en cambio tiene su explicación, su génesis en la cosmovisión azteca, que la autora generosamente despliega delante de nuestra mirada. Así nos percatamos inmediatamente de que la visión indígena es artificial, que

111 Naturalmente, si bien el objeto de mi *discurso* es la imagen de la Malinche que emerge de los textos, no es posible prescindir completamente del juicio sobre el valor literario de las obras examinadas. Desde este punto de vista *Malinche* es una obra débil, voluntariosamente sincrética: incapaz de tomar posición decididamente entre una perspectiva europeo-racional o mágico-realista, no consigue nunca asumir como propia la voz de la Malinche y presentar al narrador como sujeto interno a la cultura del personaje; al revés, necesita explicar prolija y didascálicamente cada cosa, desde «los augurios [que] pronosticaban la caída del imperio» (Esquivel 2006: 29) al calendario azteca, desde el significado del huipil al rito del sacrificio humano, etc.

todavía es la visión occidental la que interpreta y explica un mundo *otro*, aunque perfectamente conocido. No hay dudas acerca del intento de la Esquivel: en la línea de Paz, llegar a concebir la pareja Cortés-Malinalli como el Principio, como la Dualidad de la cosmovisión precolombina que se transforma en el sistema monoteísta occidental. Dos elementos concurren a esta interpretación: el título, Malinche, sin artículo ni indicador de género, que se refiere a los dos, 'el' y 'la' Malinche (en el texto a ella se le llama siempre Malinalli) que en el momento tope de la Conquista aparecen como una sola mente y un solo brazo, y la estructura de la primera parte de la novela que se presenta como binaria, cada capítulo dividido en dos partes paralelas –una sobre Marina, otra sobre Cortés, desde el nacimiento de ambos hasta el encuentro– que se alternan acortando cada vez más las distancias, hasta el capítulo cinco: «Malinalli y Cortés penetraron desnudos al temascal» (Esquivel 2006: 87).

Retomando el discurso sobre los nombres de Marina, por ejemplo, se evidencia claramente esta técnica narrativo-ensayística de decirlo todo, de explicarlo, organizando un *discurso* artificialmente sincrético y no selectivo:

> Cuando la ceremonia [el bautismo] terminó, Malinalli se acercó a Aguilar, el fraile, para preguntarle cuál era el significado de Marina, el nombre que le acababan de poner. El fraile le respondió que Marina era la que provenía del mar [...]. Insistió con el fraile, pero la única respuesta adicional que obtuvo fue que lo habían elegido porque Malinalli y Marina guardaban cierta similitud fonética [...]. Enseguida quiso pronunciarlo pero le fue imposible. La erre de Marina se le atoraba en la punta de la lengua y lo más que logró después de varios intentos fue decir 'Malina', lo cual la dejó muy frustrada (Esquivel 2006: 50-51).

A lo largo del texto, coherentemente con la voz indígena que la Esquivel ha impuesto al narrador omnisciente, se le llama constantemente Malinalli, y constantemente se construye su trayectoria indicando la Palabra como su destino y su fe: desde las modalidades de su nacimiento (con el cordón umbilical en la boca) al discurso de bienvenida que hace su padre:

> Tu palabra será el fuego que transforma todas las cosas. Tu palabra estará en el agua y será espejo de la lengua. Tu palabra tendrá ojos y mirará, tendrá oídos y escuchará, tendrá tacto para mentir con la verdad y dirá verdades que parecerán mentiras [...], habrás de nombrar a los dioses y habrás de darle voces a los árboles, y harás que la naturaleza tenga lengua y hablará por ti lo invisible y se volverá visible en tu palabra. Y tu lengua será palabra de luz y tu palabra, pincel de flores, palabra de colores que con tu voz pintará nuevos códices (Esquivel 2006: 16).

Más adelante, Esquivel es aún más explícita, sembrando a lo largo del texto numerosos párrafos donde se subraya la importancia de la Palabra: «Esta era una empresa construida desde el principio a base de palabras. Las palabras eran los ladrillos y la valentía la argamasa. Sin palabras, sin lengua, sin discurso no habría empresa, y sin empresa, no había conquista» (Esquivel 2006: 42).

En esta función de 'dueña de la palabra' alternará momentos de orgullo con otros de desconfianza y miedo: «Ella, la esclava que en silencio recibía órdenes, ella, que no podía ni mirar directo a los ojos de los hombres, ahora tenía voz, y los hombres, mirándola a los ojos, esperaban atentos lo que su boca pronunciara». Pero, nuestra moderna Malinche lo sabe muy bien, la traducción nunca es un acto neutral y no es posible ser contemporáneamente fiel a Cortés, a los

dioses y a los mexica: «Al traducir, Malinalli podía cambiar los significados e imponer su propia visión de los hechos y, al hacerlo, entraba en franca competencia con los dioses, lo cual la aterrorizaba» (Esquivel 2006: 73).

La palabra, por lo tanto, la transforma de esclava de los hombres a dueña de su destino, con un poder sin par en la *vida pública*; pero, más allá de todo, está Cortés, el hombre que la ha conquistado y dominado en la *vida privada,* del cual, finalmente, ve la verdadera naturaleza, ambición y crueldad sin límites: «Este hombre es insaciable [...] Parece que lo único que lo despierta a la vida es la muerte. Lo único que lo hace gozar es la sangre. El deseo de destruir, de romper, de rasgar, de transformar» (Esquivel 2006: 154). Efectivamente, la masacre de Cholula constituye el punto de ruptura y de máxima dramaticidad del texto, no tanto por la interpretación historiográfica del evento, sino porque en este momento Malinalli parece despertarse de un sueño y entrar en una pesadilla: es el momento del descubrimiento de una realidad que hasta ahora no había querido ver, y de la toma de conciencia en un camino de emancipación como mujer y como india, pero también como personaje público.

La masacre de Cholula significa dar espacio a los sentidos de culpabilidad –tan propios de la religión cristiana– por haber confesado a Cortés el proyecto de rebelión de los cholultecas, y a las dudas sobre su nueva religión: si había aborrecido de su antigua religión («saber que el reino que permitía los sacrificios humanos y la esclavitud estaba en peligro de desaparecer le proporcionaba tranquilidad», Esquivel 2006: 79), ahora las crueldades de Cortés en Cholula la hacen dudar también de la religión católica que permitía tales atrocidades: «¿Qué tipo de dios permitía que en su nombre se asesinara sin piedad a inocentes?» (Esquivel 2006: 102).

Pero significa sobre todo el fin de un sueño, iniciado con el ritual del temascal, cuando la Malinche había creído y confiado en el encuentro feliz de dos destinos, individuales y colectivos:

> sentía que el ritual había tenido efecto, vio salir a Cortes purificado, renacido, cambiado. Cual serpiente, había mudado de piel había dejado el cascarón viejo dentro del temascal. Sentía que haber participado juntos en esa ceremonia los unía más, los hacía cómplices (Esquivel 2006: 96).

Es un sueño que dura muy poco, y al despertarse Malinche verá quién es realmente Cortés:

> El frenesí de asesinatos, saqueo y sangre duró dos días, hasta que Cortés restableció el orden [...]. Según Cortés este horror fue bueno para que los indios viesen y conociesen que todos sus ídolos eran falsos mentirosos, que no los protegían adecuadamente, pues, más que dioses, eran demonios [...]. Los miles de cadáveres desmembrados, sin vida, sin propósito tomaron presa el alma de Malinalli. Su espíritu ya no le pertenecía, había sido capturado durante la batalla por esos cuerpos inertes, indefensos, insalvables [...]. Ella nunca podría volver a ser la misma. La Malinalli de ahora era otra, el río era otro, Cholula era otra, Cortés era otro. Malinalli recordó las manos de Cortés y se estremeció. Ella había visto la crueldad en las manos de Cortés (Esquivel 2006: 99-101).

Si este es el punto de vista de Malinalli, que parece condenar a Cortés entre los bárbaros, en otra ocasión la autora salva al capitán español indicándolo como hombre culto y civil, que bien conoce el gran poder persuasivo de la palabra:

> Los cañones y la caballería surtían efecto entre la barbarie, pero dentro de un contexto civilizado lo ideal era lograr alianzas, negociar, prometer, convencer, y todo esto sólo

> podía lograrse por medio del diálogo, del cual [Cortés] se veía privado desde el principio [...] Sin palabras, sin lengua, sin discurso no habría empresa, y sin empresa, no había conquista (Esquivel 2006: 42).

Queda naturalmente sin respuesta una pregunta que abre una grieta en el mundo narrativo de Esquivel: ¿por qué, si en Cholula Cortés tenía a una *lengua* fiel, hubo de renunciar al diálogo civil y hacer uso de violencia? Naturalmente es un episodio histórico que la ficción no puede borrar o ignorar, pero no es coherente con el *discurso* expresado hasta ahora en la novela: choca rotundamente con la imagen de Cortés que la Esquivel había construido precedentemente –su supuesto carácter pacífico– pero al mismo tiempo es necesario para justificar el cambio en Malinalli, que se despierta y decide renunciar a su poder, al poder de la Palabra. Empieza ahora, en efecto, la revolución privada de Malinalli: ahora es una feminista *ante litteram,* anacrónicamente:

> Para ti yo no tengo alma ni corazón, soy un objeto parlante que usas sin sentimiento alguno para tus conquistas. Soy la bestia de carga de tus deseos, de tus caprichos, de tus locuras [...]. Lo que quiero es que despiertes y que aceptes la oportunidad que te ofrezco de ser felices, de ser una familia, de ser un solo ser [...]. Detén el delirio interminable de tu corazón y bebe de la paz para que cese tu ambición y tu delirio (Esquivel 2006: 158-159).

La Historia de Cortés va por otros derroteros, la tendrá todavía a su servicio como *lengua* pero la rechaza como mujer, haciéndola casar con Juan Jaramillo; restituida al anonimato, realiza su sueño: una familia normal que le permite recuperar su identidad y tranquilidad a cambio de que mate la otra parte de sí misma, la *lengua*:

> Pensó en los momentos en que la boca de Cortés y su boca fueron una sola boca y el pensamiento de Cortés y su lengua una sola idea, un universo nuevo. La lengua los había unido y la lengua los separaba. La lengua era la culpable de todo. Malinalli había destruido el imperio de Moctezuma con su lengua [...]. Decidió entonces castigar el instrumento que había creado ese universo. De noche, atravesó parte de la vegetación, hasta encontrar un maguey del cual extrajo una espina y con ella se perforó la lengua. Empezó a escupir la sangre como si así pudiese expulsar de su mente el veneno, de su cuerpo la vergüenza y de su corazón la herida. A partir de esa noche, su lengua no volvería a ser la misma. No crearía maravillas en el aire ni universos en el oído. No volvería a ser jamás instrumento de ninguna conquista. Ni ordenaría pensamientos. Explicaría la historia. Su lengua estaba bifurcada y rota, ya no era instrumento de la mente. Como resultado, la expedición a las Hibueras fue un fracaso. La derrota de Cortés se hundía en el silencio (Esquivel 2006: 163).

Con este sacrificio puede renacer la mujer, gracias al amor de Jaramillo, a un nuevo contacto regenerador con la naturaleza y al orgullo de ser la Madre del Nuevo México:

> Los nuevos sabores [fruto de la *milpa* y de la huerta] en la comida surgían sin poner resistencia al mestizaje [...]. Sus hijos eran producto de diferentes sangres, de diferentes olores, de diferentes aromas, de diferentes colores. Así como la tierra daba maíz de color azul, blanco, rojo y amarillo –pero permitía la mezcla entre ellos– era posible la creación de una nueva raza sobre la tierra. De una raza que contuviera a todas. De una raza en donde se recreara el dador de la vida, con todos sus diferentes nombres, con todas sus diferentes formas. Esa era la raza de sus hijos (Esquivel 2006: 176-177).

Laura Esquivel quiso componer una obra sincrética en la que cupieran todos los matices y los caracteres atribuidos durante cinco siglos a la protagonista: astuta y mite, ambiciosa y víctima, iluminada por el nuevo Dios pero también fiel a su religión natural, amante apasionada y madre cariñosa. Igualmente, no toma posición ni indica buenos y malos, al contrario siembra indicios que aluden a la categoría de encuentro entre civilizaciones. Un encuentro entre hombres y civilizaciones diversas posible gracias a la palabra y a la mediación de una mujer que pero, para conseguir la felicidad, tiene que renunciar al poder.

El último paso[112] en la ficción –hasta ahora– la Malinche lo da en la obra de la mexicana-uruguaya Fanny del Río en *La verdadera historia de Malinche* (2009) apoderándose, finalmente, de la palabra directa: en treinta cartas y en el Testamento cuenta su propia historia al hijo que, todavía niño, le fue arrancado para que estudiara y viviera en España, libre de tentaciones e influencias de su mitad indígena.

Naturalmente la identidad del destinatario condiciona profundamente el tenor y el contenido de las cartas: lo que parece importar más a esta Malinche es dar a su hijo una versión positiva de su relación con Cortés y, como si conociera ya todas las críticas, las dudas y los interrogantes que pesarán sobre su nombre, aclarar y justificar sus actos.

---

112 No faltan otras novelas, siempre escritas por mujeres, pero no aportan ninguna nueva interpretación del personaje ni de la Historia. Recordamos sólo, en Colombia, *Malintzín, princesa regalada* (1999) de Flor Romero de Nohra, por un inédito epílogo: doña Marina narra en primera persona su historia de amor con un Cortés humano, respetuoso de la mujer y del pueblo conquistado; en el final aparece en la Ciudad de México del siglo XX y se sorprende de que su nombre aún hoy sea sinónimo de traidora.

El resultado es un relato tradicional –las cartas constituyen los capítulos que siguen el orden cronológico de los acontecimientos– que desarrolla su *discurso* alrededor de un núcleo narrativo compacto, donde todas la teselas se posicionan sin esfuerzo, en un *crescendo* sin fisuras, sin las dudas, los remordimientos, el deseo de salvar lo salvable de su antigua religión o de condenar a Cortés por sus violencias a veces gratuitas, que hemos visto en la Malinche adulta de Laura Esquivel. Los sentimientos que guían su actuación son los canónicos, odio y amor: el odio a los mexicas que habían matado a su padre («extirpar de la tierra la presencia, la huella y la memoria de mi aborrecido enemigo [...]. Me aferré a ese odio como a un amor, y le fui constante y devota», Río 2009: 133) y el amor incondicional hacia Cortés, aun cuando fuera repudiada por él («Tenía poco más de un año al lado de mi Capitán, Martín, y era tan parte de mí, y yo tan parte suya, que parecía, no mi esposo y señor, sino más: mi padre, mi carne», Río 2009: 129) fortalecido por la fe milagrosamente adquirida («me despojé de todas mis creencias anteriores y fui cristiana en mi corazón a partir de aquel instante, mientras fray Bartolomé daba la primera misa de la Nueva España», Río 2009: 40).

A pesar del propósito declarado («Voy a contarte todo como pasó, Martín Cortés, no como lo narró a la Corte don Fernando, sino como lo sufrí yo, Malinali, la heredera traicionada, la esclava india que aceptó la hostia y, con ella, el nombre de Marina», Río 2009:12) que dejaría esperar una historia de reivindicación de un sujeto doblemente marginado –mujer e india–, nada hay que revolucione la Historia conocida y su interpretación, nada de visión poscolonial (la esclava indígena) y/o posmoderna (la mujer), excepto la conciencia del papel que la Historia le ha reser-

vado, que se le revela en el primer encuentro con Motecuhzoma: «el rey de México está en tus manos, él habla por ti, oye por ti, confía a ti sus más hondos temores: eres la persona más importante del mundo en este instante, el puente sin el cual estos dos mundos habrían continuado ignorándose» (Río 2009: 98).

Por lo que concierne al nombre –hemos visto cuánta importancia puede tener para una lectura *ideológica* del texto–, en las primeras líneas encontramos una acumulación acrítica, como si la mujer quisiera presentarse a su hijo *a tutto tondo*, con todos sus matices y todas sus caras, consignándole todas las coordenadas para que pueda re-conocerla:

> *A don Martín Cortés, de su madre, Marina Tenepoalti, ciudad de México-Tenochtitlan, reino de la Nueva España, en el mes de julio de 1530* [...]. Han transcurrido tantos años desde la última vez que miré tu rostro, tan serio aun cuando eras pequeño[113] como un colibrí, que tengo miedo de sólo pensar que ya no recuerdes a Malinali. Soy yo, mi chiquito, la princesa Malintzin, doña Marina (Río 2009: 11).

La acumulación, si no responde a necesidades estéticas y programáticas, es síntoma de imposibilidad –incapacidad– de profundizar en una interpretación, compleja y contradictoria si se quiere, y serle coherentemente fiel.

Si la historiografía ha borrado la voz de los vencidos y, entre ellos, la de la Malinche, por ser mujer e india aunque arrimada a los vencedores, a partir de las páginas reveladoras de Octavio Paz, los narradores de la 'nueva novela hispano-

113 Como se dice más adelante en el texto, Martín había nacido el 22 de octubre de 1522; el 12 de octubre (¡fecha fatal!) de 1524 Cortés lo envió a España para que «creciera [...] entre iguales con una educación cristiana» (Río 2009: 112).

americana' le han restituido voz e identidad, intentando, a través de ella, dar voz al México profundo, mestizo: puente, junto a los dos Martines, a Aguilar y Guerrero, entre dos orillas y dos mundos, ha sido descubierta también por la mirada femenina pero sin que esta mirada, por lo menos en el campo de la narrativa, más allá de sus buenos propósitos, consiga desvelar un rostro nuevo y dar pruebas literariamente válidas.

3.3. Aguilar y Guerrero

Otros personajes misteriosos que han llegado a ser protagonistas de muchas re-escrituras que llenan los huecos de la Historia con historias diferentes, son los ya citados Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero.

Si *el gran capitán* en sus *Cartas de relación* casi no nombra a los dos náufragos, porque su relato sólo se ocupa de los grandes Hombres –y, sobre todo, de sí mismo–, una vez más es Bernal Díaz del Castillo[114] quien, desde su óptica

114 «Caminó el Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: "Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras. Id vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí cuando me vean esos españoles ir de esta manera? Y ya veis estos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida nuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían por tierra?" Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló a Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: "Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; ídos vos y no curéis de más pláticas". Aguilar tornó a hablar al Gonzalo, que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Parece ser que aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos» (Díaz del Castillo 1939: 117-118).

diferente, no duda en rescatarlos del olvido al igual que ha rescatado a la Malinche: muchas líneas dedica a Aguilar –e indirectamente a Guerrero– que así recupera su justo lugar en la Historia (lo nombra 58 veces), no sólo por su oficio reconocido –ser lengua– sino también por otras tareas suyas como la evangelización («cosas tocantes a nuestra santa fe [que] fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello, que se lo daban a entender muy bien»). Aún más explícito es Diego de Landa en su *Relación de las cosas de Yucatán* (1563-1572): los náufragos que habían acompañado a Valdivia hacia Santo Domingo,

> de dolencia murieron quedando solos Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, de los cuales Aguilar era buen cristiano y tenía unas horas por las cuales sabía la fecha [...]; éste se salvó con la ida del marqués Hernando Cortés [...] y Guerrero, como entendía la lengua, se fue a Chectemal [...], allí le recibió un señor llamado Nachancán, el cual le dio a cargo las cosas de la guerra en que tuvo muy bien, venciendo muchas veces a los enemigos de su señor, y que enseñó a los indios pelear [...] y que con esto y con tratarse como indio, ganó mucha reputación y le casaron con una muy principal mujer en que hubo hijos; y que por esto nunca procuró salvarse como hizo Aguilar, antes bien labraba su cuerpo, criaba cabello y harpaba las orejas para traer zarcillos como los indios y es creíble que fuese idólatra como ellos [...]. Aguilar, recibida la carta [de Cortés] atravesó en una canoa el canal entre Yucatán y Cuzmil y [...] viéndole los de la armada fueron a ver quién era; y [...] Aguilar les preguntó si eran cristianos y respondiéndole que sí, y españoles, lloró de placer y puestas las rodillas en tierra dio gracias a Dios [...]; los españoles lo llevaron a Cortés así desnudo como venía, el cual le vistió y mostró mucho amor; y [...] Aguilar contó allí su pérdida y trabajos y la muerte

> de sus compañeros y cómo fue imposible avisar a Guerrero en tan poco tiempo por estar más de ochenta leguas de allí (Landa 2000: 26-31)[115].

En esta narración, sólo aparentemente neutra, Diego de Landa propone una lectura religiosa de la diferente elección ya que fue el 'ser buen cristiano' de Aguilar lo que le permitió salvarse y volver a la civilización, mientras que Guerrero –con su marca negativa con respecto a la fe– parecía predestinado a ser idólatra. Cronistas e historiadores no se alejan de esta versión, subrayando siempre la innatural, bárbara e inexplicable decisión de Guerrero y, al contrario, el buen carácter y la religiosidad de Aguilar. Algunos prefieren ignorar a Guerrero: si en la primera versión del sumario del cap. VI del Libro III de la *Historia* de Oviedo estaba la referencia a «aquel Gonzalo marinero, renegado, que estaba hecho indio, en la redacción definitiva ya no hay huellas de esta intitulación. Al náufrago se le quita toda dignidad de personaje histórico y por eso memorable» (Crovetto – Crisafio – Franco 1986: 34). En las novelas históricas del siglo XIX, por supuesto, se confirma la versión de los cronistas, con palabras de encomio hacia Aguilar y silencio sobre Guerrero. Una excepción la constituye Eligio Ancona, autor de numerosas novelas históricas sobre la Conquista (ya hemos hablado de su *Los mártires del Anáhuac*), que en 1864 publica *La cruz y la espada*, en la que dedica un capítulo entero a Guerrero, aunque sea en un relato 'de segunda mano': la india Zuhuy Kak cuenta al joven español Benavides la historia de amor entre su madre Kayab y Guerrero, a quien la noble india había conseguido salvar del sacrificio. Sólo el

115 Entre los cronistas e historiadores no hay acuerdo sobre la actuación de Aguilar, si consiguió o no hablar con Guerrero invitándolo a volver con los españoles.

amor hacia su mujer y sus tres hijos, y no una indianización sacrílega, impidió a Guerrero reintegrarse como Aguilar al campo español,

> pero desde aquel día empezó a marchitarse como las hojas de los árboles en el ardiente estío de nuestro país. El recuerdo de la patria, principalmente cuando se tiene esperanza de volverla a ver, es muy triste y doloroso en una tierra extranjera, por grandes que sean los goces que nos proporcione [...] Dos años después de la partida de Aguilar, bajaba al sepulcro, invocando el nombre de su Dios y de su patria (Ancona 1950: 85-86).

Ya viuda sin consuelo, Kayab después de unos cuantos años se casó con un cacique de un pueblo cercano, de cuya unión nació Zuhuy Kak. En esta novela, mientras se confirma la imagen de Aguilar 'buen cristiano' presente en las crónicas, se corrige la de Guerrero, siempre señalado como bárbaro y traidor, aquí presentado como hombre débil y víctima del sentimiento paternal, pero siempre fiel a su Dios y a su patria. No se habla de una posible traición de Guerrero anterior a la llegada de Cortés, y haciéndolo morir sólo dos años después, además, se evita el espinoso problema de su presencia o, peor aún, su jefatura en las batallas que en Yucatán los indios libraron en contra de los españoles. Se corrige la Historia, rehabilitando a Guerrero, pero fundamentalmente no cambia el *discurso* sobre la Conquista y su papel civilizador y evangelizador.

El primero en dar una lectura diferente sobre esta pareja tan dispar es Fernando Benítez quien en 1950 escribe *La ruta de Hernán Cortés*: relatando su propio viaje siguiendo la ruta de los conquistadores, cuenta asimismo la conquista de México proponiendo su propio *discurso* sobre la Historia. Aguilar

> no tiene vocación de náufrago. Apocado y falto de iniciativa, desde el principio se resigna a no ser otra cosa que un esclavo [...] Algunos cronistas han querido ver en él, si no a un santo, por lo menos a un beato, y hasta se intentó poner su vida como ejemplo y enseñanza de náufragos disolutos [...], llega incluso a olvidarse de su español: su única lectura es la de su inseparable libro de horas, escrito en latín [...]. Pero, bajo la apariencia de indio, vive insobornable su espíritu de occidental. No ama la tierra que le ha deparado el destino, ni se mezcla a sus hombres, ni deja huella fecunda de su paso. Es en todo mediocre. Como intérprete de la expedición, queda oscurecido por Doña Marina y nunca se distingue en la guerra o en otra actividad por nada notable. Al final, arrastrado por el heroísmo de sus camaradas, tratará de adornar su historia de náufrago con el cuento de haber sido elevado por los indios al rango de capitán, pero la desastrosa situación en que se le halla hecha por tierra su mentira. Gonzalo Guerrero, en cambio, no goza de buen crédito en las crónicas de la conquista. Se le considera un traidor a su sangre y a su cultura y aun se llega a decir que fue el inspirador de las batallas que libraron los indios de Yucatán contra los primeros expedicionarios españoles. Fuera de estas referencias, sólo tenemos de él las noticias amañadas que presentó Aguilar, porque de los renegados no gustan ocuparse los historiadores (Benítez 1964: 98-101).

Así comenta, al final, la historia de los dos robinsones, consignando al olvido al *buen* Aguilar y rescatando al *bárbaro* Guerrero:

> Uno pasó sin dejar rastro de su larga estancia en México. Tenía una educación que lo hacía impermeable a la asimilación y al arraigo. El marinero iletrado, aunque su nombre y el de su descendencia se hayan perdido, quedará como el del

> primer español que sintió el llamado de nuestra patria. Fue el primer desarraigado europeo que unió sus destinos a los de una india anónima, y sus tres guapos chicos, asimismo, nuestros primeros mestizos (Benítez 1964: 102).

Aun quedando firmemente anclado en la Historia, con este comentario y con la alusión a una posible intervención de Guerrero contra la expedición de Hernández de Córdoba, sin condenarla, Fernando Benítez se sitúa como un innovador en la historiografía sobre la Conquista y como un pionero de la 'nueva novela histórica', aunque su novela quepa, en la forma y en el lenguaje, en la categoría de novela histórica tradicional.

La profecía de Benítez se ha cumplido: Aguilar nunca es protagonista de una obra de ficción, aunque aparezca en muchas, con muy pocas diferencias de juicio sobre su figura –siempre es un buen cristiano y 'hombre sin calidades'– mientras que el silencio de Guerrero deja abiertas más posibilidades, aunque naturalmente no todos los 'nuevos novelistas' siguen la ruta de Benítez.

En una novela reciente, con un paratexto muy sugerente y aparentemente subversivo *(Como conquisté a los aztecas*, escrito por «Hernán Cortés con la colaboración de Armando Ayala Anguiano», 2006) que dejaba vislumbrar una posibilidad narrativa revolucionaria, nada nuevo se añade ni se corrige la Historia oficial de la conquista de México. El autor no tiene ninguna intención crítica o paródica, y hasta me parece una perspectiva miope y torpe ya que afirma que se inspiró, además que en las *Cartas* de Cortés, en los estudios sobre el mundo azteca de Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Miguel León-Portilla, etc. y que «las opiniones de Cortés coincidían seguramente con las de estos investigadores» (Ayala Anguiano 2006: 10). Todo esto sin ironía

alguna. El Cortés de Ayala Anguiano cuenta el encuentro con Aguilar según la mejor tradición de las crónicas, y su comentario no deja lugar a dudas acerca de la ortodoxia de la novela:

> Entre nosotros túvose por gran misterio y milagro de Dios el contratiempo que nos hizo regresar a Cozumel, ya que de otra manera Aguilar se habría quedado en la península y no hubiese hecho los grandes servicios que nos prestó. Como hablaba muy bien la lengua maya, lo hice mi intérprete de confianza, pues yo siempre sospeché que el Melchorejo no decía a los indios lo que yo le indicaba, sino lo que él les quería decir, que era muy contrario a lo que convenía a nuestro servicio (Ayala Anguiano 2006: 47).

Aguilar será hasta el final «intérprete de confianza», mientras sobre Guerrero cae el silencio más absoluto, después de la descripción que de él hace Aguilar: «tenía labrada la cara y horadadas las orejas [y] tres hijos, a quienes quería tanto» (Ayala Anguiano 2006: 47). Fiel también en esto al *discurso* presente en las *Cartas* de Cortés, Ayala Anguiano no reconoce a la Malinche el rol insustituible que le reconocieron Díaz del Castillo y demás cronistas, y por lo tanto Aguilar puede ser hasta el final de la novela «intérprete de confianza».

En cambio, en otras novelas cuya protagonista es la Malinche, Aguilar aparece, siempre con un papel secundario, como antagonista de la mujer: generalmente va perdiendo importancia y significado histórico a medida que ella va ganando la confianza de Cortés y aprende milagrosamente español.

Caso emblemático es la ya citada novela de Laura Esquivel, *Malinche* (2006): el narrador omnisciente puede penetrar alternativamente en las mentes de Cortés y Malinche

y siembra astutamente todo el texto de signos premonitores del destino de la Malinche como 'dueña de la palabra' («tus palabras nombrarán lo aún no visto y tu lengua volverá invisible a la piedra y piedra a la divinidad», le dijo «un tlaciuhque[116] que leía los granos de maíz» cuando aún era una niña, Esquivel 2006: 26-27) y, por el contrario, de indicios de la escasa confianza que Cortés tiene en el fraile rescatado («No sabía hasta dónde el fraile Jerónimo de Aguilar era fiel a sus palabras o era capaz de traicionarlas[117] [...]. Aguilar resultó muy útil como intérprete entre Cortés y los indígenas de Yucatán, pero no había mostrado habilidad alguna para la negociación y el convencimiento ya que, de haberla tenido, las primeras batallas entre españoles e indígenas no habrían sido necesarias», Esquivel 2006: 40-41). Paulatinamente Aguilar desaparecerá de la escena para dejar el campo a la Malinche, verdadera 'dueña de la palabra' y del poder que ésta otorga.

Guerrero en cambio adquiere papel de protagonista en numerosas 'nuevas novelas históricas', siendo su historia –su no-historia– susceptible de las más variadas interpretaciones, exactamente como Francisco del Puerto. Empieza la vida literaria de Gonzalo Guerrero como protagonista, y no como simple compañero bárbaro de Aguilar, con algunas obras aparentemente similares ya que se presentan como textos autógrafos perdidos: a falta de documentos auténticos, más vale inventarlos radicalmente, aunque no siempre la invención radical –marca de posmodernidad o poscolonialismo– sea de matriz revisionista de la Historia oficial y

116 'Tlaciuhque' es sustantivo verbal plural, el singular tenía que ser 'tlaciuhqui'.

117 Son las mismas palabras con las que el Cortés de Anguiano habla de Melchorejo.

ofrezca una visión alternativa. Es decir, no siempre forma y contenido van en la misma dirección. Más que la historia contada, o las variantes del personaje presentadas, es interesante notar la variedad de géneros textuales que se ofrecen como contenedores de la aventura de Guerrero. Y hay que adelantar también un juicio global sobre estas obras, descubiertas por Rosa Pellicer, a quien debo el conocimiento de algunas de ellas:

> Gonzalo Guerrero no ha tenido todavía demasiada suerte con sus 'biógrafos'; todos los textos están descuidados y no sólo por el 'fuego de las erratas' y las incorrecciones ortográficas, sino por errores de bulto como anacronismos no deliberados y graves desacuerdos sobre el carácter del personaje y su modo de expresión, entre otras cosas (Pellicer 2007:161).

Y, añadiría yo, porque ha faltado siempre el chispazo de la *inventio*, como el que ha permitido a Saer hacer revivir a un Francisco del Puerto que, si bien muy lejano de cualquier verdad histórica, llega a ser un personaje vivo, a encarnar efectivamente una posibilidad de la Historia que proyecta nueva luz sobre acontecimientos y vivencias.

Empieza esta 'verdadera historia de falsos documentos' con la obra del periodista Mario Aguirre Rosas *Gonzalo Guerrero, padre del mestizaje americano* (1975) que serían las memorias del náufrago sólo ahora rescatadas de un largo olvido entre los mayas: de origen humilde, «leal a su nueva patria y su defensor, genera a la vez una familia que se conforma con la imagen clásica de un mestizaje feliz y armonioso» (Adorno 2000). Según Adorno, sería un ejemplo «típico de los años 70s», acrítico y aproblemático: por eso mismo, superficial y serenador, utópico.

Otro texto *perdido* es el que imagina Salomón González-Blanco Garrido en *Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los mayas* (1991). En una carta dirigida a sus padres fechada 1519, defiende su elección de quedarse entre los mayas corrigiendo entrelíneas las pocas frases repetidas en las crónicas: «el estar marcado del cuerpo no fue la causa de que no me embarcara con los españoles que llegaron a Cozumel, pues repito, creía y creo que mi obligación es quedarme con mi familia y esto también está marcado, pero en el alma» (González-Blanco Garrido 1991: 17).

González-Blanco Garrido mantiene una postura más bien neutral y su Gonzalo Guerrero podría engrosar la corte del *nepantlismo*, ese 'estar en el medio' tan traumático para otros, totalmente indoloro para él:

> No volvió Gonzalo, pero nos dejó su ejemplo. Quiso ser conquistador, y se convirtió en el primer aliado de los mayas. No llegó por su voluntad, pero se quedó porque quiso. No peleó contra España, sino contra los saqueadores. No renegó de su Dios, sino de los curas mercenarios. Nada fue más importante que su familia (González-Blanco Garrido 1991: 243).

Como indica el título, y como subraya Pellicer, nunca llegó a ser un maya, aunque lo declarara («Yo era uno de ellos, ya era, ya soy un maya» (González-Blanco Garrido 1991: 118): «se trata de otra posibilidad: la alianza del español y del indio, sin acabar de perder la primera identidad» (Pellicer 2007: 163).

Otilia Meza en *Un amor inmortal. Gonzalo Guerrero, símbolo del origen del mestizaje americano (Novela histórica)* (1994) imagina otra variante del 'manuscrito perdido': su novela sería el relato que Guerrero dicta a un

indio a quien había enseñado el castellano. Cuenta su vida en España y el viaje hasta el naufragio, experiencia común a miles de españoles. Pero su vida cambia cuando la princesa Izpiolotzama lo ve camino al sacrificio y lo pide por esposo. La conversión parece un camino sin tropiezos o dudas, y Gonzalo, fiel a su elección, muere luchando del lado de los indígenas contra los españoles. Su tesis es la expresada en el título: remontar al origen de lo mexicano, un acto de amor y no de violencia[118], casi respondiendo a la versión del malinchismo como inicio traumático del México hispánico.

Una variante mixta es la elegida por Carlos Villa Roix, quien en *Gonzalo Guerrero, memoria olvidada. Trauma de México* (1995) deja la palabra a la hija del conquistador que escribe la biografía del padre para corregir la historia oficial («Los vencedores imponen sus costumbres y su historia»), alternando su propia voz con páginas de un diario donde el padre había registrado «sucesos, cosas olvidadas» (Villa Roix 1995: 22).

Variante mixta con doble voz narrativa es también la que utiliza Eugenio Aguirre en *Gonzalo Guerrero* (2004), ciertamente la novela más interesante desde el punto de vista narrativo así como de la construcción del personaje problemático. Guerrero toma la palabra para contar, después de muerto, una difícil iniciación al mundo indígena y sus 'memorias del subsuelo' se alternan con capítulos historiográficos. Eugenio Aguirre hereda completamente la posición de Fernando Benítez y no duda en proponer a

118 El amor parece ser el sentimiento dominante en la escritura femenina sobre Gonzalo Guerrero: *Mayapán* (1950), de la hondureña Argentina Díaz Lozano, presenta una visión paternalista y eurocéntrica en la que se mira con simpatía la decisión de Guerrero de quedarse, por amor y no por rechazo de la civilización.

Gonzalo Guerrero como un 'conquistador conquistado', a quien los mexicanos de hoy elevan un canto:

> En la leyenda ha quedado tu nombre, estrella de sangre, rubia gema que viniste a acrisolar la raza, la nueva estirpe, la cósmica aventura de los nuevos pueblos; ave que anidaste en el bronceado lecho de la carne morena del Mayab para engendrar los hábitos ancilares de la cultura joven de América (Aguirre 2004: 420).

Aguirre acierta en relatar el proceso de indianización de Guerrero como un proceso discontinuo, difícil, con inevitables nostalgias y perplejidades, contado en primera persona por el mismo protagonista desde la muerte que lo atrapó mientras guiaba su tribu en una desigual batalla contra la expedición de Lorenzo de Godoy:

> esa mañana [...] ladraron los perros como nunca lo habían hecho, graznó el moán en mis oídos con una estridencia que sólo yo pude entender, y la lechuza ululó en el camino que tomamos [...]. Fue un combate cara a cara, cuerpo a cuerpo y, en el fragor, un estampido vino a quebrarme la vida, vino a opacarme la luz y a sumirme en las tinieblas eternas... era el año del Señor de mil y quinientos treinta y seis (Aguirre 2004: 419).

A esta confesión póstuma se debe la reconstrucción del proceso de conversión, desde una condición de asimilación superficial (ir desnudos y participar en los ritos tribales, por ejemplo) a una de creíble construcción sincrética: cuando le nació la primera hija, con rasgos evidentes de mestiza –«blanca, de ojos celestes y nariz afilada»– fue inmediatamente

> consciente de que era el producto de dos razas totalmente distintas, separadas por circunferencias cósmicas de muy diferente trayectoria [...]. Bien sabía que lo extraordinario es el alimento favorito de los dioses y que su apetito demanda viandas de tal jaez. Desde entonces me preocupé por asimilarle completamente a las costumbres y tradiciones del pueblo, con el fin de que no sufriese cuando se le pidiese la entrega capital, el epílogo de su existencia; como al final de cuenta acaeció (Aguirre 2004: 331)

Por último, la racional decisión de dar guerra a los españoles:

> Fui escarbando en mi memoria, rescatando del pasado lo que pudiese servirme para juzgar [a los españoles] y logré reproducir una secuencia de actos malvados, de una crueldad singular, perpetrados en la carne de los caribes, en los pobres negros traídos como esclavos desde el África [...]. Columnas de encadenados con grilletes, conducidas por los representantes de Dios en la Tierra, para que cultivasen las parcelas de los hombres de sotana y rosario; negros obligados a tener comercio carnal con sus hermanas, con sus madres, con sus hijas, para que el amo, el santo varón de la Compañía de Jesús [sic], tuviese mano de obra fresca en los cañaverales, en los trapiches [...]. Fue suficiente para mí, y que la historia me juzgue como lo crea pertinente (Aguirre 2004: 323-324).

Esta alusión al juicio de la Historia es naturalmente polémica y crítica hacia la Historia oficial, actitud evidente también en las múltiples alusiones a la «inexactitud de los cronistas» (Aguirre 2004: 124), y en las numerosas citas entre comillas de crónicas españolas e indígenas, glosadas y corregidas por el narrador-protagonista.

Otra posibilidad, siempre en el ámbito del marco del 'manuscrito perdido', es la de dejar la palabra a un cronis-

ta o historiador y crear un paratexto intrigante y dudoso, como el de Cortés/Ayala Anguiano ya comentado (*Como conquisté a los aztecas*). Sería el caso de Fray Joseph de San Buenaventura, franciscano prisionero entre los indios yucatecos de 1696 a 1697, quien aparece como autor de las *Historias de la conquista del Mayab* publicado en México en 1725, ahora (1994) recogidas por Gabriela Solís Robleda y Pedro Bracamonte y Sosa (Edición, Paleografía, Introducción y Notas). También en esta novela el autor intenta mantener un difícil equilibrio entre las diversas opciones, presentando a un hombre que no renuncia nunca a su fe originaria y sigue creyendo en la misión evangelizadora de la Conquista: «si no les dais vosotros las batallas, ellos en jamás os la darán a vosotros, que se vienen de paz y os traen la buena andanza y mejor bienestar» (Solís Robleda y Bracamonte y Sosa 1994: 69).

Para no escuchar lo que cuentan los indios sobre las violencias de los españoles, rehuye de su compañía y hasta de la de sus hijos que

> hacen mucho caso de la madre y en nada creen en mí [...] y mi hijo don Gonzalo que mírame a mí con recelo y más cautela que en nada quiere oír las mis palabras de darle la mejor explicación de todas las cosas que aquí acaecen (Solís Robleda y Bracamonte y Sosa 1994: 71).

Se propone como lengua, neutral e ingenua, en un improbable encuentro entre su tribu y el capitán don Francisco de Montejo, y hasta le está permitida la neutralidad, ya que quien conduce a los indios a la batalla no es él, sino su hijo don Gonzalo de Guerrero Kan Xiu. Cautivado éste por los españoles, su padre consigue liberarlo gracias a la intervención de unos frailes misioneros:

> Dios nuestro señor a quien habemos nosotros pedido tan señalada merced [...] ha movido a compasión al señor capitán don Francisco de Montejo y os otorgará la merced que le habéis pedido y os entregará vivos y buenos y sanos a los dos mancebos mayas, que el uno de ellos es vuestro hijo (Solís Robleda y Bracamonte y Sosa 1994: 91).

Cosa muy extraña en una obra tan ortodoxa es la descripción que se hace de Aguilar que, en medio de la tormenta, «empezó a votar blasfemias y palabras soeces» (Solís Robleda y Bracamonte y Sosa 1994: 16). Es sólo un detalle insólito y no adecuado al personaje Aguilar, que en el resto sigue las pautas de las crónicas[119].

Finalmente, también Aguilar toma su revancha, relatando su 'verdadera historia' en el cuento «Las dos orillas» (*El naranjo*, 1993) de Carlos Fuentes, que ya hemos comentado en el apartado dedicado a la Malinche. El escritor mexicano, que en su trabajo ensayístico casi no nombra a los dos náufragos, en este cuento los hace protagonistas de una historia *realmaravillosa*: el yo narrador pertenece a Jerónimo de Aguilar y su punto de vista, desde una «perspectiva olímpica» (Fuentes 2000: 44), es alternativo y disidente. Este Aguilar es un personaje totalmente inédito: no es el fraile asexuado y timorato de las crónicas sino un hombre atrevido y rebelde, que confiesa su amor a la Malinche y sueña con involucrarla en su proyecto para ser, los dos juntos, «dueños de las lenguas [...], dueños de las tierras, pareja invencible

119 También en *La verdadera historia de Malinche* (2009), de Fanny del Río, Aguilar es un personaje ambiguo: «hombre de pocas luces y mucha soberbia [...] casi había olvidado el castellano, demoraba mucho en traducir y luego ponía de su cosecha más de lo que resultaba prudente» (Río 2009: 33 y 45).

porque entendíamos las dos voces de México, la de los hombres pero también la de los dioses» (Fuentes 2000: 67).

Lo que hace Fuentes es rellenar el hueco entre el naufragio y el re-encuentro de los dos náufragos con una historia compartida –Aguilar, la palabra, Guerrero, el brazo–, como un proceso paralelo hacia la indianización:

> Entramos a esa vida naturalmente, porque no teníamos otro horizonte, es cierto, pero sobre todo porque la dulzura y dignidad de esta gente nos conquistó [...]. Su [de Guerrero] voluntad y la mía, el arte de armar barcos –y el de ordenar palabras– se juntaron y juramentaron en silencio, con una inteligencia compartida y una meta definitiva... (Fuentes 2000: 71-73).

Aguilar, relatando esta historia desde el otro mundo («desde la muerte, [con] todo el tiempo del mundo para narrar», Fuentes 2000: 79), convertido en estrella para poder acompañar a su amigo Guerrero en el viaje hacia España, confirma el papel que tuvo Guerrero en el ataque indio a la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, y hasta imagina que Cortés,

> como si adivinara su propio destino [...], dejó a Guerrero entre los indios para que un día acometiese esta empresa, réplica de la suya, y conquistara a España con el mismo ánimo que él conquistó a México, que era el de traer otra civilización a una que consideraba admirable pero manchada por excesos, aquí y allá: sacrificio y hoguera, opresión y represión, la humanidad sacrificada siempre al poder de los fuertes y al pretexto de los dioses... (Fuentes 2000: 78).

Pero, sobre todo, relata la trama de la alianza entre los dos náufragos que lleva al inesperado desenlace: están

convencidos de que sólo el poder regenerador de ritos, ceremonias, mitos, imaginación mágica de los indígenas, a través de la palabra, podía regenerar también al viejo mundo. Junto con Guerrero, Aguilar se empeñó

> en fortalecer esta misión y en devolverle a nuestra tierra española de origen el tiempo, la belleza, el candor y la humanidad que encontramos entre estos indios... Pues la palabra era, al cabo, el poder gemelo que compartían los dioses y los hombres [...]. Desde mi tumba mexicana, yo animé a mi compañero [...] para que contestase a la conquista con la conquista; ya fracasé en mi intento de hacer fracasar a Cortés, tú, Gonzalo, no debes fracasar, haz lo que me juraste que harías (Fuentes 2000: 75).

Guerrero cumple su misión y, una vez conquistada España, empieza la edificación de un mundo sin fronteras:

> el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl [...]. Dulces cantos mayas se unieron al de los trovadores provenzales, la flauta a la vihuela, la chirimía a la mandolina, y del mar cerca del Puerto de Santa María emergieron sirenas de todos los colores, que nos habían acompañado desde las islas del Caribe... Cuantos contribuimos a la conquista india de España, sentimos de inmediato que un universo a la vez nuevo y recuperado, permeable, complejo, fecundo, nació del contacto entre las culturas, frustrando el fatal designio purificador de los Reyes Católicos (Fuentes 2000: 76-77).

También en el relato de Aguilar, Fuentes confirma el 'poder de la palabra': la victoria sonrió a Cortés porque la palabra decisiva la tuvo su aliada, la Malinche. Sin ella, la Historia hubiera sido diferente, y verdades y mentiras hubieran tenido otros referentes:

> Traduje, traicioné, inventé [...]. Yo [...] recuerdo aquella víspera de San Hipólito [...] y me descubro ante la posteridad y la muerte como un falsario, un traidor a mi Capitán Cortés que en vez de hacer un ofrecimiento de paz al príncipe caído, lo hizo de crueldad, de opresión continuada y sin piedad, y de vergüenza eterna para el vencido. Mas como así sucedió en efecto, convirtiéndose mis falsas palabras en realidad, ¿no tuve razón en traducir al revés al capitán y decirle, con mis mentiras, la verdad al azteca? ¿O fueron mis palabras, acaso, un mero trueque y no fui yo sino el intermediario (el traductor) y el resorte de una fatalidad que transformó el engaño en verdad? (Fuentes 2000: 49).

No podría ser más explícito el *discurso* de Carlos Fuentes que, como en todos sus escritos, apunta a renovar el sueño de un mestizaje profundo y creativo, capaz de valorizar todos los elementos de una cultura milenaria y mestiza como la española, que por culpa del 'fatal designio purificador de los Reyes Católicos' no supo respetar la otrosí milenaria cultura mesoamericana.

Podemos intentar una lectura de las novelas analizadas sobre Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero (incluyendo también las referidas a Francisco del Puerto) como un macrotexto sobre el tema del náufrago y sus posibles opciones frente a la Civilización y la Barbarie, términos cuyos referentes son determinados histórica, ideológica y culturalmente.

Rellenar de una forma u otra aquel hueco historiográfico entre el naufragio y el re-encuentro, aceptar la versión oficial o hurgar en lo no-dicho o sólo aludido de las crónicas, imaginar otra historia y confesiones o diarios secretos de los náufragos para explicar sus decisiones, es naturalmente una elección nunca ingenua y sí de fuerte significado

político: es la contribución que hace cada autor a la lectura de la Historia de la Conquista, y, podemos decir, de los más de 500 años de la América hispánica.

El Paquillo de Payró, que se queda entre los indígenas, sería el Guerrero de las crónicas, de quien ya nadie hablará, mientras que el de Saer, que regresa a España, sería un Aguilar que se adueña de la palabra autónoma –ya no simplemente esclavo de la palabra ajena– para contar sus experiencias. Este Francisco-Aguilar ha tomado la *justa* decisión, pero su análisis no deja lugar a dudas sobre dónde está la Barbarie y dónde la Civilización: ya en España, no le queda más remedio que ficcionalizar, en su tardía experiencia teatral, la nostalgia y la pérdida.

Las novelas de Armando Ayala Anguiano y de Laura Esquivel siguen fielmente el dictado de la historiografía española, mientras una solución intermedia la proponen las *Historias de la Conquista del Mayab, Mayapán* de Argentina Díaz Lozano y *Un amor inmortal. Gonzalo Guerrero, símbolo del origen del mestizaje americano* de Otilia Meza, donde Guerrero no es cautivado por la civilización india, sino por su mujer y sus tres hijos mestizos.

Con Marí hay, en cambio, el relato explícito de las suposiciones de Caboto borradas por la Historia, que tiene su paralelo en la historia de Guerrero contada por Aguirre: lúcida decisión de quedar en aquella barbarie americana que resulta ser la verdadera civilización.

Con mucha maestría, en fin, Carlos Fuentes unifica los destinos divergentes de los tres náufragos en una síntesis altamente significativa que ratifica el compromiso de todo escritor latinoamericano: dar voz a los silencios de la Historia aunque esto signifique inventar su propia historia ya que, como escribe en *Cervantes, o la crítica de la lectura,* «El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo

que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia» (Fuentes 1976: 82) o, como afirma por boca de Aguilar, «cuando palabra, imaginación y mentira se confunden, su producto es la verdad» (Fuentes 2000: 57).

Apostilla

Discurso historiográfico y discurso ficcional se enriquecen mutuamente y ofrecen al lector nuevas pautas de interpretación y reflexión, independientemente de la tipología de escritura y reescritura empleadas; el ciclo, histórico y novelesco, del Descubrimiento y de la Conquista es, por su significado político y fundacional de la identidad latinoamericana, terreno fértil y asombrosamente atractivo.

La novela histórica, inmediatamente después de la Independencia, tuvo que crear las conciencias nacionales hurgando en la Edad Media Americana – Descubrimiento y Conquista– el Principio, para construir la Historia Patria. Las crónicas y las 'verdaderas historias...' fueron pre-textos fidedignos y creíbles, cuyo *discurso* se podía compartir a pesar del sentimiento antiespañol causado por las recientes guerras de Independencia, sentimiento que no quebrantaba el europeísmo de los criollos y, al contrario, confirmaba la primacía del Occidente como fulcro de la Modernidad.

La 'nueva novela histórica' hispanoamericana participa del pensamiento posmoderno y poscolonial, quiere re-leer la Historia –las relaciones centro-periferia, conquistador-conquistado, verdad-verdades– y enriquecer con nuevos matices la relación texto-referente: el referente ya no es sólo el suceso, cuya reinterpretación y ficcionalización es el eje de toda novela histórica, sino también el texto que aquel hecho relata y del que ha dado la versión oficial, a menudo la única conocida.

A nuestros ojos de la época del 'post-', aquellas crónicas que fueron las fuentes del discurso historiográfico de la Modernidad aparecen tan parciales como fantásticas: la lectura paralela de los textos-fuente y de sus parodias y re-escrituras, igualmente parciales y fantásticas, puede enriquecer nuestra comprensión de la Historia y, por una vez, permitir la confrontación entre la voz oficial y la de los 'sin voz'.

Desde siempre, en América Latina, esta 'voz' ha dejado su huella, como reconoció tempranamente, en plena euforia de la Modernidad, el primer cronista e historiador hispanoamericano, símbolo del mestizaje y del cruce de culturas, Garcilaso de la Vega el Inca:

> Y aunque algunas cosas de las dichas y otras que se dirán parezcan fabulosas, me pareció no dejar de escribirlas por no quitar los fundamentos sobre que los indios se fundan para las cosas mayores que de su imperio cuentan.

Inmediatamente después de la Independencia y mucho antes que Martí, en 1828 Simón Rodríguez apuesta por una América *endógena,* por una nueva *invención* de América, pero su voz *desaparece* de la Historia:

> En lugar de pensar en / Medos, en Persas, en Egipcios, / pensemos en los Indios [...]. La América española es original

> / ORIGINALES han de ser sus Instituciones y sus Gobiernos / y ORIGINALES los medios de fundar uno y otro. O inventamos o Erramos.

Siglos más tarde, en el declive de la Modernidad, el novelista Alejo Carpentier nos recuerda las funciones intercambiables de las prosas historiográficas y ficcionales:

> Bernal Díaz de Castillo es mucho más novelista que los autores de muy famosos romances de caballería [...]. No hay más camino para el novelista [hispanoamericano] en este umbral del siglo XXI que aceptar la muy honrosa condición de cronista mayor, cronista de Indias. Nunca he podido establecer distingos muy válidos entre la condición del cronista y la del novelista.

Más allá va Carlos Fuentes, ya que con plena conciencia posmoderna/poscolonial reivindica para la ficción el papel de juzgar la Historia y generar nuevas verdades:

> El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia.

Desde el otro lado del Océano, llega la confirmación de José Carlos Mainer:

> Para los nuevos 'americanistas', el continente halla su realidad en transgredir los límites de una ficción que combina elementos reales e imaginarios [...] puesto que América está trenzada de historia, mito y utopía. Unos y otros coinciden, sin embargo, a la hora de los resultados: cercada por una realidad política hostil, amenazada por el confusionismo de la 'nueva crítica', la última literatura 'nacional' que ha sur-

> gido en el mundo occidental ha dejado ya un número suficiente de obras maestras y, por descontado, ha convertido la literatura en un problema y no un simple dato.

La narrativa histórica como 'problema y no como un simple dato' ha sido el objeto de nuestra investigación.

Bibliografía de la autora
(Publicaciones que están en el origen de la escritura del presente trabajo):

1996, «Hacia un descubrimiento de Europa», en Belén Castro Morales (ed.), *Encuentros y desencuentros,* Actas del congreso del CELCIRP (Gran Canarias 1992)*, Río de La Plata*, nos 15-16, pp. 11-20.

2002a, «La visione dei vinti nel romanzo storico latinoamericano», en *Cultura Latinoamericana. Annali dell'I.S.L.A*, n. 4, pp. 73-94.

2002b, «Feminismo y posmodernidad en *Ella escribía poscrítica* de Margarita Mateo», en Antonio Melis y Domenico Antonio Cusato (eds.), *…las palabras se unieron como plumas… Homenaje a Hernán Loyola*, Messina, Andrea Lippolis, pp. 159-178.

2003, «El viaje de Francisco del Puerto de las Crónicas a las novelas», en *Quaderni di Thule*, n. 2, Actas del XXIV Congreso del Centro Studi Americanistici Circolo Amerindiano (Perugia mayo 2002, San Paulo ag. 2002), pp. 200-212.

2004a, «Tres novelas para la misma historia: el encuentro entre Cortés y Xicoténcatl», en *América sin nombre*, n. 5, pp. 83-93.
2004b, «La veridica storia di Lope de Aguirre, dalla cronaca al cinema», en Maria Teresa CHIALANT (ed.) *Il personaggio nella letteratura,* Actas del Congreso de Salerno, dic. 2002, Napoli, E.S.I., pp. 69-86.
2006a, «La fundación del Río de la Plata entre historiografía y ficción», en Actas del IX Congreso Internacional del CELCIRP (Alicante, julio 2004), *Río de la Plata*, nos 29-30, pp. 15-32.
2006b, «La veridica storia di Lope de Aguirre da *loco y traidor* a *príncipe de la libertad*», en *Cultura Latinoamericana. Annali dell'I.S.L.A*, n. 7, pp. 123-154.
2006c, «Cinque secoli di Civiltà e Barbarie», en Rosa Maria GRILLO y Romolo SANTONI (eds.), *L'America Latina tra Civiltà e Barbarie,* Salerno-Roma, Oèdipus, pp. 155-317 (capítulo *Il romanzo storico*: «L'Ottocento: la costruzione dell'identità americana»; «Il Novecento: il 'nuovo' romanzo storico»; «La Malinche»; «Carpentier storico e poeta»; «Tre romanzi di Abel Posse», pp. 262-310).
2007a, «La otra historia de la conquista de México: Xicoténcatl», en Rosa Maria GRILLO y Romolo SANTONI (eds.), *La ruta de la Obsidiana. Percorsi mesoamericani,* Actas del Congreso de Salerno, dic. 2002, Soveria Mannelli, Rubbettino, pp. 157-177.
2007b, «Francisco del Puerto, Aguilar y Guerrero, tres náufragos entre la palabra y el silencio», en *América sin nombre. En torno al personaje histórico*, Beatriz ARACIL VARÓN coord., marzo 2007, nos 9-10, pp. 98-108.
2007c, «La Malinche según Carlos Fuentes», en *Territorios de la Mancha,* Actas del VI Congreso del AEELH,

Almagro, sept. 2004, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 381-392.
2008, «La utopía de los jesuitas en la literatura paraguaya contemporánea», en Hugo Cerutti Guldberg e Jussi Pakkasvirta (eds.), *Utopía en Marcha*, Quito, Abya-Yala Editores, pp. 143-157.
2010a, «Alejo Carpentier y el 1949: una nueva literatura para un nuevo mundo», en *Centroamericana*, Milano, n. 18, pp. 51-63.
2010b, «Un nuovo genere letterario: la metacronaca», en Actas del Congreso A.I.S.P.I., Padova, mayo 2007 (en prensa).
2010c, «El nuevo descubrimiento de América en femenino: Maria Rosa Lojo y las mujeres argentinas», en Actas del Congreso *El exilio literario de 1939, 70 años después*, Univ. La Rioja, dic. 2009 (en prensa).
2010d, «Novela histórica: Artigas y el Paraguay», en Actas del II Congreso de Historia del Paraguay, Montevideo, junio 2010 (en prensa).
2010e, «Vecchi e nuovi eroi», en Emilia Perassi (ed.), *Viaje a la semilla, Ritorno alle origini e ritorno delle origini nella cultura ispanoamericana,* Torino, UTET (en prensa).

Bibliografía citada

Acevedo Díaz Eduardo, 1914, «Sin pasión y sin divisa», «Prólogo» a *Lanza y sable,* Montevideo, El Telégrafo Marítimo.

Achugar Hugo, Gerardo Gaetano (eds.), 1992, *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?,* Montevideo, Trilce.

Achugar Hugo, 1995, «La nación entre el olvido y la memoria. Hacia una narración democrática de la nación», en Álvaro Rico (ed.), *Uruguay: cuentas pendientes*, Montevideo, Trilce, pp. 15-28.

Adorno Rolena, 2000, «La pertinencia de los estudios coloniales para el nuevo milenio», en *Andes*, Salta, n. 11, http://redalyc.uaemex.mx/pdf/127/12701102.pdf. (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Aguirre Eugenio, 2004, *Gonzalo Guerrero,* México D.F., Punto de Lectura.

Ahumada Peña Haydee, 1991, «Los talaveras de Liborio Brieba, subversión literaria en el discurso histórico», en *Revista Signos*, Valparaíso, n. 30, pp. 3-13.

Ainsa Fernando, 1991a, «La nueva novela histórica latinoamericana», en *Plural*, n. 240, pp. 82-85.

Ainsa Fernando, 1991b, «La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana», en *Cuadernos de Cuadernos*, México D.F., Nueva Epoca, n. 1, pp. 13-31.

Ainsa Fernando, 1992, *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito*, Madrid, Alianza.

Ainsa Fernando, 1998, *De la Edad de Oro a El Dorado*, México, F.C.E.

Ainsa Fernando, 2003, *Reescribir el pasado*, Caracas, Celarg.

Alemany Bay Carmen, 2007, «Recuento de las aportaciones de las narradoras latinoamericanas a la historia colonial», en *América sin nombre. En torno al personaje histórico,* Beatriz Aracil Varón coord, nos 9-10, Alicante, pp. 7-11.

Alonso Amado, 1984, *Ensayo sobre la novela histórica. El Modernismo en «La gloria de don Ramiro»*, Madrid, Editorial Gredos.

Alva Ixtlilxóchitl Fernando de, 1977, *Obras Históricas,* II, México, UNAM.

Ancona Eligio, 1950, *La cruz y la espada,* Mérida, Editorial Yucatanense-Club del Libro.

Ancona Eligio, 1964, *Los mártires del Anáhuac,* en Antonio Castro Leal (ed.), *La novela del México colonial*, I, México, Aguilar.

Andermann Jens, 2003, «Fronteras: la conquista del desierto y la economía de la violencia», en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales*, Madrid, Iberoamericana, pp. 117-135.

Anónimo, 1964, *Xicoténcatl*, en Antonio Castro Leal (ed.), *La novela del México colonial,* I, México, Aguilar.

Aracil Varón Beatriz, 2004, *Abel Posse: de la crónica al mito de América*, Alicante, Cuadernos de América sin nombre.

Artigas José Gervasio, 1970, *Citas de Artigas,* Montevideo, Grito de Asencio.

Ayala Anguiano Armando, 2006, *Cómo conquisté a los aztecas (por Hernán Cortés con la colaboración de Armando Ayala Anguiano)*, México, Debolsillo.

Avonto Luigi, 1992, *I compagni italiani di Magellano*, Montevideo, El Galeón.

Avonto Luigi, 1994, «I primi italiani in Uruguay: secolo XVI», en Sara Alvarez de lasowski (ed.), *Presencia Italiana en la Cultura Uruguaya,* Montevideo, Universidad de la República-Centro Estudios Italianos, pp. 29-58.

Barberi Squarotti Giorgio, 1995, «Il problema del romanzo storico», en Serge Vanvolsem-Franco Musarra-Bart Von Den Bossche, *I tempi del rinnovamento. Atti del Convegno Internazionale sul rinnovamento del codice narrativo in Italia dal 1945 al 1992 (Leuven – Louvain la Neuve – Namur – Bruxelles,* 3-8 mayo 1993), I, Roma, Bulzoni, pp. 19-47.

Barth John, 1986, «La literatura postmoderna», en *Espacios (de crítica y producción)*, nos 4-5, pp. 27-34.

Barthes Roland, 1970, «Historical Discourse», en Michael Lane (ed.), *Introduction to Structuralism*, New York, Basic Books, pp. 144-155.

Bauzá Francisco, 1929, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Montevideo, El Demócrata.

Benedetti Mario, 1974, «Soledad y lucha de classe», en M.B., *El escritor y la revolución posible,* Buenos Aires, Alfa Argentina.

Benítez Fernando, 1964, *La ruta de Hernán Cortés*, México, F.C.E.

Benso Silvia, 1981, «Le metamorfosi di Cíbola nei cronisti delle Indie», en *Letterature d'America*, Roma, n. 6, pp. 33-49.

Benso Silvia, 2000, «Xicoténcatl: para una representación del pasado tlaxcalteca», en *Romanticismo,* Genova, nos 3-4, Actas del IV Congreso sobre el *Romanticismo español e hispanoamericano*, Genova, Testi Universitari.

Binns Niall, 1996, «La novela histórica hispanoamericana en el debate postmoderno», en José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo, Mario García Page (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX,* Madrid, Visor, pp. 159-165.

Bolívar Simón, 1819, *Discurso de Angostura*, http://www.ensayistas.org/antologia/XIXA/bolivar/bolivar2.htm (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Boorstin Daniel, 1986, *Les Découvreurs,* Paris, Laffont.

Borsó Vittoria, 2010, «Paradojas del *nation-building* en la genealogía de la 'literatura nacional' mexicana: Ignacio M. Altamirano y Juan A. Mateos», en Robert Folger y Stephan Leopold (eds.), 2010, *Escribiendo la Independencia*, Madrid, Iberoamericana, pp. 225-245.

Boullosa Carmen, 1992, *Llanto: Novelas imposibles*, México, Era.

Brown Reginald F., 1953, *La novela española 1700-1850*, Madrid, Biblioteca de Archivos y Bibliotecas, Ministerio de Educación Nacional.

Bueno Eduardo, 1999, *Capitães do Brasil*, Río de Janeiro, Objetiva.

Bueno Mónica L., 1994, «La utopía: entre la historia y la ficción», en Elisa T. Calabrese (ed.), *Itinerarios entre la ficción y la historia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, pp. 81-115.

Busaniche José Luis, 1986, *Estampas del pasado, I,* Buenos Aires, Hyspamérica.

Caboto Sebastián, 1530a, «Declaración de Caboto», en Luigi Avonto, 1995, *Mirando al otro*, Montevideo, Universidad de la República, pp. 260-263.

Caboto Sebastián, 1530b, en Medina José Toribio, 1908, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, II, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria.

Calabrese Elisa T., 1994, «Historias, versiones y contramemorias en la novela argentina actual», en Elisa T. Calabrese (ed.), *Itinerarios entre la ficción y la historia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, pp. 53-80.

Campra Rosalba, 1991, «*Descubrimiento* de América e invención del *otro*»,en *La Torre*, Nueva Epoca, vol. V, n. 17, pp. 77-88.

Cánepa Alejandro Romulo, 1916, *Lucía de Miranda o La conquista trágica. Novela histórica americana*, Barcelona, Maucci.

Cantú Francesca (ed.), 2001, *Guaman Poma y Blas Valera. Tradición Andina e Historia colonial*, Roma, Pellicani.

Carmagnani Marcello, 2003, *L'altro Occidente*, Torino, Einaudi.

Carpentier Alejo, 1984, *El reino de este mundo*, La Habana, Letras Cubanas.

Carpentier Alejo, 1985, *Los pasos perdidos*, Madrid, Cátedra.

Carpentier Alejo, 1998, *El arpa y la sombra*, Madrid, Alianza.

Carpentier Alejo, 2002, *La aprendiz de bruja. Concierto barroco. El arpa y la sombra*, México, Siglo XXI.

Carpentier Alejo, 2003, «La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo», en A. C., Alexis Márquez Rodríguez, Araceli García Carranza (eds), *Los pasos recobrados*, Caracas, Ayacucho, pp. 184-206.

Castro Gómez Santiago, 1999, «Epistemologías coloniales, saberes latinoamericanos: el proyecto teórico de los estudios subalternos», en Alfonso y Fernando de Toro (eds.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica,* Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, pp. 79-100.

Castro Leal Antonio, 1964a, «Prólogo» a Anónimo, *Xicoténcatl,* en *La novela del México colonial,* I, México, Aguilar.

Castro Leal Antonio, 1964b, «Prólogo» a Eligio Ancona, *Los mártires del Anáhuac*, en *La novela del México colonial*, I, México, Aguilar.

Cattarulla Camilla, 2006, «Corpi dimenticati/corpi recuperati. La cautiva nella letteratura e nella pittura argentina», en Camilla Cattarulla (ed.), *Identità americane: corpo e nazione*, Roma, Cooper, pp. 90-108.

Clavijero Francisco Javier, 1982, *Historia antigua de México*, México, Porrúa.

Colón Cristóbal, 1984, *Textos y documentos completos. Relaciones de viajes, cartas y memoriales*, ed. de Consuelo Varela, Madrid, Alianza Editorial.

Colón Cristóbal, 1990, «Los cuatro viajes del Almirante», en Antonio Gutiérrez Escudero, *América,* Madrid, Istmo, pp. 155-258.

Cortés Hernán, 1988, «Segunda Carta», en H.C., *Cartas de Relación*, ed. de Maria Vittoria Calvi, Milano, Cisalpino-La Goliardica.

Crovetto Pier Luigi – Crisafio Raul – Franco Ernesto, 1986, «El naufragio en el nuevo mundo de la escritura formulizada a la prefiguración de lo novelesco», en *Amerique Latine / Europe, Contacts / Echanges / Lectures,* Actas del Primer Coloquio Internacional del C.R.E.C.I.F. (3-5 febrero 1984)*, Palinure*, pp. 30-41.

Crovetto Pier Luigi, 1991, «Giovanni Battista da Poncevera», en Paolo Collo y Pier Luigi Crovetto (eds), *Nuovo Mondo. Gli Italiani*, Torino, Einaudi, pp. 343-347.

Cunha Gloria da (ed.), 2004, *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*, Buenos Aires, Corregidor.

Cunha Gloria da, 2004, «Prólogo» a *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*, Buenos Aires, Corregidor, pp. 11-27.

Cuevas Mariano, 1944, «Prólogo» a Francisco Javier Clavijero, 1982, *Historia antigua de México,* México, Porrúa.

Chanady Amaryll, 1996, «El viaje y la búsqueda de los orígenes en la literatura argentina y canadiense», en Belén Castro Morales (ed.), *Encuentros y desencuentros,* Actas del IV Congreso Internacional del C.E.L.C.I.R.P. (Canarias, 1992), *Río de la Plata*, n. 16, pp. 311-321.

Chiappini Ligia, 2002, «Postcolonialismo en el Brasil: Malinches y contra Malinches», en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales,* Madrid, Iberoamericana, pp. 211-223.

Díaz de Guzmán Ruy, 1835, «Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata» (1612), en Pedro de Angelis (ed.), *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata,* I, Buenos Aires, Imprenta del Estado.

Díaz del Castillo Bernal, 1939, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* México, Pedro Robredo, http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=14436 y http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref= 14437 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Durán Diego de, 1967, *Historia de la Indias de Nueva España e islas de la Tierra firme,* 2 vols., ed. de Angel Ma. Garibay K., México, Editorial Porrúa.

Eco Umberto, 1983, *Diario minimo*, Milano, Mondadori.

Eco Umberto, 1987, *El nombre de la rosa*, Barcelona, Lumen.

Elmore Peter, 1997, *La fábrica de la memoria*, México, F.C.E.

Escobar Ticio, 1989, «Posmodernismo/precapitalismo», en *Carta cultural,* n. 4, pp. 45-55.

Esquivel Laura, 2006, *Malinche*, México, Santillana Ediciones Generales.

Fernández Teodosio, 2004, «La conquista de América en la novela hispanoamericana del siglo XIX. El caso de México», en *América sin nombre. Recuperaciones del mundo precolombino y colonial*, Carmen Alemany Bay y Eva Valero coords, Alicante, nos 5-6, pp. 68-78.

Fernández Teodosio, 2007, «El pasado mexicano en la literatura *colonialista*», en *América sin nombre*. *En torno al personaje histórico*, Beatriz Aracil Varón coord., Alicante, nos 9-10, pp. 67-74.

Fernández Prieto Celia, 1996, «Relaciones pasado-presente en la narrativa histórica contemporánea», en José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo, Mario García Page (eds), *La novela histórica a finales del siglo XX,* Madrid, Visor, pp. 213-221.

Fernández Prieto Celia, 1998, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, EUNSA.

Folger Robert y Stephan Leopold (eds.), 2010, *Escribiendo la Independencia*, Madrid, Iberoamericana.

Franco Jean, 1972, *Introduzione alla letteratura ispanoamericana*, Milano, Mursia.

Franco Jean, 1975, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Ariel.

Fuentes Carlos, 1972, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz.

Fuentes Carlos, 1976, *Cervantes o la crítica de la lectura*, México, Joaquin Mortiz.

Fuentes Carlos, 1978, «Discurso», en *Premio Internacional de novela Rómulo Gallegos 1972-1976*, Caracas, Ed. de la Presidencia de la República y del Consejo Nacional de Cultura.

Fuentes Carlos, 1985, *Terra nostra*, Barcelona, Seix Barral.

Fuentes Carlos, 1990, *Valiente Mundo Nuevo*, Madrid, Mondadori.

Fuentes Carlos, 1991, *Ceremonias del alba,* Madrid, Mondadori.

Fuentes Carlos, 1993, *El naranjo*, México, Alfaguara.

Fuentes Carlos, 1994, *Tres discursos para dos aldeas*, México, F.C.E.

Fuentes Carlos, 1997a, *El espejo enterrado*, Madrid, Alfaguara.

Fuentes Carlos, 1997b, *Tiempos y espacios*, México, F.C.E.

Fuentes Carlos, 2000, *Los cinco soles de México*, Barcelona, Seix Barral.

Fuentes Vázquez Manuel, 2009, «El estatuto del personaje *Francisco del Puerto* en dos novelas argentinas», en *Salina*, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, n. 23, pp. 171-177.

Funes Gregorio, 1910, *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, Buenos Aires, Rosso y Cía, t. 1.

Galasso Norberto, 2000, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín,* Buenos Aires, Colihue.

Gandía Enrique de, 1946, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Buenos Aires, Centro Difusor del Libro.

Garber Marjorie, 1994, *Interessi truccati. Giochi di travestimento e angoscia culturale,* Milano, Raffaello Cortina Editore.

García Bahamonde Salvador, 1831, *Xicoténcal, príncipe americano*, Valencia, Calle del Milagro.

García Canclini Néstor, 2001, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la Modernidad*, Buenos Aires, Paidós Argentina.

Genette Gérard, 1982, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, París, eds. du Seuil.

Gerchunoff Alberto, 1925, «Proemio» a Roberto J. Payró, *El Capitán Vergara,* Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor.

Gil Virginia, 2004, «Crónicas del siglo XVI, cuentos del siglo XX: Juan Suárez de Peralta a través de Carlos Fuentes», en *América sin nombre. Recuperaciones del mundo precolombino y colonial*, Carmen Alemany Bay y Eva Valero coords, Alicante, n°s 5-6, pp. 79-93.

Glantz Margo, 1994, «Las hijas de la Malinche», en M.G., *Esguince de cintura*, México, Conaculta, pp. 178-197, http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=19066 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Glantz Margo, 2001, «Doña Marina y el Capitán Malinche» en M.G., *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus, pp. 115-133, http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=18953&portal=0 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Glantz Margo, 2005, *La desnudez como naufragio. Borrones y borradores*, Madrid, Iberoamericana.

Gómez de Avellaneda Gertrudis, 1853, *Guatimotzín, último emperador de México: novela histórica,* México, Imprenta de J.B. Navarro.

Gómez de Avellaneda Gertrudis, 1981, *Obras*, V, Madrid, Atlas.

Gómez Sánchez Luis Eduardo, 1990, «Aproximaciones críticas a la noción de postmodernidad», en *Relaciones*, Montevideo, n. 75, pp. 14-17.

González Acosta Alejandro, 1997, *El enigma de Jicotencatl*, México, UNAM-Instituto tlaxcalteca de cultura.

González de Garay María Teresa, 2007, «Gertrudis Gómez de Avellaneda: un relato sobre Hernán Cortés», en *América sin nombre. En torno al personaje histórico*, Beatriz Aracil Varón coord., Alicante, nos 9-10, pp. 84-97.

González-Blanco Garrido Salomón, 1991, *Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los mayas*, México, Porrúa.

González Torres Yolotl, 2005, *Diccionario de Mitología y Religión*, México, Larousse.

Grandis Rita de, 1994, «*El entenado* de Juan José Saer y la idea de la historia», en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos,* n. 3, pp. 419-428.

Guerra Rosa, 1860, *Lucía Miranda.* Buenos Aires, Imprenta Americana, http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=3157&portal=0 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Guillén Claudio, 1988, *El primer siglo de oro, Estudio sobre los géneros y modelos,* Barcelona, Crítica.

Gutiérrez Escudero Antonio (ed.), 1990, *América: descubrimiento de un mundo nuevo*, Madrid, Istmo.

Gutiérrez Escudero Antonio, 1990, «Presentación», en A. G. E. (ed.), *América: descubrimiento de un mundo nuevo*, Madrid, Istmo, pp. 13-80.

Hernández Isabel, 1995, *Los indios de Argentina,* Cayambe (Ecuador), Colección Pueblos y Lenguas Indígenas.

Hudson William H., 1996, *Marta Riquelme,* en W.H.H. y Angelo Morino, *Marta Riquelme ovvero Non toccare la donna bianca*, Palermo, Sellerio, pp. 9-60.

Hutcheon Linda, 1988, *A Poetics of Postmodernism; History, Theory, Fiction*, New York and London, Routledge.

Jara René, 1996, *Los pliegues del silencio*, Valencia, Epistema.

Jameson Fredic, 1991, *Postmodernism, or, The Cultural Logic of Late Capitalism,* Durham, Duke University Press.

Jitrik Noé, 1986, «De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana», en Daniel Balderston (ed.), *The historical novel in LatinAmerica*, Gaithersburg, Hispamérica, pp. 13-29.

Ingenieros José, 1961, «Sociología argentina», en J.I., *Obras Completas*, T. IV, Buenos Aires, Mar Océano.

Irigaray Luce, 1994, *La democrazia comincia a due,* Torino, Bollati Boringhieri.

Landa Diego de, 2000, *Relación de las Cosas de Yucatán,* México, Monclem Ediciones.

Langa Pizarro Mar, 2007, «La gran figura silenciada: la mujer en el primer siglo de la conquista rioplatense», *América sin nombre. En torno al personaje histórico*, Beatriz Aracil Varón coord, nos 9-10, Alicante, pp. 109-122.

Lanyon Anna, 2000, *Le parole di Malinche*, Milano, Ponte delle Grazie.

Larios Marco Aurelio, 1997, «Espejo de los rostros. Modernidad y postmodernidad en el tratamiento de la historia», en Karl Kohut (ed.), *La invención del pasado*, Frankfurt-Madrid, Vervuert, pp. 130-136.

Larreta Enrique, 1944, *Tenía que suceder y Las dos fundaciones de Buenos Aires,* Madrid, Espasa Calpe.

Lasarte Valcárcel Javier, 2003, «El XIX estrecho: leer los proyectos fundacionales», en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales*, Madrid, Iberoamericana, pp. 47-77.

Laurencich Minelli Laura (ed.), 2007, *Exsul Immeritus Blas Valera Populo Suo e Historia et Rudimenta Linguae Piruanorum. Indios, gesuiti e spagnoli in due documenti segreti sul Perù del XVII secolo*, Bologna, Clueb.

Le Goff Jackes, 2000, *La storia oggi*, http://www.ossimoro.it/storia.htm (última fecha de consulta: 29/09/2010).

León Portilla Miguel, 1976a, *Visión de los Vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista,* México, UNAM.

León Portilla Miguel, 1976b, *Culturas en peligro*, México, Alianza.

Leyes de Chaves Concepción, 2007, «Lucía Miranda», en *Río Lunado*, Asunción, Servilibro, pp. 141-149.

Lienhard Martín, 1990, *La voz y su huella*, La Habana, Casa de las Américas.

Lienhard Martín, 1997, «Las huellas de las culturas indígenas o mestizo-arcaicas en la literatura escrita de Hispano-América», en *Hispamérica*, XIII, n. 37, pp. 3-13.

Lienhard Martín, 1999, «Periferias internas: la antropología cubana y las voces del otro», en Alfonso y Fernando de Toro (eds.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, pp. 289-304.

Lojo María Rosa, 1996, «Postmodernidad: otra lectura de la 'barbarie'», en *Letras*, n. 33, Universidad Católica Argentina, pp. 55-61.

Lojo María Rosa, 1996, «La frontera en la narrativa argentina», en *Hispamérica,* n. 75, Año XXV, pp. 125-136.

Lojo María Rosa, 1999, «Historia y ficción en la narrativa argentina contemporánea», en *Literatura: espacio de contactos culturales*, Tucumán, Asociación Argentina de Literatura Comparada, Comunicarte Editorial, pp. 83-93.

Lojo María Rosa, 2000, «El 'género mujer' y la construcción de mitos nacionales: el caso argentino rioplatense», en *La mujer en la literatura del mundo hispánico*, Vol. V, Juana A. Arancibia, Yolanda Rosas, Edith Dimo (eds.), Buenos Aires, Instituto Literario y Cultural Hispánico de California, pp. 7-31.

Lojo María Rosa, 2001, «La construcción de héroes y heroínas en la narrativa histórica argentina actual», en *Nuevas tendencias y perspectivas contemporáneas en la narrativa*, CEN: Centro de Estudios de Narratología, Segundo Simposio Internacional, Universidad de Buenos Aires, Actas en CD-ROM.

Lojo María Rosa (ed.), 2003a, «Dossier: escritoras argentinas del siglo XIX», en *Cuadernos hispanoamericanos*, n. 639, pp. 5-60.

Lojo María Rosa, 2003b, «Eduarda Mansilla» en «Dossier: escritoras argentinas del siglo XIX», en *Cuadernos hispanoamericanos*, n. 639, pp. 47-59.

Lojo María Rosa, 2004a, «La raíz aborigen como imaginario alternativo», en Hugo Biagini y Andrés Roig (eds.) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Identidad, utopía, integración*, Buenos Aires, Biblos, Tomo 1: 1900-1930, pp. 311-328.

Lojo María Rosa, 2004b, *Las libres del Sur*, Buenos Aires, Sudamericana.

Lojo María Rosa, 2004c, «Los aborígenes en la construcción de la imagen identitaria nacional en la Argentina», en *Alba de América*, nos 43-44, Vol. 23, pp. 131-150.

Lojo María Rosa, 2005a, «Escritoras argentinas (siglo XIX) y etnias aborígenes del Cono Sur», en Juana Alcira Arancibia (ed.), *La mujer en la literatura del mundo hispánico,* Vol. VI, Buenos Aires, Instituto Literario y Cultural Hispánico de California, pp. 43-63.

Lojo María Rosa, 2005b, *Finisterre*, Buenos Aires, Sudamericana.

Lojo María Rosa, 2006a, «La historia que Ruy Díaz no escribió», en M.R.L., *Amores insólitos de nuestra historia*, Buenos Aires, Punto de Lectura, pp. 53-75.

Lojo María Rosa, 2006b, «El retorno de las identidades étnicas borradas en la nueva narrativa histórica argentina», en Nilda María Flawiá de Fernández y Silvia Patricia Israilev (eds), *Hispanismo: Discursos culturales, identidad y memoria*, Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Literaturas Argentina y Comparadas, pp. 66-77.

Lojo María Rosa, 2006c, *Traducción y reescritura. A propósito de* Finisterre, *El hilo de la fábula*, n. 6, pp. 143-156.

Lojo María Rosa (ed.), 2007a, «Introducción» a Eduarda Mansilla, *Lucía Miranda*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana Vervuert, pp. 11-87.

Lojo María Rosa, 2007b, «Eduarda Mansilla, la traducción rebelde», en *Feminaria*, XVI, nos 30-31, pp. 97-99.

Lojo María Rosa, 2007c, «Cautivas, inmigrantes, viajeros, en la narrativa de Eduarda Mansilla», en *Taller de Letras*, n.41, Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Letras, pp. 143-160.

Lojo María Rosa, 2009, «Lucía Miranda, entre 1612 y 1929: transformación de las identidades y de los roles étnicos y genéricos en un mito de origen rioplatense», en Actas del XV Congreso Nacional de Literatura Argentina 1810-2010, *Literatura y Política. En torno a la Revolución y las revoluciones en Argentina y América Latina,* Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba (en prensa).

López Vicente Fidel, 1917, *La novia del hereje* o *La Inquisición en Lima*, Buenos Aires, Cultura argentina.

López Alfonso Francisco José, 2004, «Jiconténcal, los disfraces de la historia», en *América sin nombre. Recuperaciones del mundo precolombino y colonial*, Carmen Alemany Bay y Eva Valero coords, Alicante, nos 5-6, pp. 125-129.

Lotman Iuri, 1993, *La cultura e l'esplosione. Prevedibilità e imprevedibilità*, Milano, Feltrinelli.

Loyola Hernán, 1999, «Neruda moderno/Neruda posmoderno», en *América sin nombre. Neruda con la perspectiva de 25 años*, Alicante, n. 1, pp. 21-31.

Lozano Jorge, 1987, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Universidad.

Lozano Pedro, 1873-75, *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán,* Buenos Aires, Imprenta Popular.

Luzzani Telma, 1991, «Una estética del desamparo: ficción e historia durante la dictadura militar», en *Discurso historiográfico y discurso ficcional,* Actas del Tercer Congreso Internacional del CELCIRP (Regensburg 2-5 de julio 1990), *Río de la Plata*, nos 11-12, pp. 341-350.

Madrid Moctezuma Paola, 2004, «Las narraciones históricas de Carmen Boullosa», en *América sin nombre. Recuperaciones del mundo precolombino y colonial*, Carmen Alemany Bay y Eva Valero coords, Alicante, nos 5-6, pp. 138-146.

Magasich Jorge –Jean-Marc de Beer, 2001, *América mágica,* Santiago de Chile, Lom.

Mainer José Carlos, 1978, «Historia y novela: historia de la novela», en *Camp de l'arpa*, nos 55-56, pp. 43-52.

Mansilla de García Eduarda, 1882, *Lucía Miranda. Novela histórica*, Buenos Aires, Juan Alsina, 2 vols.

Mansilla de García Eduarda, 2007, *Pablo o la vida en las pampas*, Buenos Aires, Colihue.

Manzano y Manzano Juan, 1989, *Colón y su secreto: el predescubrimiento*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica.

Manzi Joaquín, 1996, «*El mar dulce* de Roberto J. Payró y *El entenado* de Juan José Saer», en Maryse Renaud

y Fernando Moreno Turner (eds), *Historia y novela,* Poitiers, Université de Poitiers-CNRS, pp. 43-58.

Manzoni Alessandro, 1845, «Del romanzo storico e in genere de' componimenti misti di storia e d'invenzione», http://www.classicitaliani.it/manzoni/prosa/manzoni_romanzo_storico_01.htm (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Marí Gonzalo Enrique, 2003, *El Grumete Francisco del Puerto,* Buenos Aires, De los Cuatro Vientos Editorial.

Márquez Rodríguez Alexis, 1991, «Raíces de la novela histórica», en *Cuadernos de Cuadernos*, México, n. 1, pp. 32-49.

Martí José, 1977, *Nuestra América*, Caracas, Ayacucho.

Martín Barbero Jesús, 1989, «Identidad, comunicación y modernidad en América Latina», en *Contratexto*, n. 4, pp. 31-56.

Martínez Sarasola Carlos, 1992, *Nuestros paisanos, los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina,* Buenos Aires, Emecé.

Mataix Remedios, 2006, «Romanticismo, feminidad e imaginarios nacionales. Las *Lucía Miranda* de Rosa Guerra y Eduarda Mansilla», en las Actas del IX Congreso Internacional del CELCIRP, Univ. de Alicante, julio 2004, *Río de la Plata*, n°s 29-30, pp. 209-224.

Mathieu Corina, 2004, «Argentina», en Gloria da Cunha (ed.), *La narrativa histórica de escritoras latinoamericanas*, Buenos Aires, Corregidor, pp. 29-68.

Martinetto Vittoria, 2001, *Naufragi, prigionie, erranze*, Alessandria, Edizioni dell'Orso.

Mateo Margarita, 1995, *Ella escribía poscrítica*, La Habana, Abril.

Medina José Toribio, 1908, *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España*, 3 vols., Santiago de Chile, Imprenta Universitaria.

Meléndez Concha, 1934, *La novela indianista en Hispano-América*, Madrid, Hernando.

Menton Seymour, 1993, *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*, México, F.C.E.

Mignolo Walter, 1982, «Cartas, crónicas, y relaciones del descubrimiento y la conquista», en Luis Íñigo Madrigal (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, T.I, Madrid, Cátedra, pp. 57-116.

Mignolo Walter, 1997, «La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales», en Alfonso de Toro (ed.), *Postmodernidad y postcolonialidad*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana, pp. 51-70.

Mitre Bartolomé, 1847, *Soledad*, Paz de Ayacucho, Imprenta de la época.

Mitre Bartolomé, 1940-1941, *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, en B.M., *Obras completas*, T. VIII, Buenos Aires.

Mizraje María Gabriela, 1999, *Argentinas de Rosas a Perón*, Buenos Aires, Biblios.

Moreno Turner Fernando, 1996, «Parodia, metahistoria y metaliteratura. En torno a *Maluco* de Napoleón Baccino Ponce de León», en Maryse Renaud y Fernando Moreno Turner (eds.), *Historia y novela*, Poitiers, Université de Poitiers-CNRS, pp. 59-82.

Morino Angelo, 1996, «Non toccare la donna bianca», en William H. Hudson y A.M., *Marta Riquelme ovvero Non toccare la donna bianca*, Palermo, Sellerio, pp. 61-126.

Muñoz Camargo Diego, 2003, *Historia de Tlaxcala*, ed. y notas de Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Promo Libro.

Nuñez Becerra Fernanda, 2002, *La Malinche: de la historia al mito,* México, Divulgación.

Núñez Cabeza de Vaca Alvar, 1962, *Naufragios*, Madrid, Taurus.

O' Gorman Edmundo, 1958, *La invención de América*, México, F.C.E.

Oleza Simó Joan, 1996, «Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo», en José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo, Mario García Page (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX,* Madrid, Visor, pp. 81-95.

Osorio Nelson, 2000, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, Alicante, Cuadernos de América sin nombre.

Pacheco Carlos, 1997, «Historia, ficción y conocimiento: el pasado es lo que ya no es», en *Escritos en arte, estética y cultura*, II etapa, Caracas, 1997, pp. 71-88.

Pastor Beatriz, 1983, *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas.

Pastor Brígida, 2002, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, Alicante, Cuadernos de América sin nombre.

Paternáin Alejandro, 1980, *Crónica del descubrimiento*, Montevideo, Banda Oriental.

Paternáin Alejandro, 1990, Carta fechada Montevideo, 1 de agosto.

Payró Roberto J., 1905, *El falso Inca,* Buenos Aires, Losada.

Payró Roberto J., 1925, *El Capitán Vergara*, Buenos Aires, Jesús Menéndez Editor.

Payró Roberto J., 1927, «Novelas de la historia. Las ciudades quiméricas», en *Nosotros*, XXI, n. 218, pp. 453-580.

Payró Roberto J., 1935, *Los tesoros del Rey Blanco* y *Por que no fue descubierta la ciudad de los Césares*, Buenos Aires-Montevideo, Ed. de la Sociedad de amigos del libro rioplatense.

Payró Roberto J., 1952, «Chamijo», en R.J.P., *El casamiento de Laucha; Chamijo; El falso Inca,* Buenos Aires, Editorial Losada, pp. 48-77.

Payró Roberto J., 1974, *El Mar dulce*, Buenos Aires, Losada.

Paz Ireneo, 1883, *Doña Marina. Novela histórica,* México, Imprenta de Ireneo Paz.

Paz Octavio, 1959, *El laberinto de la soledad,* México, F.C.E.

Pellicer Rosa, 2007, «El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX», en *América sin nombre. En torno al personaje histórico,* Beatriz Aracil Varón coord., nos 9-10, Alicante, pp. 157-166.

Peñafiel Antonio, 1903, «Malintzin», en *Indumentaria antigua, vestidos guerreros y civiles de los mexicanos,* México, Secretaría de Fomento.

Perera San Martín Nicasio, 1996, «El imposible encuentro», en Belén Castro Morales (ed.), *Encuentros y desencuentros.* Actas del IV Congreso Internacional del CELCIRP (Canarias 1992), *Río de la Plata*, nos 6-7, pp. 101-109.

Perkowska Magdalena, 2008, *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*, Madrid, Iberoamericana.

Pérez Alberto Julián, 1999, «El postcolonialismo y la inmadurez de los pensadores hispanoamericanos», en Alfonso y Fernando de Toro (eds.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, pp. 199-214.

Pérez Bowie José Antonio, 1996, «¿La inviabilidad de la novela histórica? *La saga de los Marx*, de Juan Goytisolo», en José Romera Castillo, Francisco Gutiérrez Carbajo, Mario García Page (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX,* Madrid, Visor, pp. 337-349.

Pérez Bowie José Antonio, 1988, «La historia como ficción en *Las máscaras del héroe* de J.M. de Prada», en *España Contemporánea*, n. 2, pp. 61-72.

Perera San Martín Nicasio, 1985, «Crónica de un viaje ignoto», en Claire Pailler (ed.), *Les Amériques et l'Europe*, Université de Tolouse Le Mirail.

Pi Hugarte Renzo, 1993, *Los indios de Uruguay*, Madrid, Mapfre.

Pi Hugarte Renzo, 1999, *Historia de aquella 'gente gandul'*, Montevideo, Fin de Siglo.

Pineda Botero Alvaro, 1997, «*Yngermina*. La historia en la primera novela colombiana», en Karl Kohut (ed.), *La invención del pasado*, Frankfurt-Madrid, Vervuert, pp. 143-152.

Pinuer Ignacio, 1836, «Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios, al sud de Valdivia, e incógnita hasta el presente», en Pedro de Angelis (ed.), *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata,* I, Buenos Aires, Imprenta del Estado.

Pizarro Ana, 1993, *La luna, el viento, el año, el día,* Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.

Pla Josefina, 1985, *Algunas mujeres de la Conquista*, Asunción, Asociación de la mujer española.

Ponce de León Napoleón Baccino, 1989, *Maluco. La novela de los descubridores*, La Habana, Casa de las Américas.

Pons María Cristina, 1996, *Memorias del olvido,* México-Madrid, Siglo XXI.

Posse Abel, 1987, *Los perros del Paraíso*, Barcelona, Plaza y Janés.

Posse Abel, 1988, «Un buceo a contra-historia hacia la intimidad de lo real», Entrevista de Enriqueta Muñiz, en *La Prensa*, 27/03/1988, http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/posse/archivo/Document.php?op=show&id=614 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Pratt Mary Louise, 2003, «La poética de la per-versión; poetisa inubicable devora a su maestro. No se sabe si se trata de aprendizaje o de venganza», en Friedhelm Schmidt-Welle (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales*, Madrid, Iberoamericana, pp. 27-45.

Prescott William H., 1977, *Historia de la Conquista de México,* México, Porrúa.

Pulgarín Amalia, 1995, *Metaficción historiográfica*, Madrid, Espiral Hispanoamericana.

Pupo Walker Enrique, 1982, *La vocación literaria en el pensamiento histórico en América*, Madrid, Gredos.

Pusalgas y Guerris Ignacio, 1988, *El nigromántico mexicano*, Badalona, Caballo-Dragón.

Reyzábal María Victoria, 1988, «Real ficción del camino vital e intelectual de Carlos Fuentes», en *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, n. 91, Barcelona, Editorial Anthropos, pp. 24-28.

Ribeiro Darcy, 1972, *Configuraciones histórico culturales americanas,* Montevideo, Arca/Calicanto.

Riccio Alessandra, 1985, «Literatura e historia en *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa», en *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, XVII, n. 2, pp. 479-490.

Rincón Carlos, 1989, «Modernidad periférica y el desafío de lo postmoderno: perspectivas del arte narrativo latinoamericano», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n. 29, pp. 61-104.

Río Fanny del, 2009, *La verdadera historia de Malinche,* Montevideo, Editorial Sudamericana.

Riva Palacio Vicente, 1947, «Xicoténcatl», en V.R.P., *Tres episodios mexicanos y Siluetas de la lotería Nacional de México*, México, Ed. Lotería Nacional.

Roa Bastos Augusto, 1992, *Vigilia del Almirante*, Buenos Aires, Sudamericana.

Rodríguez Gustavo A., 1935, *Doña Marina*, México, Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Rodríguez Simón, 1990, *Sociedades americanas*, Caracas, Ayacucho.

Rodríguez Villamil Ana María, 1996, «Utopía y distopía en la literatura uruguaya», en Belén Castro Morales (ed.), *Encuentros y desencuentros,* Actas del congreso del CELCIRP (Gran Canarias 1992), *Río de La Plata*, n°s 15-16, pp. 211-218.

Roig Arturo Andrés, 1981, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, F.C.E.

Rojas Manuel, 1972, *La Ciudad de los Césares*, Santiago de Chile, Zig-Zag Rodas.

Rojas Mix Miguel, 1993, «La cultura hispanoamericana del siglo XIX», en Luis Iñigo Madrigal (ed.), *Historia de la literatura hispanoamericana*, T.II, Madrid, Cátedra.

Rossiello Leonardo, 1996, «*Abayubá,* una temprana 'novela histórica' indianista del Río de la Plata», en Belén Castro Morales (ed.), *Encuentros y desencuentros,* Actas del congreso del CELCIRP (Gran Canarias 1992), *Río de La Plata*, n°s 15-16, pp. 21-40.

Rössner Michael, 1997, «De la búsqueda de la propia identidad a la deconstrucción de la historia europea», en Karl Kohut (ed.), *La invención del pasado*, Frankfurt-Madrid, Vervuert, pp. 167-176.

Rovira Collado José, 2001, «Paradojas en la fundación de América, literatura de vencedores y literatura de vencidos», en Pierre Civil, Giuseppe Grilli, Augustín Redondo (eds.), *Il paradosso tra letteratura e potere nella Spagna dei secoli XVI e XVII*, Napoli, Istituto Universitario Orientale, pp. 221-233.

Saer Juan José, 1983, *El entenado*, México, Folios.

Sahagún Bernardino de, 1969, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, IV, México, Porrúa.

Sarmiento Domingo Faustino, 1913, *Conflicto y armonía de las razas en América*, II, Buenos Aires, Librería de la Facultad.

Scarano Mónica E., 1994, «Entre la historia y la ficción», en Elisa T. Calabrese (ed.), *Itinerarios entre la ficción y la historia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, pp. 11-25.

Schmidel Ulrico, 1986, *Relatos de la Conquista del Río de la Plata y Paraguay*, 1534-1554, Madrid, Alianza.

Sklodowska Elzbieta, 1991, *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins Publishing Company.

Silva Hugo, 1984, *Pacha Pulai*, Santiago de Chile, Zig Zag.

Solís Robleda Gabriela y Pedro Bracamonte y Sosa, 1994, Edición, Paleografía, Introducción y Notas de, en Fray Joseph de San Buenaventura, *Historias de la conquista del Mayab*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.

Somonte Mariano G., 1969, *Doña Marina, «La Malinche»*, Monterrey, Ed. del Autor.

Starobinskij Jean, 1973, «Préface», in Montesquieu, *Lettres Persanes*, Paris, Gallimard.

Stierle Karlheinz, 1987, «¿Qué significa 'recepción' en los textos de ficción?», en José Antonio Mayoral (ed.), *Estética de la recepción*, Madrid, Arco, pp. 87-143.

Surdich Francesco, 1991, *Verso il Nuovo Mondo*, Firenze, Giunti.

Terracini Lore, 1979, «Il grado zero della diffusione», en Angelo Morino (ed.), *Terra America*, Torino, La Rosa, pp. 283-294.

Todorov Tzvetan, 1982, *La conquête de l'Amérique: La question de l'autre*, Paris, Editions du Seuil.

Tynjanov Jurij, 1968, *L'evoluzione letteraria*, en Tzvetan Todorov (ed.), *I formalisti russi*, Torino, Einaudi, pp. 125-143.

Toro Alfonso de, 1991, «Postmodernidad y Latinoamérica», en *Revista Iberoamericana*, n°s 155-156, pp. 441-467.

Toro Alfonso y Fernando de (eds.), 1997, *Postmodernidad y postcolonialidad*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana.

Toro Alfonso de, 1999, «La postcolonialidad en Latinoamérica en la era de la globalización. ¿Cambio de paradigma en el pensamento teórico-cultural latinoamericano?», en Alfonso y Fernando de Toro (eds.), *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, pp. 31-65.

Toro Alfonso y Fernando de (eds.), 1999, *El debate de la postcolonialidad en Latinoamérica*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana.

Torruco Saravia Geney, 1987, *Doña Marina, Malintzin*, Villahermosa, Gobierno del Estado de Tabasco.

Turner Joseph W., 1979, «The kinds of the historical fiction», en *Genre*, n. 12, pp. 333-355.

Unzueta Fernando, 1996, *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*, Lima-Berkeley, Latinoamericana.

Yturbe Corina, 1993, «El conocimiento histórico», en Manuel Reyes Mate (ed.), *Filosofía de la historia*, Madrid, Trotta-C.S.I.C., pp. 207-228.

Varela Jacome Benito, 1993, «Evolución de la novela hispanoamericana en el XIX», en Luis Iñigo Madrigal (ed.), *Historia de la literatura Hispanoamericana*, T.II, Madrid, Cátedra, pp. 91-133, también en http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=3516&portal=0 (última fecha de consulta: 29/09/2010).

Vidart Daniel, 1999, *El Uruguay visto por los viajeros*, I, Montevideo, Lectores de Banda Oriental.

Villa Roix Carlos, 1995, *Gonzalo Guerrero, memoria olvidada. Trauma de México*, México, Plaza y Valdés.

Villoro Juan, 2008, «La víctima salvada», en *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*, Sonia Mattalía, Pilar Celma y Pilar Alondo (eds.), Madrid, Iberoamericana, pp. 49-58.

Viñar Marcelo N., 1992, «Memorias fracturadas. Notas sobre los orígenes de nuestra actual identidad nacional», en Hugo Achugar, Gerardo Gaetano (eds.), *Identidad uruguaya: ¿mito, crisis o afirmación?,* Montevideo, Trilce, pp. 33-47.

White Hayden, 1992, *Metahistoria. La imaginación histórica de la Europa del siglo XIX*, México, F.C.E.

Williams Raymond, 1977, *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press.

Wright de Kleinhans Laurena, 1910, «Marina», en *Mujeres notables mexicanas,* México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Zea Leopoldo, 1949, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, México, El Colegio de México.

Cuadernos publicados

1. OSORIO TEJEDA, Nelson, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 1, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
2. HACHIM LARA, Luis, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la ilustración americana*, prólogo de Nelson Osorio, Cuadernos de América sin nombre, nº 2, Alicante, Universidad de Alicante / Editorial Universidad de Santiago, 2000.
3. MATAIX AZUAR, Remedios, *Para una teoría de la cultura: la expresión americana de José Lezama Lima*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 3, Alicante, Universidad de Alicante, 2000.
4. MENDIOLA OÑATE, Pedro, *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*, prólogo de Remedios Mataix, Cuadernos de América sin nombre, nº 4, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.

5. GARCÍA IRLES, Mónica, *Recuperación mítica y mestizaje cultural en la obra de Gioconda Belli*, prólogo de Carmen Alemany, Cuadernos de América sin nombre, nº 5, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
6. PASTOR, Brígida, *El discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda: identidad femenina y otredad*, prólogo de Nara Araújo, Cuadernos de América sin nombre, nº 6, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
7. VV.AA., *Desafíos de la ficción,* prólogo de Eduardo Becerra, Cuadernos de América sin nombre, nº 7, Alicante, Universidad de Alicante, 2002.
8. VALERO JUAN, Eva Mª, *Rafael Altamira y la «reconquista espiritual» de América,* prólogo de Mª Ángeles Ayala, Cuadernos de América sin nombre, nº 8, Alicante, Universidad de Alicante, 2003.
9. ARACIL VARÓN, Mª Beatriz, *Abel Posse: de la crónica al mito de América,* prólogo de Carmen Alemany Bay, Cuadernos de América sin nombre, nº 9, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
10. PIZARRO, Ana, *El sur y los trópicos*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 10, Alicante, Universidad de Alicante, 2004.
11. PELOSI, Hebe Carmen, *Rafael Altamira y la Argentina,* prólogo de Miguel Ángel de Marco, Cuadernos de América sin nombre, nº 11, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.
12. CABALLERO WANGÜEMERT, María, *Memoria, escritura, identidad nacional: Eugenio María de Hostos*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 12, Alicante, Universidad de Alicante, 2005.
13. ALEMANY BAY, Carmen, *Residencia en la poesía: poetas latinoamericanos del siglo XX,* prólogo de José Carlos

Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 13, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.

14. AYALA, María de los Ángeles, *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar,* prólogo de Eva Mª Valero Juan, Cuadernos de América sin nombre, nº 14, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
15. VV.AA., *Un diálogo americano: Modernismo brasileño y vanguardia uruguaya (1924-1932)*, prólogo de Pablo Rocca, Cuadernos de América sin nombre, nº 15, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
16. CAMACHO DELGADO, José Manuel, *Magia y desencanto en la narrativa colombiana*, prólogo de Trinidad Barrera, Cuadernos de América sin nombre, nº 16, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
17. LÓPEZ ALFONSO, Francisco José, *«Hablo, señores, de la libertad para todos» López Albújar y el indigenismo en el Perú*, prólogo de José Carlos Rovira, Cuadernos de América sin nombre, nº 17, Alicante, Universidad de Alicante, 2006.
18. PELLÚS PÉREZ, Elena, *Sobre las hazañas de Hernán Cortés: estudio y traducción*, prólogo de José Antonio Mazzotti, Cuadernos de América sin nombre, nº 18, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
19. GARCÍA PABÓN, Leonardo, *De Incas, Chaskañawis, Yanakunas y Chullas. Estudios sobre la novela mestiza en los Andes*, prólogo de Virginia Gil Amate, Cuadernos de América sin nombre, nº 19, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
20. ORTIZ GULLÉ GOYRI, Alejandro, *Cultura y política en el drama mexicano posrevolucionario (1920-1940)*, prólogo de Óscar Armando García Gutiérrez, Cuadernos de América sin nombre, nº 20, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.

21. GNUTZMANN, Rita, *Novela y cuento del siglo XX en el Perú*, prólogo de José Morales Saravia, Cuadernos de América sin nombre, nº 21, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.
22. SAN JOSÉ VÁZQUEZ, Eduardo, *Las luces del siglo. Ilustración y modernidad en el Caribe: la novela histórica hispanoamericana del siglo XX*, prólogo de Teodosio Fernández, Cuadernos de América sin nombre, nº 22, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.
23. GONZÁLEZ-BARRERA, Julián, *Un viaje de ida y vuelta: América en las comedias del primer Lope*, prólogo de Giuseppe Bellini, Cuadernos de América sin nombre, nº 23, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.
24. LÓPEZ ALFONSO, Francisco José, *Sombras de la libertad. Una aproximación a la literatura brasileña*, prólogo de Eduardo Becerra, Cuadernos de América sin nombre, nº 24, Alicante, Universidad de Alicante, 2008.
25. SÁNCHEZ, Pablo, *La emancipación engañosa, una crónica transatlántica del boom (1963-1972)*, prólogo de Joaquín Marco, Cuadernos de América sin nombre, nº 25, Alicante, Universidad de Alicante, 2009.
26. BONILLA CEREZO, Rafael, *Dos gauchos retrucadores. Nueva lectura del Fausto de Estanislao del Campo,* Prólogo de Teodosio Fernández, Cuadernos de América sin nombre, nº 26, Alicante, Universidad de Alicante, 2010.

ISBN 978-84-9717-139-7

Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante